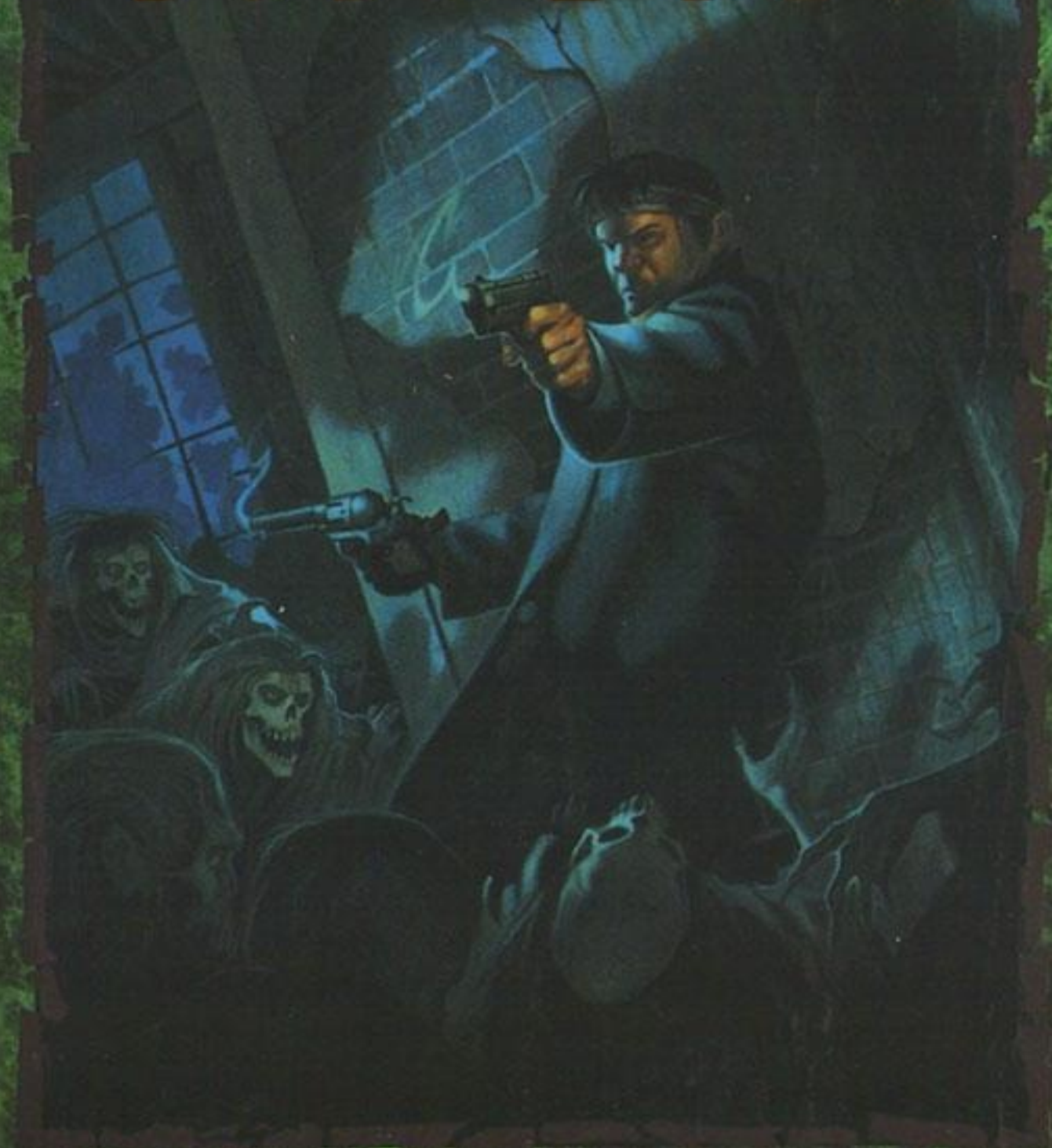


CAZADOR Y PRESA

EJECUTOR



GHERBOD FLEMING

VAMPIRO
EN LA OSCURIDAD

CAZADOR
LA VENTA

Lectulandia

Sin retorno

Douglas Sands quiere recuperar su antigua vida. Quiere salvar un matrimonio que se desmorona. Quiere caminar por las calles sin saber que algunos de quienes lo rodean no son humanos. Quiere ignorar al fantasma de su hijo muerto que lo llama por las noches. ¿Es mucho pedir? Aparentemente, sí.

Julia y Nathan también ven monstruos. Han adoptado la vida del cazador, una vida que tiende a ser trágicamente breve. Julia no se detendrá... no puede detenerse... hasta haber encontrado a su hijo. Nathan siente la necesidad de darle un significado al sacrificio de tantos amigos que ofrendaron sus vidas. Pero la línea que separa a amigos de enemigos a veces se diluye, igual que las diferencias entre el cazador y su presa.

Lectulandia

Gherbod Fleming

Ejecutor

Cazador y presa - 6

ePUB r1.0

TaliZorah 03.04.13

Título original: *Predator & Prey: Executioner*

Gherbod Fleming, 2002

Traducción: Claudia de Bella

Retoque de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

**PRIMERA PARTE:
«MUROS»**

Capítulo uno

Nathan James despertó al despuntar el mediodía, aunque el día estaba oscuro por la penumbra de mediados de enero. Al levantarse, se golpeó el codo con el escritorio que estaba incrustado contra el catre. Aunque era la única persona en la casa, dormía en aquella habitación, perdido entre los monitores, los teclados, los discos duros, los servidores dedicados apilados contra la pared y los kilómetros de cables CAT5 que serpenteaban por todos lados como si fuesen las entrañas de una bestia electrónica en plena metástasis. Se puso de pie, estiró los entumecidos músculos y trató de recordar la última vez que había estado fuera. *«Si fuese blanco —pensó—, estaría tan pálido que brillaría en la oscuridad»*. Lenta, envaradamente, recorrió el circuito de equipos informáticos, pulsando los botones de encendido necesarios.

Una vez, Jason se había quejado de que los botones de encendido fueran independientes.

—¿No puedes... ya sabes... interconectar todos los equipos? ¿Un solo botón y... ping, ya está todo encendido y funcionando?

—Claro. Si quisiera —le había dicho Nathan—. Y entonces el malvado genio de los ordenadores que trabaja con los tíos de los helicópteros negros encuentra una brecha en mi red de seguridad, me envía una sobrecarga de voltaje y todo el sistema revienta.

—Pero tienes, ya sabes, programas y cosas que impiden que ocurra algo así.

—Sí, los tengo. Pero a esto se le llama redundancia de hardware. Lo tengo todo segregado. Es lo mismo que tener copias de seguridad para el software. Cuantas más copias de seguridad haya, mejor. La redundancia es un mal necesario. Tal vez tan necesario que acaba por convertirse en un bien.

—Sí, como tú digas. ¿Entonces es por eso que debo usar tres contraseñas diferentes para entrar en tetasgrandes.com?

—Es por eso.

«Solo espero que te hayas ido a un lugar mejor, Jason —pensó Nathan—. Un lugar donde se necesite una sola contraseña para entrar en tetasgrandes.com». Nathan lo pensó un momento más y decidió que no, que el Cielo tenía que ser un lugar sin contraseñas, porque un sitio donde todas las contraseñas eran seguras solamente podía calificarse como Infierno.

Mientras se iniciaba el sistema, fue hasta la cocina con paso cansino y comenzó a preparar el café. Por costumbre, trató de hacerlo todo en silencio. Normalmente, en la

casa casi siempre había alguien durmiendo. La vida que él y sus amigos habían escogido no incluía corbatas ni jornadas laborales de nueve a cinco. En realidad, muchas veces trabajaban de noche. Este era el momento en que sus «clientes» parecían estar más activos. Mientras pensaba en lo peligrosas que solían ser esas cucarachas, Nathan cumplió con su mínima rutina matinal (café, pis) y luego volvió a plantarse frente al ordenador. Aún quitándose el sueño de los ojos a fuerza de frotarlos, recorrió algunos de los sitios Web mundanos en los que ingresaba regularmente. Las páginas se cargaban una tras otra, pero él solo prestaba una somera atención al río de titulares y cotizaciones de bolsa. El haber recordado a Jason tan pronto después de despertar lo había dejado incómodamente consciente de la palpable vaciedad de la casa. A diferencia de Jason, los demás estaban fuera de la ciudad, ocultándose hasta que el interés policial por sus actividades recientes se enfriara un poco. Había hablado con Hetger por teléfono; estarían de regreso en poco tiempo, probablemente en menos de una o dos semanas, pero a pesar de todo Nathan no podía quitarse de encima la sensación de catástrofe, la creciente presión asfixiante que pesaba sobre él. Sus amigos estaban en el exilio, Jason y Albert muertos, y él sentado en casa, a salvo.

«Cada uno de nosotros aporta diferentes cosas a esta guerra —se dijo—. Lo que averiguo online salva vidas». Algunas vidas, no todas. A Nathan ni siquiera le agradaban algunas de las personas que habían muerto, pero igualmente sentía remordimientos. Eran vidas humanas que se habían apagado, con causa o sin ella, que quizá no se habrían perdido si él hubiese hecho mejor su trabajo, si hubiese averiguado más. Las respuestas estaban allá fuera, siempre y cuando él pudiera deducir dónde buscarlas, siempre y cuando pudiera descubrir, en primer lugar, cuáles eran las preguntas que debía formular. Dios sabía que la hunter-net era una chapuza en pleno desarrollo. El foro anónimo estaba lleno de ruido, de información equivocada, de disputas y de obstinada perversidad, pero, no obstante, se podían hallar algunas perlas entre los cerdos. Solo tenía que buscar mejor.

Sin embargo, ningún tipo de flagelación iba a traer de vuelta a Jason, a Albert o a cualquiera de los otros. En realidad, en esta modalidad de trabajo, la idea de que cualquiera de ellos regresara resultaba demasiado perturbadora. Era mejor imaginarse a los ex-cazadores descansando en paz.

Finalmente, Nathan llegó al correo electrónico. Su *software* de búsqueda, programado para reunir los mensajes de media docena de cuentas anónimas y depositarlos en una pulcra lista, le devolvió sorprendentemente un solo mensaje nuevo. Reconoció la ID de usuario: «Muckraker».

—¿Qué tienes hoy para mí? —se preguntó Nathan en voz alta.

Podía ser algo que estimulara su interés, aunque acabara de levantarse. Aparte de cualquier información real que Muckraker pudiera enviarle, sus mensajes servían,

además, para proveer pistas, bien que esquemáticas o complicadas, sobre otra cosa que atizaba la curiosidad de Nathan: la identidad del propio Muckraker. Nathan se lo imaginaba hombre, pero hasta esto no era más que una suposición. En sus mensajes, Muckraker constantemente usaba «él» como pronombre indefinido de tercera persona, lo que podía significar que era hombre, pero Nathan no estaba dispuesto a poner las manos en el fuego por una especulación tan endeble. Sin embargo, los interrogantes sobre Muckraker que eran más importantes que su género permanecían sin respuesta. ¿Quién era? ¿Quién... y qué? Por el momento no había manera de saberlo. Nathan conocía a su corresponsal electrónico solo por su ID de usuario, y Muckraker solo conocía a Nathan como «Sugardaddy». El mensaje de aquel día hacía surgir muchos más interrogantes. Comenzaba:

para tu info, sugardaddy. aquí están las pruebas! adjunto archivos extraídos del servidor de solsin vía ir cdc.

«Las pruebas». Nathan hizo un gesto de mofa. Su concepto de lo que era una prueba no siempre era compatible con el de Muckraker. Lo poco que Nathan sabía sobre Muckraker era que se trataba de un periodista de Internet que manejaba un pequeño pasquín *online* llamado *El Despertar*. Así era como se habían puesto en contacto inicialmente. Unas semanas antes, Nathan había detectado una compañía tecnológica relativamente oscura llamada Soluciones Sintéticas, que exhibía un inusual grado de interés por Iron Rapids, entendiéndose por «inusual» el solo hecho de interesarse por ella. Iron Rapids, Michigan, no era un semillero actual ni futuro de la nueva tecnoeconomía. Muy al contrario. Era un cadáver de la vieja economía industrial en estado de avanzada descomposición. Por lo tanto, cuando Soluciones Sintéticas, identificada en el Nasdaq como SLSN, pero conocida como SolSin en la prensa especializada, compró la planta de Hadley del centro de la ciudad, que había estado vacía largo tiempo, despertó la curiosidad de Nathan. Después de investigar un poco, la curiosidad se transformó en sospecha. No era nada tangible, nada que pudiera demostrar, pero algo olía mal. Había compilado todo lo que sabía sobre SolSin y la situación de Iron Rapids, enviando la información a dos sitios Web frecuentados por grupos potencialmente interesados: la hunter-net y *El Despertar*. Poco después, Muckraker se había puesto en contacto con él.

Había una delgada línea que Nathan, desde hacía mucho tiempo, se jactaba de no haber cruzado. A un lado se encontraba el individuo iluminado que estaba al tanto de la existencia de las criaturas más siniestras que acechaban por las noches, ignoradas por las masas subconscientes, por los sujetos a los que Nathan se refería como «los durmientes». Al otro lado estaba el maniático de las conspiraciones. Muckraker, al parecer, había cruzado esa línea.

Había avanzado gradualmente, analizando los puntos de vista de Nathan a través

de una serie de mensajes referentes a SolSin e Iron Rapids:

puede que estés a punto de descubrir algo, sugardaddy. NO SE PUEDE confiar en que las multinacionales actúen en favor del bienestar público!

Pero sus mensajes habían ido cambiando progresivamente, de diálogos a algo rayano en la diatriba:

la sabiduría popular es meramente otra herramienta de esclavitud intelectual y espiritual! si las masas no creen que algo es cierto, entonces no lo es (ES, en el sentido básico y existencial de la palabra)!

Y pronto, en lugar de debatir sobre las sospechas de Nathan. Muckraker estaba lanzando peroratas acerca del subconsciente colectivo, la naturaleza de la realidad y temas igualmente esotéricos y de largo alcance... incluso desde la perspectiva de Nathan, que era un hombre que creía en la innegable existencia de vampiros y fantasmas.

Para Nathan, el verdadero problema llegó cuando descubrió que comenzaba a creer en Muckraker.

Si los vampiros y fantasmas se cobraban sus presas entre las masas sin ser advertidos, ¿por qué no era posible que una sombría cábala de perversos tecnovillanos intentara provocar un cortocircuito en el libre albedrío? ¿Cuál de las dos cosas era menos creíble? Pero Nathan había visto zombis con sus propios ojos; un amigo había sido asesinado por un fantasma; otro, por un vampiro. ¿Muckraker sabía que lo que denunciaba era cierto o estaba engañándolo? En cierto momento, Nathan, irónico y con su mejor vocabulario de *matinée* de sábado, había respondido a los mensajes del propietario del *webzine*:

y esos fanáticos diabólicos están tramando nada menos que dominar el mundo?!?!

Esperando una contestación iracunda o cáustica, Nathan quedó congelado por la respuesta de Muckraker, aparentemente desprovista de toda intención humorística:

exacto

Eso hizo que Nathan pisara el freno. Otro fanático. Justo lo que necesitaba. ¡Como si los exaltados de la hunter-net no fueran suficientes, como si vivir con Clarence no fuera suficiente! No obstante, a pesar de los recelos, Muckraker ofrecía tentadores retazos de información, generalmente al estilo de un titular de prensa

amarilla, ya fuese dentro de las páginas de *El Despertar* o en su correo electrónico:

ya estaba programado vender la planta de Hadley en subasta pública, a causa de la demanda hipotecaria presentada por un acreedor, pero la operación se pospuso por una orden municipal especial, coincidencia? o conspiración gubernamental-corporativa? la cdc archivó los informes de amicus. quién mueve los hilos?

Nathan había podido confirmar independientemente algunas de esas denuncias. Muckraker intercalaba suficientes hechos reales como para mantener su atención, pero ¿cuánto era ficción? ¿Y cuáles eran sus fines? ¿Estaba tratando de embaucarlo? Habían existido algunos casos de individuos de hunter-net que eran parte del problema (monstruos, criaturas inhumanas), tratando de hacerse pasar por cazadores, difundiendo información engañosa, provocando muertes. ¿Podía ser este un caso semejante? Y si el misterioso periodista, se preguntaba Nathan, no era uno de ellos, ¿podía ser uno de nosotros?

Nathan le respondía con cautela, dejando caer ocasionalmente alguna pista sutil sobre lo que era, sobre aquello en lo que se había convertido: un imbuido, un cazador.

hay tan pocos que ven las cosas como las vemos nosotros... que realmente VEN cosas...

Si Muckraker comprendía, no lo dejaba entrever; sus respuestas a los mensajes de Nathan tampoco eran la versión *online* de una cara de póquer, ni estaban completamente invadidas por su búsqueda epistemológica de verdad y libertad. Nathan expresaba suficiente interés como para mantener el diálogo en marcha, pero después de muchas semanas todavía no tenía pruebas de que existieran vastas conspiraciones tecnológicas, aparte de los fervientes discursos de ese anónimo amigo por correspondencia... es decir, no disponía de ninguna prueba en absoluto. Hasta aquel día.

para tu info, sugardaddy. aquí están las pruebas! adjunto archivos extraídos del servidor de solsin vía ir cdc.

Nathan descifró las abreviaturas sin pensarlo dos veces: *ir cdc*, Iron Rapids, Cámara de Comercio. Sus ojos se movieron velozmente de aquí para allá, mientras hacía correr la pantalla. Allí estaba. Allí era donde Muckraker echaba mano de toda su paranoia abstracta y de las preocupaciones de Nathan acerca de Iron Rapids y las relacionaba: la siniestra cábala que, tal como Muckraker afirmaba, estaba detrás de todo aquello y los archivos que había enviado para demostrarlo. Nathan revisó el resto del mensaje; luego abrió el primer archivo que, según su programa antivirus, estaba limpio.

Entrecerró los ojos. Lo que estaba viendo parecía auténtico, lo cual no significaba que lo fuese, tuvo que recordarse. Gran parte del documento era un plan de negocios formal en el que Soluciones Sintéticas proponía establecer una presencia corporativa en Iron Rapids: una operación tranquila, cortejando a los líderes políticos y a los empresarios influyentes de la ciudad. Sin embargo, entremezcladas con el material referido al plan de negocios, descubrió lo que parecían ser líneas de código, acceso o encriptaciones de seguridad; a continuación de esas inserciones codificadas había secciones de otro tipo: instrucciones y explicaciones que Nathan no comprendía completamente, referidas todas ellas a protocolos y procedimientos médicos o psicológicos que había de aplicarse a los diversos líderes empresariales mencionados en las secciones anteriores. Definitivamente, no formaban parte de la estrategia normal de presión de una empresa. Ni siquiera parecía un plan hecho y derecho ni un intento de soborno. Los individuos involucrados no iban a ser sobornados, sino más bien, quizás, hipnotizados o... Cuando la idea cruzó por su mente, Nathan imaginó involuntariamente la manera en que Muckraker habría expresado el mismo concepto, de un modo más sensacionalista, en su página web: ¡REPROGRAMADOS!

Nathan maldijo para sus adentros: «*Amigo, ¿qué diablos me has enviado?... Si este material dice la verdad... si Muckraker no lo ha adulterado para adaptarlo a sus propósitos...*».

Hasta allí había llegado cuando la pantalla se volvió loca. De pronto, las palabras e imágenes se mezclaron, y empezaron a correr en secuencias ininteligibles como una máquina tragaperras enloquecida. Junto al monitor, los discos duros comenzaron a rechinar y chisporrotear. El software de seguridad casero de Nathan, *Sector-Rite*, comenzó a funcionar a tope, intentando rastrear la dirección IP relevante.

Seguramente, Muckraker también había revisado los archivos para verificar si tenían problemas, pero tanto él como Nathan habían pasado algo por alto... algo que no se parecía a nada que Nathan hubiera visto antes.

«*O bien —pensó Nathan con rabia—, ¡fue él quien me tendió la trampa!*»

El rechinar de los discos duros se hizo cada vez más rápido; ahora se agregaban unos chirridos malsanos. En la pantalla ya no se veía ningún texto comprensible, sino tan solo unas veloces líneas de código que la atravesaban a cada nanosegundo. Las ventanas con mensajes de error se abrían y se cerraban en un parpadeo. Nathan logró atisbar fugazmente unas frases en absoluto agradables: «*operación ilegal... programa finalizado... no responde...*» veloces advertencias que aparecían y desaparecían antes de que pudiera tratar de reconocer los problemas que proclamaban con tanta urgencia. Entonces, el teclado y el ratón dejaron de responder.

—Oh, diablos.

Nathan se desplazó en la silla rodante hasta ubicarse frente a otra terminal y pulsó el código para acceder a la unidad de disco afectada. Ese teclado tampoco respondía.

El ratón aún permitía mover el cursor, pero cuando pulsaba el botón no ocurría nada. Rodó hasta una tercera terminal, desactivó el sistema operativo y rápidamente introdujo varios comandos DOS para apagar todo el sistema. Si podía contener al código corrupto incluido en los adjuntos enviados por Muckraker...

No hubo respuesta. Tecleó unos comandos para verificar el *software* del *firewall*. Había desaparecido.

—No. ¡No! ¡No!

El maniático chirrido de los discos duros había evolucionado hasta convertirse en un silbido agudo. El primer monitor revirtió a un patrón de prueba y se puso negro. Nathan intentó recuperar el control de sus sistemas con varios códigos abreviados más, pero ahora los ordenadores no reconocían las contraseñas. Un sudor frío chorreaba por los costados de su rostro. La interfaz DOS desapareció, reemplazada por un programa de exploración que Nathan no había visto nunca.

«*Formateando discos duros*», le dijo el programa prosaicamente, mientras la barra azul avanzaba con lentitud por la pantalla.

CTRL-ALT-DELETE. CTRL-ALT-DELETE. CTRL-ALT-DELETE. Nada.

La pantalla se puso completamente azul, luego destelló: «*Fallo General de Protección*».

—¡Maldita sea! ¿Qué demonios pasa?

Comenzó a salir humo del revestimiento de los discos duros, acompañado por unos fuertes *pop-pop-pop*. Nathan giró la silla y estiró la mano para cortar la corriente; antes de que lograra alcanzar el estabilizador de voltaje, la CPU primaria explotó. Los fragmentos de plástico del gabinete y los pedazos de RAM derretida se esparcieron por la habitación. El servidor vibró, mientras varias impresoras vomitaban papel al suelo. Otros equipos se encendieron espontáneamente, y ninguno de ellos demostraba el menor interés por responder a los comandos de Nathan, o siquiera reconocerlos. Comenzó a arrancar cables de las máquinas, tratando de preservar físicamente lo que pudiera del código extraño que estaba recorriendo todo su sistema a velocidad de vértigo. Dos veces, los cables eléctricos que arrancó de la pared le dieron una descarga. Sintió que los ojos se le ponían en blanco, pero se resistió a la seducción de la inconsciencia.

Cuando todo terminó, Nathan se encontraba en medio de un revoltijo de chatarra electrónica, tarjetas de vídeo y placas madre esparcidas entre trozos de plástico ennegrecido y demás carroña informática. Un humo acre lo asaltaba, recubriendo su nariz y garganta, y quemándole los ojos. Nathan miró inexpresivamente las secuelas del desastre entre la humareda.

—Mi bebé —masculló, sacudiendo la cabeza débilmente, incrédulo, mientras una lágrima se deslizaba por su rostro manchado—. Mi bebé.

Muckraker se iba a enterar. Podía estar bien seguro de ello.

Capítulo dos

—Por favor, toma asiento —dijo Marión Adrock, príncipe de todo Michigan.

Laurence Maxwell hizo lo que le ordenaban. Era esa misma tendencia la que explicaba su largo servicio como sheriff de Adrock. El predecesor de Maxwell había trabajado, brevemente por cierto, bajo el concepto errado de que el príncipe deseaba un consejero y confidente. Adrock no confiaba en nadie y no buscaba el consejo de ningún Vástago. Maxwell se sentó, envarado y formal, posándose en el borde del asiento más que acomodándose en él. Imitando el estilo de su príncipe, Maxwell vestía un traje a medida, aunque de un modelo y un corte más contemporáneo que el de Adrock, con menos probabilidades de llamar la atención de la población mortal. Los deberes del sheriff exigían que, en ocasiones, se mezclara con el ganado, una situación a la cual Adrock muy rara vez se veía abocado.

El príncipe se sentó tras un gran escritorio de madera. El escritorio de Maxwell. El sheriff había tomado posesión de esta oficina, siguiendo las órdenes de Adrock, por supuesto, luego del lamentable exilio de Calvin Bainbridge, ex-senescal del Príncipe Adrock. Oficialmente, Bainbridge, al igual que sus cómplices en la conspiración contra el príncipe, estaba ahora en la vanguardia de lo que, alguna de estas noches, sería una gloriosa incursión de Vástagos leales al príncipe en el territorio de Detroit controlado por el Sabbat. Teóricamente, Bainbridge estaba construyendo una red de contactos, preparando el terreno para esa triunfante invasión. Extraoficialmente, y siendo más realistas, había sido desterrado, sentenciado a una destrucción ignominiosa en manos de las hordas bárbaras del Sabbat. Considerando todo esto, Maxwell no tenía ningún reparo en que el príncipe se apropiara de su escritorio, de su oficina. Adrock, después de todo, era el dueño del Edificio Gideon. Toda la ciudad, asiento de su influencia, le pertenecía. Y la tarea de un sheriff astuto era servir, no encontrar defectos en sus superiores, y menos aún hacer comentarios sobre esos defectos. En algún momento, Adrock vacilaría. Su control del poder comenzaría a flaquear. Sin importar si eso ocurría en este siglo o en algún siglo próximo, un Vástago obediente, leal, que estuviera cerca en ese momento, bien podía cosechar algún beneficio. Lo difícil era detectar el momento preciso. Después de todo, Bainbridge también había creído olfatear esa debilidad.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Adrock. La única lámpara que había sobre el escritorio proyectaba profundas sombras en su rostro de halcón.

—He hablado largamente con Theodore —dijo Maxwell—. Su compañero de clan, Finian, efectivamente fue destruido.

—La explosión de las cloacas.

—Theodore no cree que haya sido la explosión lo que destruyó a Finian, pero sí que guarda relación con el hecho.

El príncipe reflexionó durante varios minutos, mientras el silencio se volvía pesado.

—¿Qué crees tú? —preguntó por fin.

—Creo —dijo Maxwell— que Theodore tiene suficientes motivos para cooperar con nosotros en este asunto. Le dije, como usted autorizó, que si él era capaz de responder a ciertas preguntas, yo no me sentiría obligado a sondear en otros temas... por ejemplo, en que cierto miembro de su clan estaba cazando en territorios reservados exclusivamente para el príncipe. Theodore recibió la sugerencia de buen grado y nos ha prestado bastante colaboración.

—Como debe hacerlo todo súbdito leal.

Maxwell asintió.

—Le expliqué el motivo de nuestra preocupación, que la destrucción de un Vástago no es un asunto insignificante y que el espectáculo público que se produjo en este caso en particular origina otras dificultades, tales como la amenaza potencial a la propia Mascarada.

—Lo que no puede ser ni será tolerado —dijo Adrock con gravedad.

Nuevamente, Maxwell asintió. Se debatía sopesando cuánto más debía revelar. Los secretos podían obrar a su favor, pero si se descubría lo que estaba ocultando podrían surgir dudas sobre su lealtad.

—Aparentemente —dijo el sheriff—, Finian le habló a Theodore de cierto mortal que era un fastidio para él.

—¿Un fastidio? —El príncipe levantó imperceptiblemente una ceja.

—Sí, mi príncipe. Este mortal, como cuenta Theodore, de algún modo percibía a Finian, a pesar del deseo de Finian de que ocurriera lo contrario. Finian no era un neonato y podía ocultarse de cualquier mortal. Theodore también cree que Finian llegó incluso a confrontar al mortal, aunque nunca lo admitiera directamente.

—¿Por el temor de haber matado a un mortal en mis dominios o por la vergüenza de haber sido vencido por un miembro del ganado, crees tú?

—En ese mortal había algo que desconcertaba a Finian, y ahora Finian ha sido destruido. —Maxwell se encogió de hombros—. Pero seguramente es una coincidencia.

Adrock reflexionó varios minutos. Maxwell aguardó con paciencia. No era inusual que el príncipe reflexionara durante horas o noches sin fin. Sin embargo, una amenaza potencial a la Mascarada y a los Vástagos locales requería una respuesta que, en otras circunstancias, podía parecer apresurada hasta el punto de la precipitación.

—¿Qué más? —preguntó el príncipe.

—Una vez que disminuyó el interés del ganado por las cloacas, Theodore llevó adelante su propia investigación, por orden mía. Descubrió varios sitios que Finian

aparentemente había frecuentado, uno de los cuales, un edificio de apartamentos situado cerca de los límites de la ciudad, es adyacente a otro edificio de apartamentos donde la misma noche de la explosión en las cloacas, aunque más temprano, había ocurrido un incidente violento. Theodore encontró señales de que Finian estaba interesado en el apartamento específico por el que llamaron a la policía.

—¿Señales?

—Marcas de garras en un lateral del edificio. Finian, evidentemente, tenía algo de *voyeur*.

—No me sorprende. Todo el clan... —Adrock hizo un gesto desdeñoso con la mano y dejó el tema de lado—. ¿Y?

—Tengo la dirección del apartamento y el nombre de la joven que vive allí. Pretendo investigar más sobre este asunto —dijo Maxwell.

El príncipe asintió, satisfecho.

—Finian era poco más que un animal adiestrado... y mal adiestrado, por cierto. Pero este tema del ganado problemático, como tú dices, necesita mayor investigación. —En las sombras, Adrock alisó unas inexistentes arrugas en su corbata—. Procede con la debida rapidez. Recluta toda la ayuda que necesites, de Theodore o de otros, pero no hagas correr la voz de la existencia de ese insólito mortal. Maneja el asunto con prudencia.

—Sí, mi príncipe.

Después de una larga pausa, Adrock agregó:

—Puede que debamos restringir las actividades de nuestros súbditos más extravagantes, pero primero debemos averiguar más.

Sentado frente a su propio escritorio, Maxwell escuchó sin inmutarse, pero hacerlo le costaba un gran esfuerzo, porque las palabras del príncipe le golpeaban el corazón. «*Nuestros súbditos más extravagantes*». ¿A quién podía estar implicando Adrock, si no al chiquillo del propio Maxwell? El príncipe había hecho el comentario como si fuese una ocurrencia del momento, pero Maxwell había estado a su servicio el tiempo suficiente para saber que con Adrock esas cosas no sucedían.

Sí, por supuesto que la Mascarada debía ser salvaguardada por encima de todo, pero esa amenaza velada contra Lionel... ¿Era simplemente eso, una palabra de advertencia para ser transmitida, un flechazo dirigido a un novato que no se contentaba con desaparecer del mundo mortal? Lionel mantenía un grado de contacto con el ganado que no era inusual entre las generaciones de Vástagos más jóvenes, pero que, no obstante, en ocasiones incomodaba a su señor. Y si había un mortal excepcional que sabía de la existencia del elemento superior escondido entre la masa de humanidad, mantener la Mascarada se volvía mucho más esencial. Adrock no permitiría que un neonato decadente pusiera en peligro su propia situación.

«*Debo advertir a Lionel*», pensó Maxwell. Pero no era ciego al otro significado

que podía subyacer tras las palabras de Adrock.

¿La intención del príncipe era que la advertencia fuese para el propio Maxwell? Como si le dijera: «*Todo lo que te he otorgado, te lo puedo quitar. No creas que eres mi igual*».

—Eso es todo —dijo el príncipe.

—Así se hará —dijo Maxwell—. Con su permiso.

Adrock asintió. Maxwell se puso de pie, hizo una respetuosa reverencia y se retiró.

Capítulo tres

Los tres agentes caminaban por el corredor sanitario a paso sincronizado, con los zapatos lustrados taconeando al unísono, talón-punta, talón-punta. Sus trajes negros parecían tragarse la luz fluorescente. Las gafas oscuras ocultaban sus ojos. Juntos, se detuvieron ante una puerta. El tercero estiró la mano hacia el picaporte, pero este giró un momento antes de que él lo tocara y la puerta se abrió hacia dentro.

—Justo a tiempo —dijo un hombre de baja estatura, vestido de traje. Llevaba gafas correctoras y su cabello comenzaba a ralearse—. Me habían dicho que erais puntuales. Me alegro de comprobar que es cierto. Adelante. —Lo siguieron hasta la oficina. El hombre se sentó tras el escritorio, mientras ellos se quedaban de pie, cada uno frente a tres sillas dispuestas delante del escritorio. El hombre hizo una rápida anotación en una libreta. Además de esta, los únicos elementos que había sobre el escritorio eran tres pares de auriculares ligeros—. Habéis recibido las órdenes de vuestros superiores, ¿verdad?

—Sí —dijo Tres.

—Bien —dijo el hombre, satisfecho—. De modo que sabéis que ahora hablo en nombre de Control. ¿Tenéis algún problema con eso? —Los otros permanecieron en silencio—. Bien. Eso pensaba. Estoy ansioso por trabajar con vosotros, amigos, desde hace bastante tiempo. Me han comentado muchas cosas de vosotros. La mayoría buenas —añadió. Cuando sonreía se le veían las encías—. Entonces, basta de teatro en las misiones de campo. Basta de cánones sueltos. Tengo que deciros que no sé muy bien cómo habéis logrado echar a perder esta misión de semejante manera. Los muchachos de Iteración están tremendamente enojados. Por eso nos han llamado, en especial a mí. Estoy aquí para limpiar el desorden. Personalmente, os confieso, no soy un gran fanático de estos cachivaches tecnoprotésicos que los de Iteración adoran tanto, pero... bueno, he venido a hacer un trabajo. Me enorgullezco de mi trabajo. Eso es lo que quiero ver en vosotros, amigos. ¿Alguna pregunta hasta ahora?

Los tres permanecieron de pie, atentos, mirando hacia delante.

—¿No? Bien. Entonces, lo primero: ese tal Adrian Cross que habéis estado persiguiendo... queda fuera de esto. Su familia inmediata también, la esposa y el niño. Lo que haya salido mal allá fuera, se debió a que vuestro asociado, vuestro comandante de campo, o mejor dicho ex-comandante de campo, aplicó un criterio deficiente. Los planes de contingencia existen por una razón. Si algo sale mal con el protocolo original, y luego también falla el plan de contingencia, retornáis a la base. No continuáis con el espectáculo. Es como robar la tercera base con dos *outs*: UNA gran jugada si lográis hacerla, UNA jugada estúpida si os alcanzan. No lo hagáis. ¿Está claro?

Los tres asintieron.

—Bien. Entonces, como os decía, vuestro asociado anterior aplicó un criterio deficiente y todos vosotros os visteis arrastrados por las consecuencias. Él ha sido reasignado a otro sitio. Ahora solo quedamos vosotros y yo, y vosotros, de aquí en adelante, estaréis encargados estrictamente de la seguridad. ¿Comprendéis? Bien. Voy a utilizar a nuestro otro contacto en el área. Pienso que demostrará... ¿cómo decirlo? ... mayor discreción que vosotros. Limitándose estrictamente al asunto. Nada de cortar piernas, nada de choques en cadena en la autopista. Todo bonito y sencillo, indetectable por el radar. Y antes de que os deis cuenta —volvió a sonreír, mostrando más encías— los muchachos de Iteración tendrán lo que quieren, que es la fabricación a gran escala de sus dispositivos, y todos contentos. Incluido yo, porque habré hecho mi trabajo y, como os he dicho, me enorgullezco de mi trabajo. Y cuando yo soy feliz...

Tres miró a Dos. Dos miró a Uno, que a su vez miró a Tres.

—Nosotros también somos felices —dijo Tres aplicadamente.

El hombre se reclinó en la silla con las manos detrás de la cabeza.

—Exacto. Sabía que erais algo más que una vestimenta vistosa. Y, ah, casi lo olvido. —Cogió del escritorio un juego de auriculares y se lo entregó a Tres—. De parte de tus superiores.

Tres estudió los auriculares un momento y se los puso. Se envaró un segundo, pero luego sus brazos volvieron a caer a los costados. Parecía absolutamente relajado, excepto por el hecho de que sus labios se movían sin emitir sonidos. Como un niño pequeño, cuando lee articulando las palabras. Con mucha lentitud, Uno y Dos giraron la cabeza para observarlo brevemente, antes de volver a su posición de firmes, mirando hacia delante.

—Vuestro ex-comandante de campo aplicó un criterio deficiente, pero la trasgresión de este asociado —dijo el hombre, indicando a Tres con un gesto— fue mucho más grave. Cuestionó a un superior durante la misión y comprometió la integridad operacional de vuestra unidad.

La boca de Tres seguía articulando lecciones invisibles.

—Su reeducación puede tardar cierto tiempo. Mientras tanto, vosotros dos habéis sido reasignados. —Cogió los otros dos juegos de auriculares del escritorio y se los ofreció—. De parte de vuestros superiores.

Uno y Dos vacilaron brevemente; luego estiraron la mano derecha, cogieron los auriculares y se los pusieron. Casi de inmediato, un zumbido audible invadió la oficina. Dos se colocó una mano en la oreja como si estuviese tratando de escuchar con más claridad. Tanto él como Uno intercambiaron miradas de curiosidad; luego las imágenes de ambos parpadearon y desaparecieron, sin dejar rastro de que alguna vez hubieran estado allí.

—Seguridad informática —dijo el hombre—. ¿Mencioné que os necesitaba para

seguridad informática? —Centró su atención en la figura inerte, sentada, de Tres—.
¿Alguna pregunta? ¿No? Bien.

Capítulo cuatro

—Douglas, nuestra cita es en una hora. ¿No te has olvidado, verdad? —Faye abrió la puerta apenas lo justo para asomar la cabeza. Era lo más lejos que parecía querer aventurarse al interior desde que habían convertido la habitación de huéspedes en sala de ejercicios.

Douglas, con la espalda sobre el banco, bajó lentamente la barra de pesas hasta el pecho.

—No, no lo he olvidado.

Faye aguardó, como esperando que él dijera algo más, pero cuando él continuó con sus ejercicios de banco, ella se retiró de la habitación y lo dejó solo.

Una hora era más que suficiente.

—No, no lo he olvidado, maldita sea —dijo Sands, aunque ya no había nadie allí. Terminó la serie de levantamientos, hizo otra serie de diez repeticiones y luego se quedó unos minutos sentado en el banco, en silencio.

Después de una ducha rápida, se sirvió una lata de *Nutri-Drink*. Hizo una mueca al probar la bebida, tan dulce y almibarada que daba asco, pero ya había perdido cinco kilos en los dos meses que habían transcurrido desde su regreso a la ciudad, en enero. Todo en la vida era un sacrificio. Al menos ahora.

Diez minutos más tarde, Faye y él estaban en el coche y ninguno de los dos hablaba. Ella encendió la Radio Pública Nacional y fingió que la escuchaba. Mientras conducía, Douglas observaba desconfiadamente al mundo que pasaba a su lado. ¿Los demás automovilistas eran lo que aparentaban ser, personas normales que habían salido a hacer lo que las personas normales hacían en sus vidas? Los estudió. Quería aprender cómo lo hacían. Él había llevado una de esas vidas normales, pero ahora todo eso le parecía ajeno, como si alguien le hablara en un idioma que se suponía debía entender, pero del que solo comprendía unas pocas palabras, alguna frase suelta, nunca lo suficiente para captar el significado de lo que se estaba diciendo. Los demás coches de la carretera contenían a esos extraños, los mismos que se ocultaban en cada casa y local comercial. Sin embargo, eran preferibles a la otra alternativa. En sus observaciones, Douglas se apartaba de todos los que, incluso remotamente, no encajaban dentro de ese molde de normalidad ignorante. Intencionadamente, no percibía a nadie que se saliera un poco de lo común, que fuese atípico, anormal. Percibirlos sería arriesgarse a que ellos lo percibieran a él. Si se fundía con la multitud, estaría bien. Faye estaría bien.

La oficina de David Boxer se encontraba en un sobrio complejo profesional. Era una serie de acogedores edificios de ladrillo, pensados para parecer residenciales, con una hilera laberíntica de aparcamientos repletos, rodeado todo ello de jardines especialmente diseñados. Después de que Douglas encontrara un sitio donde aparcar,

y de que Faye y él caminaran casi un kilómetro y por fin se sentaran en la reducida, aunque por suerte vacía, sala de espera, se cumplió exactamente el horario de la cita. *No, no lo he olvidado*, pensó Douglas. No esperaba recibir el menor reconocimiento por haberlo recordado... en contraposición a las infinitas quejas que habrían caído sobre él si, Dios no lo permitiera, por pura casualidad, lo hubiese olvidado.

—Faye, Douglas, cuánto me alegro de verlos —dijo Boxer alegremente cuando emergió de su oficina y los invitó a pasar.

«*Más le vale estar alegre* —pensó Sands—, *a razón de U\$150 la hora*». Faye y él escogieron las mismas sillas que la última vez y Boxer también, junto al escritorio, no detrás. Nada autoritario. Su oficina estaba dispuesta de tal modo que los clientes estuviesen cómodos: un sofá y un sillón a juego, junto a una mesita de café, por si deseaban algo más informal; fotos de su familia en los estantes; en las paredes, pinturas de patos en tonos mate y el sello postal que se correspondía con cada una de las imágenes elegidas.

—Bueno, ¿cómo estáis hoy? —preguntó Boxer.

—Bien —dijo Faye, hablando como si pensara que estaba vendiéndole una casa—. ¿Y usted?

—Bien, gracias. ¿Douglas?

Douglas obligó a sus labios a sonreír.

—Bien. Supongo que todos estamos bien. —«*Por eso te estamos pagando una fortuna por la terapia. Porque estamos...*»— Bien.

—Perfecto —dijo Boxer, cogiendo una libreta y una pluma de su escritorio—. Bueno, habéis estado un tiempo separados, varias semanas; dijisteis era el período de separación más largo que habíais atravesado desde vuestra boda. La última vez os pedí que pensarais sobre ese tiempo que habéis pasado solos... —Hizo una pausa significativa. A Boxer le encantaban esas pausas significativas—. Sobre cómo habéis pasado ese tiempo... cómo os ha hecho sentir esa separación... si ese tiempo de soledad os ha inspirado algunos descubrimientos acerca de vuestra relación... o de vosotros mismos. —Dirigió una mirada curiosa, llena de empatía, a Faye, y luego a Douglas.

Douglas suspiró.

—Hablaré yo primero, supongo.

—Gracias, Douglas —dijo Boxer con total sinceridad.

Douglas volvió a inspirar profundamente y ordenó sus pensamientos. Recorrió los detalles que le había dado a la policía acerca de su regreso a la ciudad dos meses atrás. Los había practicado bastante. Ahora, simplemente, debía relatar una variación del mismo tema, una interpretación creíble sobre su estancia en el campo.

—Pasé la mayor parte del tiempo solo. Había otro sujeto, un amigo de un compañero de trabajo, pero la conversación no era lo suyo. Quiero decir que...

diablos, es sordo, y yo no tenía muchas ganas de hablar. Estábamos en una pequeña choza, una cabaña de pesca en el hielo, y nos dedicamos a... bueno... pescar en el hielo. Ni siquiera me agrada pescar en el hielo, nunca he entendido cómo es posible que la gente disfrute de algo así, pero necesitaba alejarme de todo por un tiempo.

Douglas quedó en silencio, pero Boxer y Faye lo miraban expectantes, esperando que continuara. *Por Dios.*

—Eh... ya sabe... escapar. Por un tiempo. Pensar un poco.

—¿Pensar en qué, Douglas? —lo estimuló Boxer con gentileza, significativamente.

—En... eh... ya sabe... en todo. —Eso no lo satisfizo. Boxer todavía esperaba pacientemente, pero, por el rabillo del ojo, Douglas veía que la boca de Faye se ponía delgada y tensa—. Pensar en... Creo que me sentía atrapado. Atrapado. No por mi matrimonio —agregó rápidamente—. Atrapado por mis propios actos. —Boxer asintió con actitud cómplice. Faye cruzó los brazos—. Yo... eché a perder las cosas y creo que necesitaba distanciarme de todo eso para poder admitirlo ante mí mismo.

Douglas miraba fijamente el suelo para no tener que mirar a los otros dos. No podía fabricar una expresión de vergüenza convincente si miraba a Faye a los ojos. Estaba avergonzado, o al menos abochornado... abochornado por estar hablando de estas cosas frente a un extraño. Quizás era útil, en cierto modo, estar pagándole a ese tío; la interacción se volvía comercial y mercenaria antes que personal, como visitar a una prostituta. Depositar palabras en lugar de fluidos corporales y luego seguir adelante. Sin necesidad de transferencias ni de vínculos emocionales.

Una vez que el silencio se hubo extendido lo suficiente para poner incómodos a todos, Boxer se dirigió a Faye.

—¿Y usted, Faye?

Ella inspiró profundamente; se tomó un momento para organizar sus ideas.

—Me sentía herida. Me sentía enfadada. Traté... —reprimió un sollozo—. Traté de imaginar lo que él estaba pensando. Quería entender lo que estaba sintiendo, pero... pero no podía verlo, no podía captar todo eso. —Douglas suspiró aparatosamente, actitud que le hizo ganarse las duras miradas de Boxer y Faye—. Supongo que es obvio lo que ha estado ocurriendo desde hace mucho tiempo: que a él no le importa.

—Por Dios —explotó Douglas—. He regresado, ¿no es cierto? ¿Por qué demonios habré regresado? —No podía decirle: «¡Te salvé la vida! Regresé por si estabas en peligro otra vez... Ciega, desagradecida...»

—Douglas, por favor —intervino Boxer—. Deje terminar a Faye. Cuando usted estaba hablando, ella lo ha escuchado. —La reivindicación pareció satisfacer a Faye, pero no reconfortarla—. Y usted, Faye —añadió—, trate de no poner palabras en boca de Douglas. Recuerde lo que hemos hablado: escuchar activamente, usar frases

que comiencen con «Yo siento que». —Faye asintió, atemperada por la reprimenda.

«*Se echará a llorar* —pensó Douglas—. *Se echará a llorar, yo me sentiré un imbécil y él se pondrá de su lado*».

—Cuando él se fue —dijo Faye, mientras comenzaba a temblarle el labio—, cuando pasó el día de Navidad y vi que no aparecía por ninguna parte, y los días pasaron y luego las semanas... probablemente nunca me habría enterado de dónde estaba, de que no estaba muerto en una zanja, si nuestro amigo Albert, con quien se estaba alojando, no me hubiese llamado... Cuando se comportó así, me hizo sentir tan increíblemente sola... —Y ahora sí comenzaron a brotar las lágrimas—. Me sentí abandonada. —Faye sollozó unos momentos. Boxer le ofreció un pañuelo de papel. Ella se secó suavemente debajo de los ojos, cuidando de no estropearse el maquillaje—. Pero, en realidad —continuó por fin, ahora con un toque de acero en la voz, con un destello de cruel ironía—, no era muy diferente de cómo venía sintiéndome desde hacía años. No es diferente de cómo son las cosas ahora. —Giró la cabeza para mirar a Douglas cara a cara—. Puede que hayas regresado a casa, pero daría lo mismo que no fuera así. Siempre estás levantando pesas o tirado en el sofá.

—¡No puedo dormir! —dijo Douglas, a la defensiva. «*Los sueños... y su voz...*»

—Entonces toma un trago.

—Un trago. ¡Ja!

—Oh, como si a ti no te gustara pasar todas las horas del día en el gimnasio.

—Douglas, Faye, por favor...

—Lo que ocurre es que no soportas la idea de que esté en la habitación de invitados —continuó Sands, mientras la cabeza comenzaba a hervirle—. ¿Alguna vez tenemos invitados? No. Pero como hace diez años esa maldita habitación era el cuarto del niño, no puedes tolerar...

—¡Eso no tiene nada que ver!

—Faye... —trató de interceder Boxer.

—Tal vez deberíamos eliminar esa habitación de la casa —sugirió Douglas— y de paso rellenar la piscina.

—Douglas, Faye... —Boxer quedó levemente conmocionado y más que un poco sorprendido al ver que, esta vez, ambos le hacían caso y guardaban silencio. Inspiró profundamente—. Antes de que podáis solucionar los temas en conflicto, debéis estar dispuestos a escuchar al otro. Si a la primera palabra hiriente levantáis muros y comienzan a operar las mismas defensas que han ahogado vuestra comunicación, no hay manera de avanzar. Damos vueltas y vueltas y no llegamos a ningún lado. Giramos en círculos. Cada uno de vosotros encara esta relación desde una perspectiva diferente. Podéis estar en desacuerdo con la perspectiva de la otra persona, lo cual, sin miedo a equivocarme, puedo confirmar que ocurre, pero debéis ser capaces de escuchar, de oír, oír de verdad lo que el otro está diciendo, para poder comprender

cómo ve las cosas. Una relación no es una persona imponiéndose sobre otra. Es una constante serie de interacciones superpuestas...

—¿Realmente hay que estudiar para aprender toda esa mierda? —dijo Douglas—. ¿Piensa que somos idiotas? ¿Piensa que no nos llevamos bien porque somos estúpidos? Usted ni siquiera es médico, ¿verdad? ¿Entonces por qué diablos le pagamos U\$150 la hora? ¿Alguna vez se ha despertado por la mañana tan solo para descubrir que el mundo que lo rodea ha cambiado totalmente? ¿Tiene la menor idea de lo que está hablando, joder?

El interior del auto, un sedán de lujo, parecía inusualmente pequeño, constreñido. La RPN estaba emitiendo una música moderna interpretada por un órgano, disonante, abrasiva. El tráfico era sorprendentemente denso. Uno de cada dos automovilistas querían adelantar a Douglas, o ponersele delante y luego disminuir la velocidad a quince kilómetros por debajo del límite. Finalmente, apagó la radio. Faye lo miró con odio.

—Esa música hace que me duelan los dientes —dijo.

—Prometiste que lo intentarías —se quejó Faye, no hablando de la música.

—Lo he intentado.

—No demasiado. Dijiste que intentarías la terapia. También dijiste que dejarías de beber... y ya sabemos lo que ha pasado. «*Me esforzaré más. Podemos hacer que nuestra pareja funcione*». ¿Te suena? ¿Será lo próximo a lo que piensas renunciar? Nunca debí permitir que regresaras a casa. Tendría que haber guardado tus cosas y...

—Ya sé lo que dije —la cortó Douglas—. Y lo dije en serio. Todavía lo digo en serio.

—Pudiste haberme engañado.

—Mira, simplemente... no hagas esto.

—¿Qué no haga qué? ¿Recordarte que hace años has dejado completamente de esforzarte por salvar nuestro matrimonio? ¿No es conveniente para ti, Douglas, enfrentar los hechos? Eso era lo mejor que tenían las chicas, ¿verdad? Te las follabas y luego salías tranquilamente por la puerta. Sin compromisos, sin esfuerzo. Muy conveniente.

«*Ojalá hubiese sido tan simple*», pensó Douglas.

—Escúchame un segundo —dijo, pero luego cayó en la cuenta de que no tenía la más remota idea de qué decirle. Faye esperó, mientras él no decía nada.

—Tal vez deberíamos darnos por vencidos —suspiró Faye, derrotada.

—No —dijo Douglas—. Me... me importas mucho, Faye.

—Te importo mucho. No me amas.

Douglas no respondió. No sabía cómo hacerlo. No sabía si todavía la amaba o no. De un modo extraño, desde su punto de vista, eso ya no tenía nada que ver con el

asunto. *«No puedo permitir que te ocurra nada. Las cosas que están allá fuera... no puedo permitir que vengan a por ti. Si algo te sucediera, me odiaría. Me odiaría para siempre».*

—No puedo seguir así —dijo ella por fin—. No puedo. Detesto a la persona en la que me estoy convirtiendo. No quiero ser una... una bruja exigente. Pero tú no... no das nada. No quieres hablarme. La única manera en que alguna vez obtengo una respuesta es con exigencias. Entonces me convierto en la mala. No voy a seguir así, Douglas. No quiero. Necesito saber que vas a intentarlo. Y antes de que me respondas, piénsalo. Porque es posible que hasta ahora te hayas esforzado, pero no ha sido suficiente.

«Si supiera que estabas a salvo, me marcharía», pensó él. Pero no había manera de saberlo. Quizás nunca lo sabría. Su motivo para abandonar a Julia y Nathan a su suerte hacía dos meses, después de las muertes de Hetger y Clarence, era que tenía que proteger a su esposa. No podía correr por todos lados todas las noches, persiguiendo a otros monstruos, sin saber nunca si Faye estaba a salvo en casa. Si no podía preservar su matrimonio, si no tenía a Faye para aferrarse a ella, podría sentir el impulso de unirse a la cruzada demente de los cazadores. Tenía que seguir intentándolo. Tenía que esforzarse más. Creía que no podría vivir consigo mismo si no lo hacía.

—Lo intentaré —dijo.

Faye lo observó, escéptica. Douglas se dio cuenta de que ella lo estudiaba, tratando de adivinar sus pensamientos, sus sentimientos. Pero ella no tenía modo de saberlo, de poder entenderlo. Tal vez si hacía las paces con ella podría hacer las paces con Adam. Entonces podría dormir y no necesitaría beber y todo sería más fácil. La vida volvería a la normalidad. Por un instante, logró sentir esperanza.

—Lo intentaré. Te lo juro. —Pero ni siquiera al pronunciar esas palabras pensó que su esfuerzo fuera a servir de algo.

Advirtió que Faye también estaba luchando con la esperanza, pero... ¿para mantenerla viva o para tenerla en jaque por temor a que le nublara el juicio? Faye suspiró, descorazonada. La respuesta de Douglas era apenas suficiente. Por ahora. Pasaron el resto del trayecto a casa en silencio.

Capítulo cinco

En la región central de Michigan, marzo no parecía de ninguna manera un mes primaveral, y menos aún después del anochecer. Aunque llevaba ropa de abrigo, Julia estaba helada. Hacía dos horas y pico que estaba haciendo cola en el exterior de aquel edificio de ladrillos, sin más adornos que un cartelito de neón que rezaba *Club Lazarus*. Había llegado alrededor de las 11:00 p.m. y en aquel momento era la primera de la cola, donde el portero, un negro increíblemente enorme, seguía inmune a su lamentable situación. A estas alturas, ya no quedaba mucho de la fila: solo ella y otros pocos intransigentes, tal vez la mitad de ellos menores de edad, pero lo bastante desesperados como para quedarse a pesar de la posibilidad de ser rechazados. Julia, claramente, era la única persona de más de treinta años a un kilómetro a la redonda del club; quizá la única de más de veinticinco. Últimamente costaba estar seguro. Ahora, los de veintitantos le parecían todos iguales: demasiado jóvenes para estar fuera de noche y tan tarde, sin la compañía de un adulto. Los bebés que formaban fila detrás de ella ni siquiera tenían el buen tino de llevar puesto un abrigo de invierno. Estaban demasiado preocupados por parecer *chic*, o de moda, o modernos, o del rollo, o como diablos quisieran parecer los jóvenes en estos tiempos. Julia llevaba oyendo sus lloriqueos, gemidos y quejas, por no mencionar el castañeteo de sus dientes, más de dos horas. De vez en cuando, sentía ganas de cogerlos por los hombros y darles una buena sacudida, pero luego, un minuto después, se descubría albergando el deseo de poder entregarles mantas y chocolate caliente, y advertirles que se alejaran de aquel lugar... pero la única vez que se había aventurado a sonreírles, ellos se habían mostrado visiblemente enfadados y ofendidos por su gesto.

—Vieja loca —le había oído decir a uno de ellos.

«¡Vieja! ¿Vieja a los treinta y seis? —se había enfurecido ella—. *Está bien, mocoso ignorante, arréglatelas solo*».

De modo que ahora estaba envuelta en su abrigo, tratando de no hacer caso de los rezongos desconsolados de los que estaban detrás ni del impasible portero que tenía delante. Desde el interior del club se filtraba una música amortiguada, con tonos bajos que hacían retumbar el pecho. Durante toda la noche, cada vez que se abría la puerta, esos sonidos tecno rompe-tímpanos habían inundado la calle. Después de las primeras veces, al ver que nadie más lo hacía, Julia se propuso dejar de taparse los oídos. «*Cuando sean tan “viejos” como yo estarán sordos*», pensó de los jóvenes que estaban detrás, con lúgubre satisfacción. Pero otro pensamiento también se apoderó de ella, dejándola con un inconsolable sentimiento de culpa y mezquindad: «*Si es que llegan a vivir tanto*». Ella había venido, después de todo, para garantizar que esos jóvenes vivieran lo suficiente como para tener tiempo de arruinarse los oídos. Esos jóvenes debían gozar de la fortuna de vivir hasta llegar a ser ancianos y sordos.

«Puede que ese día nos encuentre esperando en esta fila», pensó. Levantó la manga del abrigo lo suficiente como para consultar la hora y suspiró. Sintió la tentación de renunciar y volver a intentarlo otra noche. Pero estaba muy cerca, y nadie sabía si otra noche, tan solo una noche más, podía marcar una diferencia crucial. Así que, a pesar del frío, del portero y de los ignorantes y desagradecidos muchachos que había detrás de ella, se quedó. Y aguardó. Y siguió aguardando.

Sus ojos se iluminaron cuando, por fin, se abrió la puerta y un estridente grupo, compuesto por tres chicas y dos chicos en diversos estados de embriaguez, todos riendo y hablando demasiado alto, salió del club dando tumbos. La potente música que los acompañaba fue casi bienvenida, pues traía la sugerencia de la tibieza del interior, el calor de los cuerpos que bailaban. La puerta se cerró de golpe tras ellos, y la acera quedó nuevamente en silencio, aparte del mismo ritmo ahogado de antes y los ecos de los jóvenes juerguistas alejándose por la calle.

Julia aguardó, expectante, medio minuto más, pero el portero no dio señales de dejarle entrar. Ni siquiera miraba en su dirección. Al menos eso creía ella. Era difícil decirlo, pues llevaba puestas unas gafas de sol que al parecer pensaba que era necesario usar de noche.

—¿Ahora puedo entrar?

No hubo respuesta. Ni siquiera se dignó a darse por aludido.

Julia se aclaró la garganta.

—Disculpe. Disculpe. —El hombre por fin giró la cabeza hacia ella. Julia hizo un esfuerzo por sonreír, a pesar del frío y de la grosería del portero—. ¿Ahora puedo entrar, por favor?

El hombre meneó la cabeza.

—No. —Y apartó la vista para volver a fijarla en Dios sabía qué.

—¿No? ¿Qué quiere decir no?

—Es una palabra corta.

Chico listo.

—¿Por qué no? He estado esperando aquí toda la noche. —Los jóvenes detrás de Julia mascullaron palabras de aprobación, hasta que el portero los miró y callaron inmediatamente.

—Ordenanza de incendios —dijo el portero—. No se puede sobrecargar el lugar.

—Pero acaban de salir cinco personas —señaló Julia—. Tiene que haber sitio para uno más, a menos que el lugar ya estuviese sobrecargado desde antes.

El portero suspiró, más aburrido que enfadado, y la miró por encima de las gafas.

—Señora, ¿por qué no se marcha? Lárguese.

—Mire, no estoy pidiendo un trato especial. He esperado en la fila. Solo quiero entrar, echar un trago, bailar un poco...

—¿Esta gente no es un poco joven para usted?

—Está bien —dijo Julia, enojándose, aunque él tenía razón—. No pienso seguir participando en sus jueguitos de portero. Puede que este trabajo sea su única manera de sentirse poderoso en la vida, pero no tengo tiempo para esto. Como usted ha señalado, soy prácticamente una veterana. Podría caerme muerta en cualquier momento. Por lo tanto, o bien me deja entrar ahora mismo, o mi abogado y yo haremos una visita a la policía y a los periódicos y montaremos el mayor escándalo que se ha visto nunca sobre el modo en que este club practica la discriminación por razones de edad y vende alcohol a los menores. ¿Es esa la clase de atención que desea conseguir? ¿Es eso lo que quiere su jefe?

El portero la miró fijamente un largo momento, con la frente surcada de arrugas de consternación. Frunció a medias los labios, haciendo que los pelos de su delgado bigote sobresalieran en ángulos raros. Julia le aguantó la mirada. No pensaba retroceder. Había mucho en juego.

Finalmente, con una exhalación larga y vaporosa, el hombre dio un paso de lado. Tal vez se hubiera tragado su amenaza, o tal vez no tuviera ganas de meterse en líos esa noche. En todo caso, abrió la puerta y Julia fue asaltada por un remolino cacofónico de luz y sonido.

—Lo que usted diga, hermana. —El portero sonrió mientras lo decía. Julia habría preferido que continuara de mal humor—. Ojalá se desmaye.

Ahora fue Julia quien lo miró fijamente, tratando de deducir si el portero estaba feliz por librarse de ella o porque sospechaba lo que le tenían reservado. ¿Qué implicaba esa sonrisa? «¿*Ojalá me desmaye u ojalá me maten?*»

—¿Va a entrar o no? —preguntó él, otra vez malhumorado y haciendo desaparecer la sonrisa.

—¡Entro yo! —gritó uno de los muchachos detrás de Julia.

—Tú vete al diablo —dijo el portero. Las luces que destellaban a través del umbral se reflejaron en sus gafas y tiñeron su piel oscura: rojo-azul-marrón-verde en rápida sucesión.

Julia pasó a su lado, preguntándose por un momento si el portero le había dicho eso último al impaciente aspirante a parroquiano de la cola o a ella. El golpe de la pesada puerta cerrándose a sus espaldas se fundió con el ritmo primitivo de la música que le retumbaba en los huesos y amenazaba con reventarle los tímpanos. Sintiendo casi como un ciervo cegado por los reflectores, se introdujo un poco más, lejos de la puerta. Aunque la mayoría de los que formaban parte de la retorcida y sudorosa masa de bailarines no se percató de su presencia, podía sentir las miradas que se clavaban en ella al pasar, estudiando a la recién llegada. Muy probablemente, no le dedicaban más que un vistazo superficial, ya que no era una bella jovencita, núbil y preparada para satisfacer las fantasías adolescentes masculinas... pero, a pesar de todo, se sentía observada. Alejarse de la puerta y de la tenue luz roja del cartel de salida no sirvió

para aliviarla. Las sombras eran aliadas del enemigo. La mayoría de las luces giratorias, parpadeantes, estaban suspendidas sobre la pista de baile. Las mesas de alrededor y el bar de la izquierda estaban casi totalmente sumidos en la oscuridad; eran antros de iniquidad, pozos negros que servían de escondrijo a lascivos demonios.

Se dejó puesto el abrigo, a pesar de la atmósfera pesada, colmada de humo. El frío que la había calado tan profundamente todavía no había desaparecido. Había intentado ponerse ropa joven, al estilo *chic* de las tiendas de segunda mano, pero ahora, al mirar los vientres desnudos que bailaban enérgicamente, los tops de colores alegres, los pantalones ajustados a la cadera, comprendió que se había equivocado. Cayó en la cuenta de que no era la ropa lo que estaba fuera de lugar. Era ella. Ya no tenía la figura de una mujer joven y sexy, y su confianza y actitud se habían marchado al mismo lugar al que se había ido esa figura. Tratando de ganar unos segundos para acostumbrarse a las luces y al volumen de la música, se agachó para fingir que se ajustaba los zapatos. Al menos los zapatos estaban bien, decidió, en un intento por reforzar su ego, que estaba desinflándose a toda velocidad. Negros y modernos, con anchos tacones de diez centímetros. Pero nada de eso importaba, se recordó. Tenía un motivo para estar allí que era más urgente que el ver y el ser vista. Su intento por transformarse en una atractiva tecno-belleza adolescente no había tenido éxito. Estupendo. Se dejaría puesto el abrigo. Mientras no destacara demasiado, todo estaría bien. Mientras consiguiera lo que estaba buscando, lo que había venido a buscar, y sobreviviera... mientras eso ocurriera, no era obligatorio encajar perfectamente en el grupo.

Se incorporó y trató de inspeccionar el interior del club, recorriéndolo con una mirada aparentemente despreocupada. Escudriñó la mezcla de luces y cuerpos giratorios buscando pistas y señales que le indicaran quién era el que estaba buscando. Qué era. No estaba segura. Solo rogaba poder saberlo cuando llegara el momento. Tenía que saberlo. Podría no haber otra manera y el tiempo obraba cada vez más en su contra. Pero la necesidad era una sensación cruel, y no había nadie en la fluctuante masa de bailarines ni entre los merodeadores de los laterales, que bebían sus copas entre las sombras, que le pareciera destacable. Nathan y algunos de los otros llamaban a esta manera de localizar al enemigo «la segunda visión», y eso era lo que incomodaba a Julia. «¿Estoy pasando algo por alto? ¿Ha desaparecido mi segunda visión y yo aún no lo sé?» ¿Podría ser ese el motivo de que todos le parecieran normales, humanos? Se encaminó al bar, intentando proyectar más confianza de la que poseía y sintiendo con cada paso el implacable tum-tum-tum del compás de la música.

—Vodka Collins —pidió, apenas capaz de oír sus propias palabras. El barman asintió. O bien sabía leer los labios, o bien...

Julia se apartó de la barra, clavándose las uñas en las palmas de las manos. Era

normal, por lo que se veía; a medida que lo fue observando mejor, un alivio lento y dubitativo la fue invadiendo. Concentrándose, ella habría visto si era... otra cosa, algo que podía colgarse en el exterior de un edificio y escuchar lo que ocurría dentro, algo inhumano. Si él fuera realmente uno de esos, lo habría visto.

«*Pero ¿y si esta vez no lo veo?*», volvió a pensar, y otra punzada de miedo la atravesó. Su corazón, que empezaba a calmarse después del sobresalto anterior, comenzó a acelerarse de nuevo. El barman colocó la bebida frente a ella. Julia sacó un billete de cinco y, muy parsimoniosamente, se lo entregó, obligándose a mirarlo a los ojos. Era una persona normal. En aquel sitio, su cabeza afeitada, los tatuajes a lo largo del brazo y la media docena de aretes ni siquiera podían calificarse como inusitados y mucho menos vanguardistas. Julia dio unos sorbos a su bebida; luego un largo trago. Respiró profundamente, tratando de sofocar la adrenalina que amenazaba con hacerla huir a toda velocidad del club después de tantas horas de tedio subártico.

«*Contrólate*». Bebió otro trago. «*Recuerda de qué se trata todo esto*». Ninguna incomodidad, física o emocional, la haría retroceder. Esto sobrepasaba los límites de un simple compromiso... con ella misma o con cualquier otro. «*Recuerda de qué trata todo esto*».

Timothy.

Levantó la copa otra vez para apurar el resto de la bebida, pero se detuvo en seco. Necesitaba mantener la cabeza fría, y estaría más cómoda si tenía una copa a la que aferrarse mientras estudiaba los alrededores. «*Ten paciencia. No hagas nada estúpido*». Abriéndose paso hacia el grupo de mesas más cercano, Julia observó la hilera de parroquianos apoyados en la barra. Había unas mujeres descansando del baile. Grupitos de hombres, congregados como manadas de lobos, bromeando sobre la música y mirando a las bailarinas o a las mujeres del bar. Algunos solitarios sentados, distraídos, con los rostros enterrados en sus bebidas. En el extremo más alejado había un hombre negro con una desconcertante apariencia andrógina, con los ojos excesivamente maquillados, y junto a él un joven de cabello plateado con pantalones de cuero que dejaban su trasero al aire. Julia continuó caminando y descubrió que la clientela desparramada entre las mesas era bastante similar a la de la barra. «*Definitivamente, no pertenecen a mi grupo demográfico*», pensó. Encontró una mesa, cubierta con una pila de abrigos pero desocupada, contra la pared del fondo, cerca de la salida de emergencia. Sentada y lejos de las luces de la pista de baile, el bar y la puerta de entrada, se sintió levemente más cómoda, más invisible... pero no más cerca de lograr su objetivo.

Lo único que tenía era un nombre. Un nombre y una corazonada. Era tan poco como para volverse loco, pero más de lo que había tenido durante muchos meses. Y tenía que agradecerle a Nathan lo poco que sabía. Desde que la policía apareciera con la primera pista del paradero de Timothy y Julia construyera su endeble teoría,

Nathan había pasado todas las horas del día tratando de extraer más información de los registros *online* del condado y del municipio... todo ello mientras redoblaba sus esfuerzos por reconstruir su sistema informático, después de haber sufrido esa especie de Chernobyl unas semanas antes.

«*Demonios* —pensó Julia, contemplando la pista de baile, los rostros y movimientos de los jóvenes cuerpos: extasiados, lujuriosos, vitales, inconscientes—. *Es probable que la mayoría de estos chicos ni siquiera haya oído hablar de Chernobyl o de la Isla Three Mile. Historia antigua*».

Se encogió de hombros. Lo supieran o no, los jóvenes tenían cerca otros peligros por los que debían preocuparse. Mientras continuaba inspeccionando a la multitud, Julia trató de detectar cada detalle. Quería absorberlo todo, cada matiz de cada giro y expresión, porque no sabía qué era lo que estaba buscando. Tenía que percibirlo todo en todos los que veía. Se exigía lo imposible porque era necesario. No podía darse el lujo de pasar nada por alto. Después de diez o quince minutos, la intensa concentración hizo que empezara a dolerle la cabeza, o puede que el dolor se debiera al humo de cigarrillo o a las luces centelleantes. Sus pobres pupilas agotadas se dilataban y contraían sin cesar, tratando de captar algo que una persona normal no podría captar. «*Mis ojos, que aún no han cumplido los cuarenta*», pensó, frotándose los ojos.

Podría haberse ahorrado las molestias. Cuando finalmente lo vio, no tuvo dudas.

Estaba apoyado contra la pared opuesta, con los brazos cruzados, demasiado satisfecho consigo mismo, como el proverbial gato después de atrapar al canario. Como algunos de los hombres del bar, él también observaba a las bailarinas con una lascivia levemente velada, lujuriosa, hambrienta, pero no tan abiertamente depredadora como para causar alarma. Para los ojos no iluminados, no imbuidos, parecía bastante humano, pero Julia lo veía de modo diferente. Venas de color púrpura azulado le abultaban la piel de las sienes, el cuello, los brazos cruzados en toda su extensión. No fluía sangre por esas venas. No había ningún latido cardíaco que marcara el ritmo del paso mortal del tiempo. Como por contraste, Julia de pronto fue consciente de sus propios latidos furiosos, que a sus oídos sonaban más fuertes que la música. Estaba sudando, aunque un escalofrío muy particular le recorría la espalda, mientras sentía que se le erizaba la piel. Muy lentamente, los detalles más mundanos de la criatura se filtraron en su conciencia: largo cabello desmelenado, delgado collar de oro, ajustada camiseta negra, jeans rotos. Y siempre la mirada lasciva. No provocada por el deseo sexual, ella lo sabía, sino por algo mucho más básico, más profundo... aunque los clientes desbordados de hormonas del club fuesen muy reacios a pensar que podía existir algo más elemental que la energía sexual.

Julia se puso de pie. Dejó atrás la mesa con la pila de abrigos y los rincones sombríos del área de descanso y avanzó por la pista. Sentía la lengua y los labios

secos y agrietados, pero tenía la garganta tan tensa que no podía tragar. Vagamente, recordó la copa que tenía en la mano, pero su atención estaba centrada en la criatura apoyada contra la pared opuesta. Nadie le prestaba atención a ella: ni los bailarines que daban vueltas a su alrededor, todos sudor y maquillaje y espasmos de muerte, ni la cosa que los vigilaba, ataviada con su disfraz de humanidad. Julia se enjugó la frente. Una porción tan grande de su vida se había convertido en frustración y fracaso, que la cercanía de... de lo que fuera, de cualquier cosa que pudiera llevarla a Timothy, era casi demasiado tentadora para soportarla. Sus piernas parecían de goma. El temblor de su mano hacía tintinear el hielo de la bebida contra la copa. Los bailarines eran poco más que un borrón de luces y movimiento, y cada sacudida, cada golpe y cada chillido se sincronizaba con el ritmo del corazón de Julia. Con cada paso que daba, deseaba que la bestia se marchara. Deseaba ver una extensión de pared vacía y sentir que sus esperanzas se marchitaban y morían, que su corazón se derrumbaba. Otra vez, como tantas otras veces.

Pero él seguía allí. Ahora Julia estaba muy cerca, a unos cinco metros. Con los dientes apretados, trató de reprimir la segunda visión. Necesitaba ver a este monstruo como él quería ser visto; necesitaba hablar con él. Con una ondulación desconcertante, su visión se desplazó y el ser adquirió una apariencia totalmente normal. Pero ella sabía. Sentía su discrepancia, su condición errónea y la sutil crueldad de su indiferencia. Julia notó que otros también lo percibían, sin siquiera saber que lo estaban haciendo. Una hermosa jovencita, sumida en un estado casi de éxtasis provocado por la música y el baile, se acercó demasiado al observador. La chica se detuvo, miró a su alrededor con incomodidad y luego se apartó de él para volver a perderse gradualmente en la música. Julia vio la mirada del monstruo; lo vio observar a la chica.

—Déjala tranquila —dijo Julia, atravesando los últimos metros hasta llegar al sitio donde él se encontraba. Se le enfrentó, tan sorprendida como él por su arrebató, puede que más.

—¿Ha dicho algo, señora?

—Ya me has oído. —Su accidental rapto de valentía se desvaneció rápidamente. Julia sintió que el miedo se le enroscaba en las entrañas. Con un gesto que, esperaba, pareciera despreocupado, se obligó a levantar la copa para humedecerse los labios escaldados, sin apartar un solo instante la vista de la bestia. Él también la observaba, con la cabeza erguida, los ojos entrecerrados, como un gato perplejo y a la vez divertido ante la presencia de un ratón insólitamente agresivo—. ¿Eres Lionel Braughton? —le preguntó.

Él sonrió, una mueca ancha y llena de dientes, y Julia vio algo en sus ojos que no había visto en otros hombres del bar: lujuria, hambre. Tal vez ella no se ajustara al modelo de Barbie como las demás, pero este sujeto tenía gustos diferentes... gustos

que ella podía satisfacer tan bien como cualquier otra.

—¿Yo, Lionel? —Rió secamente—. Espero que no. No. Soy Kyle.

Kyle. La mente de Julia examinó cuidadosamente los detalles de la historia que Jason le había contado sobre un chico amigo de la secundaria, llamado Kyle, que les había presentado a su hermana y a él a Lionel Braughton. Ahora, tanto Jason como su hermana estaban muertos.

—Tengo que hablar con Lionel. ¿Está aquí?

—Usted no parece el tipo de chica que a él le gusta —dijo Kyle, aún sonriendo—. ¿Es forastera? No recuerdo haberla visto antes.

—No me has visto.

—¿De qué quiere hablar con él?

«*Genial. Otro imbécil jugando a portero*», pensó Julia.

—¿Acaso he dicho que quisiera hablar contigo del tema?

Kyle se envaró. Se enderezó más, la miró con odio y su sonrisa desapareció.

—Señora, usted ha pensado que yo era Lionel. No tiene nada que tratar con él.

—¿No? —Julia se contuvo. Tenía miedo de aquella criatura. Solo la determinación y la furia que sentía mantenían ese miedo a raya. Él no era como la evidente monstruosidad que había acechado a Sands, pero el aspecto no lo era todo. No quería presionarlo demasiado. Podía matarla; estaba segura. Y entonces, ¿quién continuaría buscando a Timothy? Pero había llegado hasta allí, demasiado lejos para retroceder.

»Sí tengo asuntos que tratar con él, y si no puedo encontrarlo me aseguraré que su nombre y fotografía aparezcan en la primera plana de todos los periódicos del país. ¿Crees que a él le gustará? —La táctica de la publicidad había funcionado con el portero del exterior. ¿La haría superar también el siguiente escollo? «*Estos cabrones no soportan la luz del día*», pensó.

La determinación de Kyle se debilitó. ¿La mujer estaba alardeando? Estaba intentando decidirlo.

—Usted no conoce su cara. No tiene ninguna foto.

—Antes era músico, ¿verdad? Tengo un viejo folleto. Aquí dentro está oscuro. Tú o cualquier otro tío de pelo largo y aspecto descuidado podría parecerse a él. —Julia se encogió de hombros—. ¿Piensas que estoy mintiendo? ¿Quieres tomar esa decisión y equivocarte? ¿O quieres dejar que sea Lionel el que decida?

El monstruo vaciló; luego, por fin, apartó la vista.

—Espero que esté mintiendo, señora, porque si es así yo seré el encargado de poner las cosas en orden.

Lo había vencido.

—Estaré ahí —le dijo Julia, señalando con la cabeza la mesa del lado opuesto del salón.

Cuando Kyle desapareció por una puerta cercana que tenía un cartel de privado en letras autoadhesivas, un escalofrío recorrió el cuerpo de Julia. Había logrado reprimir sus temblores mientras hablaba con él, pero ahora que ya no estaba, el hielo de su bebida comenzó a tintinear de nuevo contra el lateral de la copa. Bebió un largo trago, y se terminó lo que quedaba tan rápidamente que se le llenaron los ojos de lágrimas. «*Ahora tranquila*», se dijo. Pero ni siquiera el alcohol podía calmarle los nervios. Acababa de estar frente a frente con uno de los monstruos. En su mente apareció la imagen de las venas sin sangre formando bultos debajo de esa piel blanca y lánguida. «*Un vampiro, por el amor de Dios. Igual que el que acechaba a Sands*». Quizás algún día sería más fácil, menos discordante, enfrentar lo imposible, lo antinatural, el mal encarnado... pero no lo creía así. La misma presencia de la bestia agitaba algo profundo en su interior, algo primigenio que se retraía, espantado, ante la inhumanidad de la criatura. Trató de no pensar en eso, trató de permanecer alerta por lo que pudiera ocurrir a continuación. ¿Estaría allí Lionel Braughton? Kyle, por cierto, le había dado esa impresión. Esperaba no haberlo ahuyentado y luego se echó a reír ante la idea: ella, ahuyentar a un vampiro. Rió entre dientes. Era un sonido seco, hueco.

A su alrededor, las luces de la pista se desplazaron, formando nuevos y brillantes dibujos. La música se interrumpió brevemente y luego revivió con una nueva melodía, imposible de distinguir de la anterior. Julia no pudo evitar preguntarse si Timothy llegaría alguna vez a frecuentar este tipo de lugares, ya que no tenía la menor duda de que lo hallaría, que estaría sano y salvo, a pesar de lo que hubiese tenido que soportar; no podía creer otra cosa.

La mano que se apoyó en su hombro la sobresaltó. Al volverse, rápidamente, lo primero que llamó su atención fueron los ojos: de color azul oscuro, penetrantes, curiosos y risueños a causa de algún chiste del que ella, teóricamente, no sabía nada.

—¿Nos conocemos? —le preguntó él, sonriendo con malicia—. Porque nunca olvido un rostro, especialmente el de una mujer hermosa.

La sonrisa también cautivó a Julia, igual que los ojos. Se descubrió comenzando a devolverle la sonrisa, deseando agradarlo, sintiendo alivio al descubrir que, a fin de cuentas, no era tan malvado. En el mismo instante, sin embargo, vio la realidad más claramente, mientras su segunda visión atravesaba la fachada tramposa que habría engañado a una persona normal. Colmillos chorreando sangre, y más venas, que en este caso transportaban vida, aunque esa vida no pertenecía a la bestia por derecho propio. «*Recuerda* —se dijo—. *Recuerda lo que es en realidad. Siempre*». Fortalecida, reprimió la segunda visión. Aún sentía la fuerza de la personalidad de él tironeando de su ser como una marea inexorable, pero estaba en guardia. Era inmune. O eso esperaba.

—Sé lo que eres. —Lo dijo con tanta suavidad y vehemencia que apenas escuchó

su propia voz, ahogada por el ritmo ensordecedor de la música.

Pero él la oyó. Por una fracción de segundo, se le heló la sonrisa; luego, esta se convirtió en una expresión de aburrimiento.

—Sí, claro. Pero... eh... si busca usted a su hija o algo así, lo que le haya ocurrido fue con su total consentimiento. ¿Sabe a qué me refiero? Si ella le cuenta otra cosa, está mintiendo.

Julia lo miró con odio, confundida. «¿Hija? ¿De qué diablos estás hablando, hijo de puta? Quiero a mi Timothy».

—No tengo hijas —dijo.

—¿En serio? Oh, bueno. —Se encogió de hombros—. Entonces bienvenida al Club Lazarus. —Otra vez era el simpático, el perfecto anfitrión, guapo, con cabellos hasta los hombros peinados con *mousse*, ojos azules y sonrisa de galán. Su camisa y pantalones negros eran caros y hechos a medida, la corbata de seda. Extendió la mano—. No hemos sido presentados como corresponde. Soy Lionel Braughton.

Julia miró la mano fijamente, pero no se la estrechó. Bajo la piel del monstruo se retorcían unos gusanos. Pestañeó con fuerza, y entonces apareció la piel tersa, pálida, los dedos demacrados adornados con un caro anillo.

—Tengo un hijo —dijo Julia—. Un niño pequeño. Y quiero que me ayudes a encontrarlo.

Lionel retiró la mano rápidamente, como si se la hubieran mordido. Levantó ambos brazos con un gesto de inocencia.

—Vaya, señora. Se ha equivocado de persona. Soy el primero en admitir que en ocasiones... bueno... incluso con frecuencia... he perseguido a algunas bellas muchachitas, pero no me dedico a los niños. No, se ha equivocado de persona —protestó, casi animadamente—. Permítame que le ofrezca otro trago —dijo—, o mejor aún, ¿qué le parece una excursión privada por las instalaciones, para que las conozca?

Igual que sus ojos y su sonrisa, la propuesta atrajo a Julia más de lo que debía. Por un momento, consideró la posibilidad: luego reconoció lo demencial de la idea.

—No voy a ir a ningún lado sola contigo —dijo—. Y guárdate tus encantos para las bellas muchachitas. —Así era como las atrapaba: de la mano de su vanidad y su sed de sangre, atrayéndolas a sus garras, a esas chicas que nada sospechaban... porque ni la más desvergonzada de ellas era capaz de sospechar lo que él tenía en mente. Pero Julia lo sabía.

Lionel la estudió con una media sonrisa divertida, aparentemente perplejo de que sus proposiciones fuesen rechazadas.

—Estás acostumbrado a obtener lo que quieres —dijo Julia.

—Sí, es verdad. —Pensaba que era un juego.

Hijo de puta. Insensible, despiadado hijo de puta.

—Estás acostumbrado a sonreír y a bromear y a que las chicas se desmayen a tus pies.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Si el zapato no aprieta... —Acercó una silla y se sentó junto a Julia, frente a la mesa con la pila de abrigos.

—No estás habituado a que alguien sienta repulsión por el solo hecho de verte —dijo ella—, alguien que sabe exactamente... qué eres. —El monstruo abandonó levemente su pose de confianza—. Entonces, dime —continuó Julia—, ¿alguna vez fuiste humano?

«Ya está», pensó ella. Ahora sí parecía un poco más humano, con cierta expresión de vacilante incertidumbre en el rostro.

—Ahora bien, con respecto a mi hijo, Timothy...

Lionel parecía distraído, intranquilo, si no preocupado. Echaba vistazos alrededor, prestando solo una atención parcial a Julia, pero la escuchaba.

—Ese hijo suyo...

—Timothy.

—Sí. ¿Qué le hace pensar que yo sé algo de él? Es decir, mire este sitio. No es exactamente la clase de lugar donde pasan el rato los niños. —Ahora la miraba de manera diferente, tratando de extraerle algo, de descifrarla. Por el momento, estaba desequilibrado; por el momento, Julia tenía ventaja.

No podía dejar pasar la oportunidad. El miedo seguía allí, recorriendo cada centímetro de su cuerpo, pero el dolor por su hijo era más penetrante. La impulsaba inexorablemente hacia delante.

—Timothy ha estado perdido desde hace nueve meses. Desapareció de nuestra casa, de la mía y de mi esposo... mi ex-esposo.

—Muy bien. El chico desaparece —dijo Lionel—. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Te lo diré. Durante meses, la policía no pudo encontrar una sola pista. Nada. Pensaron que Timothy había huido.

—¿Y su ex-marido? ¿Se cercioró de que no estuviera con él antes de apuntarme con el dedo?

—Mi marido, David, está muerto. Se suicidó, supuestamente. No me lo creí ni por un segundo. David no era de los que sienten cargos de conciencia, no se deprimió un solo día de su vida; definitivamente, no era candidato para el suicidio.

—Drogas —dijo Lionel—. Le digo, he visto algunos chicos...

Julia negó con la cabeza.

—Le hicieron la autopsia. Nada. David no se suicidó. Y al ver que Timothy no aparecía por ninguna parte después de unos días, hasta la policía tuvo que admitir que lo habían secuestrado, pero se negaron a relacionar eso con la muerte de David.

Dijeron que la nota de suicidio que dejó era muy convincente. Estaba escrita con su caligrafía, sí, pero...

—Señora, realmente está usted al límite, ¿sabe? Y estoy cansado de llamarla «señora». Parece que sabe quién soy. —Julia escuchó la velada acusación que ocultaban sus palabras: «*Parece que sabe qué soy*»—. ¿Cómo demonios se llama?

Julia dudó e instantáneamente deseó no haberse permitido un solo segundo para reflexionar, deseó haber escupido todo de una sola vez. El hecho de estar sentada allí, en aquella mesa, hablando con esa... con esa cosa... era demasiado perturbador. Y ahora la cosa quena saber su nombre. «*Puede averiguarlo si realmente lo desea* — pensó Julia—. *El periódico, los artículos, los obituarios, los carteles de Timothy...*» y había otro factor perturbador: en cierto modo, ella le estaba pidiendo ayuda al monstruo. ¿Podía hacer semejante cosa y al mismo tiempo negarse a que él conociera su nombre? Si ese era el precio por encontrar a Timothy, que así fuera.

—Julia Barnes.

El vampiro asintió. Quizá reconocía lo que implicaba la confesión de ella, o tal vez solo suponía que le estaba mintiendo.

—Bueno, escuche, Julia. Le aseguro esto. Nunca me fijé en su esposo, así que si usted piensa que alguien lo mató y...

—No he terminado —dijo Julia con dureza—. Durante meses, la policía no encontró una sola pista, pero entonces alguien los llamó desde una casa. No estaba vacía, pero parecía abandonada. Y allí encontraron la mochila de Timothy... la de la escuela, la mochila verde. Estaba en esa casa. —Se le cerró la garganta. Luchó por contener las lágrimas que trataban de inundarle los ojos. El acto de pronunciar esas palabras, de hablar de una pista tangible del paradero de Timothy, era casi demasiado para ella.

—No era mi casa, Julia. No es asunto mío —dijo Lionel, no con mala intención.

Julia se tragó el nudo de la garganta. De pronto, su rostro enrojeció de furia.

—¿Cómo te atreves a negar tu responsabilidad? ¿Cómo puedes sentarte ahí y fingir que no tienes las manos manchadas de sangre?

—Disculpad —dijo una joven que acababa de acercarse a la mesa—. Tengo que recoger mi abrigo. —Se acobardó al ver los dos rostros adustos que se volvieron para mirarla. El novio de la chica los miró por encima del hombro de ella—. Mi abrigo... —dijo ella, como disculpándose, por si no la habían oído.

—Lárgate —dijo Lionel con voz de acero. Volvió a mirar a Julia.

El novio dio un paso adelante, más conciliador que enfadado.

—Solo necesitamos recoger...

—Lárgate.

Los ojos de Lionel se pusieron rojos por un instante, y Julia vio la furia animal que yacía debajo de la superficie. Se puso tensa y apretó su copa con tanta fuerza que

pensó que iba a quebrarla. La joven pareja también se sobresaltó y retrocedió un paso.

—Vamos —dijo el novio, apremiante, a su pareja, que seguía con la boca abierta. La tomó del hombro y ambos retrocedieron rápidamente, chocando con los bailarines que estaban detrás.

Julia miró fijamente a la criatura que se sentaba frente a ella. «*Recuerda lo que es en realidad. Siempre*». La furia de Lionel se disipó. Era como si hubiera espantado una mosca.

—¿Decía usted?

Ella trató de responder.

—Yo... —Pero no pudo evitar preguntarse qué ocurriría si esos ojos rojos la miraban a ella. ¿Sería capaz de resistirlos? Tenía que recordar que, sin importar lo simpático y humano que Lionel pudiera parecer, era una bestia sedienta de sangre—. Estaba diciendo... eh... que la policía encontró la mochila de Timothy. —«*Timothy. Piensa en Timothy. ¡Todo esto es por él!*»—. ¿Sabes qué más encontraron en esa casa? ¿En el sótano? Cuerpos. Cuerpos en descomposición. Todos sin una gota de sangre.

Ahora la expresión de Lionel era completamente neutra; su falta de respuesta era aún más aterradora que ese rapto de furia contra la pareja. Con voz monótona, muerta, dijo:

—¿Qué tiene que ver eso conmigo, Julia?

«¿*Qué hará si se lo digo?* —pensó ella—. ¿*Qué hará si pronuncio la palabra “vampiro”?* ¿*Me matará?*»

Y mirando ese rostro frío, inexpresivo, de pronto se percató de que él no iba a permitir que se alejara tranquilamente de aquella mesa, de aquel club. Al menos no con vida.

«*Debo convencerlo de que me ayude*».

—¿Contigo, personalmente? Quizás nada. Conseguí tu nombre a través de un amigo, Jason Parker —dijo ella.

—No me suena.

—También conocías a su hermana. Laura.

—Conozco a un montón de hermanas de gente —dijo Lionel, recuperando lentamente la actitud juguetona y traviesa.

—No me vengas con tus tonterías de *playboy*. A mí no me engañas con eso. Considerando lo que se encontró en esa casa, y lo que Jason me dijo de ti, pensé que podrías ayudarme.

—Pues díglele a su amigo Jason que...

—Está muerto. Su hermana también. —Julia escudriñó su rostro para detectar alguna reacción, alguna emoción humana, remordimiento o incluso placer. No

encontró nada.

Lionel alzó los hombros.

—Todos los días muere alguien. —Comenzó a levantarse del asiento—. Y creo que ya he escuchado suficiente de lo que usted tenía que decir.

Mientras Lionel se ponía de pie, Julia quedó paralizada. Aunque él se esforzaba por mantener la furia animal debajo de la superficie, a ella le resultó muy fácil captar su instinto asesino, su mirada depredadora.

—¡Aléjate de mí! —gritó Julia. Y el mundo se volvió loco.

Unas chispas calientes volaron por el aire, entre ella y Lionel, que trastabilló hacia atrás, con los ojos bien abiertos. Pero entonces se lanzó sobre Julia más velozmente de lo que ella podría haber imaginado, avanzando antes de que ella lograra recuperar el aliento. Lionel era poco más que un borrón, pero las chispas volvieron a llenar el aire, apartándolo de ella, reteniéndolo en el mismo lugar en el que se encontraba. Por un instante, Julia lo vio claramente, con los ojos rojos ardiendo, los colmillos al descubierto como una bestia salvaje...

Y entonces el fuego invadió la oscuridad. Lionel saltó hacia atrás, con una expresión aún más salvaje. Su alarido diabólico de terror y dolor se apoderó de los oídos de Julia. No había nada humano en ese chillido.

Más llamas. El hombre negro que había visto en la barra sacó un aerosol y un encendedor. También el joven de cabello plateado. Presa de un pánico irracional, Lionel golpeó la mesa y la puso patas arriba.

—¡Julia! ¡Cuidado! —gritó el negro.

Los abrigos volaron por los aires, algunos ardiendo, otros derritiéndose, convertidos en pestilentes masas de nailon. Todo era humo, luces que se encendían y apagaban y música machacante. Julia se volvió y vio a un matón que no reconocía corriendo hacia ella. Se quitó un zapato y lo golpeó en la sien con el tacón de diez centímetros. El hombre cayó al suelo estrepitosamente.

De pronto, Kyle apareció de la nada, arrojándose sobre la mesa con un rugido. Otra llamarada lo lanzó en dirección opuesta, mientras, con las garras, se arrancaba la camisa que se consumía lentamente.

Julia trató de localizar a Lionel. Había clientes histéricos corriendo en todas direcciones y gritando, mientras el caos se apoderaba de todo el club. Logró ver un rostro que reconoció: el negro del bar. Por eso estaba allí: para protegerla.

—¿Abraham? —gritó Julia.

La cogió del hombro y elevó una mano para defenderse cuando ella, instintivamente, hizo ademán de pegarle con el zapato. Sacudió la cabeza.

—Braughton se ha escapado —dijo—. Y será mejor que hagamos lo mismo.

Julia estaba aturdida. Ausente. Había fracasado, entonces. Y eso podía significar la muerte de Timothy.

—Vamos —dijo Abraham, arrastrándola del brazo—. Johnny, saquémosla de aquí.

El joven del pelo plateado cogió a Julia del otro brazo y ambos la obligaron a avanzar a través de la frenética muchedumbre. Mezclados entre la manada, escaparon del club y se perdieron en la noche helada.

Capítulo seis

—Habitación 307, señor.

—Gracias. —Matthew Simonson cogió la tarjeta magnética que le ofrecía el recepcionista.

—Si puede firmar aquí, por favor...

—Claro. —Extendió la mano hacia el libro de registro.

—Mmm... señor, ¿podría usar la pluma, por favor?

—¿Eh? Ah. —Matthew miró el lápiz azul que tenía en la mano y rió—. Disculpe. No estaba prestando atención.

—No pasa nada, señor.

Volvió a colocarse el lápiz detrás de la oreja, cogió la pluma y firmó con su apretada caligrafía. Introdujo la mano en el bolsillo del impermeable y extrajo un carné de conducir de Nueva York que coincidía exactamente con el nombre que acababa de inventar en ese momento. Moviendo la tarjeta para evitar el reflejo e inspeccionar el holograma, frunció el entrecejo y meneó la cabeza.

—Nunca salgo bien en las fotos.

—Una huésped —dijo el recepcionista— me dijo una vez que siempre trataba de salir horrible en la foto del carné de conducir para que luego le dijeran que era mucho más guapa en persona.

—Parece que disponía de mucho tiempo libre —dijo Matthew, y luego, blandiendo la tarjeta magnética—: Gracias.

El ascensor de la imponente sala de recepción del Hotel Lester era antiguo, con puertas de bronce que se abrían hacia los lados. Al ascender, Matthew echó un vistazo a través del enrejado de las puertas, a la fuente y las plantas artificiales que estaban abajo. Las demás estancias del hotel y los otros ascensores habían sido modernizados, pero la sala de recepción y la elegante decoración de época recordaban a tiempos pasados, una época que Matthew imaginaba más simple, antes de que la ciega invasión de la tecnología dominara la vida. «*Supongo que la gente de entonces tenía sus propios problemas*», pensó. Ya en aquel momento, estaban lidiando con los efectos colaterales de la rápida industrialización y la urbanización. «*La ciencia y la tecnología siempre han determinado la manera de vivir de gran parte de la humanidad*», pensó con melancolía, pero su estado de ánimo no tardó en cobrar mayor optimismo. «*Gracias a Dios, existe la ley de las consecuencias no deseadas*». Cada descubrimiento o innovación abría tantas posibilidades como las que cerraba; cada intento de canonización estimulaba la aparición de un puñado de herejes. Al margen de que esa característica se explicara según la filosofía taoísta o según la moderna teoría del caos, para Matthew hacía que la vida fuese más soportable. Al igual que una buena taza de café.

El ascensor se detuvo en el tercer piso y Matthew encontró su habitación no muy lejos. Delicadamente, colocó el portátil sobre la mesa, arrojó su única maleta sobre la cama, junto con el impermeable, y comenzó a aflojarse la corbata delante del espejo de la pared. El reflejo que le devolvió la mirada tenía sus mismos ojos, de un tono azul violáceo y su mismo cabello de color arena. Mientras Matthew se acomodaba la corbata, el reflejo se pasó los dedos por la cabellera.

—Te estás arriesgando al volver aquí —dijo el reflejo, sin emitir sonido, aunque en su mente Matthew escuchó su propia voz.

—Las cosas se han calmado —respondió Matthew, articulando las palabras con la boca, pero sin voz—. Por lo que he visto, a Cross le va bastante bien. Lo dejan en paz. Se quemó demasiadas veces, creo. Y Jordan desató tal escándalo en Chicago que sospecho que todos los agentes disponibles de la convención del Medio Oeste deben de estar apiñados ahí.

—Pero ¿venir al mismo hotel que la vez anterior? —preguntó el reflejo.

—Me gusta disfrutar de sitios con un poco de estilo. Esas cadenas de hoteles cortados por el mismo patrón me aburren infinitamente. Son todos iguales... aunque supongo que, a estas alturas, alguna corporación ya debe haber comprado el Lester. Mmm. Recuérdate que lo verifique. Ya no se puede ni escupir sin acertarle a una corporación. Sin embargo, me gusta este sitio. Me complace. —El reflejo no parecía convencido. Frunció el entrecejo y metió las manos en los bolsillos—. Y no te enfurruñes —añadió Matthew—. Además —dijo—, sigo sin poder localizar a Sugardaddy *online*. Tendré que rastrearlo en persona.

—Qué pena —dijo el reflejo—. Entonces tendrás que confiar en tus encantos y en tu bonita apariencia.

—Cuidado, amigo. Mira quién habla...

Mientras el reflejo se peinaba, Matthew desenchufó el teléfono y enchufó el portátil, más por una sensación de nostalgia que por necesidad.

—Ni noticias de Sugardaddy desde que le envié los archivos de la Cámara. O bien no está *online*, o bien ha modificado todas sus cuentas.

—No creo que pueda soportar el síndrome de abstinencia —dijo el reflejo.

—No. Si ha estado *offline* por un período extenso, no ha sido por elección. —Matthew pasó unos minutos enviando breves mensajes a varias cuentas a través de las cuales se había comunicado con Sugardaddy, incluidas un par que Sugardaddy no sabía que Matthew, alias Muckraker, había descubierto. Todos los mensajes rebotaron—. Mmm. Creo que tendré que encontrarlo en persona. Pero primero, si has terminado de acicalarte...

El reflejo estudió a Matthew con cautela.

—¿Qué?

—Probablemente no estás dispuesto a hurgar un poco en...

El reflejo puso los ojos en blanco.

—No seas tímido. Dime qué estás haciendo.

—Quiero husmear en el sistema de la Cámara. Ha pasado bastante tiempo desde que saqué esos archivos que encontró Jordan.

—¿Cómo diablos habrá logrado hacerlo?

—Exacto. Pero es probable que hayan instalado una encriptación diferente y tal vez nuevas medidas defensivas. ¿Qué piensas? —preguntó Matthew.

El reflejo se ajustó la corbata, se puso nuevamente el impermeable y se frotó las manos.

—¿Qué tal estoy?

—De maravilla.

—Qué modesto eres, ¿verdad?

Matthew volvió al teclado y se zambulló en la Red Digital.

Matthew-2 avanzó como una brisa por el conducto que unía el portal de su ordenador con el torbellino de estímulos sensoriales que conformaban la realidad digital. Los datos binarios en crudo se filtraban a través de un tamiz de expectativa y potencial humanos, creando una pseudo-realidad de sectores y componentes conectados. La Red Digital. Aunque nunca antes hubiese ingresado en el sector de la Cámara de Comercio de Iron Rapids, le habría resultado fácil hallarlo. Después de todo, sus programadores querían que lo hallara. Eran serviciales y gozaban de manera irritante con el hecho de esparcir paisajes electrónicos que incluían tableros de mensajes virtuales proclamando virtudes cívicas: *Establecimiento Empresarial Certificado, Excelente Lugar para Criar a sus Hijos*. Matthew-2 perdió poco tiempo con la propaganda municipal, atravesando apresuradamente el chasis de códigos, imposibles de ver para cualquier internauta mundano que visitara los numerosos sitios de red de la comunidad asociados al sector.

La puerta principal estaba abierta de par en par, por así decirlo. Al llegar al sector apropiado, Matthew-2 descubrió que el entorno tenía un aspecto aburrido y lánguido, construido según un esquema más o menos controlado de corredores, cubículos y puertas metálicas, que en conjunto formaban un laberinto en la gama de los colores tierra, acompañado de música repetitiva y anestésica. Este sitio, probablemente, no representaba un peligro. En su mayor parte, la Cámara de Comercio era una especie de cafetería de autoservicio que contenía información cívica, un fárrago de listados de hoteles, moteles y restaurantes, por no mencionar al siempre popular Museo Fabril de Iron Rapids. Allí el código estaba pensado para resultar amigable y tentador, aunque era bastante sobrio. Sin embargo, era mejor no atraer demasiado la atención.

Las únicas proyecciones animadas que habitaban los cubículos y corredores tenían la forma de hombres y mujeres jóvenes, pulcramente vestidos, relucientes y de

mejillas rosadas, sin apariencia sexy ni desmesuradamente refinada. Eran tan descoloridos como el resto del sector, y también amigables y accesibles al cliente que tuviera problemas para hallar lo que quería. Probablemente, los habían moldeado basándose en empleados de comercio excesivamente serviciales. La clase de empleados que Matthew-2 odiaba. Hasta ahora no habían notado la presencia del visitante, pero ¿para qué arriesgarse?, decidió Matthew-2.

Sus pantalones, zapatos y corbata eran negros, pero su camisa, como la del Matthew, situado al otro lado del teclado, era de un azul vibrante, y resaltaba como un icono en *technicolor* contra una pantalla blanca y negra de DOS. Con un vistazo rápido, furtivo, extrajo la libreta del bolsillo del impermeable, cogió el lápiz azul de detrás de su oreja y garrapateó una rápida línea de código en la página. La camisa se destiñó, tornándose de un color beige sin pretensiones. Después de pensarlo otra vez y de volver a hacer una rápida anotación, el lápiz y sus ojos adoptaron un apagado color café. Después de tomar esas medidas de prevención, se puso a trabajar.

Sus anteriores intentos de extraer datos del sector de la CdC habían sido tan irrelevantes como infructuosos. La amplia mayoría de la información lícita de la Cámara estaba, desde luego, disponible para cualquiera. Para Matthew-2, el material presuntamente restringido, como la plantilla de empleados y los expedientes personales, que estaban relativamente a salvo de la mayoría de los *hackers* durmientes, eran como un libro abierto. Pero no era eso lo que estaba buscando. Había unos hilos invisibles que controlaban a las marionetas de la CdC. Después de todo el trastorno relacionado con Adrian Cross. Matthew-2 sabía adónde conducían esos hilos, quién los manejaba: una conspiración global llamada la Tecnocracia. Lo que necesitaba descubrir era qué estaban planeando hacer a continuación. Y, a diferencia de lo ocurrido en su visita anterior, esta vez tenía una idea más clara de lo que estaba buscando, y también disponía de muestras de códigos y cadenas de encriptación. Aunque las medidas de seguridad hubiesen cambiado, lo cual era probable después de que Jordan liberara ciertos archivos críticos, Matthew-2 confiaba en ser capaz de violarlas.

Después de ocultarse tras una esquina para evitar llamar la atención de un servicial empleado que se encontraba cerca, se aproximó a una de las prohibitivas puertas metálicas, todas idénticas y sin rasgos particulares, a excepción de una ranura para insertar una tarjeta magnética. El truco no consistía tanto en encontrar la puerta indicada, como en formatear la puerta para que lo llevara al sitio deseado. Volvió a su libreta, retrocediendo varias páginas para verificar por partida doble las anotaciones que había hecho anteriormente con referencia a los archivos robados. Satisfecho, extrajo del bolsillo una tarjeta magnética en blanco, hizo unas anotaciones en ella y la introdujo en la ranura.

Encima de la puerta se encendió una luz roja. Matthew-2 sacudió ligeramente la

tarjeta. La luz siguió encendida. Rápidamente, volvió a consultar sus notas. Lápiz en mano, extrajo la tarjeta y modificó el código. La luz roja permaneció encendida después de que retirara la tarjeta. Volvió a intentarlo con otro código modificado. La luz roja no se apagó.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

Matthew-2 se volvió al sentir que le tocaban el hombro. La joven que le sonreía agradablemente, parada detrás de él, tenía una mirada luminosa y alegre, aunque insulsa.

—¿Ayudarme? —dijo él—. No. Todo va bien. De todos modos, gracias. —Volvió a mirar la puerta, esperando que la joven continuara su camino.

—¿Señor?

Esta vez, le dedicó la más conquistadora de sus sonrisas.

—Vaya... Hola... ¿Sí?

La sonrisa de la joven seguía imperturbable, mientras miraba constantemente a Matthew-2 y luego a la luz roja encendida sobre la puerta.

—Señor, ¿su operador está autorizado a utilizar este portal?

—¿Si mi...? Oh, claro. No hay problema. Si la autorización fuese agua, nosotros tendríamos branquias. ¿Entiende a qué me refiero? Es que tengo un problemita con esta vieja... eh... —Extrajo la tarjeta y la agitó frente a la mujer; a continuación, volvió a insertarla en la ranura. Como una muda acusación, la luz roja seguía brillando.

La mujer continuaba con su sonrisa invariable, pero no parecía dispuesta a dejarlo en paz.

—El Museo Fabril de Iron Rapids dispone de mucha información fascinante —sugirió.

Para entonces, otro empleado, un joven que llevaba un jersey color tostado y que parecía recién salido del ensayo de un coro, ya había advertido la presencia de Matthew-2 y se había interesado en él.

—Buenos días —dijo el nuevo empleado—. ¿Sabía usted que Iron Rapids le ha dado a este país un senador, un embajador en Marruecos y tres jueces federales?

—¿No es fascinante? —dijo la mujer.

—Fascinante —coincidió Matthew-2, extrayendo la tarjeta y volviendo a garabatear furiosamente en ella.

—Señor, ¿su operador está autorizado a utilizar este portal? —preguntó el empleado.

Al percatarse del revuelo, se acercó un tercer empleado.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

—Señor, ¿su operador está autorizado a utilizar este portal? —preguntó la mujer.

Tarjeta en ranura. Luz roja.

—Maldita sea.

—Señor, ¿su operador...? —Ahora se le estaban acercando mucho, decididos a ayudarlo, aunque esa ayuda acabara por matarlo. También se aproximaban más empleados, atraídos por su indefensión, como cangrejos a un cadáver tirado en la playa.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

—¿... su operador está autorizado a...?

Matthew-2 no estaba seguro de cuánto tiempo tenía hasta que advirtieran que en realidad no estaba autorizado a utilizar ese portal, ni sabía qué acciones tomarían para evitar que forzara la puerta. No creía estar en grave peligro. Seguía interactuando con la Internet mundana de la Red Digital y todos esos «empleados» probablemente eran programas simples y normales, colocados allí para ayudar a los usuarios a navegar por el sitio. Ni siquiera los expertos de seguridad de la Tecnoocracia, tan paranoicos, plantarían allí programas más robustos, capaces de expulsar o de borrar a un visitante sofisticado y holístico como él. Pero era posible que estos empleados pudieran dar la alarma, atrayendo al sitio otra cosa más poderosa. Y Matthew-2 no tenía interés en que lo borrarán.

Otro cálculo, un rápido retoque del código, tarjeta en la ranura... la luz se volvió verde y se abrió la puerta.

Los empleados quedaron en silencio todos al mismo tiempo, sonriendo amablemente.

—Disfrute de su visita —dijo la mujer.

Los que estaban más atrás del grupo comenzaron a alejarse, y volvieron a sus rutinas previas, mientras la mujer y algunos otros observaban expectantes a Matthew-2. Este sonrió, asintió, y luego se enderezó la corbata al tiempo que atravesaba el umbral, suspirando con alivio y felicitándose al mismo tiempo por no haberse preocupado de verdad.

Al otro lado de la puerta había una pequeña estancia, vacía a excepción de un teclado y una pantalla montados en una pared. Matthew-2 tecleó: «*Planificación Central*».

A lo que la pantalla respondió: «*introduzca concepto*».

Matthew-2 hizo una pausa. «*Iron Rapids*».

«*respuesta no válida... introduzca concepto*».

Matthew-2 echó un rápido vistazo a los alrededores, pero no vio ninguna luz encendida ni escuchó alarmas. La puerta que tenía detrás no se cerró de golpe. No se materializaron defensas automatizadas en las paredes lisas... Solo los rostros serviciales de los dos primeros empleados, que lo escudriñaban a través del portal abierto. Volvió al teclado y escribió: «*Ann Arbor*».

Instantáneamente, se cerró la puerta y la pantalla quedó en blanco. La habitación

comenzó a sacudirse. Toda la estancia estaba moviéndose, advirtió; no se sacudía, sino que lo llevaba a alguna parte. Había logrado acceder a un conducto restringido. Que ahora lo lanzaba a través del ciberespacio a una velocidad incalculable, llevándolo adonde quería ir. O al menos eso esperaba.

Capítulo siete

La noche. Douglas no podía por menos que odiarla. Había estado levantando pesas hasta que sus músculos quedaron hechos gelatina de pura fatiga. Ducha caliente, vaso de escocés. Ahora no sabía si podría levantarse de la tumbona aunque lo intentara. Faye había salido: estaba en el gimnasio, después de un congreso de inmobiliarias que había durado todo el día.

«Al menos ahora entiendo por qué se exige tanto —pensó—, por qué se levanta al amanecer y trabaja, o se ofrece de voluntaria en algún lado, o hace ejercicio físico, ocupando todas las horas del día. Para poder dormir de noche. Para estar demasiado cansada para pensar. Está tratando de no pensar desde hace diez años. ¿En qué podía pensar, después de todo? ¿En que su esposo era un mujeriego y un imbécil? ¿En qué su único hijo había muerto antes de cumplir los tres años?»

«Sigue ocultándose de la luz —pensó Sands—. Según ella, el pequeño mundo que la mantiene a salvo todavía existe, aunque no esté tan ordenado como antes. Nadie le ha... diablos, arrancado todo el sentido a la realidad en la que apoya sus pies. No tiene la menor idea de lo que he tenido que pasar. No sabe lo que yo sé». Ojalá Dios hubiese permitido que tampoco él lo supiera.

Fuera, la mayor parte de la nieve se había derretido. Douglas sabía que, al otro lado de las puertas francesas, la lona que cubría la piscina estaría hundida por el peso del agua del deshielo. Indudablemente, también habría varios centímetros acumulados en el fondo de la piscina. Era lo más cerca que iba a estar de que la llenaran. Era lo más cerca que había estado de que la llenaran en los últimos diez años. Desde la muerte de Adam.

Mientras fuera se levantaba viento y los arbustos raspaban el costado de la casa, Douglas se puso tenso. Esperó a que el viento diera la vuelta por atrás y empezara a soplar junto a la piscina; luego esperó a que se formaran las palabras, que lo llamaran. Esperó, pero no sucedió nada. El viento amainó y volvió la calma. No estaba seguro de qué era peor: escuchar la voz o esperar escucharla, estar pendiente de escuchar esa condena de ultratumba.

«Pero no, él no me condena —pensó Sands—. No está enfadado. Está solo, confundido, tratando de encontrarme». Douglas bebió un sorbo, mordió un cubito de hielo. «Tal vez sería más fácil si me condenara. —Luego lo reconsideró—. Diablos, ya tengo suficiente condena con Faye y conmigo mismo».

Cuando se abrió la puerta principal, Douglas suspiró. No detestaba ver a Faye, como detestaba pasar la noche solo y sin dormir, pero estaba cansado. Se percató inmediatamente de que ella también lo estaba, por la forma en la que entró, caminando pesadamente. Faye nunca hacía nada sin entusiasmo. Era enérgica y estaba llena de determinación, probablemente desde el día de su nacimiento. Aquella

noche, sin embargo, prácticamente se derrumbó en el sofá y dejó que el tapizado de cuero la envolviera. Se había duchado en el gimnasio y su cabello, que se había cortado recientemente al estilo masculino, se había secado en punta. Douglas no estaba seguro de que le gustara el nuevo corte. Hasta aquel momento, había sido incapaz de formarse una opinión. Desde su regreso a casa, escapando de los traumas del campo, había sido incapaz de formarse una opinión acerca de casi cualquier cosa: de Faye, de su matrimonio, de lo que era y no era rescatable en este nuevo mundo que había descubierto contra su voluntad.

—¿Un día duro? —preguntó.

Faye asintió. Se pasó los dedos por el cabello y dejó escapar un suspiro prolongado, lento. Douglas creía que a Faye tampoco le agradaba su nuevo corte, pero que era importante para ella porque representaba un cambio. Comprendiendo que quizás la conocía mejor de lo que pensaba, percibió eso: que si el mundo estaba cambiando, a ella le parecía importante poder controlar esos cambios (aunque se tratase de algo tan nimio como la manera de arreglarse el pelo) de alguna manera.

—¿Por qué sonríes? —preguntó ella, frotándose los ojos.

—Por ti —dijo él—. Por mí. Por nosotros.

Por un momento, pensó que Faye se echaría a llorar (había habido muchas lágrimas durante las últimas semanas), pero solo se limitó a asentir. Parecía demasiado cansada para llorar, para ofenderse, para discutir. Douglas percibía su fatiga emocional. Y la compartía.

—Lo estoy intentando —dijo, sin estar exactamente seguro de por qué.

Faye volvió a asentir, casi sonriendo.

—Sé que es así.

Todavía era temprano, pero ambos estaban agotados, de modo que se fueron a la cama. Hicieron el amor, pero el sexo también fue cansino. Afortunadamente, terminó pronto. Fue el primer contacto íntimo, sexual o no, que habían tenido en semanas, pero después, acostado junto a la que era su esposa desde hacía veinticinco años, Douglas se sintió vacío, solo. Una sensación de insatisfacción vaga, nebulosa, crecía en su interior, tanto que se habría puesto a gritar, a arrojar objetos por el aire, si no hubiese estado tan cansado. Faye ya estaba dormida. No quería despertarla, no quería tener que hablarle. Su rostro y sus hombros desnudos eran lo único que podía ver por encima de las sábanas. El único momento en que parecía relajada era cuando dormía.

«¿Qué estoy haciendo aquí? —se preguntó Douglas—. ¿Le hago un bien a ella, o a mí?». Cuanto más lo pensaba, menos claro tenía si quería protegerla porque la amaba o si quería amarla porque se sentía obligado a protegerla. Una hora más tarde, seguía sin estar seguro de cuál era la respuesta o, siquiera, si tenía importancia saberlo.

Despertó, pestañeando para aclararse la vista, sin saber si se había quedado

dormido, aunque el reloj que estaba junto a la cama indicaba que sí. Era de noche. Faye había desordenado las mantas y yacía desnuda junto a él. Parecía tan indefensa, tan vulnerable... A juzgar por su cuerpo trabajado por la gimnasia, Douglas nunca habría adivinado que había tenido un bebé... a su bebé, el bebé de ambos. Muerto. Estiró las sábanas y mantas para abrirla. No obstante, no pudo sentir nada de afecto en el gesto; era poco más que simple cortesía. ¿Había desaparecido todo rastro de ternura que alguna vez sintiera por aquella mujer? ¿Era ese el verdadero precio de la tragedia que ambos habían experimentado pero que nunca habían compartido?

Un sonido inesperado, como una ligera vibración del picaporte del dormitorio, llamó su atención y lo obligó a quedarse perfectamente quieto. ¿Había oído algo o no? Contuvo el aliento por un largo instante, escuchando, y entonces exhaló lentamente. Nada. Seguramente lo había imaginado. Quizá la calefacción se había cortado y la interrupción del flujo de aire proveniente del conducto de ventilación había hecho que la puerta...

No. Ahí estaba de nuevo. El picaporte, moviéndose muy despacio. Tan silenciosamente como pudo, Douglas giró la cabeza, con tanta lentitud que pensó que los tensos músculos de su cuello se romperían. Miró por encima del cuerpo dormido de Faye y vio que el picaporte giraba... no más de un centímetro... y luego volvía a su posición original con la misma vibración suave que había oído antes.

Douglas pestañeó enérgicamente, deseó que el sueño se le borrara de los ojos. Una ilusión óptica originada por las sombras, tenía que ser...

Pero había sido testigo de demasiadas cosas en los últimos dos meses como para no creer en lo que veía ahora, por muy inverosímil que fuese. El pánico se apoderó de él. Temblaba con un sudor frío, mientras su mente, librándose de la conmoción inicial, especulaba frenéticamente sobre lo que podía haber del otro lado de la puerta: el merodeador, moviéndose en silencio hasta estar prácticamente sobre él... pero el merodeador había sido destruido. ¿Y acaso las furiosas bestias del bosque podían ser tan silenciosas? Un ladrón, si tenía suerte. Pero había un pensamiento que lo aterraba más que cualquier otro: una manita apenas capaz de alcanzar el picaporte, un cuerpecito de brillo trémulo buscando a...

—¿Pa-pi...?

—No —susurró Douglas.

Miró a Faye, esperando que fuese ella la que, dormida, lo llamaba, pero estaba descansando profundamente. Quería despertarla, quería que ella también oyera y viera, que le dijera que no estaba loco. ¿Pero qué ocurriría si ella oía, si veía? ¿Qué le diría esa voz? De pronto, Douglas se sintió capaz de hacer cualquier cosa con tal de evitarle ese suplicio. Se había enfrentado a los monstruos. Y se enfrentaría a cualquier otra cosa que estuviera detrás de la puerta y que no fuera el viento.

El picaporte vibró otra vez. Faye no se movió. Cuidadosamente, Douglas se

levantó de la cama para hacerle frente a su demonio personal. «*Puede que Faye, al entrar, no haya cerrado bien la puerta principal. El viento la abrió y está haciendo vibrar el picaporte*». Pero no podía creérselo. En silencio, cogió los pantalones del pijama, obligándose a no quedar paralizado cuando el picaporte continuó vibrando, ahora con más fuerza. «*Puede que haya algo en el pasillo... un espíritu, un monstruo, una encarnación, Dios sabe qué... pero no es Adam. Adam está muerto*».

Douglas introdujo la mano bajo la cama y tanteó hasta encontrar el bate de béisbol, un *Louisville Slugger* que había comprado para reemplazar al que había perdido en las cloacas. «*No es Adam el que está allí. No es él. ¡No es él!*». Recordó al merodeador, a las bestias de formas cambiantes del campo, a las monstruosidades inhumanas. Y a Amelia Kilby, desquiciada, muerta, sin querer o sin poder dejarse ir. Había cosas así allí fuera, en el mundo, y ahora algo semejante se había apoderado del recuerdo de Adam. Alguna criatura que estaba haciendo un simulacro de la vida del niño. Porque esa cosa no era Adam.

—Está muerto —masculló Douglas, apretando la empuñadura del bate con furia demoledora.

Como respondiendo a su ira, el picaporte comenzó a vibrar con más violencia. Luego toda la puerta comenzó a sacudirse, amenazando con salirse de sus goznes. Finalmente, Faye despertó sobresaltada, confundida, desorientada.

—¿Douglas?

—¡Maldito seas! —le gritó Douglas a la puerta y la abrió con violencia, con el bate en alto, listo para golpear. Oscuridad. Se lanzó hacia el pasillo—. ¡Maldito seas!

—¿Douglas? ¡Douglas! —Faye estaba frenética, pero él no tenía tiempo para atenderla. Había algo en la casa... algo que no era Adam.

Douglas oyó los pasos de unos pies pequeños retrocediendo en la oscuridad. Avanzó pesadamente por el pasillo, sacudiendo el bate de béisbol frente a sí.

—¡Está muerto! ¡Déjanos tranquilos!

Ruido de cristales rotos. El bate golpeando contra el yeso.

Faye gritó al oír el primer estallido, pero Douglas no tenía tiempo para eso... todo lo estaba haciendo... por ella. ¿No podía callarse y apartarse de su camino?

Todavía estaba allí, en algún lado. Douglas entró en la sala a trompicones, sacudiendo el bate. Un movimiento. Giró sobre sí mismo y rompió los estantes de la biblioteca. El televisor cayó de lado y se hizo trizas contra el suelo.

—¡Maldito seas!

Luces que parpadeaban. Un indicio de movimiento. Douglas se retorció, se balanceó. Un dolor conocido le agujoneó la espalda, al mismo tiempo que las puertas francesas se hacían mil pedazos. Permaneció de pie, paralizado, delante de las puertas rotas, mientras el tiempo se estiraba al ritmo de un único y distorsionado latido de su corazón. Una lluvia de esquirlas de vidrio, lenta como la nieve, cayó al suelo y, al

tiempo que los copos cristalinos se asentaban suavemente, una vocecita quejumbrosa, inquisitiva, lo llamó:

—¿Pa-pi?

El repentino ataque de furia abandonó su cuerpo y lo dejó temblando de frío. Sands cayó de rodillas. El bate se le escurrió de entre los dedos y cayó estrepitosamente al piso.

—¿Douglas?

La voz de Faye era tan débil que apenas podía oírla por encima del viento que fustigaba la casa. La miró por encima del hombro. Estaba parada entre los despojos de la sala, observándolo. Las lágrimas no eran inusuales en ella, pero aquella era la primera vez, por lo que él recordaba, que veía miedo en sus ojos, miedo de él. Los pies de Faye sangraban por culpa de los cristales rotos. Lentamente, su esposa se agachó y recogió lo que quedaba del portarretratos, de la última fotografía de un niño de dos años.

Aturdido, Douglas les dio la espalda a las puertas rotas y a la piscina cubierta que se veía al otro lado.

Capítulo ocho

—Al menos ahora sabemos con seguridad cómo es su rostro —dijo Nathan.

Julia no dijo nada. Estaba encorvada, sentada sobre un cajón lleno de cuerdas, uno de los incontables contenedores de las montañas y pilas de equipo que atiborraban la cocina y el comedor. Nathan nunca la había visto tan abatida y triste. Sí enojada, sarcástica, incluso, en ciertas ocasiones, abiertamente mal intencionada, porque la cacería era la razón de su vida... la cacería y su hijito. Aquella depresión asfixiante, sin embargo, no era típica en ella.

—Conocemos su rostro —dijo Abraham, que estaba sentado cerca—, pero él también conoce los nuestros. —El hombre negro, con los ojos hinchados de no dormir, sostenía una fotografía en la mano. Se la entregó al tipo de pelo desteñado, Johnny, que se encontraba junto a él.

—No, no los conoce —dijo Johnny—. Estaba demasiado ocupado en sacar el culo del fuego, ¿verdad, amigo? Y creo que esta foto no es buena. Se parecía más a... —Hizo una mueca de fingido terror, llevándose las manos a la cara; la mantuvo un poco y luego rió hasta que la carcajada se convirtió en un ronquido.

Abraham le arrebató la fotografía.

—Tomé esta foto con mi pequeña cámara de *voyeur*, antes de que Julia necesitara ayuda —dijo, enseñando una cámara del tamaño de su mano—. ¿No crees que él también tenía cámaras diseminadas por todo el lugar, si es allí donde acostumbra a pasar el rato?

—Diablos, no —dijo Johnny—. Antes, ese maldito vampiro succionador de adolescentes y universitarias no tenía nada de qué preocuparse. Entramos y salimos muy rápido. —Johnny saltó de la silla y lanzó una ráfaga de puñetazos al aire—. ¡Paf, paf, paf! Ni se enteró de qué fue lo que lo atacó.

—Con cámaras o sin ellas —dijo Julia, mirando fijamente el suelo—, mi cara sí la conoce. No permitiré que vuelva a acerarme a él. Era mi oportunidad de descubrir algo sobre Timothy y la eché a perder.

Nathan se encogió ante el tono de reproche de su voz... aunque en realidad Julia no se reprochaba nada, sino que albergaba un sentimiento más cruel: se odiaba.

—Lo encontraremos de nuevo, Julia.

Nathan miró a Abraham, buscando apoyo, y luego a Johnny y a los otros dos cazadores sentados sobre las desordenadas pilas de equipo: Cleo Wheeler, de piel oscura, menuda pero dura como la roca, y Mike Carson, de rostro alargado, caído y de ojos tristes.

Fue Mike quien aceptó el desafío.

—Nathan tiene razón. Ya ha encontrado a ese tío, Braughton, una vez. Aparecerán otras pistas, documentos, registros públicos. Diablos, tal vez hasta tenga

tarjeta de crédito.

—No es un tío —dijo Julia con voz cortante—. Es un monstruo, un vampiro. Se bebe la sangre de la gente.

—Lo importante es recuperar a Timothy —dijo Mike.

Julia no estaba dispuesta a que la consolaran.

—¿Crees que no lo sé? No seas condescendiente.

—No pretendía...

—Lo importante —dijo Cleo— es asegurarse que ese monstruo no le haga daño a nadie más.

Nathan se alegró de no ser el destinatario de la mirada de odio que Julia le dedicó a Cleo.

—Probablemente, ambas cosas van de la mano —dijo Nathan—. Desde luego, encontraremos a Timothy y también garantizaremos que los malos pierdan.

Abraham meneaba la cabeza.

—Espero que tengáis razón, pero no nos engañemos. No va a ocurrir inmediatamente. Le hemos dado a ese tío... a esa cosa, o lo que sea... Lionel, un susto de mil demonios. Como dijo Johnny, antes no tenía nada que temer. Ahora sí. Lo cierto es que no sabemos cómo va a reaccionar. ¿Pasará a la clandestinidad, nos perseguirá con todas sus fuerzas...?

—Que venga —dijo Johnny, saltando otra vez de su asiento y moviendo el dedo medio en el aire, como si fuese un sacacorchos escarbando el corazón de un vampiro—. Que venga a por nosotros. Le meteremos la cabeza en el culo, tan adentro que...

Abraham le dio una fuerte palmada en la nuca.

—Cálmate, muchacho. Tú hablas cuando yo te ordeno que hables. —Johnny volvió a sentarse, sumido en un malhumorado silencio—. La otra cuestión —continuó Abraham— es si seremos capaces de sonsacarle a ese Lionel algo de provecho. Es decir, estamos destinados a fracasar desde el principio. Estás de acuerdo con eso, ¿verdad, Julia?

Ella asintió.

—Ahora que lo hemos hecho enfadar, ¿crees que nos ayudaría, aunque pudiera?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Julia con tono grave, escéptico.

—Estoy diciendo que puede que Johnny y Cleo... tengan razón.

—¡Claro que sí! —dijo Johnny, reivindicado, pero volvió a acurrucarse en la silla cuando Abraham levantó una mano amenazante.

Julia apretó los dientes.

—¿Entonces quieres renunciar a encontrar a Timothy, sin más?

Abraham negó con la cabeza.

—No es eso lo que he dicho.

—No se refiere a eso, Julia —añadió Mike.

—¿A qué te refieres exactamente, entonces?

—Me refiero —dijo Abraham— a que no podemos esperar que este vampiro se comporte como el vendedor de periódicos de la esquina. Le damos veinticinco centavos y nos dice lo que deseamos saber. Tenemos que cuidarnos el culo.

—Tú y Johnny sois especialistas en eso del culo, ¿verdad? —le espetó Julia.

Abraham cruzó los brazos y le lanzó una mirada capaz de matar.

—Estoy aquí por tu hijo. Por lo que dijo Nathan, al parecer necesitabas ayuda.

—Exacto. Ayuda, tal vez... ¡pero no que vengas a dar órdenes! —Julia tenía la cara roja. Estaba gritando, prácticamente—. ¿Qué diablos sabes tú? Has estado en la ciudad... ¿cuánto? ¿Tres, cuatro semanas?

—¿Cuál es vuestro historial? —contraatacó Abraham—. ¿Cuántos compañeros habéis perdido? He estado aquí lo suficiente y he visto muchísimo más que tú. Si no quieres mi ayuda, me llevaré a mi muchacho, Johnny, y nos largaremos.

—Abraham, Julia. —Mike se puso de pie y se interpuso entre ambos. Su tranquila firmeza pareció, de algún modo, aliviar la discusión—. Nadie dice que tenemos que trastocar todos nuestros planes por este vampiro, pero al menos hay que descubrir si sabe algo que podría ayudarnos a recuperar a Timothy.

—Lo que estás pidiendo es que nos dejemos matar —dijo Cleo—. Tenemos que encontrarlo y aniquilarlo.

—A mí no me pareció demasiado dispuesto a hablar —señaló Abraham.

—Habló —dijo Julia—, hasta que comenzó vuestro ataque con los aerosoles lanzallamas.

—¡Eso es mentira, mujer! —Johnny no pudo seguir callado—. Te estaba atacando. ¡Sabía que tú sabías lo que era y no iba a permitir que salieras de allí! Tú misma lo dijiste.

—Gente... ¡gente! —Nathan se las ingenió para hacerlos callar. Si no tenía cuidado, la pelea lo abrumaría. En el pasado, era Hetger el único que podía canalizar los debates, el que dejaba que los cazadores se desahogaran sin permitirles cruzar la peligrosa línea que los separaba de la animosidad permanente. Cuando las cosas se ponían conflictivas, Nathan tendía más a escabullirse y refugiarse *online*. Pero John Hetger ya no estaba—. No estamos llegando a ningún lado. La prioridad debe ser nuestra seguridad. Julia trató de hablar con la cosa. Le salió mal. Abraham y Johnny estaban allí para ayudarla a escapar. Buen trabajo, de principio a fin. Suponiendo que pueda ingeniármelas para rastrear y encontrar nuevamente a la cosa, y que Julia todavía quiera hacer el intento de hablarle... pienso que valdrá la pena. Siempre y cuando seamos muy cuidadosos.

Julia asintió vigorosamente.

—Si puedo hablar con él, convencerlo de que solo nos estábamos defendiendo... de que no lo habríamos atacado si él no lo hubiese hecho primero.

—En caso de que esté dispuesto a considerar la situación de manera racional —dijo Abraham—. En caso de que sea capaz de hacer algo así.

—Estoy aquí para destruir a esos monstruos —dijo Cleo—. Soy la mano de Dios. Si queréis...

—Si Dios no quiere que recupere a mi hijo —dijo Julia—, entonces Dios no me sirve para nada y yo no os sirvo a vosotros.

—Buenooo... —dijo Nathan—. No sé si vale la pena entrar en ese terreno.

—¿Qué tal va la reparación de los ordenadores? —preguntó Mike rápidamente.

Nathan estaba más que dispuesto a cambiar de tema.

—Bastante bien. Aún estoy intentando eliminar los errores de algunos periféricos, pero todo está más o menos funcionando y de nuevo *online*.

—Cuando la línea sea segura —dijo Abraham—, me agradecería conectarme, ponerme al día con algunas personas de la hunter-net.

—Ya he visto tu portátil. ¿Ethernet?

—Ojalá.

—Te conectaré —dijo Nathan.

—¿Y la información que estás tratando de recuperar? —preguntó Mike—. Esos archivos que ocasionaron inicialmente todo el problema.

—¿Estás seguro que quieres hurgar de nuevo en ese material, amigo? —preguntó Abraham—. Te dejó tieso, te destrozó todo el equipo, y bien destrozado. Hace una eternidad que estás tratando de montar otra vez ese ordenador.

—No puedo dejarlo a un lado sin más —dijo Nathan. Tenía que saber, tenía que descubrir si el material de esos archivos se ponía cada vez más interesante... o si Muckraker merecía un mundo de sufrimientos—. Tengo el viejo sistema completamente segregado. Es imposible que vuelva a suceder lo que ya sucedió.

Abraham le lanzó una penetrante mirada de soslayo.

—¿Acaso antes habías pensado que alguna vez podía suceder?

Nathan optó por no responderle.

Capítulo nueve

Visto a través de la distorsión de la mirilla ojo de pez de la puerta del sótano, Kyle era grotesco: nariz demasiado grande, un ojo castaño claro apretado contra el orificio, con la intención de ver el interior. Lionel le dedicó una sarta de obscenidades y luego dijo:

—¡Lárgate de aquí, cabrón!

Kyle retrocedió temerosamente, apartándose de la puerta como un cachorrito que acabara de recibir un puntapié y esperara ser pateado de nuevo, pero no se volvió ni se escabulló escaleras arriba como debía.

—Lionel, tío, perdona... pero es importante.

—¡Nunca! —le espetó Lionel—. Te dije que nunca me molestaras aquí abajo. —«*De lo contrario nunca tendré un momento de paz*». Lionel jamás habría podido adivinar que Kyle iba a convertirse en un vampiro tan cargante, tan dependiente. Cuando era mortal, había demostrado tener mucho potencial: era despiadado y ambicioso. No obstante, muy poco de todo eso había sobrevivido al cambio y ahora Lionel no podía quitárselo de encima. Kyle no era tan inteligente o sutil como para actuar por su cuenta, en especial porque Lionel debía responder por la conducta del chiquillo. El novato, entonces, irrumpía allí, en lo que Lionel consideraba una pensión de mala muerte, en Saginaw. «*Parte de mí quiere destruirte*», pensó Lionel. Pero había trabajado mucho para ganarse el permiso del príncipe para crear progenie y poseer un chiquillo era un símbolo de influencia y poder entre los Vástagos, así que, descartando la más extrema trasgresión contra las Tradiciones imaginable, fue la otra mitad de la mente de Lionel la que se impuso. Lo que implicaba que no podía librarse de Kyle.

—Pero Lionel —escupió Kyle, del otro lado de la puerta—. Arriba está Laurence Maxwell.

A Lionel le costó colocar la llave en la cerradura con la rapidez necesaria. Sus dedos precisos, diestros, se sentían de pronto gruesos y torpes, tanto, que tenía miedo de doblar o romper la llave.

—¿Por qué diablos no me lo has dicho? —preguntó, furioso, mientras se reunía con Kyle e intentaba, desmañadamente, cerrar con llave la puerta a sus espaldas. Cuando lo logró, *descargó* toda su ira sobre el chiquillo—. ¿Qué le has dicho? ¿Qué mierda le has dicho?

—¡Nada! —Kyle retrocedió, cohibido, casi lloriqueando.

Nada. Era lo que Lionel quería oír. ¿Pero era cierto? «*No hables con otros Vástagos. Con ninguno, excepto conmigo*». ¿Cuántas veces le había dicho eso? «*Si tienes ganas de charlar, búscate una mortal bonita y tonta, pero no hables con ningún otro Vástago, y no hables con nadie sobre los Vástagos. ¿Has entendido?*».

Había vampiros que eran demasiado astutos. Podían desenterrar demasiados secretos de una mente débil. Las palabras inocentes podían revelar demasiado. «*Si alguno de rango superior te hace preguntas que no puedes evadir, deberás comportarte con toda educación... sí señor, no señor... no sé si podrás salir airoso de la situación, ¡pero no le dirás nada!*»

—Si descubro que no ha sido así...

—Te juro que no le he dicho nada —afirmó Kyle; ahora su ansiedad casi se había convertido en histeria—. Me dijo que quería verte. Le contesté que iría a buscarte. Eso es todo. ¡No le dije nada!

Lionel le apoyó una mano en el hombro... una mano que podía implicar una recompensa o un castigo, una palmada en la espalda o un brazo roto. Después de dejar a Kyle sufriendo de terror por un largo momento, Lionel sonrió.

—Bien.

Tenía que concederle algo al muchacho. Aunque no fuese un chiquillo completamente satisfactorio, Kyle al menos era capaz de aprender las lecciones más básicas, después de aplicarle una moderada cantidad de castigos. Lionel le dio una palmada en la mejilla y subió apresuradamente las escaleras.

Se sintió menos satisfecho cuando descubrió a su amo en el umbral de la sala, que estaba llena de botellas de licor y contenía los cuerpos inertes de las dos jóvenes mujeres con las que habían gozado antes. El licor había sido para las jóvenes; ellas, para Lionel. Ambas estaban medio desvestidas e inconscientes, echadas sobre el enorme sillón de cuero excesivamente mullido. El resabio del placer que Lionel había sentido con su sangre rica en alcohol desapareció apenas vio a su sire.

—Laurence, si hubiera sabido que venías... —dijo Lionel, estrechando la mano de su sire con una energía algo excesiva—. Oh, caramba, mira qué desorden. Disculpa por... ¡Kyle! Laurence, qué sorpresa. Cuánto me alegro de verte. Deja que me encargue de... mm... ¡Kyle! —Kyle apareció antes de que Lionel lograra volver a ponerle la blusa a la primera chica. Los brazos y la cabeza de la joven, exánimes, siempre caían de la manera equivocada, haciendo que la tarea fuese casi imposible—. ¿Estas chicas no traían ropa interior? Diablos, no te preocupes. Vístelas y sácalas de aquí. Consíguelas un taxi.

—No sé dónde viven —dijo Kyle; trataba de ayudarlo con la camisa de la joven, pero no hacía más que estorbar.

Lionel, de espaldas a Laurence, le lanzó al chiquillo una mirada que implicaba la amenaza de castigos futuros.

—Entonces ve con ellas. Llévalas a algún sitio. Al club, si es necesario. Solo asegúrate de que estén bien.

«¿Por qué no hiciste pasar a Laurence a la otra habitación, pedazo de idiota?», pensaba Lionel. Técnicamente, nada de lo que estaba ocurriendo en la casa

representaba un problema, pero Laurence pertenecía a una generación más convencional y ostentar un estilo de vida decadente no era la mejor manera de ganarse su respeto.

—Laurence, pasemos a la otra habitación... Kyle, no te preocupes por las medias; límitate a sacar a las chicas de aquí... mm... por aquí Laurence. ¿Tienes hambre?

—En este momento no, Lionel —dijo Maxwell. Su tono era neutral, pero Lionel creyó escuchar un deje de desaprobación.

Tras salir al pasillo, Lionel cerró la puerta, bloqueando la imagen de Kyle forcejeando con los dos cuerpos inermes, aunque no los sonidos de sus esfuerzos, incluido un golpe seco que sonó claramente como una cabeza al chocar contra el suelo de madera.

«*¡No puedo creer que le haya preguntado si tenía hambre!* —pensó Lionel—. *¿Qué iba a hacer, ofrecerle a una de las chicas?»*. El tema de la alimentación podía ser complicado, especialmente cuando se trataba de los sires. Algunos eran tremendamente sensibles: les gustaba fingir que no se diferenciaban en nada del ganado que les servía de cena. Laurence nunca le había parecido especialmente aprensivo y no había educado a Lionel para que considerara a las comidas de esa manera. No obstante, era mejor no probar hasta dónde llegaban algunos límites. «*Muy bien, cálmate, Lionel. Contrólate. Es solo una visita de rutina. ¡Si no fuera porque Laurence nunca hace visitas de rutina, maldita sea!*»

—Entonces —dijo Lionel, decidiendo que no podía irle peor si lo abordaba directamente—, ¿a qué debo el placer?

Laurence Maxwell se tomó su tiempo para ponerse cómodo. Era un sujeto pérfido, y aunque no llegó tan lejos como para cepillar las migajas de la comida que Lionel había comprado para convidar a las mortales, sí inspeccionó cada asiento antes de decidirse por un maltratado sillón de respaldo recto que Lionel había rescatado de algún sitio. El traje que llevaba era de estilo años 50, algo que solamente se veía en la televisión, en repeticiones de series o en viejas películas en blanco y negro. En cuanto estuvo sentado, Maxwell sonrió, pero muy levemente.

—El príncipe solicita tus servicios —dijo.

Lionel se tomó un momento para digerir lo que había oído; luego cayó en la cuenta de que Maxwell le daría los detalles cuando él lo creyera conveniente y no antes. «*Malditos sires* —pensó Lionel—. *No son capaces de decir las cosas directamente. Quieren que sudas y te arrastres*». Pero, entremezclada con la irritación que sentía por la arrogancia de Maxwell y por su propia y contrastante impotencia, había una sensación de temor respetuoso, incluso de reticente afecto. Aquel, después de todo, era el Vástago que había otorgado a Lionel el don de la vida eterna. Le correspondía una cierta dosis de gratitud. Además, el sire de Lionel era importante por propio derecho: era el sheriff y mano derecha del Príncipe Adrock, ahora que

Calvin Bainbridge había hecho su jugada y estaba fuera de la escena.

—Sabes que siempre me complace ayudar al príncipe de la manera que pueda —dijo Lionel—. Y a ti, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Maxwell, inclinando formalmente la cabeza—. Muy loable.

«Loable... sí, claro —pensó Lionel—. *Me aplastarías como a un insecto si intentara hacer lo contrario*». Desde donde estaba sentado, Maxwell continuó estudiando la habitación, aunque en verdad demostraba muy poco interés por lo que veía. Mientras tanto, a Lionel no le quedaba mucho más que esperar pacientemente. Había experimentado aquello mismo con Maxwell en ocasiones anteriores: la persistente sensación de distracción o, si no de distracción, de una falta de reconocimiento con respecto al paso del tiempo y su significado. En ese sentido, los sires podían ser insoportables.

«*Adrock es el peor. El príncipe convoca a todos los Vástagos de sus dominios y luego nos hace esperar durante horas. Nunca falla. Tal vez —reflexionó—, tuviera que ver con la edad. ¿Qué diablos son unas pocas horas para alguien que ha existido tanto tiempo? Sin embargo, quizás no les importa un bledo, excepto para demostrarnos a todos los demás quién es el que manda*».

—Me ha llamado la atención —dijo Maxwell sin preámbulos— una especie de incidente ocurrido en tu Club Lazarus, Lionel.

El cambio de tema pilló a Lionel con la guardia baja.

—Una especie de... oh, seguro te refieres a... No lo llamaría exactamente un incidente.

—¿Cómo lo llamarías?

—Bueno, lo llamaría... —Lionel siguió sentado, mientras trataba de sopesar con precisión lo que Laurence podía haber escuchado—. Lo llamaría... demonios, no sé cómo lo llamaría, Laurence. Pero no fue un incidente. Ya sabes cómo es esto. Apareció la madre de alguien, pensó que yo sabía dónde estaba su hijo.

—¿Y lo sabías?

—¿Si lo sabía? —«¿Acaso te importa?», se preguntó Lionel. «¿O solo estás tratando de ponerme nervioso?». A pesar de esa sospecha y de sus esfuerzos por conservar la calma, Lionel sí estaba nervioso. Se obligó a permanecer quieto, a no moverse frenéticamente. Se encogió de hombros—. Hay un montón de chicos que pasan el tiempo en mi local, Laurence. Así es el ambiente musical. *Groupies* que buscan pasar un buen rato, emociones fuertes; a algunas las emborracho un poco. Después consiguen lo que quieren. Yo consigo lo que quiero. Las envío a casa. Sin preguntas, sin problemas.

—Pero esta vez sí hubo preguntas.

—Esa mujer estaba loca, te lo digo en serio. Paranoica, esquizofrénica, lo que sea.

No me sorprendería que ni siquiera tuviera un hijo. Son cosas que ocurren de vez en cuando. Gajes del oficio. No es gran cosa, en realidad. Nada de qué preocuparse.

—De vez en cuando —dijo Maxwell—. ¿Es normal que en tu club llamen a la policía? —preguntó—. ¿Y al jefe de bomberos?

Lionel se atragantó. «¿*Qué diablos te propones?*», se preguntó.

—Laurence, tú me conoces. Vivo a tope. A lo grande. Pero nunca me paso de la raya y siempre estoy aquí cuando me necesitas. Siempre. —El sheriff seguía impasible—. Está bien, esa mujer... estaba fuera de sí, ¿vale? Montó un escándalo. Se me fue un poco de las manos. Alguien llamó a la policía. Hubo un conato de incendio...

—¿Un incendio, Lionel?

Lionel reprimió un escalofrío. La mera idea lo enfurecía, lo abochornaba: el recuerdo de las llamas, tan cercanas que le habían chamuscado el cabello y el cuello de la camisa, y el recuerdo de él mismo huyendo, presa de un terror incontrolable, escapando de una mortal.

—Nada importante, en serio. —Pero tenía que contener esos pensamientos, pues de lo contrario volvería a perder el control. Se levantó del asiento, comenzó a caminar de un lado a otro—. Nos encargamos de eso. Solo se necesitó un extintor de mano. Ni siquiera apareció en los periódicos. Me cercioré de que así fuera. —Se cercioró, cuando logró recuperar la sensatez.

—Si este tipo de incidente, o como prefieras llamarlo, es un gaje del oficio, como tú dices, quizás no sea muy inteligente seguir en ese oficio —sugirió Maxwell.

A Lionel no le gustó cómo había sonado la frase. Dejó de caminar.

—¿Qué quieres decir? Sabes que me muevo según las reglas y procedimientos, Laurence. O sea... por Dios... vino el jefe de bomberos, sí. ¿Y encontró alguna irregularidad? Diablos, no. Porque yo me encargo de que no haya motivos para que la policía, los bomberos, el inspector de higiene o cualquier otro se interese mis clubes. No necesito esa clase de dolor de cabeza. No estoy en este negocio para atraer ese tipo de atención.

—¿Y otros tipos de atención, Lionel?

—Fue un incidente aislado. Incidente. Diablos, ahora me has obligado a llamarlo así. Esa señora estaba fuera de sus cabales. Le faltaba un tornillo. Me ocupé del asunto. No hubo problemas. —Lionel ya estaba otra vez caminando de aquí para allá. Literalmente, no podía quedarse quieto, por culpa de lo que Maxwell estaba implicando... y en especial porque, para Lionel, la palabra de Maxwell era prácticamente la ley. Si le decía que cerrara los clubes, no tendría otra opción que obedecer—. Mis clubes son necesarios, Laurence. —Trataba de parecer razonable, aunque a sus propios oídos su voz tenía un matiz que se asemejaba incómodamente a una súplica—. Es decir, sé que tú y Adrock sois los que mandáis, pero yo soy el que

tiene la oreja apoyada en el suelo... O sea... no te lo tomes a mal, pero... no todo lo que necesitamos saber proviene directamente de esos mortales remilgados que vosotros tenéis en el bolsillo. A veces debemos volvernos viles y sucios, o necesitamos extraer información de algún imbécil de los barrios bajos para poder actuar.

—Es verdad —dijo Maxwell, pensativo— que tienes ciertos contactos entre el elemento de base.

—Gracias, creo. —Por un momento, Lionel pensó que el cariz de la conversación había cambiado y que había pasado el mayor peligro, pero era muy difícil de afirmar algo así, tratándose de Maxwell—. Aparte de cualquier interés personal que yo pueda tener, lo que, por supuesto, reviste una importancia secundaria, cerrar los locales y dejar todo vuestro trabajo de campo en manos de las Ratas de las Cloacas... ¿es una buena idea?

—Es interesante que menciones a los Nosferatu —dijo Maxwell. Lionel dejó de pasear. Casi podía oír las mandíbulas de un cepo cerrándose de golpe, pero aún no podía detectar de qué se trataba—. Estarás al tanto de que uno de los subordinados de Theodore murió prematuramente.

«*Considerando que, para nosotros, cualquier muerte es prematura*», pensó Lionel.

—Sí —dijo—. Finian, ¿verdad? Sí, me he enterado de que pasó a la historia. Por mí, bien muerto está.

—Su fallecimiento —dijo Maxwell— es menos desafortunado que el espectáculo público que desencadenó.

Lionel se había enterado de todo. ¿Y quién no?

—En Iron Rapids. Explotó o algo así. Estúpido cabrón. Eso es lo que yo llamo un incidente. Policía, camiones de bomberos, periódicos... —Lionel fue perdiendo la voz a medida que advertía la expresión de enfado de su sire. El joven Vástago se aclaró la garganta—. Sí, me enteré.

—Muy probablemente, la explosión tuvo algo que ver con su fallecimiento... pero también intervino un miembro del ganado, según creemos.

—¿Del ganado? —dijo Lionel—. ¿Persiguiendo a un Nosferatu? De ninguna manera. Ni siquiera yo podría encontrar a un Nosferatu. —Pero detrás de su instintivo escepticismo, estaba pensando en la mujer del club, en la manera en que *lo* miraba, sin pestañear, cuando tendría que haber estado comiendo de su mano, y en lo que ella le había dicho: «*Sé lo que eres*».

Maxwell introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un papel plegado que le entregó a Lionel.

—Aquí está el nombre y el domicilio de una jovencita en la que Finian, aparentemente, se había fijado —dijo el sheriff.

Lionel vaciló. Maxwell no le decía esto por el bien de su paz mental. Obviamente, había otras implicaciones, pero no había manera de adivinarlas. Cogió el papel, lo desplegó.

—Así que esta perra se lo cargó, ¿eh?

—Yo no me apresuraría a sacar esa conclusión —dijo Maxwell.

—Quieres que lo averigüe.

—¿Conoces bien Iron Rapids, Lionel?

—¿Conocerla? Un poco. No tengo ningún club allí, si a eso te refieres —dijo. «Pero tú ya sabes eso. ¿Qué quieres decirme?»—. Dispongo que algunos contactos, una casa segura. Puedo arreglármelas.

—Entonces te sugiero que lo hagas —dijo Maxwell—. Quiero saber qué sucedió. El príncipe quiere saber qué sucedió. Ten éxito y es posible que acabes por ser el poseedor de ciertos derechos sobre la zona de Iron Rapids.

«Apuesto que hay alguna propiedad para aprovechar, ya que Bainbridge fue despedido», pensó Lionel. Ese era el premio, entonces: derechos de cacería dentro de los mismísimos dominios del príncipe. «No quiero pensar en cuál será el castigo».

—Confío en que no habrá más incidentes, Lionel.

—¿Eh? Oh, no. Claro que no. Ya me conoces.

—Te aseguro que para el príncipe esta situación no ha sido insignificante —dijo Maxwell.

—Supongo que no, si esa mortal liquidó a uno de los nuestros. —«Lo que también significa que es tremendamente peligrosa, razón por la cual me estás encomendando esto a mí, en vez de ocuparte personalmente».

—Existe otro factor adicional —continuó Maxwell— y es que el ganado involucrado podría no ser... típico.

Lionel inclinó la cabeza.

—¿Cómo es eso?

—Permíteme explicarte lo que sé, Lionel.

«Buena idea, maldito seas —pensó Lionel—. Ya era hora».

—Sí —dijo—. Probablemente sea una buena idea.

La fricción metálica del pestillo que se cerraba sonó, en la mente de Lionel, como el timbre de una alarma. Se recostó contra la puerta del sótano, apretando la espalda contra ella, pero ninguna puerta podía escudarlo de los oscuros pensamientos que le nublaban la mente. «¿Estará tendiéndome una trampa para hacerme caer? ¿Mi propio sire?». Seguro que no. Ahora que Maxwell se había marchado, Lionel al menos podía jugar con la idea... apenas. Cuanto estaba ante su sire, podía lidiar con sus recelos, incluso con su escepticismo, pero la desconfianza lisa y llana... Los lazos de sangre eran profundos y la idea de que Maxwell pudiera traicionarlo engendraba

en él un dolor imposible de mitigar, un vacío que lo debilitaba. «*Soy demasiado importante para él* —se dijo Lionel—. *Soy de su sangre*». Pero entonces Lionel recordó su propio disgusto ante las actitudes de Kyle y los remedios que había pensado en aplicar.

«*Esto es diferente. Yo no soy Kyle*». Lionel comenzó a golpearse la cabeza con la palma de las manos, cada vez con mas fuerza. «*No he hecho enfadar a Laurence. ¡No!*». Se clavó las uñas en el cuero cabelludo, las arrastró, hundiéndolas profundamente. Las heridas de carne no sangraban. «*¡Incidente, cómo no! ¡No fue un incidente!*». Lionel cerró los puños, los sacudió en el aire, dejó al descubierto los colmillos y sofocó un alarido de angustia, de negación...

Y entonces recuperó la calma. Las confusas emociones se perdieron en un lugar profundo de su interior, un lugar que quedaba cada vez más sepultado cada noche que pasaba. «*Me está dando una oportunidad* —decidió Lionel—. *Laurence me está dando la oportunidad de demostrar mi lealtad. Como él mismo dijo. Hay más espacio para moverse, ahora que Bainbridge está fuera de la escena. Diablos, seguro que Laurence está haciendo méritos para convertirse en el próximo senescal...*». Un amplio panorama potencial se desplegó frente a Lionel cuando cayó en la cuenta de que aquello podía significar mucho más. «*¡Y quiere que yo lo reemplace como sheriff!*». Podía ser cierto. Maxwell, prácticamente, lo había dado a entender. Sin embargo, los pensamientos oscuros volvieron a entrometerse. «*Pero el príncipe nunca lo permitirá. Nunca permitirá que otro Vástago disponga de una base de poder tan consolidada*». Tenía que ser otra cosa. Pero, no obstante, las posibilidades...

Lionel se apartó de la puerta, alisó las arrugas de su camisa de seda. Sintiéndose nuevamente el amo de sus dominios, se acercó a la siguiente puerta, que estaba cerrada con un enorme pestillo al otro lado. Tiró de la puerta, la abrió y, con un rápido movimiento, encendió la luz del interior.

El niño, acurrucado sobre un colchón mugriento en un rincón, pestañeó al encenderse de repente la lamparilla desnuda, colgada de un cable.

Lionel lo contempló con dureza.

—Te has vuelto a mear el colchón. —El niño dio un respingo al oír el tono de voz de Lionel y apartó la mirada, todavía pestañeando. Lionel frunció la nariz.—. Bueno, ya no puedes dormir más en él. Que te sirva de lección. —Pero Lionel aún no había logrado enseñarle nada, a pesar de que hacía semanas que lo tenía en su poder.

«*Timothy. Así que te llamas Timothy*». Era lo que había dicho esa mujer, aunque el chico parecía no saberlo. No hablaba mucho, no aparentaba saber mucho de nada, y aunque tenía al menos ocho o nueve años, constantemente se orinaba en la cama o en el suelo. Lionel echó un vistazo a las tres cubetas del rincón opuesto y vio que la tercera, igual que las dos primeras, estaba llena de orina y heces. Volvió a fruncir la

nariz. Este era el hedor de los humanos: pis y mierda. «Y sangre», pensó. Por un instante, sus pupilas se dilataron, sus colmillos comenzaron a surgir... pero rápidamente recuperó la compostura.

Estudió al niño, que estaba encogido de miedo.

«Así que te llamas Timothy. Jeremy y Clare sí que te la hicieron buena».

Allí era donde Lionel había encontrado al chico: en una casa de Ann Arbor que pertenecía a Jeremy y Clare, la casa que esa mujer del club, Julia, le había mencionado. Lionel meneó la cabeza. El asunto de Bainbridge había enturbiado completamente las aguas de la sociedad de los Vástagos en todo Michigan: el propio Bainbridge estaba en el exilio, junto con varios de los otros; Jeremy Talbot había sido castigado por traidor; los demás estaban desaparecidos, tal como el chiquillo de Bainbridge, Michael, y la confidente de Jeremy. Clare. Entonces, le había tocado a Lionel, otra vez a instancias de su sire, ayudar a limpiar el desorden. No era inusual que un Vástago tuviese múltiples refugios diseminados por su territorio. Todo lo contrario, tal acto de prudencia era común y, por ende, después de que Jeremy fuera condenado y Clare aparentemente se esfumara, Maxwell había enviado a Lionel a investigar los sitios que ambos Vástagos habían frecuentado. La extensión de la lista de domicilios que el sheriff le había provisto había perturbado profundamente a Lionel. ¿El Príncipe Adrock tenía tanta información acerca de todos sus súbditos? ¿Tenía una lista, igualmente completa, de los refugios y guaridas de Lionel? Incluso ahora, se estremecía al pensarlo.

«Necesito establecer más refugios —decidió—. Refugios secretos... secretos incluso para Laurence y el príncipe». Era una idea razonable, pero también peligrosa, ya que tales secretos, si eran descubiertos, podían interpretarse como una traición. «Un campo minado. Allí me ha arrojado Laurence, al centro de un... puto campo minado». Cada secreto era, potencialmente, un arma de doble filo, y uno de esos secretos era el que estaba en ese rincón, temblando, mirando fijamente el frío suelo de hormigón.

El niño estaba peor que cuando Lionel lo había encontrado en la casa. Intencionadamente o no, Jeremy y Clare habían renunciado a hacer lo que habían planeado hacer con ese chico, fuese lo que fuese. Lionel lo había descubierto encerrado en una habitación, hambriento, sucio, casi catatónico. Esas condiciones habían empeorado en las últimas semanas. El niño estaba demacrado, a pesar de la comida que Lionel le suministraba. El mocoso estaba cubierto de sustancias corporales. Claro, Lionel tenía que traerle otra cubeta o tal vez, incluso, vaciar las que estaban llenas, ¿pero por qué iba él a hacerse cargo de tareas tan asquerosas? Y no confiaba tanto en Kyle ni en ningún otro como para revelarles la presencia del niño. «Este chico ya tiene edad para no mearse en la cama —pensó—. Jeremy y Clare seguramente le estropearon la cabeza para siempre». Otro factor irritante era que el

chico apenas había emitido palabra desde que Lionel lo encontrara. Ni siquiera a golpes había logrado extraerle más que unos lloriqueos lastimeros que nada era capaz de silenciar, aparte de más palizas.

—Tienes mucha suerte, maldito niño —dijo Lionel. Porque ¿quién sabe lo que Jeremy y Clare tenían planeado hacer con el chico? Sin embargo, observando su deterioro cada vez mayor, Lionel no podía quitarse de encima el perturbador pensamiento de que no era capaz de mantener al niño tan bien como lo habían hecho esos lunáticos.

«*Son ellos quienes lo quebraron* —pensó, desafiante—. *Si hubiera estado conmigo todo el tiempo, ahora estaría bien*».

—Necesitas ponerte en forma, niño —dijo Lionel—. He tenido muchos problemas por tu culpa. —Lo había metido en una situación peligrosa. Incluso ahora, semanas después de traer al niño allí, Lionel no estaba totalmente seguro de por qué lo había hecho... y por qué lo guardaba en secreto, ocultándoselo a todo el mundo, incluido su sire.

En aquel momento, no había tenido oportunidad de ponerse a pensar en el asunto. Encontró al niño y, antes de poder revisar el resto de la casa, vio las luces de la policía en el exterior. Aparentemente, un vecino nervioso había visto a Lionel forzando la entrada de la casa y los había llamado. No había tiempo para nada, salvo coger al niño y arrastrarlo fuera de allí, y luego la policía encontró los cuerpos del sótano... los cuerpos sin sangre.

—Qué locura —masculló Lionel para sí y para el niño, que seguía sentado y ausente, con los ojos fijos, parpadeando—. Dejar cuerpos en un refugio. —Increíble; era peor que el niño mojando la cama. Jeremy nunca le había parecido tan loco, al menos con esa clase de locura. Seguramente había sido obra de Clare.

Maxwell y Adrock se habían enfurecido, claro. Lo habían averiguado todo a través de sus contactos en la policía, y Lionel permitió que se concentraran en las indiscreciones de Jeremy y Clare. No vio razones para mencionar al niño. Al principio, casi fue por descuido. ¿Por qué sobrecargar al sheriff y al príncipe con la novedad de un chico raptado de Dios sabía dónde? Luego, después de unas noches, la omisión comenzó a cobrar más significado en la mente de Lionel. ¿Cómo sería percibido su silencio por un príncipe que ya había arrancado de raíz varias conspiraciones contra su persona? ¿Qué excusa tenía? Lionel había decidido no arriesgarse y, sencillamente, quedarse al niño.

Todos los Vástagos, a fin de cuentas, necesitaban un pasatiempo, una mascota, y ni siquiera la música y las mujeres podían ocupar todas las noches de Lionel.

Parado allí ahora, sin embargo, mirando al niño desnutrido. Lionel sintió remordimientos por otra cosa, algo que no estaba completamente claro, ni siquiera para él. Recordó parte de lo que la mujer del club le había preguntado: «*Entonces,*

dime, ¿alguna vez fuiste humano?». Las palabras se le habían adherido, habían estado resonándole en los oídos al acostarse cada mañana. «*¿Alguna vez fuiste humano?»*»

Lionel volvió a mirar al chico: temblando, con mocos que le corrían por la cara, con ese hedor que dominaba la habitación. Lionel gritó, repentinamente enfurecido:

—¿Qué demonios tienes tú de humano?

El niño dio un respingo, se acurrucó más en su rincón. Lionel se abalanzó sobre él, aferró el borde del colchón y, de un tirón, lo arrancó de debajo del niño como si no pesara nada. El chico rodó y quedó hecho un ovillo sobre el suelo de hormigón.

—¿Qué? —aulló Lionel—. ¿Qué mierda tienes tú de humano?

El niño levantó la vista; sus grandes ojos reflejaban la luz de la bombilla desnuda. Lionel sentía el latido de la sangre en todo el cuerpo, un latido fantasmal, una parodia de lo que alguna vez había sido, de lo que el niño seguía siendo. Extendió la mano hacia el pequeño...

Entonces se detuvo. Luchó por contener el hambre, la furia. La niebla roja que le nublabla la vista se replegó. Lionel se alejó, buscando otro rumbo, otro propósito. Avanzó a paso firme hacia los embalajes de comida que había apilado contra una de las paredes, metió la mano en la que estaba más arriba, extrajo una caja igual a todas las demás: roja, con ruedas falsas, dibujos de animales y una cuerda. Algo que al niño le gustaría.

—¡Será mejor que comas! —chilló. Arrugó la caja entre sus puños hasta que se rompió y se la arrojó al niño—. Se supone que a los niños os gusta esto. ¡Entonces cómetelo!

El chico sollozaba en el suelo, entre las migajas de las galletas con formas de animales. Lionel levantó un puño. El niño se tragó el aliento y sus sollozos se transformaron en una combinación de lloriqueos e hipidos.

Lionel bajó el puño. «*¿Alguna vez fuiste humano?»*. Le dio la espalda al niño y se encaminó a la puerta, pero otra cosa que la mujer del club le había dicho se introdujo entre sus pensamientos: «*Sé lo que eres*». Lionel hundió la mano en el bolsillo y extrajo el trozo de papel que Maxwell le había entregado hacía una hora... un nombre y una dirección. La mujer del club le había dicho que se llamaba Julia, pero fácilmente pudo haberle mentado. El nombre que Laurence había anotado era diferente: Melanie Vinn. ¿Podía tratarse de la misma persona? Lionel lo averiguaría y, si se trataba de la misma mujer, se encargaría de que nunca más volviera a molestarlo.

«*Podría preguntárselo al niño* —pensó Lionel—. *Podría preguntarle si su mami se llama Julia*». Miró al chico por encima del hombro: no se había movido y seguía lloriqueando en silencio. «*Timothy. Podría comprobar si responde a ese nombre*». Pero entonces fue presa de otro raptó de furia. «*Aquí no queda ningún “Timothy”. Jeremy y Clare se encargaron de eso*».

—¿Qué tiene de grandioso el hecho de ser humano? —se preguntó, sin obtener respuesta, mientras apagaba la luz y dejaba al niño inmerso en la oscuridad.

Capítulo diez

—¿Seguro que has entendido?

—Sí. Seguro. No hay problema —dijo Abraham.

Nathan seguía dudando. No era que las instrucciones fuesen tan complicadas, porque no lo eran, sino que, después de haber sufrido una calamidad con los ordenadores, ahora se sentía más que acobardado.

Pero Abraham, evidentemente, tenía la impresión de que Nathan estaba cuestionando su capacidad. Suspiró y levantó las manos para su inspección.

—Tengo puestos los guantes. —En ambas manos, llevaba guantes de goma doble que lo aislarían de cualquier descarga eléctrica caprichosa y potencialmente letal—. Y si me das la señal arranco el enchufe... ese que está ahí... y desconecto el estabilizador de tensión que está allá.

—De inmediato —añadió Nathan.

—De inmediato. —Abraham asintió tres veces, moviendo la cabeza con lentitud, exageradamente.

Nathan imitó el gesto, pero seguía teniendo sus dudas. Reconoció la creciente impaciencia de Abraham.

—No eres tú lo que me preocupa —le aseguró.

—Ya lo sé. Ya lo sé. —Abraham inclinó la cabeza un momento; luego se puso de pie y comenzó a caminar de un lado al otro, o al menos lo intentó. La cocina ya estaba bastante atestada en ocasiones normales, pero ahora que Nathan había montado una unidad de disco, un monitor y una impresora, había mucho menos espacio—. Has tomado todas las precauciones que has podido, ¿verdad? Es decir, comprendo que no quieras conectar este ordenador al resto del equipo mientras tratas de recuperar esos archivos, pero... ¿tenerlo en una habitación separada? No sé. Tal vez deberíamos consultar al médico brujo y de paso ir a buscar tus calcetines de la suerte.

Nathan sintió un rápido destello de rabia, a pesar de que sí tenía puestos sus calcetines de la suerte.

—Tú no viste lo que ocurrió la última vez —dijo—. No estabas aquí. Los sistemas que se apagaban, la sobrecarga... no tendría que haber ocurrido. No era posible que ocurriera. Pero ocurrió. A pesar de todas mis precauciones.

—Esta vez has tomado más precauciones, ¿no?

—Exacto.

—Entonces, como mínimo, ahora es mucho menos probable que ocurra algo tan raro. ¿No?

Nathan no iba a conformarse tan fácilmente.

—«Menos probable» puede no ser suficiente.

Abraham se pasó la lengua por los dientes superiores.

—Entonces olvida esos malditos archivos.

—¿No crees que ya lo he pensado?

—Es lo único que te queda por hacer. Si no puedes manejar las posibles consecuencias de lo que quieres intentar, olvídalo. Renuncia. Tienes que estar dispuesto a trabajar con lo poco que tengas. —Abraham gesticulaba naturalmente mientras hablaba. Su voz tenía una cadencia lenta y Nathan recordó las grabaciones de Malcolm X que había visto y oído—. Olvida esos archivos. Arrójalos a la basura. No pueden ser tan importantes, pues de lo contrario no dudarías tanto.

«*Pero podrían ser importantes* —pensó Nathan—. *¿Cómo voy a saberlo si no los examino? Tendría que resignarme a dudar y seguir dudando*». Sin embargo, sabía que Abraham tenía razón... aunque no en lo de arrojarlos a la basura. Nathan nunca podría vivir consigo mismo si hacía algo así. Por el resto de su vida, cada vez que él u otro cazador sufrieran un revés, se preguntaría si los archivos que había desechado podrían haber escondido la clave de cómo desentrañar un problema, de cómo derrotar a un monstruo, de cómo salvar una vida. De todos modos, conocer el camino que debía tomar no implicaba que fuese más fácil dar el primer paso.

«*Ojalá John estuviera aquí*», pensó Nathan, no por vez primera desde que su amigo y mentor desapareciera. Hetger siempre había sido el que exponía las ideas, el que prestaba apoyo, confianza, el que analizaba las opciones y alternativas. Parecía imposible que otro pudiera ocupar su lugar. Julia, siempre dinámica, lo era dos veces más ahora que finalmente habían hallado una pista acerca de su hijo. Desde el fiasco del Club Lazarus, pasaba casi todo su tiempo saltando de club en club, en algún lugar de la zona, esperando cruzarse nuevamente con aquel tío, Lionel.

Albert podría haber sido ese amigo de confianza, quizás, pero él, igual que John, estaba muerto. Ni Clarence ni Jason habrían podido cumplir con ese papel, aun en caso de que siguieran vivos.

De los recién llegados, por lo general Mike era el más razonable y el que sabía escuchar, pero era tan nuevo... ¿Quién sabía si sobreviviría otra semana, otro mes, otro año más? Cleo daba un poco de miedo, con ese fanatismo que quizás excedía al manifestado por Clarence. Antes de conocerla, Nathan no creía posible que existiera alguien así. Pero tendría que haberlo imaginado. Había visto suficientes mensajes en la hunter-net para darse una idea de la clase de extremistas que rondaban por ahí. Esta noche, de todos modos, Cleo y Mike estaban tras el rastro de un asesino en el extremo opuesto de la ciudad; por lo tanto, en lo que concernía a las actividades actuales, considerar su participación era irrelevante.

Solo quedaban Abraham Jones y su muchacho, Johnny. Así llamaba Abraham a Johnny, «*mi muchacho*», y a Johnny no parecía importarle. Parecía agradaarle, en realidad; parecía enorgullecerse de su relación íntima con un superviviente tan rudo,

con esa actitud de «no-tomo-prisioneros». Sí, bueno. «Yo también creía que Clarence era un superviviente, y John...». Tal vez tenía relación con el hecho de que Johnny no era exactamente uno de ellos y que compartir el peligro que Abraham enfrentaba era para él una especie de redención. «¿Pero cómo puedo pensar que no es uno de nosotros? Comparte el peligro. ¡Está más cerca del peligro que yo, si vamos al caso! Solo porque no tiene la segunda visión y las otras pequeñas ventajas... ninguno de nosotros sabe con seguridad por qué las tenemos. Johnny siempre ha sido leal y valiente, en todas las ocasiones y en todos los sitios que realmente importan. Si eso no lo convierte en uno de nosotros, no sé qué otra cosa podría hacerlo».

—Avísame cuando te decidas —dijo Abraham, quitándose los guantes de goma y arrojándolos sobre la mesa—. Si es que te decides.

Nathan pestañeó, abandonando sus cavilaciones ante el avance inflexible de Abraham.

—No te vayas —dijo Nathan—. Hagámoslo. Ahora. He hecho todo lo posible para tomar precauciones. Quiero saber exactamente qué contienen esos archivos.

Abraham se detuvo en la puerta, escéptico.

—Estás seguro.

—Estoy seguro.

Abraham asintió, entró nuevamente en la cocina y comenzó a ponerse otra vez los guantes.

—Bien. Hagámoslo.

Nathan se obligó a proceder. No se dio tiempo para seguir titubeando, para pensar, para respirar. Inició el *software* de recuperación. Lo había conseguido de un compañero cazador, que a su vez lo había pirateado de Europa: un programa llamado *Rescate*. Las pocas ocasiones en que Nathan lo había utilizado hasta ahora, para recuperar el contenido de archivos corruptos, habían sido como dispararle a un pez en un barril... un barril muy pequeño, y un pez y un arma muy grandes. Esto, sospechaba, sería más que una prueba de fuego para el programa *Rescate*. Con suerte, podría superarla. El *software* estaba listo. Cogió el ennegrecido muñón de un disco duro, que hasta hacía unas semanas estaba enteramente destinado a almacenar copias de seguridad de *e-mails* entrantes y archivos descargados de la red, e hizo una pausa, listo para acceder al puerto. La reconstrucción de aquel puerto se había prolongado varios días después de la catástrofe. El daño infligido al disco era más superficial, gracias al Cielo, pero tendría que haber sido imposible de infligir.

—Maldita sea —masculló.

—¿Algún problema? —preguntó Abraham.

—Ningún problema. —Era una flagrante mentira, pero Abraham nunca comprendería la depresión que se había apoderado de Nathan mientras su amado ordenador comenzaba a sisear, se derretía y explotaba. Inspiró profundamente. «Tarde

o temprano, todos tenemos que enfrentar nuestros peores miedos».

Conectó el disco. Nathan casi se olvidó de Abraham, concentrándose en el monitor. Unos clics del ratón, y *Rescate* ya estaba funcionado, accediendo al disco estropeado. En la pantalla apareció un gráfico en mosaico: filas multicolores de celdas, algunas negras, inaccesibles; otras que titilaban mientras *Rescate* recorría como una serpiente los sectores dañados e inoperables. Otra ventana mostraba nombres de archivos, y la lista se hacía más larga a cada segundo que pasaba. Nathan hizo correr la lista. Reconocía algunos de los nombres. Otros, sin embargo, habían quedado reducidos a jerigonza, *windings*, o simplemente aparecían de color gris claro.

Rescate parecía no tener problemas con el disco. «¿Pero qué pasará con los archivos infectados? —se preguntó Nathan—. Si es que los encuentro».

Un minuto después, los encontró. Los archivos de Muckraker eran de los que estaban en gris, lo que implicaba que no podían abrirse por el momento. «Veremos qué dice *Rescate* al respecto».

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—¿Qué?

—Ese ruido que has hecho —dijo Abraham— ha sonado a gruñido de «encontré lo que quería».

Nathan solo escuchaba a Abraham con una parte de su mente.

—Ah, sí. Los encontré. Es decir, hasta cierto punto, el disco está operativo. Pero no es lo mismo hallar los archivos que acceder a ellos.

—Pero tú ya los habías visto antes, ¿no?

—Brevemente. Muy brevemente. —Nathan levantó un dedo para evitar que le hiciera más preguntas. Mientras tanto, hizo que *Rescate* creara una copia de contenido de los archivos, una especie de fotografía instantánea, muy básica, pero que no requería abrir los archivos. No incluiría ningún código activo del interior de los archivos originales, pero, en todo caso, cualquier código activo que hubiera sido empotrado en esos documentos era lo último que Nathan quería tocar en aquel momento.

—Listo. —Las reproducciones estaban a salvo, almacenadas en un *floppy*. Usando el ratón, abrió las versiones estériles y frunció el entrecejo. Mientras una porción del texto seguía igual que él lo recordaba de su breve lectura anterior, una gran parte estaba mutilada, incomprensible, con líneas superpuestas una sobre otra, tachadas o completamente revueltas. Nathan cerró los archivos, sacó el *floppy* y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—¿Ya está? —preguntó Abraham, algo incrédulo. Después de tanto aspaviento, obviamente esperaba algo más dramático.

—Tengo una copia básica de los archivos —explicó Nathan—, pero está bastante

incompleta. Necesito ver qué más puedo hacer con los archivos originales. —Hizo crujir sus nudillos y volvió a *Rescate*.

Una rápida verificación de las propiedades reveló discrepancias significativas entre los tamaños de los archivos estériles y los originales. «*Hay algo que no ha hecho la transición, eso está claro. Y tal vez fue ese algo el responsable de lo ocurrido*». Pero había más información para extraer de aquellos archivos. El asunto era sacar las pepitas de oro sin que se derrumbara la mina. Nathan examinó los archivos en busca de un código activo. *Rescate* no encontró nada.

—No me lo creo ni por un segundo.

—¿Qué?

—Shh.

El texto mutilado contenido en los archivos estériles podía ser el responsable de una diferencia de tamaño de unos cientos de kilobytes, pero las discrepancias eran mucho mayores. Los archivos originales ni siquiera cabían en un *floppy*.

—Aquí sigue habiendo un código activo. —Pero, según *Rescate* no lo había. ¿Eran imágenes? ¿Gráficos? ¿Medios interactivos? Nathan no había visto nada de eso durante su somera inspección original.

Exploró los archivos varias veces más.

—Qué extraño. —*Rescate* no reconocía datos de ninguna especie en el interior de los archivos. «*Pero eso no puede ser. Ya he visto las copias de contenido. Hay datos allí. Más de los que he podido conseguir de forma remota. ¿Rescate está funcionando mal, está corrupto el programa, o simplemente el problema lo supera?*». Solo había una manera de averiguarlo.

—Voy a entrar.

Nathan no podía imaginarse un código informático tan avanzado e insidioso que pudiera obstaculizar con tanta facilidad el funcionamiento de su *software*, que era tecnología de vanguardia... más vanguardista que la vanguardia. Al utilizar *Rescate* para abrir los dos primeros archivos, ya no fue necesario que se imaginara nada.

Durante un breve y deslumbrante momento, el archivo del plan de negocios que había podido examinar anteriormente apareció ante él en todo su esplendor.

Luego el ordenador perdió la chaveta.

Comenzaron a abrirse ventanas de exploración de *Rescate*, una tras otra, por toda la pantalla, llevando a cabo en cuestión de segundos operaciones que tendrían que haber tardado minutos, o incluso horas. Los chirridos de alarma y unos pequeños estallidos invadieron los oídos de Nathan. Sintió el olor acre del humo de los circuitos del ordenador y del plástico al fundirse. Tomándose apenas una fracción de segundo para verificar que el ratón había dejado de funcionar, le dio la señal a Abraham.

Abraham arrancó los cables de conexión y los de las fuentes de tensión, siguiendo sus instrucciones. Al tirar del último enchufe, tuvo que protegerse la cara de la lluvia

de chispas que se produjo como resultado. La luz del techo de la cocina perdió intensidad un momento, volvió a hacerlo una segunda vez, y después se apagó definitivamente.

Nathan y Abraham esperaron en la oscuridad, escuchando los «pops» y «pings» residuales que emanaban del interior del ordenador. Gradualmente, los sonidos se convirtieron en chisporroteos; luego se detuvieron y sobrevino el silencio.

—Debe de haberse quemado un fusible —dijo Nathan.

—Eso no es todo —dijo Abraham, señalando la mesa con un gesto—. Espero que hayas sacado todo lo que querías de esa cosa.

Nathan comprendió de qué estaba hablando: del bulto de escoria en vías de solidificarse, del tamaño de un pomelo, que un minuto antes había sido el disco duro que contenía las copias de seguridad.

—No he extraído todo lo que quería —dijo Nathan—, pero he obtenido todo lo posible.

Capítulo once

Le quemaban los brazos, pero Sands se obligó a hacer una serie más de levantamientos en el banco. Había optado por usar las pesas más livianas y hacer más repeticiones. No necesitaba tener músculos abultados, después de todo, sino estar en buena forma. Además, no tenía a nadie que lo ayudara a sostener la barra, de modo que agregar más peso no solo resultaría contraproducente, sino, además, poco seguro.

«Seguro —pensó con burla—. *¿Qué diablos es seguro a estas alturas?*». Bajó la barra hasta que tocó ligeramente su pecho, luego la empujó hacia arriba, exhalando, empujando... Uno. Y otra vez. «*Si mi única preocupación fuese no decapitarme con la barra de pesas, me sentiría genial*». Abajo... arriba... exhalar... empujar. Dos.

Pero tenía muchas más preocupaciones... y la preocupación que Faye sentía por él no era la menos importante. Si ella lo dejara tranquilo... si siguiera adelante y viviera su vida y le permitiera protegerla... Pero no parecía capaz de hacer algo así. No podía librarse de esas viejas nociones que, en el nuevo mundo de Douglas, ya eran obsoletas: nociones como el trabajo, el dinero y la relación de pareja. Y él no podía explicarle por qué todas esas cosas ya no tenían importancia. Ella no lo entendería. Ciertamente, Faye no tenía la más remota idea de todo lo que él había abandonado para poder verla a salvo en este nuevo mundo, ni podía concebir algo así. Ella no podía ver.

Exhalar... empujar... Cinco.

Cada vez que levantaba las pesas le temblaban los brazos. Sands trató de desterrar todos los pensamientos que no tuvieran que ver con subir y bajar las pesas, con tomar aire y soltar aire... Siete. Pero una concentración tan intensa conllevaba sus propios peligros. A veces, cuando su mente estaba completamente vacía de distracciones, oía la voz. Aunque no hubiese viento. Como un eco que reverberaba en las cavernas de su conciencia.

«*Un sitio solitario, mi conciencia*», pensó Sands.

Nueve.

No había motivos para que fuese un sitio solitario. Tenía mucho de qué sentirse culpable. Al menos eso era lo que Faye y el Dr. Boxer (no, David «que no es médico» Boxer) querían que sintiese. «*Se supone que él es imparcial, pero ella lo maneja con un dedo*». Habían visitado al terapeuta nuevamente aquella mañana. Como ocurría con Faye, Boxer no era capaz siquiera de comenzar a comprender lo que Douglas había tenido que experimentar. «*No, a menos que pueda ver*», pensó Sands. Conforme su irritación le daba combustible a sus músculos cada vez más temblorosos, hacía fuerza para elevar la barra. «*¿Cuántas van? ¿Doce, trece? Diablos, tenía que hacer solo diez*».

Dejó que la barra cayera en el soporte estrepitosamente. Durante largo rato,

permaneció acostado, esperando a que el agotamiento de sus brazos y hombros se expandiera. Quería sentir el cansancio, el aturdimiento, en todo el cuerpo.

No estaba funcionando. «*Nada está funcionando*», pensó Sands.

La terapia no estaba funcionando; de eso estaba seguro.

Aquel día se habían concentrado casi enteramente en el trabajo de Douglas... en su ex-trabajo, en realidad. «*Si Faye pensaba que Marcus Jubal iba a permitir que esa solicitud de licencia terminara en cualquier cosa que no fuera una notificación de despido y una indemnización, se estaba engañando*». Sin embargo, quedó muy conmovida con la noticia. «*Supongo que tendría que habérselo dicho antes de hoy*», concedió Sands a regañadientes. Después de todo, sabía que lo habían despedido desde hacía más de una semana. Pero era descaradamente obvio que no podía haber sucedido otra cosa. «*Demasiada responsabilidad, después de todo lo que pasó. Demasiadas posibilidades de que Melanie o algún otro presentara una demanda judicial. Y la policía, que seguía metiendo las narices en...*». Sands pensaba que no había muchas posibilidades de que la policía lo acusara de algo, tanto en el caso del asesinato de Gerry Stafford como en la desaparición de Albert Tinsley y las explosiones en las cloacas, pero mientras el tal detective Havelin siguiera husmeando en Industrias Iron Rapids y haciendo preguntas sobre Sands, bueno, la estabilidad laboral no formaba parte del juego y mucho menos el progreso de su carrera profesional.

Pero Faye no podía ver eso y no podía otorgarle a Douglas el beneficio de la duda.

«*Supongo que no le he dado muchas razones para otorgarme el beneficio de la duda. Pero eso fue antes, maldita sea*».

Y si la terapia no estaba funcionando, ¿dónde quedaba su matrimonio?

—¿Qué matrimonio? —gruñó Sands. Su matrimonio se estaba sosteniendo tan bien como las puertas francesas después de que él las golpeará con el bate de béisbol. Ahora el convenio no estaba basado en el amor, el afecto o siquiera la conveniencia, sino en la desesperación. Por motivos muy diferentes, tanto Douglas como Faye eran incapaces de desprenderse de los vestigios finales de su viejo mundo, o no estaban dispuestos a hacerlo... sin importar que cualquier emoción verdadera que pudiera haber existido entre ellos se hubiese atrofiado hacía años. Se aferraban a lo conocido, con todas sus fuerzas. «*Por mínimo que sea el bien que nos haga*».

Por lo tanto, por ahora vivían vidas más o menos paralelas: él hacía ejercicios en casa, Faye en el gimnasio, encontrándose ocasionalmente en alguna comida o mientras deambulaban por la casa. «*O para ir a las sesiones de terapia, Dios me ayude*».

Sands se levantó del banco y, aletargado, se encaminó a la ducha. Echó un vistazo a la sala para comprobar si Faye ya estaba en casa. No estaba. Douglas frunció el

ceño... no porque las nueve de la noche fuese muy tarde para que ella estuviera trabajando, sino porque, sencillamente, no le agradaba que se ausentara tantas horas seguidas. Había estado enseñando casas toda la tarde, y a primera hora de la noche debía asistir a una reunión del consejo directivo del refugio de desamparados en donde trabajaba como voluntaria. Todo estaba en silencio en la casa.

La sala estaba limpia, aunque no completamente ordenada, después de su aventura de la otra noche. Había unas gruesas láminas de plástico adosadas al marco en donde ya no existían las puertas francesas. Douglas se había encargado de eso, pero se había negado a hacer cualquier otra cosa. Se había negado porque quería pensar en lo que había visto y oído; las consecuencias, representadas por los cristales hechos pedazos y los muebles rotos, habían quedado a cargo de Faye, que había barrido todos los trozos de vidrio y ordenado los diversos elementos de los estantes dentro de cajas de cartón (a fin de cuentas, Faye era partidaria de seguir adelante como si nada anduviese mal), pero la biblioteca destrozada seguía apoyada precariamente contra la pared y la lamparilla del pasillo no había sido reemplazada. Una o dos veces, Faye había tratado de traer a colación lo ocurrido esa noche, lo que ella llamaba su «ataque de violencia», pero Douglas le había quitado las ganas de hablar, dedicándose al alcohol y a los analgésicos para calmar su dolor de espalda.

Pero ella no podía olvidarse del tema, no podía dejarlo en paz. Esa mañana había llevado la foto de Adam a la oficina de Boxer, escondiéndola a hurtadillas bajo su abrigo; había tratado de analizar el hecho de que Douglas hubiera roto el portarretratos durante su ataque de violencia. Ella y el imbécil que no era médico habían tratado de sacar conclusiones. Douglas se había negado a decir una sola palabra. No estaba dispuesto a ser parte de ese jueguito del cazador de cabezas, cuando ninguno de los dos podía saber la verdad. Finalmente, habían perdido el interés y se habían dedicado a machacarlo por la pérdida de su empleo, repitiendo que cómo era posible que no se lo hubiera contado a Faye inmediatamente... cómo podía ser que no se fiara de ella, que no confiara en ella... bla bla bla bla bla bla.

Sands se arrojó en la tumbona, meneando la cabeza. Por Dios. El solo hecho de pensar en ello lo enfurecía otra vez. «*No voy a volver a la oficina de ese idiota. No voy a pagarle un centavo más*».

El repentino sonido del timbre del teléfono lo sobresaltó más de lo debido. «*Tal vez es Faye —pensó—, que llama para avisar que llegará tarde*». Era algo típico de ella: ser considerada con él, aunque hacía mucho venía quejándose de que él no demostraba la misma consideración hacia ella. «*Demonios, quizás tiene un amante y me está llamando para avisarme de que llegará tarde*». Esa sería la gota que rebosaría el vaso. «*Tal vez haya encontrado un entrenador joven y guapo que la hace feliz*»; la idea, que al principio se le había ocurrido parcialmente como una broma, se apoderó de su mente. «*¡Quizá es Boxer! No me sorprendería*». No lo sorprendería y,

advirtió, tampoco evocaría ninguna otra respuesta emocional. No podía culparla por buscar un poco de pirotecnia conyugal o apoyo emocional en otro sitio. No tenía derecho a enfadarse. A pesar de todo, aunque se sintiera con derecho a enfadarse, en su interior faltaba algo: ese apego de familia que debía existir entre marido y mujer. Había desaparecido. A través de los años, se había debilitado y desgastado, se había descompuesto hasta pudrirse por completo.

Por lo tanto, sonó el teléfono y él no contestó. Faye podía dejar un mensaje, si es que era ella. O quizá fuera un hombre que la llamaba a ella. Douglas no iba a hacer de secretario. No se interpondría en su camino, pero no iba a colaborar con la situación. Ahora se limitaba a ser un simple observador de las decisiones personales que tomaba Faye. Después de todo, la única recompensa que su matrimonio aún le brindaba era la proximidad... para poder proteger a Faye. Le debía eso. Era el motivo por el cual le molestaba que ella se hubiese ausentado tanto tiempo el día de hoy. Sabía que no podía estar junto a ella cada minuto del día. Para compensarlo, había comenzado a hacer inspecciones aleatorias de los sitios donde ella pasaba la mayor parte de su tiempo: la oficina, el refugio, el gimnasio. Solo para revisarlos; para revisar a la gente. Para cerciorarse de que verdaderamente eran personas y no criaturas con máscaras humanas. Parecía lo mejor que podía hacer por el momento. *«¿Pero por qué tiene que estar lejos tanto tiempo? ¿Está tratando de complicarme las cosas?»*.

El teléfono volvió a sonar, quizás por quinta o sexta vez. *«¿Para qué diablos tiene puesto el contestador?»*, se preguntó Douglas, irritado. Comenzó a ponerse de pie, pero entonces la máquina entró en acción con un clic. Se escuchó la voz grabada de Faye, cortés y profesional. Douglas esperó a escuchar al que llamaba, aguardó para ver cuál de sus peores pronósticos era el más cercano a la verdad.

El bip, y luego:

—¿Douglas...?

Cerró las manos sobre los apoyabrazos de la tumbona, tratando de enderezarse, aunque ya estaba sentado en posición recta. La que estaba del otro lado de la línea era una mujer, pero no Faye.

—Douglas, no sé qué hacer. Algo extraño ha...

Melanie. Después de todo lo que había ocurrido, Melanie lo estaba llamando. Era ella, muy bien, pero no parecía ella. En contraste con sus modales normales, decididos, se la escuchaba confundida, insegura, casi mareada. *«Hay algo que no está bien»*, pensó Sands.

—Douglas, necesito... necesito tu ayuda.

Sands dejó de respirar. Por un instante, el mundo se congeló, quedó suspendido, hasta que el siguiente latido de su corazón se escuchó como un golpe de martillo contra el yunque. Se abalanzó sobre el teléfono.

—Melanie, Melanie, ¿estás bien? —Oyó la respiración de ella, torpe y lenta, como si acabara de despertarse, y por un momento el sonido lo engañó: estaba acostado junto a ella en la oscuridad. El sudor que se secaba en su cuerpo era producto del ejercicio del sexo. Quería estirar la mano y tocarla, solo para asegurarse que estuviera bien. Pero ella estaba fuera de su alcance—. ¿Estás bien?

—No lo sé. Douglas, necesito... tu ayuda.

—¡Aguanta! ¡Voy para allá!

No recordaba haber colgado el teléfono. Abrigo, cartera, llaves y ya estaba saliendo por la puerta y conduciendo a toda velocidad por la ciudad. Cada par de faros que se acercaba era un par de ojos diabólicos, hambrientos. «¡El merodeador está muerto!». Se repetía Sands una y otra vez. «Quemado, destruido, muerto». Pero la imagen que tenía en la mente era la de una criatura monstruosa colgada del costado de un edificio, espiando el interior, esperando. «ESPERA... PARA MATAR». Ojos y garras y colmillos, en un cuerpo que casi podía confundirse con el de un humano, excepto para alguien que tuviera ojos para ver.

—Resiste, Melanie. Resiste.

De mala gana, Sands se detuvo en un semáforo en rojo. Miró a su alrededor. No había tráfico, no había policías. Atravesó la intersección velozmente, sin esperar a que la luz se pusiera verde.

—Maldición, me he olvidado el bate —advirtió.

Tendría que enfrentarse al problema que fuese sin el *Louisville Slugger*. Se habría sentido mejor si lo hubiese tenido en el asiento del pasajero. Sí, había estado levantando pesas desde hacía tiempo, pero aunque había adelgazado un poco no se engañaba respecto a sus posibilidades de vencer con las manos desnudas a algo parecido al merodeador. «Así no. No es como enfrentarse a un matón común». Sands sabía que tendría que escarbar en lo profundo de su interior. Tendría que encontrar la fuente de fuerza que lo había salvado a él y a otros en el pasado. Tendría que confiar en la misteriosa neblina que brotaba de un alma enferma de inhumanidad y que él percibía. Esas ideas le provocaban más escalofríos que cualquier otro terror que pudiera encontrar. Sentir que su interior se hacía pedazos, la manifestación de repulsión, el vómito en la boca.

Meneó la cabeza y apretó el acelerador más a fondo.

Para cuando el auto finalmente frenó de golpe, patinando con un chirrido en el aparcamiento del complejo de apartamentos, Sands estaba casi frenético. La adrenalina bombeaba por todo su cuerpo. Repetía la llamada de Melanie en su cabeza, una y otra vez:

«Douglas, necesito... necesito tu ayuda».

«¿Estás bien?»

«No lo sé. Douglas, necesito... tu ayuda».

«¡Aguanta! ¡Voy para allá!»

Había algo en su voz, además de confusión. ¿Dolor? ¿Estaba en estado de shock? ¿La estaban torturando? ¿Por qué lo había llamado a él? ¿Por qué no a la policía? ¿Qué era lo que estaba mal? Melanie no hablaba... como debía.

«¿No es siempre así? —advirtió—. Algo que no es como debe ser. Sin que haya una explicación buena o normal, sin que exista nada que pueda alarmar a una persona normal».

Sands se detuvo de golpe frente a la escalera que llevaba al apartamento de Melanie. No se molestó en buscar un sitio para aparcar. Trató de respirar profundamente algunas veces, pero era demasiado esfuerzo. Tenía la mirada fija en sus nudillos, blancos de tanto apretar el volante. Algo andaba mal. No tenía que correr a ciegas. Sus apremiantes pensamientos volvieron a Julia, a Hetger... pero John estaba muerto, tenía que estarlo, igual que Clarence, que Jason, que Albert. «Igual que yo, si no hago las cosas bien». Habría sido mejor llamar a alguien para que lo acompañara, no ir completamente solo. «Algo anda mal». Lo percibía. Al recordar otra vez la llamada telefónica, al escuchar el eco de la voz tensa de Melanie en sus oídos, se convenció de ello. «Tendría que haber llamado a alguien para que me acompañara». Pero ya era demasiado tarde.

Salió del coche; quería subir los escalones a toda velocidad, quería derribar la puerta, pero se contuvo. Trato de subir la escalera en silencio, tratando de captar cualquier indicio de lo que le esperaba más adelante. Nada, salvo los sonidos normales: el rumor monótono de la carretera en la distancia, música fuerte de un apartamento cercano, una pareja peleando, un bebé chillando...

Era imposible caminar en silencio por la galería. Cada paso reverberaba en la fría noche. Sands estaba sudando de nuevo, a pesar de la camisa húmeda que llevaba debajo del abrigo. Apretó la espalda contra el edificio y avanzó centímetro a centímetro, acercándose al apartamento 3031, a la puerta de Melanie, al aldabón con forma de cabeza de león. La galería parecía no terminar nunca. Sus pasos cautelosos, imposiblemente ruidosos, no lo acercaban a donde quería llegar. Solo mirando hacia atrás podía discernir si había avanzado algo.

Resiste, Melanie. Dios mío, resiste.

Finalmente, la puerta estuvo al alcance de su mano. «¿Qué voy a hacer?». La idea pasó por su mente un segundo, pero no podía ponerse a pensar en sí mismo. Tenía que llegar a Melanie. «¿Qué? ¿Para que nos maten a los dos?». Vaciló; luego la cautela se subordinó a la necesidad y estiró la mano hacia el picaporte.

La puerta no estaba cerrada con llave. La abrió de golpe, lo suficiente como para verificar que no había nada ni nadie oculto detrás. Melanie estaba en el sofá, sentada, mirándolo. Incluyó la cabeza como si estuviese sorprendida de verlo. Sin embargo, había algo erróneo en su mirada... algunas sinapsis críticas no estaban funcionando;

la causa y el efecto habían dejado de tener significado para ella.

«Tú me has llamado, maldita sea», pensó Sands, repentinamente enojado; la adrenalina estaba volviéndose en su contra. Luchó por conservar la calma; recorrió la habitación con la mirada, buscando señales de peligro... de algo escondido, algo que no esperaba verlo aquí.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja.

Ella pestañeó, inclinó la cabeza hacia el otro lado.

—Quédate ahí. —Douglas cerró la puerta, echó el cerrojo y recorrió rápidamente el apartamento: revisó la cocina, el dormitorio, el baño, los armarios, el balcón. Escudriñó el otro lado de la esquina exterior del edificio, para asegurarse que no había nada vigilando desde allí, colgado de sus garras asesinas. Para Douglas, ese deseo paranoico de buscar seguridades ya era casi una segunda naturaleza. ¿No había estado antes allí, no había hecho aquello mismo, no había buscado a un monstruo cuya existencia no era posible? De algún modo, el hombre que había hecho todo aquello, que se había descolgado por una ventana, armado únicamente con una lámpara, ese hombre, parecía pertenecer a un tiempo y un mundo que habían desaparecido hacía mucho.

Sands se apresuró a volver junto a Melanie. Había hecho lo que él le había ordenado, quedándose allí mismo, en el sofá. Sin discutir. Algo tenía que estar mal.

—¿Estás bien?

Ella lo miraba fijamente, atenta, como tratando de descifrar la pregunta. La neblina comenzaba a desaparecer de su mirada, pero la confusión persistía.

—Me has llamado —dijo Sands—. Dijiste que necesitabas ayuda. ¿Lo recuerdas?

Melanie lo miró más intensamente, sin comprender, sin relacionar lo que él decía con lo que ella había hecho.

—¿Qué sucedió? —La tomó de los hombros, tratando de sostener su mirada, de hacerla recordar—. ¿Qué sucedió?

Ella se sacudió para zafarse de sus manos, alarmada por su vehemencia y su intento de sujetarla.

—No me toques.

Sands retrocedió como si lo hubiesen golpeado. Lo último que quería hacer era lastimarla. Dios sabía que ya la había lastimado bastante en el pasado.

—Disculpa. Disculpa. Está bien. Todo está bien. Cálmate.

Y mientras ella comenzaba a temblar descontroladamente, él la vio, realmente la vio, por primera vez. Estaba pálida, aterrada... esta mujer, esta muchacha a la que él recurría en busca de vitalidad, de vigor, de vida. Era tan frágil...

«Está tan ciega como todos los demás —pensó—. Pobre chica». Ahora le parecía apenas eso, una chica. De veintitantos años. Si Adam estuviera vivo, ahora tendría doce. Ella estaba dos veces más cerca de tener esa edad que de la edad de Douglas.

«Y yo me acosté con ella». Parecía tan frágil... Al mirarla ahora, en sus ojos no había nada de lujuria. Quería protegerla, interponerse entre ella y cualquier cosa que quisiera hacerle daño. ¿Melanie había cambiado tanto, comparada con lo que era antes, o era él quien había cambiado?

Fue entonces cuando ella cambió de posición en el sofá y Douglas vio las marcas en su cuello. Unas marquitas rojas, apenas algo más que piel irritada, pero la separación entre ellas, y su ubicación... Sands se inclinó más cerca; las marcas ya estaban desapareciendo. Elevó la mano, tocó con los dedos los puntos antes de que se borraran del todo. Melanie lo observaba con aprensión, pero no retrocedió, mientras él apoyaba las puntas de los dedos sobre su arteria carótida para sentirle el pulso.

—Vampiro —susurró.

El merodeador. A fin de cuentas, era un vampiro. «¿Habrás regresado? Por Dios. No puede ser». El vértigo se apoderó de Sands, afectando la estabilidad de la habitación. Se aferró al sofá, sin poder afirmar con seguridad que se estuviera moviendo junto con todo lo demás. Luces blancas danzaban frente a sus ojos, oscureciéndolo todo excepto el contorno distante de un rostro rígido que lo observaba. Lentamente, su vista, aunque no su mundo, volvió a la normalidad.

«¿Si los vampiros existen, qué clase de mundo loco, estúpido, desquiciado y maldito es este?». ¿Si esa idea le venía a la mente con tanta facilidad, hasta qué punto estaba desquiciado él también?

Obligó a esas ideas a retroceder. No podía lidiar con ellas, por el momento no. Había venido por Melanie.

—¿Sabes por qué me llamaste? —le preguntó con calma, tratando de tranquilizarla.

—Yo... —Comenzó a decir algo, trató de concentrarse en elaborar la respuesta, pero las palabras le eran esquivas. Meneó la cabeza, frustrada, preocupada—. No lo sé, Douglas.

—Pero recuerdas que me llamaste.

Ella asintió.

—Sí. Recuerdo, pero... pero era como... como mirar a otra persona. Puedo verme a mí misma oprimiendo los botones y me oigo decir las palabras pero... no puedo explicarlo. —Conforme hablaba, su mirada estaba perdida en la distancia, tratando de ver y recordar lo que él le estaba diciendo, tratando de entender; luego se volvió hacia Douglas—. No puedo explicarlo. —En el pasado, Sands había visto muchas cosas en los ojos de Melanie: esperanza, celos, lujuria, enfado, frustración, desprecio. Pero creía que nunca había visto miedo. Hasta ahora—. ¿Me estoy volviendo loca, Douglas?

—No te estás volviendo loca —dijo él, y luego la abrazó, y ella lo apretó con fuerza, sollozando contra su pecho—. No te estás volviendo loca. —«Soy yo. Es el

mundo»—. Tú no.

Sentía vergüenza, abrazando a esa muchacha aterrada que ni siquiera estaba segura de qué era lo que la asustaba, pero que sabía que una parte de su vida había dejado de tener sentido. De todos los abrazos que habían compartido, de todas las horas que habían pasado en los brazos del otro, esta era la primera vez que él le ofrecía consuelo. Todo lo demás había sido indulgencia, nada más. ¿Acaso Julia no le había dicho algo así? La maldijo por tener razón.

Acarició el cabello de Melanie hasta que ella dejó de llorar; luego le trajo un vaso de vino de la nevera.

—Todo va a arreglarse —le dijo, esperando que no fuera mentira. No quería agregar la mentira a su considerable lista de pecados. *«Tengo que descubrir qué está ocurriendo. Tengo que protegerla»*. ¿Pero cómo? Ya tenía bastantes problemas para vigilar a su propia esposa. Tal vez si Melanie se mudaba con ellos...

No. Eso no funcionaría, por razones obvias. Faye no podría entender lo que para él era perfectamente razonable. Y Melanie, una vez recuperada de la conmoción y cuando volviera a salir el sol, tampoco comprendería. Podía prever lo que sucedería. Melanie regresaría al trabajo como si nada hubiese cambiado, como si todo su maldito mundo no hubiese cambiado en nada.

«Estoy de nuevo donde comencé —pensó Sands—. No puedo protegerlas a ambas. Diablos, ni siquiera puedo proteger a una sola». ¿Y de qué? ¿De un monstruo que, para empezar, ni siquiera podía existir, de un monstruo que él ya había destruido?

—¿Estás bien, Melanie?

Ella asintió y Sands quedó impactado por su resistencia. Ya estaba recuperándose. ¿Eso era bueno, se preguntó, o simplemente la llevaría a no tomar las precauciones necesarias? Tal vez, quedar marcado de por vida y convertirse en un paranoico fuera la mejor manera de protegerse.

—Tengo que irme —dijo él—. Quiero que cierres la puerta con llave y que no le abras a nadie. ¿Lo has entendido? Bien. Si ocurre cualquier cosa fuera de lo normal, cualquier cosa, sea la que sea, llámame. No. Mejor llama a la policía. A la policía. Ellos te cuidarán. —*«Si pueden»*. Lo embargó una repentina oleada de culpa por dejarla en manos de la policía, que era tan ignorante del verdadero peligro como ella. *«Pero no puedo estar en todos lados. No puedo hacerlo todo. Con suerte, podré al menos hacer una parte»*.

Y al detective Havelin iba a encantarle que Melanie llamara a la policía y les dijera que Sands había estado allí. Comenzó a decirle que no hiciera mención de su nombre, pero ellos podían descubrirlo por otros medios (grabaciones telefónicas, testigos o lo que fuera) y entonces todo el asunto parecería mucho más sospechoso. Lo dejó pasar. *«Que piensen lo que quieran»*. No había hecho nada malo al acudir allí

aquella noche. Después de todo, ella lo había llamado.

—Tengo que irme —dijo Sands. No estaba seguro de a dónde tenía que ir o qué tenía que hacer, pero sabía que quedarse atrincherado en ese apartamento no resolvería nada. La besó ligeramente en la frente y se marchó.

Esperó junto a la puerta hasta que escuchó que del otro lado se deslizaba el cerrojo, pero aun así, con cada paso que desandaba por la galería, Sands sentía que la estaba abandonando. «*Si le pasa algo, nunca me lo perdonaré*». Pero ya le había pasado algo. No podía borrar de su mente la imagen de las dos marcas rojas del cuello de Melanie. ¿Algo la había atacado? En los cuentos y películas, los vampiros siempre buscaban el cuello. ¿Dónde terminaba la ficción y comenzaba la letal realidad? ¿Por qué la criatura no la había matado? «*Supongo que un vampiro puede beber sangre sin llegar a extraer la suficiente como para matar a la víctima, como un parásito que no quiere matar a su huésped*». Comparada con la locura que implicaba toda la situación, la idea le pareció una extravagancia casi insignificante.

Si el hombre que estaba sentado de costado sobre el capó del auto de Sands no se hubiera movido, tal vez Douglas no lo habría visto, pues el extraño se fundía completamente con la noche. Pero se movió: le dedicó un frívolo, aunque no particularmente amistoso, saludo con la mano.

—Qué jovencita tan agradable.

Sands estaba en mitad de la escalera. Quedó paralizado.

—¿Qué has dicho?

—Qué jovencita tan agradable. —El extraño hizo un gesto hacia la galería, hacia el apartamento de Melanie.

Y Sands vio que el hombre no era un hombre... que no era humano, al menos.

—Aléjate de ella. —Sands continuó bajando la escalera, con pasos medidos, deliberados, mientras su indignación y su frustración amenazaban con explotar, abandonando el sitio donde él había logrado encerrarlas.

El extraño levantó una ceja burlona. Sands pensó que, a primera vista, parecía un camello: ropa cara, chaqueta deportiva informal, pantalones, todo a juego con una barba incipiente y una cabellera un poco crecida. Lo que más le llamó la atención, sin embargo, fue la piel del hombre, blanca y perfecta, como si estuviese esculpida en mármol. Sin vida. Al igual que los ojos. De color azul oscuro, pero en cierta forma brillantes, como si fuesen ojos de vidrio o algo salido del taller de un taxidermista. Sin vida, a pesar de la expresión socarrona.

—Aléjate de ella, maldito.

El extraño levantó las manos, mostrando las palmas, en defensa propia.

—Todo el mundo supone lo peor. Cálmate, Douglas.

Sands se detuvo en el último escalón. Menos de seis metros lo separaban de la criatura.

—Sabes mi nombre.

El extraño puso cara de desilusión. Meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

—No sirves para mentir, ¿verdad, Douglas? Ya sabes, tratar de hacerme creer que ese no es tu nombre, aunque ambos sepamos que lo es. Oh, bueno. Eres franco. Me gusta eso.

—Aléjate de ella.

—¿De Melanie? Oh, sí, lo haré. Probablemente. —El extraño le dedicó una breve sonrisa que podía haber sido carismática si Sands no hubiese estado hirviendo de furia y de creciente repulsión—. Comprendo que tienes que cuidar lo que es tuyo. No puedes tolerar que ningún otro trate de conquistar a tu putita de repuesto, ¿verdad?

—No es así. —Sands se aferró de la barandilla, apretándola cada vez más. Se preguntó si podría arrancarla de la pared y partirle el cráneo al muy cabrón. Una violencia cada vez mayor le revolvía las entrañas. Podía destruir a esa cosa allí mismo. Tenía que destruirla. Acabar con aquello. Acabar con todo—. Te has bebido su sangre.

Esa frase tomó desprevenida a la criatura. Durante un segundo, no pudo seguir demostrando ironía, solo sorpresa. Y furia. Luego se recuperó.

—Por lo que he oído —dijo el extraño— tú no jugabas al Monopolio con ella, precisamente. Exacto. Me ha contado muchas cosas interesantes de ti. Qué niña más encantadora. Cree que has estado bajo mucha presión, que lo vuestro fue descubierto y que tu obligación es hacer feliz a tu esposa.

Sands dio un respingo. Sentía que los tornillos que aseguraban la barandilla comenzaban a aflojarse. El pulso le latía en los oídos. La fuerza le tensaba el cuerpo.

—Háblame de Faye, Douglas. ¿Es tan buena en la cama como Melanie? ¿Alguna vez has follado con las dos juntas al mismo tiempo? —Se echó a reír—. Tal vez lo haga yo. Si quieres puedes mirar.

Mirar. Esperar. «*ESPERA... PARA MATAR*».

—¿Te gustaría, Douglas? ¿Te gustaría?

Los tornillos de la barandilla que estaban más cerca de la mano de Douglas salieron del todo del revestimiento de vinilo. Con una fuerza sobrenatural, arrancó el segmento de barandilla. Saltó otro grupo de tornillos y, de repente, la barra de metal de un metro y medio de largo estaba suelta y en su mano. No era posible que hubiera sido capaz de hacer eso, no podía tener tanta fuerza... pero la palabra «posible» ya no significaba nada para Sands. Se lanzó hacia adelante, acomodando la barra en su mano, sacudiéndola sobre su cabeza como un hacha. Por segunda vez, por una fracción de segundo, vio sorpresa en el rostro del extraño. Conmoción, en realidad. Pero entonces se desató lo imposible, ya libre de sus ataduras. El extraño, sentado despreocupadamente en el capó del coche un momento antes, de pronto ya no estaba allí. Era un borrón de movimiento, apartándose de un brinco, tan rápidamente que

Sands solo pudo percibir el viento que produjo a su paso, más que su verdadero cuerpo.

La barandilla que tendría que haber partido el cráneo del monstruo se estrelló contra el capó del coche. A Sands no le importaba el coche. Lo habría hecho trizas pieza por pieza, como si fuese una muñeca vudú automovilística, si eso hubiera significado también el desmembramiento del extraño.

Pero el extraño ya no estaba. Había desaparecido.

Jadeando, Sands escudriñó la oscuridad, pero no sirvió de nada. La barra cayó de sus manos con estrépito y, al mismo tiempo que los espasmos comenzaban a apoderarse de su espalda, se le doblaron las rodillas. Luchó por mantenerse erguido, pero no pudo, cayó al suelo. Por un momento, creyó ver carne blanca y muerta y unos ojos brillantes, sin vida. La imagen estaba grabada a fuego en su memoria, en su conciencia, pero ya no estaba frente a él. Gracias a Dios.

Cuando todo terminó, se sintió indefenso. ¿Y si la criatura regresaba en aquel momento? ¿Podría su cuerpo recomponerse, le permitiría levantarse y volver a pelear, por Melanie, ya que no por sí mismo? Pero, de alguna manera, sabía que la cosa se había marchado. Quizás porque los retortijones de estómago estaban disminuyendo. Sintió el sabor de la bilis y escupió en el pavimento. Sangre. Se había mordido el labio.

Pero esa cosa había probado la sangre de Melanie.

«*Tengo que matarlo*», pensó. Matar a alguien que ya estaba muerto. Destruirlo. Matarlo. Se tocó el labio con un dedo. Sangre. No podía quitarse de la cabeza la imagen de esos ojos. El monstruo. Matarlo.

¿Y a cuántos más?

SEGUNDA PARTE: «ONDAS DE CHOQUE»

Capítulo doce

Sands oprimió el timbre y aguardó, mientras reflexionaba sobre la conmoción que su sencillo acto debía de haber originado en el interior. Los ocupantes de la casa entraban y salían a su antojo, generalmente por la puerta del garaje. En cuanto a las visitas, estaba bastante seguro de que nunca venía nadie, o que al menos no recibían visitantes fortuitos, y menos aún vendedores ambulantes a esas horas de la noche. Creyó oír, o tal vez lo imaginó, personas caminando de acá para allá del otro lado de la puerta. Una voz amortiguada, quizás. O tan solo una ilusión creada por su mente. Se escuchó el rumor bastante real de unas cortinas contra la ventana y por fin abrieron la puerta.

—Douglas. —Nathan lo miró, perplejo, sin encender la luz del porche.

—¿Podemos pasar?

—Claro. Adelante. Adelante.

Sands cogió a Melanie del hombro y la condujo adentro. Ella podía ser muy tenaz, pero había perdido sangre. No estaba seguro de la cantidad, pero sospechaba que era más de lo que le habría extraído la Cruz Roja. Había otros en el interior en la casa: Julia y dos personas que Sands no conocía, un hombre y una mujer. Nadie encendió las luces. La escasa iluminación de la sala era la que se filtraba desde el corredor del fondo y la cocina. A pesar de la oscuridad, Julia pareció darse cuenta de que Melanie se tambaleaba al caminar. Hizo que se sentara.

—Douglas —dijo Nathan, tratando de usar un tono despreocupado—. ¿Qué te trae por aquí?

Julia le estaba preguntando a Melanie si se sentía bien, si quería algo de beber. Los otros dos observaban atentamente a Sands, especialmente la mujer. Era menuda y de piel oscura, y parecía formar parte de las sombras. Pero en sus ojos relumbraba una expresión de... desconfianza, no de bienvenida.

—No sabía a qué otro sitio podía ir —dijo Sands, e hizo un gesto hacia Melanie—. Ha habido un problema. —Echó un vistazo a los extraños, preguntándose cuánto podía decir delante de ellos. Estaban aquí, lo que sugería que formaban parte de la locura, pero ¿cuánto sabían?

Nathan reconoció su vacilación.

—Douglas Sands, te presento a Cleo Wheeler y a Mike Carson. Ahora están con nosotros. —El hombre asintió. No hubo respuesta de parte de la mujer.

—Está bien —dijo Sands. Comenzó a decir algo más; luego recordó que Melanie seguía allí—. Probablemente conviene que se acueste —le dijo a Julia—. ¿Qué tal en alguna de las habitaciones del fondo?

Julia asintió y ayudó a Melanie a ponerse de pie. Sands quedó nuevamente impactado por lo débil que parecía la joven. Qué crimen; ese monstruo era capaz de

drenarle la vida, literalmente. Pero ya no. Nunca más. Si él podía evitarlo. Julia sacó a Melanie de la sala.

—Un vampiro —dijo Sands—. Tenemos que matarlo.

El efecto de sus palabras se expandió como las ondas en una laguna. Nathan tragó saliva. El otro hombre, Mike, se sentó. La mujer conservó su postura vigorosa, como si ella sola pudiera sostener todo el peso del mundo.

—Dinos lo que puedas; luego vete —dijo.

Sands pestañeó. Al principio pensó que seguramente había oído mal.

—¿Disculpa? —dijo, imitando su tono de malicia.

—Hiciste una elección —dijo ella, rebosante de desprecio—. Te alejaste. Así que dinos lo que puedas y luego vuelve a marcharte.

—Tranquila, Cleo —dijo Mike.

—Douglas es un amigo —añadió Nathan, recuperando la voz.

—Bueno —dijo Julia, regresando a la sala—, ¿qué ha sucedido?

—Lo que ha sucedido —dijo Sands— es que tengo un talento especial para hacer que me odien mujeres que no me conocen.

Julia se encogió de hombros.

—No te preocupes. Cleo odia a todo el mundo.

—Lo mismo me dijo John de ti cuando lo conocí —dijo Sands—. Más o menos.

—No hay sitio para desertores entre los elegidos de Dios —dijo Cleo.

Sands volvió a pestañear y se la quedó mirando.

—Aquí tenemos a uno y sigue vivo, ¿no?

—Si has visto a uno de los demonios —continuó Cleo, ignorándolo— dinos lo que sabes. Nosotros lo destruiremos.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no te vas a otro lado a hablar con Dios, o a hacer lo que diablos sea, para que el resto de nosotros podamos mantener una conversación racional?

—Esa chica es Melanie, ¿no? —preguntó Nathan—. ¿Se encuentra bien?

—Considerando todo lo ocurrido, sí —respondió Sands, sin dejar de mirar a Cleo. No confiaba en ella, no le agradaba y no quería que le agradara. Tenía la misma actitud de «haz lo que yo digo o vete al diablo» que Clarence, solo que Clarence era una masa ambulante de músculos letales y Cleo era delgada como un palo y de un metro y medio de altura. ¿Cómo era posible que alguien tan pequeño fuese tan malvado y desagradable?

—Cleo, debemos ir a relevar a Abraham y Johnny —dijo Mike.

Ella continuó mirando a Sands con odio unos segundos más y luego se encaminó a la puerta, siguiendo a Mike.

—En esta guerra no hay sitio para desertores y cobardes —dijo.

—Aunque parece haber suficiente sitio para brujas y necias —disparó Sands. Se

cerró la puerta y, para gran alivio suyo, quedó a solas con Julia y Nathan—. ¿De dónde diablos habéis sacado a...?

—Cuéntanos de la chica —dijo Julia.

—¿Le habéis dado algo para ayudarla a dormirse?

—No necesitaba nada. Estaba exhausta.

—Ha perdido algo de sangre. —Sands no podía creer lo que oía. Sus palabras parecían despreocupadas. «¡La ha atacado un maldito vampiro!», quería gritar.

—Has dicho que fue un vampiro —dijo Nathan—. ¿Estás seguro?

Sands asintió.

—Estoy seguro. Un vampiro distinto. No el mismo que mató a Jason.

—¿No podías alejarte de ella, maldito seas? —dijo Julia, levantando las manos en un gesto de exasperación. Se sentó pesadamente y Sands pudo comenzar a apreciar lo cansada que estaba. Tenía los ojos hundidos, y ojeras oscuras. Aparentemente había perdido peso, pero no de una manera saludable. La piel parecía colgarle de los huesos del rostro. Café en lugar de sueño, ansiedad en lugar de ejercicio.

—No es eso —le explicó Sands—, pero creo que me lo merezco igualmente. No la veía desde antes de que dejáramos la ciudad. Me llamó esta noche. Parecía confundida, desorientada. Dijo que necesitaba mi ayuda. ¿Qué otra cosa podía hacer yo?

—Perdona —dijo Julia, cerrando los ojos y masajeándose el puente de la nariz—. Perdona. No te merecías ese comentario. ¿Qué sucedió?

—Fui a su apartamento, y ella estaba allí. Parecía estar bien, en general. Perpleja, confundida. Tenía dos marcas. —Se tocó el cuello para indicar la posición—. Creo que eran heridas. Creo que ese cabrón la mordió y se bebió su sangre. —Pronunciar esas palabras hizo que volviera a sentir el estómago revuelto, la repulsión ante algo inhumano que vivía de la sangre de otra persona.

—Crees —dijo Julia, poco convencida—. Entiendo que estés un poco susceptible...

—Lo vi. Al monstruo. Me lo encontré cuando me marchaba. —Una oleada del dolor desaparecido no hacía mucho tiempo le recorrió la parte inferior de la espalda—. Tuvimos una pequeña charla. Traté de reventarle la cabeza. Se escapó. No podía dejarla sola después de eso, así que volví a buscarla.

—¿Estás bien? —preguntó Julia, ahora preocupada. Lo había visto hacer uso de sus dones en el pasado y sabía que le costaban caro.

—Bastante bien. Sacarla de allí fue casi lo único que hice. Solo nos quedamos hasta que pude volver a caminar. De todos modos, supongo que alguien debe de haber llamado a la policía... hice un poco de ruido... y no quería estar allí cuando llegaran. Melanie estaba demasiado débil y asustada para resistirse, así que me la llevé y anduvimos dando vueltas en el coche un rato.

—No querías venir aquí —dijo Julia.

—No.

A Nathan le parecía difícil de creer.

—No habrás pensado que te negaríamos nuestra ayuda...

—Eso no —dijo Julia, viendo con más claridad—. Ya nos había dicho que no quería tener nada que ver con nosotros, que no nos necesitaba.

—Algo así —asintió Sands. Se instaló un profundo silencio, que se apoderó de los tres—. Mirad —continuó por fin—, lo único que sé es que se trata de un vampiro y que tenemos que matarlo. Si no queréis formar parte de esto, iré solo.

—No seas estúpido. —Julia se inclinó hacia delante, mientras sus manos sostenían lo que parecía ser el inmenso peso de su cabeza.

Sands se acomodó en un asiento, y cayó en la cuenta de lo agradable que resultaba poder quitarles un poco de presión a sus pies y espalda.

—¿Os traigo café? —preguntó Nathan. Sands y Julia negaron con la cabeza, de modo que Nathan se sentó con ellos.

—Sé lo que era —dijo Sands—. Un vampiro. Lo vi. Qué extraño. Si no hubiera sabido... es decir, era un tío bastante guapo. Me doy cuenta de cómo es posible que se confundiera con... ya sabéis... las masas, los ciegos. No era como el último. Esa criatura era experta en ocultarse. Tenía que serlo. No había posibilidades de confundirlo con un humano. Pero este podría haber sido yo, o tú, o... —Meneó la cabeza, tratando de pensar en lo que habría visto una persona normal, alguien que no notara la excesiva perfección de su piel blanca, los ojos sin vida—. Y sus ojos. Eran oscuros, pero eran los más brillantes...

—Azules —dijo Julia, repentinamente tensa. Sands asintió, desconfiado—. De color azul oscuro, pero al mismo tiempo brillantes. Y vacíos.

—Sí.

—Un hijo de puta fanfarrón.

—Sí. —Sands no sabía qué más decir. Julia no estaba haciéndole preguntas, estaba describiendo a la criatura.

—¿Dónde lo has visto? —Julia estaba sentada en el borde de la silla, inclinándose hacia delante, con la mano en el antebrazo de Sands, apretándolo—. Aquí. ¿En Iron Rapids?

Él asintió.

—Sí. En el apartamento de Melanie.

—Muéstrame dónde. Llévame allí.

Sands se puso de pie y miró a Nathan.

—¿Quieres venir?

—Puedo ir, si me necesitáis.

—Está trabajando en otra cosa —dijo Julia.

Los tres se quedaron de pie un momento. Sands no podía discernir si los otros dos estaban haciendo lo mismo que él: evaluando, calculando los riesgos. «*Esto es lo que tendría que haber hecho antes de correr al apartamento de Melanie. Hacer una pausa. Inspirar profundamente. Pensar*».

—No creo que siga allí —dijo, rompiendo el silencio.

—Es bastante posible —dijo Julia—. Vamos.

—¿Puedes vigilar a Melanie? —le pidió Sands a Nathan—. Creo que es mejor que se quede aquí.

—Claro.

—¿Y Faye? —preguntó Julia.

Sands sintió una repentina y familiar punzada de ineptitud. No podía estar en dos lugares al mismo tiempo, no podía vigilarla a ella y a Melanie a la vez. Se había cerciorado de que la joven estuviera a salvo, al menos por el momento, pero había dejado a su esposa sin protección... y ese monstruo la había amenazado.

—Necesito comprobar si se encuentra bien. ¿Puedo usar el teléfono?

—Llámalas desde el coche —dijo Julia—. Tengo un móvil. Si hace falta, iremos a tu casa y no a la de Melanie.

Sands estuvo de acuerdo. Momentáneamente, la oleada de gratitud que lo invadía lo había hecho bajar la guardia. Estas personas lo entendían. Sabían lo mismo que él, veían lo que él veía. Y estaban dispuestas a ayudarlo. Tantas semanas de aislamiento, de tratar de arreglárselas solo mientras fingía ante Faye y ante todo el mundo que la vida era normal, que al mundo no le habían crecido colmillos y garras, le habían costado caras. Igual que el ataque al vampiro le había costado caro a su cuerpo. «*Siempre hay que pagar un precio*», advirtió. Esa era la parte que le tocaba, su carga, y nadie podía quitársela de los hombros.

Capítulo trece

Estaba un poco deshilachado en los bordes, no podía negarlo. El color, una lenta hemorragia que brotaba de la herida de su hombro, había encontrado el modo de regresar a la programación de Matthew-2. No sabía con qué le habían disparado, pero le resultaba difícil concentrarse, enfocar. Y así seguía, vagando por un sector sin formatear, igual que venía haciéndolo desde hacía un tiempo indeterminado. En aquel sitio, los puntos de referencia temporales y físicos eran esquivos. Restos de la Red Digital pasaban volando como el viento, sin orden ni concierto: la mitad delantera de un imponente transatlántico antiguo; un rodeo; mujeres ataviadas con kimono con la cabeza inclinada, participando en una ceremonia del té; dinosaurios, pero con mala definición, con el mapa de bits incompleto; centenares de miles de millones de datos fragmentarios. Tal vez Matthew-2 estaba de suerte: no era probable que la Tecnoocracia pudiera seguirlo hasta allí.

La luz roja. Tendría que haber salido un segundo después de ver que se encendía la luz roja sobre la cerradura. No se le había ocurrido que podían estar esperándolo. Pero una vez que la extrapolación del código funcionó incorrectamente, se disparó la alerta. Cuando la luz roja se volvió verde y se abrió la puerta, después de los ajustes que había hecho en el código de la tarjeta magnética, se engañó hasta caer en la indulgencia. Pero ya era demasiado tarde. Como estaba entrando por un portal de la Cámara de Comercio, supuso que tenía muy poco que temer. Pero la Tecnoocracia no trabajaba así.

Se tocó el hombro con la mano e hizo una mueca. Sin embargo, en el sitio donde la sangre hacía contacto con sus dedos, el color piel comenzó a restaurarse y luego a expandirse, reemplazando al blanco prístino que había tenido que adoptar para entrar en el sector restringido.

Quizás no había sido la luz roja. Quizás había sido ese primer instante, cuando se abrió la puerta del conducto. Era todo muy confuso. Su memoria seguía hecha un desastre. El procesamiento tampoco era muy rápido.

Había obtenido acceso al conducto después de corregir la tarjeta magnética. Los programas-empleados de la CdC habían perdido rápidamente interés en él. El conducto mismo era una especie de ascensor que lo había transportado por el ciberespacio. Negro y blanco. Eso es lo que tendría que haberle llamado la atención. La diminuta habitación carecía de color, más aún que el sector de la CdC decorado en neutros tonos tierra.

Planificación Central. Concepto: Ann Arbor. Después de que se abrieran las puertas, había tardado unos pocos segundos en hacer coincidir su código con los parámetros de seguridad. Nuevamente, la extrapolación del código que había utilizado resultó levemente inadecuada. Tal vez la Tecnoocracia hubiera retocado

ligeramente los programas... no de una manera flagrante, no tanto como para alertar a un intruso que creía tener un buen programa de seguridad y que podía escabullirse justo a tiempo. Pero lo suficiente.

No había seguridad activa en el sector. Eso, también, era engañoso. Parecía razonable suponer que los Tecnócratas no tuvieran suficiente mano de obra para disponer de observadores en vivo... ¿y para qué molestarse, si la vigilancia electrónica detectaba el 99,9% de las irregularidades? Tal vez habían sido esos primeros segundos. Matthew-2 coincidía con los parámetros: bata blanca de laboratorio, gafas de protección, monocromático de la cabeza a los pies. Tales eran las manifestaciones de los cambios de código. ¿Los había hecho con la suficiente rapidez? No había manera de saberlo y quizás no tuviera importancia. No creía que fuera a regresar. No estaba tan loco.

En el sector Ann Arbor también había programas de ayuda, por supuesto. Eran ligeramente más sofisticados que los de la CdC, de modales más variables, un definitivo avance en la programación. El primero que vio, encalado, andrógino, se aproximó, exhibiendo una sonrisa de labios apretados.

—¿Puedo ayudarlo?

—Recuperación —dijo Matthew-2—. Cámara de Comercio de Iron Rapids. —Después de todo, ya había obtenido acceso al sector. ¿Por qué iban a existir contraseñas adicionales para obtener una información que, de todos modos, era inaccesible para toda persona no autorizada? No obstante, observó con cuidado al programa-empleado, listo para sacar su libreta e improvisar un código si era necesario.

—Por aquí, por favor —dijo el empleado, todavía con los labios fruncidos. Condujo a Matthew-2 hacia la puerta y tuvo la cortesía de pasar la tarjeta por la ranura, hacerlo entrar y marcharse. La habitación estaba llena de datos. El formato no era el más útil para los propósitos de Matthew-2: pilas y pilas de cajas de cartón, cada una repleta de paquetes con panfletos. Miles de panfletos, todos diferentes, todos conteniendo una pequeñísima porción de información; lo que él buscaba podía estar en algunos o en ninguno de ellos. No pudo por menos que advertir que las imágenes de los panfletos estaban en color. Estaban destinados a la CdC, no al uso interno y exclusivo de la Tecnoocracia. Cualquier panfleto podía ser útil de por sí, pero si lograba asimilar la masa total de datos estaba seguro de que descubriría planes de inversión y estrategias. Estaban allí, sumergidos en las profundidades y desperdigados en miles y miles de megas de información.

¿Cuál era el mejor plan?, se preguntó. Clasificar y asimilar los datos llevaría demasiado tiempo. Necesitaba copiarlos y llevárselos, para examinarlos más tarde con toda comodidad. Pero el formateado actual era demasiado torpe y rígido. Hecho así intencionadamente, supuso. ¿Había tiempo para reformatear?

Tendría que haberlo.

Matthew-2 extrajo su fiel libreta. Rápidamente, esbozó una cuadrícula de tres por cuatro en una página, numeró del uno al nueve los casilleros de las tres filas superiores y escribió «estrella-cero-libra» en los de la fila inferior. Al finalizar, arrancó la página, le pasó la lengua por el reverso y la presionó contra la caja de cartón más cercana. La imagen parpadeó y en el sitio donde había adherido el papel apareció un teclado electrónico adosado a la caja. Tecleó un código de formateado; la imagen volvió a parpadear y donde antes había estado la caja apareció un CD.

Al recorrer toda la habitación con la mirada, Matthew-2 se desanimó. Un cálculo apenas parcial de la cantidad de cajas revelaba que eran más de cien. ¿Cuánto tardaría en reformatear todos los archivos? ¿Podría explorarlos y entresacar con más eficiencia el material que necesitaba? ¿Cuánto tardaría en hacer eso y cuánto tiempo era demasiado tiempo? Resultó que esa pregunta fue mucho más fácil de responder de lo que había sospechado.

De la nada, comenzaron los disparos.

No de la nada, en realidad: se abrió la puerta y entraron, abriendo fuego. Hombres de Negro, un par de ellos. Las primeras explosiones hicieron volar cajas y panfletos, desparramándolos por todas partes. El pensamiento inicial de Matthew-2, poco realista, fue que algún peón iba a tener que limpiar aquel desorden, pero una de las explosiones que siguieron le acertó en el hombro y lo lanzó por los aires. La lluvia de datos le proporcionó un escudo durante unos segundos, mientras las detonaciones de las armas de repetición sacudían la estancia.

Frenético, trató de hallar la libreta. Las partículas caían por todos lados como confeti, cegándolo tanto a él como a los Hombres de Negro. Si no podía encontrar la libreta, si la había extraviado al caerse... no... ahí estaba. La tenía aferrada con la mano izquierda, que no podía sentir, que no podía responder a sus deseos. Luchó para controlar el dolor de la herida del hombro, de las rutas de datos interrumpidas, y cogió la libreta con la otra mano. El lápiz estaba resbaladizo por culpa de su propia sangre de color rojo brillante y feroz. Se esforzó por garabatear un protocolo de emergencia que había aprendido para estas ocasiones, pero que nunca antes había utilizado.

La caja que estaba junto a su oreja izquierda hizo erupción, como un geiser de panfletos chamuscados y jirones de cartón. Matthew-2 terminó de hacer la última anotación. Ahora solo necesitaba arrancar la página para iniciar el protocolo. Enderezando la libreta con su mano sana, cogió una esquina de la hoja con los dientes y tiró...

Los Hombres de Negro, dedicados a su tarea destructiva en medio de un macabro silencio, haciendo explotar todo, no habían hablado hasta entonces. Ahora, de pronto, los disparos cesaron. Los dos agentes de la ley aullaron, emitiendo un horrible sonido

electrónico, como si alguien estuviera arrancándoles los miembros del cuerpo. Matthew-2 percibió algo de esa sensación, una torcedura y un desgarró en lo profundo de su interior. Casi olvidó por completo el hombro herido y el brazo inutilizado cuando el protocolo de emergencias logró hacer un agujero en la realidad del sector. Se abrió una fisura que dio paso a una luz cegadora, no en el suelo, el techo o la pared, sino en el propio ciberespacio. El gemido opresivo de la realidad estática hecha pedazos ahogó los gritos de los Hombres de Negro. Matthew-2 ya no podía verlos, no podía ver nada. La fisura, brillante como una nova, estaba creciendo, expandiéndose, o tal vez estaba atrayéndolo hacia su interior. Un caos furioso, sin formatear, inundó los parámetros comprometidos del sector. La marea se apoderó de Matthew-2, lo poseyó y lo arrastró hacia el olvido, mientras él se resistía, sacudiendo las piernas y gritando.

Eso había ocurrido... ¿hacía cuánto tiempo? No lo sabía. Lo único que sabía era que estaba vagando, flotando, arrastrándose, deslizándose por un espacio sin formatear desde lo que parecía ser el principio de los tiempos. El principio y el fin.

Hombres de Negro. Implantados dentro del sistema de seguridad del ordenador. Para Matthew-2, el concepto era casi una blasfemia. Estaba al corriente de la existencia de tales procedimientos, claro, pero nunca se había topado con algo así directamente, nunca había pensado o deseado hacerlo. Simplemente, habían entrado a tiro limpio, sin preocuparse por los datos que podían destruir ni por los sistemas que podían bloquear. Solo les interesaba él: un virus, un cáncer que debía ser extirpado, destruido a cualquier precio. ¿Qué clase de operador de sistemas llegaría tan lejos? Un operador desesperado. O con una confianza suprema: un operador que no tuviera nada que perder, que supiera que ninguno de los datos o sistemas de ese sector eran irremplazables. Había copias de seguridad en otro sitio, archivos duplicados o que podían replicarse con facilidad. Matthew-2 prefería pensar que se trataba de la primera posibilidad: la Tecnocracia estaba desequilibrada y las actividades desarrolladas por él, al menos hasta cierto punto, habían contribuido a ello. Después de reflexionar un poco más y de efectuar un rápido análisis estadístico, concluyó que la verdad, probablemente, estaba en algún sitio ubicado entre ambos extremos.

Cuando por fin oyó el rumor de un código conocido, aproximándose a través del implacable estrépito producido por el espacio sin formatear, Matthew-2 pensó que lo estaba imaginando. Era posible que el ruido blanco le hiciera creer que escuchaba cualquier sonido. La visibilidad era todavía más engañosa, ya que los horizontes eran inexistentes y el campo de visión estaba atiborrado de caprichosos electrones de todas las formas y colores. Sin embargo, lentamente llegó a creer que la salvación podía estar al alcance de la mano. Más allá del desfile de imágenes sin sentido (esta vez era una gigantesca estatua de Vladimir Lenin adornada con tartán escocés), se aproximaba un helicóptero, cada vez más. De la puerta de carga colgaba una

escalerilla de soga.

—Sigues peleando con Charlie, ¿eh?

La escalera se acercó... con lentitud hipnótica, pero se acercó. Matthew-2 la cogió con la mano sana y comenzó a ascender pesadamente. El escozor que le provocaba el conocido código en los dedos lo fortaleció. Con cada torpe avance, el hombro le dolía un poco menos. Las gafas de seguridad, todavía colgadas de su cuello, se disolvieron en una voluta de datos obsoletos. Los bordes desgarrados y rotos de la bata blanca volvieron a tejerse. La bata se hizo más larga, recuperó la apariencia de su impermeable de siempre. Para cuando entró a gatas por la puerta de carga, el propio helicóptero había dejado de ser visible. Matthew-2 se puso de pie, se enderezó cuan largo era. Se acomodó la corbata y escudriñó el cuarto de hotel a través del cristal.

Matthew Simonson pulsó enter; luego giró la silla para quedar frente al espejo. Sonrió, pues estaba aliviado de ver a su reflejo, que parecía sentir un mal humor discordante. ¡Qué cansado estaba del reflejo que se limitaba a copiar todos sus movimientos y expresiones!

—Te has tomado tu tiempo para regresar —articuló silenciosamente con la boca, dirigiéndose al reflejo—. ¿Has salido a pasear?

El reflejo no estaba para chistes. Tampoco en buen estado. Tenía una herida abierta en el hombro, y sangraba... el rojo era el único color intenso de la imagen. El resto tenía una apariencia más apagada, como si el espejo estuviese recubierto de una película de polvo, aunque el reflejo de la habitación que estaba detrás de la figura era normal.

—Déjame hacer un diagnóstico rápido —dijo Matthew. Se puso a teclear en el portátil. En la superficie del espejo apareció una línea horizontal que fue descendiendo por el cristal, restaurando el color y la vitalidad del reflejo a su paso. La herida había desaparecido. El reflejo, aunque seguía siendo independiente de Matthew, ahora hacía juego con la paleta de colores del resto de la habitación.

—¿Cuánto tiempo? —oyó Matthew preguntar a su propia voz, sincronizada con los labios del reflejo, dentro de su mente.

—Más de una semana. Me estaba cansando de mirarme a mí mismo.

—No descubrí nada de utilidad.

—*Au contraire* —dijo Matthew, meneando el dedo—. Ahora sabemos que no debemos tomar sus dispositivos de seguridad a la ligera, aunque accedamos por el portal de la CdC.

—La próxima vez, recuérdame que envíe primero al canario.

—Lo haré. Mira, me encantaría dedicar todo el día a mantener una charla ociosa contigo, pero hemos perdido mucho tiempo. ¿Cómo te sientes?

—Como si acabara de pasar por mi desfragmentación de los cien mil kilómetros.

—Bien. Quero salir a buscar a ese tío, a Sugardaddy. Ya estoy harto de tonterías. Tiene que salir de su escondite antes de que podamos echar raíces.

—¿Has agotado todos los demás recursos? —preguntó el reflejo, haciendo crujir sus nudillos.

—Tú ponte a trabajar. Y trata de no tardar una semana.

Un rápido golpecito a la tecla enter y Matthew-2 ya estaba en camino.

Capítulo catorce

Nada parecía haber cambiado en el apartamento de Melanie. Frente al edificio, la barandilla aún estaba tirada en el suelo, donde Sands la había dejado. Si de verdad alguien había llamado a la policía, no había señales visibles de ello. «*No me sorprende —pensó—. Si alguien oyó el jaleo por encima de la maldita música, habrá creído que se trataba de una pelea normal en el aparcamiento, relacionada con las pandillas, las drogas o cualquier otra cosa*». La escena le dejó un regusto desagradable en la boca. «*¿Esta es la clase de gente por la que estoy arriesgando mi vida?*». No, decidió. Arriesgaba su vida por la gente decente, como Faye y Melanie. «*Por Julia, y ojalá que por su hijo*», pensó, mirando a la mujer que estaba sentada junto a él en el coche.

Julia también estaba inspeccionando el lugar de los hechos.

—¿Qué es esa barra?

—La barandilla. Con la que traté de partirle la cabeza.

Ella lo miró con... con algo que él no sabía lo que era: ¿desdén por su reacción machista ante la situación, reticente admiración, alivio por saber que él estaba bien, frustración porque el monstruo había escapado? Tal vez todo a la vez.

—Creo que él puede ayudarme a encontrar a Timothy —dijo Julia—. Si es el mismo con el que hablé.

Cuando iban de camino, Julia le había hablado sobre el encuentro en el club, sobre la mochila y los cuerpos que la policía había descubierto, y sobre la endeble esperanza de que un vampiro pudiera conducirla a otro vampiro, y a otro, hasta encontrar a su hijo.

Sands no estaba tan seguro.

—¿Piensas de verdad que existe una fraternidad de vampiros o algo así, que hacen reuniones y que roban niños en vez de pedir una pizza? —Deseó no haberlo dicho apenas las palabras salieron de su boca. Julia se puso tensa. Apartó la vista, como si de pronto sintiera un gran interés por el segmento de barandilla suelta, pero él creyó ver lágrimas en sus ojos, gracias a la luz de la farola de la calle—. Por Dios, perdóname, Julia. No quería decir eso. Esa cosa atacó a Melanie. Amenazó a Faye. Tarde o temprano, tendremos que matarlo, pero si podemos averiguar algo antes de hacerlo...

—Eso es lo que todos insisten en decir. —De pronto, su tono de voz se endureció—. Que tenemos que matarlo. Y mientras tanto, tal vez, quizás, si tenemos suerte, averiguaremos algo sobre Timothy. Lo lamento, pero yo no lo veo así. Quiero recuperar a Timothy.

Sands se limitó a asentir. ¿Qué podía decirle? Percibía la determinación de Julia, su dolor, pero escucharla, extrañamente, le proporcionaba una sensación de alivio,

igual que había ocurrido con la conversación en la casa. Allí había una mujer que, a diferencia de la mayoría de la gente del mundo, veía las cosas como él las veía. No vivía en su pequeño y seguro mundo. Sus ilusiones de seguridad y conformismo estaban hechas trizas. Como las suyas. Aunque no se llevara bien con los cazadores, aunque no le gustaran, ellos sabían de dónde venía. Compartían un marco de referencia común. Todos conocían los verdaderos peligros que acechaban en las sombras.

—Quiero que me prometas algo —dijo Julia. Había cogido a Sands de la muñeca. Su atención volvió a concentrarse en ella. No podía malinterpretar esa sensación apremiante—. Entiendo que tienes la obligación de velar por la seguridad de Faye y Melanie, y me comprometo a ayudarte. Te lo dije cuando regresábamos a la ciudad. Recuerda lo que me pediste... que si algo te sucedía...

—Lo recuerdo. —Apenas pudo pronunciar las palabras. No le había pedido aquel favor a la ligera, y ahora estaba muerto de miedo por lo que ella podía solicitar a cambio.

—Aparte de cualquier cosa que pueda ponerlas en peligro a ellas dos —continuó Julia—, quiero que me prometas que harás todo lo que esté a tu alcance para ayudarme a encontrar a Timothy.

Sands vaciló. A cierto nivel, era una pregunta sencilla. Claro que la ayudaría... pero ya nada era tan simple. Ninguna pregunta se podía responder alegremente con un sí o un no, porque el mundo había dejado de funcionar con simpleza. ¿Cómo se podía saber lo que ocurriría mañana, al día siguiente o al siguiente? ¿Qué imprevisto pacto de Fausto estaba a punto de aceptar?

—Prométemelo, Douglas. —Julia le clavó los dedos en la muñeca—. ¿Es mucho pedir?

—Julia, yo... claro que te ayudaré...

Ella meneó la cabeza, le clavó los dedos con más fuerza, sin siquiera caer en la cuenta de lo que estaba haciendo.

—No es suficiente, Douglas. Promételo. Se trata de mi hijo, de mi Timothy. ¿Cómo podía Julia pedirle aquello? ¿Y cómo podía negarse?

—Te lo prometo. —Sintió la lengua pesada al decirlo. Se trataba del hijo pequeño de Julia, y Sands ya le había fallado a su propio hijo—. Te lo prometo.

Ella le aguantó la mirada varios segundos, como si estuviese memorizando cada línea de su rostro, de tal modo que, si alguna vez le daba la espalda, ella pudiera perseguirlo hasta el fin de los días... y luego su expresión se suavizó, y la tensión que hasta ese momento le había estorbado la respiración se disipó. Julia le soltó la muñeca e inspiró profundamente.

—Tendríamos que mirar adentro —dijo.

—Primero préstame otra vez el teléfono. —Sands había llamado a casa dos veces,

pero Faye no contestaba. Ya debía de haber regresado del gimnasio y Douglas comenzaba a preocuparse. Si esta vez no respondía, iba a insistir en que realizaran solamente una breve inspección del apartamento de Melanie. No esperaba encontrar nada, de todos modos.

Faye contestó después del tercer tono.

—¡Faye!

—Sí, Douglas. —A través del teléfono móvil, su voz sonaba metálica.

—Estás bien.

—Sí, estoy bien. —Hizo una pausa. Luego—: ¿Dónde estás?

—Bueno... mira... no puedo hablar ahora, pero quería cerciorarme de que estabas bien.

Otra pausa. Douglas casi podía sentir la tensión de los músculos de la mandíbula de su esposa y ver las arrugas que surcaban su frente.

—Bueno, yo estoy bien —dijo ella por fin.

—Bien. Escucha... eh... no sé muy bien cuándo regresaré exactamente. — Ninguna respuesta—. ¿Seguro que estás bien?

Una larga y lenta exhalación hizo crepitar el teléfono.

—Buenas noches, Douglas.

—Buenas noches... —Pero ella ya había colgado.

Julia hacía esfuerzos por no mirar a Sands. Le había permitido ser testigo de una porción de su tragedia interior y del caos en que se había convertido su vida, pero aparentemente suponía que él no deseaba corresponder con la misma confianza. «Sí, bueno... a ella no le queda nada, salvo buscar a su hijo —pensó—. Yo todavía tengo una vida normal». Rápidamente, se apartó de esa línea de pensamiento. Era demasiado burda y no quería hacerse cargo de ninguno de los recovecos a punto de derrumbarse de esa fachada que él se esforzaba en mantener.

—Entremos —dijo.

Todavía tenía en su poder la llave de Melanie, que había guardado antes. A ella le temblaban tanto las manos que no había podido usarla. Al caminar otra vez por la galería, ahora con Julia, no sintió... nada. Ninguna de las diversas emociones que lo habían sacudido al recorrer ese mismo lugar durante el último año: abandono lascivo, las primeras veces que había venido a reunirse con Melanie; disgusto por el tipo de gente entre la que ella había elegido vivir; terror y repulsión por las bestias que acechaban de noche. Nada. Hasta la omnipresente culpa tenía una intensidad que era una sombra de la anterior, como amortiguada. Sands estaba cansado, dolorido, y el espectáculo del dolor avasallante de Julia era un incómodo toque de atención sobre el sitio que él mismo podía terminar habitando si no tenía cuidado.

En el interior no había mucho que ver. Ningún signo de pelea. Sands estaba casi seguro de que el vampiro había estado allí, pero no se le había caído la cartera, ni

había dejado una tarjeta de visita... ningún rastro, salvo las marquitas rojas del cuello de Melanie. ¿Lo había hecho a propósito? Sands miró alrededor sin ganas, más hechizado por los fantasmas de todos los momentos que había pasado en el apartamento que por el espectro del vampiro que había escapado. Imaginaba lo que Julia estaría pensando: «*Así que es aquí donde lo hacías, donde dormías con ella, donde corrompías a esa pobre muchachita*». Pero, cuando miró a Julia, vio que ella lo estaba revisando todo atentamente, en busca de alguna pista.

—Aquí no hay nada —dijo Douglas—. Vamos. Necesito ir a casa.

—Deberías traer a Faye a nuestra casa. Estaría más segura.

Sands se rió: un sonido cansado, andrajoso.

—Sí, claro. Faye, tú, yo, Melanie y esa fulana... la bruja de Cleo. ¿La gran familia feliz? No lo creo. Ya vi demasiadas comunidades en los sesenta.

—¿Entonces por qué has traído a Melanie esta noche? —lo desafió Julia—. ¿Por qué has venido?

—Yo... ella... necesitaba estar a salvo. ¿Qué otra cosa podía...? No podía llevármela a casa con Faye, por el amor de Dios.

—No somos un centro de rehabilitación, Douglas. Está bien que hayamos podido ayudarte esta noche, pero si traes gente de afuera, indefensa... especialmente si ya no eres uno de nosotros... nos pones a todos en peligro.

Todos los sentimientos amables que Sands había estado experimentando por Julia y los demás cazadores se hicieron humo. «*¿Qué problema tiene? ¿Por qué siempre tiene que empujarme hacia donde no quiero ir?*»

—Muy bien —dijo—. Regresemos. Llevaré a Melanie a otro sitio...

—No seas estúpido, Douglas. Ahora ya está allí. Está descansando. Una vez que llamaste al timbre, ya era demasiado tarde para echarse atrás. Pero no puede quedarse para siempre. Ella no entiende. Tiene que volver a su vida normal. ¿Y si vuelve a llamar a la policía? ¿Y si nos menciona, a nosotros o a la casa? ¿Has pensado en eso?

No lo había pensado. Solo había pensado que tenía que llevarla a un sitio seguro y que no podía llevarla a su propia casa.

—Lo lamento —dijo, avergonzado—. No lo pensé... tienes razón. En eso. Pero, mira, yo también tengo que volver a mi vida normal. No voy a...

—¿En serio? ¿En serio, Douglas? ¿A qué quieres volver?

Sus palabras le golpearon el corazón, lo asustaron más que el estómago revuelto y la repulsión, que eran la demostración de que el mundo no era ya como siempre había pensado.

—¿Has encontrado algo aquí? —exigió. Sus miradas se encontraron. Sands se negó a permitir que Julia lo llevara por ese camino.

—No.

—Yo tampoco. Vamos.

—Muy bien.

—Muy bien.

Capítulo quince

Asomándose por un recodo, Nathan estudió el interior del dormitorio que era, evidentemente, el suyo. Sin embargo, él prefería dormir en el catre ubicado en el improvisado laboratorio de informática, de modo que no había motivos para que la mujer que Sands había traído no se instalara en su cama. Estaba dormida, aunque inquieta. En la oscuridad, Nathan no podía ver marcas en su cuello. Sands había dicho que la había atacado un vampiro. La idea lo aterraba. Nunca había visto un vampiro en persona. Mientras aquel grupo de cazadores peleaba con el que había sido su primer vampiro, aquella noche en las cloacas, él estaba encargado de coordinar sus movimientos desde allí a través de los auriculares. «*Aunque a Jason no le sirvió de nada*», pensó.

Y ahora tanto Julia como Sands habían tenido otros encuentros con un vampiro. Era solo otro ejemplo, reflexionó Nathan morosamente, de que los demás arriesgaban la vida mientras él seguía cómodamente sentado en casa, a salvo. «*¡Así ha sido desde el principio, maldita sea!*». Incluso el momento en que había sido imbuido había sido un anticlímax.

¡Tantos cazadores se habían iniciado de maneras verdaderamente heroicas! Jason, a pesar de todos sus problemas y defectos, se había enfrentado a un vampiro, un tipo llamado Braughton. La criatura había estado persiguiendo a la hermana de Jason; Jason oyó la llamada del heraldo, peleó y derrotó a la cosa. «*En mi caso no pasó nada tan impresionante*».

Nathan había tenido que enfrentarse a un muerto que caminaba. Y que solo hacía eso. Caminar. Por la calle. Y una anciana, sin querer, se interpuso en su camino. No una hermosa joven que necesitara ser rescatada, ni un niño inocente, sino una simple anciana, marchita y encorvada, cuya vida ya estaba prácticamente a punto de terminar de todos modos. Nathan vio al caminante como realmente era. Los heraldos le habían abierto los ojos. De algún modo, también vio que el caminante estaba simplemente pasando por allí, aunque era tremendamente irritable. La anciana, por casualidad, se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Era la parada del autobús; dijo algo sobre el autobús que estaba esperando y el caminante se enfadó. No estaba persiguiéndola a ella en particular. La anciana se convirtió en objetivo por casualidad. Entonces, en lugar de tratar de partirla la cabeza al caminante, como habría hecho Clarence en la misma situación, Nathan se limitó a quitar a la anciana de en medio. Lo cual no hizo muy feliz a la señora. Nathan la cogió en sus brazos, se la colgó del hombro como un saco de patatas y se fue. El caminante comenzó a seguirlos, pero Nathan le gritó, le dijo que se alejara. Sentía que el virtuoso poder de los heraldos fluía en su interior y, aunque en los ojos del caminante había un brillo asesino, este se detuvo, dio media vuelta y se marchó.

Nathan no bajó a la anciana al suelo hasta dos manzanas más adelante, y mientras ella chillaba, llamando a la policía, él se volvió y vio que el caminante avanzaba unos pasos y se situaba frente a un autobús que no tenía que detenerse en esa parada. Nada bonito. Pero el incidente a duras penas podía calificarse como una pelea con un vampiro.

Nathan suponía que debía estar orgulloso de lo que había hecho después. El caminante ya había engañado a la muerte una vez. ¿Qué podía impedir que lo hiciera de nuevo? Nathan no se quedó a esperar que viniera la ambulancia, o cualquier otro vehículo con luces intermitentes, a llevarse el cuerpo. Aunque hubiera sentido esa inclinación, no habría sido una buena idea... y menos aún con la anciana aún gritando y denunciando un sangriento asesinato. Nathan corrió a casa, se puso *online* y descubrió un artículo en un periódico atrasado que hablaba de un hombre sin identificar, arrollado por un autobús en esa misma esquina unas semanas antes... y otro artículo, publicado unos días después, que decía que el cuerpo había desaparecido de la morgue.

A partir de allí, todo fue muy sencillo, en realidad. Falsificar un certificado de nacimiento, identificar el cuerpo de la morgue y asegurarse de que lo incineraran rápidamente. Quizás esa última parte había sido importante, quizás no. Nathan había percibido que el caminante solo deseaba que alguien acusara recibo de su fallecimiento, que era eso lo que necesitaba, lo que exigía. Aunque fuera bajo un nombre falso. Saber que le importaba a alguien lo suficiente como para acudir al depósito de cadáveres. Nathan no podía saberlo con seguridad, y el hecho había ocurrido muy poco tiempo después de haber sido imbuido, demasiado pronto como para confiar en sus corazonadas, en su intuición recién descubierta y en los extraños dones que provenían de algún sitio que estaba más allá de él. Pero lo hecho, hecho estaba.

«*Aun así, no es la mejor de las historias*», pensó, cerrando la puerta y dejando que Melanie durmiera relativamente en paz. Hasta ella había experimentado más peligros que él. Ella, que era ciega como un murciélago.

Los demás eran mucho mejores para estas cosas. Abraham y Johnny tenían un don para lo dramático, como poco. Y Cleo y Mike eran emprendedores, igual que Julia. Sands había sobrevivido a los vampiros y a las bestias del norte que se habían llevado a Clarence y John. «*Y a mí me explotó el ordenador. Gran cosa*». Había sido traumático (aunque no era lo mismo que ver a la muerte de cerca, sin duda), pero los otros no parecían comprenderlo. Trataban de ofrecerle sus condolencias, claro, pero no podían ver que los problemas a los que Nathan se enfrentaba *online* eran de una clase especial, también peligrosos, quizás no en un sentido directo y físico como en el caso de los demás monstruos... pero demostraban que estaba ocurriendo algo antinatural. Nathan lo sentía. La vida económica de Iron Rapids era una entidad viva,

dinámica en sí misma, por muy enferma que estuviera, y alguien estaba tratando de retorcerla en su propio provecho. Antes, aun teniendo en cuenta las delirantes teorías de Muckraker, Nathan había sospechado que era obra del crimen organizado o de un empleado que estaba traicionando a su empresa. Pero ahora, después del ataque imposible a su sistema (porque se había tratado, según sus conclusiones, de ambas cosas: de un ataque y de algo teóricamente imposible), la existencia de una extensa organización secreta con acceso a una tecnología inimaginable no le parecía tan absurda. No más que otros peligros que surgían de noche y que él sabían que existían. *«Esto parece un poco más siniestro que unos cuantos vampiros correteando por las calles de noche»*, pensó.

Intuición. Hasta el momento le había resultado útil y ahora lo atraía de nuevo al ordenador. *«Es hora de compartir lo que sé»*. Hora de coger las diatribas de Muckraker, extrapolarlas a la luz de sus propias sospechas y poner todo en la hunter-net. Tal vez algún otro estuviera atravesando experiencias similares. Era igualmente probable, más probable en realidad, que pensaran que Nathan estaba chiflado. La hunter-net era apenas un espacio de ideas burdas y cambiantes, con libertad de opinión para todos, y quienes participaban en ella no eran tímidos. Se necesitaba paciencia y una piel bien curtida para encontrar trigo entre la paja del foro. Pero siempre había una posibilidad. Frente a su ordenador Nathan se sentía como en casa más que en ningún otro sitio. La pantalla plana era más familiar para él que su propia imagen reflejada en el espejo. No le había salido barata, pero había logrado montar un sistema que funcionaba, aun después del desastroso ataque; un sistema mejor que el anterior, en realidad. No había llegado a él de la manera que hubiera preferido, pero no había nada mejor que una catástrofe para justificar una actualización total: procesador *Dynapen* de última generación, suficientes gigabytes de RAM para atragantar a un caballo, discos duros ultra SCSI de alta capacidad y mucho más. Ya se había acostumbrado a vivir con un presupuesto más ajustado, desde que los precios de la industria tecnológica se habían disparado. Sus inversiones estaban bastante diversificadas y no había acusado un impacto financiero tan grande, pero... ¿qué mejor razón, qué necesidad más urgente podía haber para gastarse el resto de sus reservas? Ahora lo peor había empeorado: lo único que comería en los próximos años sería pasta, sola, y moriría de escorbuto. Había peores formas de morir.

Sacó las versiones esterilizadas de los archivos que Muckraker le había enviado e imprimió una copia para referencia rápida. El texto mutilado y las cadenas de código interrumpidas del texto del plan de negocios... el plan para que Soluciones Sintéticas estableciera una firme presencia en la zona. ¿Qué porción de todo aquello debía incluir en su mensaje a la hunter-net? Considerando, sobre todo, que a causa de los archivos dañados, tenía que reconstruir parte del escenario de memoria, usando además lo que recordaba de una lectura muy breve. No era necesario incluir los

nombres de los individuos, decidió. Como los registros estaban incompletos, no podía estar seguro del papel que desempeñaba cada uno de ellos y existía la posibilidad de que algún cazador exaltado saliera a perseguir a un espectador inocente. Culpable por asociación. Nathan no quería desencadenar una cosa así. La mayoría de los nombres no significaban nada para él: Cross, Sutton, Dunkirk, Mahoney. Gordon... Ese último le sonaba, pero Nathan no recordaba de dónde. Quizás sería suficiente, en principio, enviar un resumen general y luego entrar en más detalles con quienes parecieran saber algo.

Estaba a punto de entrar en la hunter-net cuando en la pantalla apareció una ventana con un mensaje instantáneo.

MR: cuánto tiempo sin verte, debo decir bad mofo o sugardaddy?

MR. Muckraker. Los dedos de Nathan, que habían estado bailando sobre el teclado, se paralizaron sobre las letras. Había cambiado su ID de usuario por media docena de nombres diferentes, uno de los cuales era Bad Mofo. Seguía siendo Sugardaddy únicamente en la hunter-net, a la que Muckraker, supuestamente, no tenía acceso. Nathan consideró la posibilidad de desconectarse y de apagar completamente el sistema.

MR: mofo... algo que ver con mojo?

Nathan ignoró el intento de chiste ingenioso. Se debatía entre la angustia de pensar que Muckraker podía enviarle otra cosa dañina, algo que destruiría su nuevo sistema, y la furia por lo que había ocurrido antes. Muckraker, por su parte, tenía el descaro de querer charlar.

MR: sé que estás ahí. te oigo respirar.

Era más de lo que Nathan podía soportar. «*No finjas que todo está bien, imbécil*». Sus dedos volvieron a moverse furiosamente.

BM: ya no necesito la clase de ayuda que tú me das.

MR: ???

BM: cómo me has encontrado ?

Eso era lo que Nathan necesitaba averiguar, aunque no esperaba que Muckraker se lo dijera, al igual que no esperaba que ese saboteador revelara qué pestilencia electrónica había saltado de los archivos que le había enviado.

MR: con la ayuda de un amigo... ha pasado algo malo con los archivos?

—¿Que si ha pasado algo malo? ¿Que si ha pasado algo malo? —Nathan estaba fuera de sí. Cerró los puños, empezó a lanzar golpes al cielo y se mesó los cabellos.

BM: si alguna vez te veo en persona, te muelo a patadas.

En cuanto Nathan apretó enter, se le ocurrió otra cosa. No recordaba haber amenazado a nadie con violencia física. Pero si alguna vez había existido una excusa para unos buenos golpes en la cabeza, en los hombros... Solo esperaba que Muckraker no fuera muy corpulento.

Hubo una larga pausa. Nathan se preguntó si habría logrado asustar a su falso benefactor, pero no le iba a ser tan fácil librarse de Muckraker.

MR: yo había explorado los archivos, se filtró algo?

—¿Si se filtró...? Será hijo de...

BM: podría decirse que sí. y también que el titanic y el iceberg tuvieron una diferencia de opiniones.

MR:... o que ese bilí gates no tiene que preocuparse demasiado por su jubilación, ya me hago una idea, pero es cierto que exploré los archivos, estoy diciéndole la verdad, seguramente se trató de algo que no le causó problemas a mi sistema, hasta el punto de que no detectó nada, algo pensado para un sistema menos sofisticado.

Nathan temblaba de cólera, con los dientes apretados.

—¡Un sistema menos sofisticado! ¡Qué hijo de...!

Tecleó con furia, haciéndole saber a Muckraker lo que pensaba exactamente de él y de su sofisticado sistema. La respuesta llegó rápidamente.

MR: no sabía que eras marinero ;) en serio, no pretendía ser ofensivo, no lo entenderías.

Y luego, al cabo de pocos segundos, otro mensaje:

MR: tampoco pretendía ofenderte con eso último! en serio, no seas tan sensible, tenemos que hablar.

Nathan lanzó un gruñido.

—Y yo tengo que hablar contigo tanto como necesito que me perforen el...

—Ejem.

Nathan hizo girar la silla. Por un instante, no pudo absorber lo que su mente le estaba diciendo que veía: un vampiro... el que Julia y Sands habían descrito, sin ninguna duda. Cabello hasta los hombros, vestimenta elegante y ojos de color azul oscuro con una chispa de... algo. Maldad, hambre, regocijo cruel. Nada humano.

Ese instante fue todo lo que necesitó la criatura. El dorso de su mano tenía la

fuerza de un martinete. Nathan se estrelló contra el escritorio. Conforme se desplomaba de la silla y la oscuridad se cerraba sobre él, advirtió que el teclado caía ruidosamente al suelo y pensó, distraído, que ojalá no se rompiera, porque era nuevo y le gustaba tanto...

Capítulo dieciséis

Había hecho aquello mismo cientos de veces: llegar a casa de noche, tarde, del trabajo o del apartamento de Melanie; sin embargo, esta noche nada le era familiar a Sands. Aparcó junto al borde de la acera; el patio delantero parecía un paisaje alienígena. Miró la casa, su casa, como si mirara una fotografía en una revista. Tenía un aspecto bastante cómodo y atractivo, pero no evocaba ningún sentimiento especial de apego, al igual que docenas de otras casas en docenas de otras calles. Lentamente, hizo avanzar el coche por el sendero de entrada. Fue casi una sorpresa que el botón que pulsó hiciera que la puerta del garaje comenzara a abrirse con un traqueteo. Recordaba vagamente que durante muchos años había metido fácilmente el automóvil en aquel espacio, tanto que Faye se quejaba porque lo hacía a gran velocidad. Esta noche, sin embargo, el garaje se le antojaba repleto de cosas, con un espacio libre que apenas alcanzaba para dos coches. Al tiempo que el portón se cerraba detrás, bloqueando la iluminación de las farolas de la calle, Sands se quedó mirando los estantes atiborrados, sus posesiones: herramientas, sacos de fertilizante para el césped, una pelota de baloncesto desinflada que no había tocado en años. Eran cosas suyas, pero de otra vida.

La cocina estaba sumida en un silencio sobrecogedor, aunque siempre estaba en silencio cuando él llegaba de noche. Oscura, a excepción de la luz del reloj del microondas. La oscuridad era más pesada esta noche; la luz estridente y brillante del reloj hacía que las sombras resultasen mucho más impenetrables. En su mente, cada paso producía ecos que eran como guijarros dibujando ondas en la superficie de una laguna, haciendo vacilar, borrando el reflejo de todo lo que había conocido durante más de veinte años.

De algún modo, logró llegar al comedor y servirse una copa. El ardor del líquido al atravesar la parte posterior de su garganta era algo de qué aferrarse, al menos. Ninguna otra cosa era real.

Solamente Faye. Ella era la razón por la que estaba aquí. ¿Qué era lo que Julia le había preguntado? «¿A qué quieres volver?». A Faye. A su esposa. Si podía mantenerla a salvo de los horrores innombrables del mundo, su vida valdría la pena. «*Julia tiene a su hijo. Yo tengo...*»

Un sonido proveniente de la sala. Sands no pudo localizarlo bien. Se detuvo, con la copa tocándole los labios, conteniendo el güisqui^[1] listo para ser bebido. Tomó un sorbo, un trago final que provocó que se le llenaran los ojos de lágrimas. Mientras avanzaba con torpeza por aquel paisaje extraño, vio lo que estaba provocando el ruido: el viento del exterior, que sacudía el plástico que cubría las puertas francesas. Solo el viento. Solo el viento. O...

Se volvió y avanzó inestablemente por el corredor, rumbo al dormitorio. No había

bebido tanto, pero el suelo parecía deslizarse bajo sus pies. Puede que chocara con alguna pared, que hiciera algo de ruido. Quizás fue el sonido del plástico que se sacudía violentamente. Pero Faye estaba despierta. Acostada y despierta. Esperando. Sands encontró su pijama, pulcramente doblado; se lo puso y se metió bajo las sábanas. Cerró los ojos, esperando que todo lo diferente y lo extraño desapareciera. Estaba acostado junto a su esposa. Faye. Si podía mantenerla a salvo...

—He oído el mensaje.

¿El mensaje? ¿De qué estaba hablando?

—He oído el mensaje. —Esperó, pero él no respondió—. ¿Cómo se atreve esa golfa a llamar aquí? Como si las visitas al hospital no hubieran sido suficientes.

El mensaje. Melanie. Sands había levantado el auricular del teléfono después de que se activara el contestador; no había borrado el mensaje, ni siquiera había considerado la posibilidad de hacerlo. «*¡No tengo nada que esconder! ¡No he hecho nada!*»

—Si es así como estás intentando... —Faye tuvo que detenerse, tragar, aclararse la garganta. Estaba al borde de las lágrimas, lágrimas de enfado y de dolor—. Bueno, no quiero formar parte de esto.

Ella no lo entendía. ¿Cómo podría entenderlo? Tenía que tratar de explicarle.

—Faye, estoy intentando protegerte.

—¿Protegerme? ¿Crees que lo que ignoro no me hace daño? —se burló ella. Douglas cerró más los ojos, pero sentía cómo temblaba ella de rabia, luchando por contener las lágrimas.

—No. Te hace daño.

Faye se esforzó por encontrar algo que decir, deseando, sin duda, que le mintiera, que le ofreciera algún irrisorio intento de excusa para tener la posibilidad de arremeter contra él.

—¿Cómo has podido? —dijo por fin, incapaz de contener su ira. Y otra vez, y otra—: ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido? —Su voz se fue apagando hasta convertirse en un susurro de angustia—. ¿Cómo has podido?

Él no podía abrir los ojos, no podía mirarla. Los últimos vestigios del mundo de Faye se estaban derrumbando. Sands lo sentía. Era un mundo que habían compartido, pero que ya estaba fuera de su alcance.

—Perdóname, Faye. —Era lo único que podía decirle. Ella no lo entendería. Nunca sería capaz de entender y, por lo tanto, las razones que Sands esgrimía para justificar sus esfuerzos por continuar con esta farsa se tornaban tan insostenibles como los preceptos de la vida de Faye—. Perdóname. Estaba tratando de protegerte.

—Quiero que te vayas.

Él asintió en la oscuridad, todavía sin enfrentarla. Estaba muy cansado. La ira y el resentimiento se desatarían más tarde, lo sabía. Esta vez no había hecho nada malo.

Melanie lo había llamado. Tenía un problema, un problema serio, mortal. Y la cosa, el vampiro, también había amenazado con atacar a Faye. «*En todo caso, tampoco puedo vigilarte lo suficiente* —dijo Douglas—. *Lo único que puedo hacer es matarlo. Es la única manera. Matarlo*».

—Quiero que te vayas —volvió a decir Faye. Ahora no estaba tan cerca de las lágrimas. Las había reprimido. Por ahora, había triunfado la valentía. No iba a llorar frente a él. Más tarde, cuando estuviera sola...

—Está bien —dijo Douglas—. Me iré. —No se movió, no se levantó. No podía hacer nada en este momento... nada, salvo quedarse acostado con los ojos cerrados y escuchar al viento que fustigaba el plástico en la otra habitación. Y quizás, apenas por debajo del sonido del plástico, a una vocecita que trató de ignorar.

Faye no insistió con que se marchara en ese instante. Igual que él, permaneció acostada en silencio, sin dormir, escuchando al viento.

Capítulo diecisiete

MR: tampoco pretendía ofenderte con eso último! en serio, no seas tan sensible, tenemos que hablar.

Y luego, nada. Ninguna respuesta. Simonson trató de esperar pacientemente. Se obligó a recordar que no todos podían teclear tan rápido como él... tan rápido, en realidad, que en ocasiones sus pensamientos pasaban por alto a los dedos y el teclado, surgiendo en la pantalla ya formados por completo.

Entonces esperó.

Pero no llegó respuesta alguna de Bad Mofo, alias Sugardaddy, alias Nathan James.

«*Se cagaría en los pantalones si supiera que he descubierto quién es*», pensó Matthew. Los *hackers* eran muy susceptibles a esas cosas... algunos por razones de seguridad, otros por orgullo. «*Casi tan susceptibles como lo es él con cualquiera que hable mal de su hardware*». Su pequeña grosería, en realidad, no había sido intencionada, sino apenas una descripción de los hechos. Simonson siempre superaría por mucho a cualquier usuario normal que tratara con él; no podía existir reciprocidad. Pero ese no era motivo para cortar y escaparse. «*Vamos. Quédate conmigo. Comportate como un hombre*».

—¿Puedes averiguar si sigue *online*? —preguntó Matthew al reflejo del espejo.

El reflejo asintió secamente. La imagen parpadeó, recuperando por unos instantes su aspecto más mundano; luego se apagó nuevamente y volvió a aparecer la imagen del obstinado icono.

—No está. Puede que se haya desconectado o que el sistema haya detectado un *time out*. No lo sé.

—Pero no está.

—Exacto.

Matthew suspiró.

—Creo que ya es hora de acabar con las niñerías. Este sujeto encontró lo de SolSin sin mi ayuda. Está listo para dar el próximo paso, aunque no lo sepa. Todavía.

—Si opta por no participar —dijo el reflejo—, ¿quién eres tú para...?

—No es así. Cross optó por no participar. Volvió al horario de nueve a cinco y a las películas de fin de semana. Este tío está buscando, y ya ha encontrado lo buscaba. Pero aún no conoce todos los detalles.

—¿Y tú eres la persona indicada para educarlo?

—Exacto. Dime, tú husmeaste en sus cuentas, las ID de sus alias. ¿Seguro que las encontraste todas?

El reflejo cruzó los brazos, aparentemente molesto.

—Claro que las encontraste todas —dijo Simonson con falsa solemnidad—.

Disculpa por sugerir lo contrario. Está bien. Instálate en esas cuentas. Vigílalas. A todas ellas. ¿Puedes hacerlo? ¡Muy bien, muy bien! Era una simple pregunta. Mantén la vigilancia, y en cualquier momento y lugar, en cuanto vuelva a ponerse *online*, cosa que hará sin ninguna duda, lo tendremos en nuestras manos.

**TERCERA PARTE:
«ESCOMBROS»**

Capítulo dieciocho

Faye se levantó temprano, antes del alba. Se vistió y se marchó. Douglas no le preguntó adónde iba y ella no se lo dijo. Solo, se quedó acostado en la cama donde años atrás habían concebido un hijo.

Sands estaba listo para irse de allí. Julia había hecho gala de una perspicacia condenadamente exacta. Ya no había nada para él en aquel sitio. Nada por lo que volver. Solo cosas de las que escapar. Aunque estaba listo, no podía reunir la fuerza de voluntad necesaria para salir de la cama. Le pesaban los brazos y piernas. Girar la cabeza para mirar el reloj era imposible y, de todos modos, ¿qué importancia tenía? Muy lentamente, llegó el amanecer, desplazando de mala gana a la oscuridad. En algún momento llegó a dormitar un rato, una hora, quizás más, pero cuando despertó no podía quitarse de encima la pesadez del sueño. Por mucha energía con que se frotara los ojos, no se le aclaraba la vista. Una vez vestido, fue incapaz de lograr que sus pies fueran donde él quería. Estuvo a punto de caerse al suelo. Hundir la cara en el lavabo lleno de agua fría le sirvió de algo, le hizo latir el corazón. En vez de cepillarse los dientes, se sirvió otro güisqui y, mientras lo bebía, trató de decidir qué pertenencias debía llevar consigo. No se le ocurrió nada. Ni una sola foto o recuerdo.

Finalmente, se decidió por un par de conjuntos, ropa interior, calcetines, cosas de higiene y el bate de béisbol que había guardado bajo la cama después de la última vez.

La última vez. No se permitió pensar en eso: el viento, la voz, los pasos. La última vez. Dejaría todo eso allí. Cuando estaba a medio camino de la puerta, se detuvo y regresó para buscar la botella de güisqui. «*Ella lo tirará a la basura*», pensó.

El mundo no le parecía tan ajeno como la noche anterior. De ser así, le habría resultado más fácil, en cierto modo. Sands habría preferido la insensible extrañeza de la desconexión emocional a la clara convicción de que esta casa en la que había vivido durante décadas había dejado de ser suya. «*La obligaré a venderla. Si yo no puedo quedarme...*». Pero Faye no había hecho nada malo. Simplemente, era ciega e ignorante y él le había dado motivos más que suficientes para alimentar sus peores dudas y miedos. «*Al diablo con ella. Al diablo con ella y con Julia y con Melanie, y con todos los hijos de puta ciegos e ignorantes*».

Bebió otro trago de güisqui directamente de la botella y le pareció que el mundo se enfocaba con más precisión.

«*No —pensó Douglas, reflexionando por un momento en medio de su letanía de maldiciones—. Al diablo conmigo. Mi vida ya estaba arruinada antes de que el mundo cambiara. Lo único que logró ese cambio fue que todo alcanzara su punto crítico. Y cuando trato de cambiar yo, ¿de qué me sirve?»*

Pero eso era una falacia, advirtió. Nunca había tratado de cambiar. Más bien había sido arrastrado a este mundo nuevo e imposible a pesar de sus pataleos y gritos. No había dejado de acostarse con Melanie por motivos moralistas o filantrópicos, sino porque lo habían descubierto. Las circunstancias, no la virtud, habían puesto fin a su infidelidad. «*Y además porque perdí el interés*». Ver a Melanie la noche anterior lo había llevado a descubrir esa verdad. Sabiendo lo que él había hecho con el mundo, ¿cómo podía importarle el cuerpo de ella, el sexo? Y sin ese elemento excitante, ¿qué era ella para él? «*Nada*». Nada, salvo otra persona inocente a la que había puesto en peligro, alguien a quien se sentía obligado a proteger a causa de la culpa. «*Ella nunca significó nada para mí. Nada verdadero. Era un escape*». Y ahora no había escape.

La vacuidad de todo ello, la falta de significado de su antigua vida comparada con el mundo transformado, lo sacudió hasta el tuétano y le dejó un dolor en el pecho. La mayor parte de la humanidad era ciega a la verdadera naturaleza del mundo, pero él había sido un ciego con respecto a sí mismo, de la misma calaña que los monstruos que merodeaban por los lugares que alguna vez le habían sido familiares, y ese panorama era desolador. Más güisqui. Dio las gracias a la bebida por quemarle la garganta y confió en que, a su debido tiempo, hiciera lo mismo con sus recuerdos.

Sands condujo el coche sin pensar, tan automáticamente como si se tratara de respirar. Cuando estaba a varias manzanas de su casa, de la que había sido su casa, agradeció haber hecho esa transición sin darse cuenta. No quería ver cómo se alejaba su vida por el espejo retrovisor. Solo quería estar lejos. Era bastante desagradable desprenderse del vecindario, de las manzanas circundantes. Conocía todas las esquinas, las mismas que alguna vez habían sido una imagen reconfortante para él. Ya no lo eran. Lejos.

Lo que planteaba otra pregunta. Sabía que estaba marchándose, ¿pero hacia qué? Ya lo había hecho antes. La mañana de Navidad. Huyendo del viento, de la voz, de su matrimonio. Ahora no quedaba nieve. Aquella otra mañana había terminado en la panadería de Zahn, precisamente en aquel sitio, y allí lo había encontrado Albert Tinsley. El camino finalmente lo había conducido a casa de Nathan, donde se congregaban los cazadores. Anoche había estado allí otra vez, porque no tenía otro sitio adonde ir. ¿Y esta mañana? En realidad no había tomado la decisión, pero el coche parecía conocer el camino, girando y escogiendo el recorrido por cuenta propia. Una vez más: ¿a qué otro sitio podía ir?

Quizás había abandonado a Faye y a Melanie, pero no había abandonado sus responsabilidades para con ellas, para con su seguridad. Puesto que había comprobado que vigilarlas era imposible, tendría que eliminar el origen del peligro. Para eso necesitaba ayuda.

No les agradaba que hubiera demasiados coches en la casa; no querían llamar la atención de los vecinos. Hetger le había explicado todo eso... hacía mucho tiempo, le

parecía. «*Tendré que pensar en otro sitio para guardar el automóvil*». Pero eso tendría que esperar. En este momento, solo necesitaba encontrar una fuente de estabilidad, aunque fuese una casa llena de fanáticos y de cruzados virtuosos. Levantó la botella de güisqui, se detuvo. «*Si voy a ver a esa Cleo, creo que ya he bebido demasiado*», caviló. Sin embargo, eso no le impidió darle otro trago.

Aparcó junto a la acera, delante de la casa, y lentamente fue cayendo en la cuenta de que algo andaba muy mal. El garaje estaba abierto y sin coches. Ningún furgón, nada. Los estantes estaban desordenados, más de lo habitual. Algunos estaban vacíos, mientras que el contenido de otros se había desparramado por el suelo. Además, la puerta principal estaba entreabierta.

Aturdido, Sands se apeó del coche y cruzó el jardín delantero. Melanie. La había traído allí para que estuviera a salvo, y ahora...

Al acercarse, vio que el picaporte estaba roto y separado de la puerta. Empujó la puerta cautelosamente, mientras en su mente aparecían rápidas imágenes de la masacre en la casa de Kaitlin, los gruñidos, las bestias asesinas y el merodeador despedazando el cuerpo roto de Jason, y Albert, el hacha...

Pero dentro no había nada. Casi literalmente. Aún quedaban algunos de los muebles más voluminosos y un montón de basura desparramada por el suelo. Pero todo lo demás había desaparecido: los catres, las cajas de equipo que estaban apiladas en la cocina y todo lo que era, siquiera remotamente, de uso personal. Sands recorrió la casa con paso vacilante. En la habitación que había estado atiborrada de ordenadores, solo quedaban unos trozos de plástico chamuscado, desperdigados por el piso. También cables de diversas longitudes, algunos de los cuales parecían quemados o derretidos.

—¿Nathan? ¿Julia?

Nada.

El dolor que Sands sentía en el pecho se hizo más fuerte. De pronto, fue consciente de hasta qué punto dependía de su reencuentro con los demás cazadores. No tenía un sitio al que volver... ni un sitio a donde ir.

Comenzó a buscar más frenéticamente.

—¿Melanie?

Los diversos equipos que habían quedado parecían haber sido revisados y descartados. «*¡Dios mío! ¿Dónde están todos? ¿Qué ha sucedido?*». No había absolutamente nadie, ni nada que pudiera identificar a quienes habían estado allí.

El refugio antibombas...

El corazón de Sands latía con fuerza. Corrió a la puerta trasera y por el patio, oculto a los ojos de los vecinos por una cerca, hasta el refugio. La puerta estaba abierta. Al principio, había pensado que era una mera curiosidad que los cazadores vivieran en una casa con un refugio antibombas en el patio trasero... un mal chiste,

una coincidencia. Pero no era ninguna coincidencia, tal como había descubierto más tarde. Bajo su barniz de valentía, los cazadores vivían con miedo, un miedo cuya intensidad variaba según el cazador, pero que todos sentían. O quizás no todos. Tal vez Clarence no lo sentía... pero Clarence estaba muerto. Quizás fuera saludable sentir una cierta cantidad de miedo.

Dentro del pequeño recinto, que se encontraba por encima del suelo, la trampilla estaba abierta de par en par, como unas fauces que conducían al interior de la tierra. Sands estaba a punto de llamar, pero entonces decidió que sería más seguro inspeccionar en silencio. Por si acaso.

Por la misma razón que Nathan compró una casa con un condenado refugio antibombas. Por si acaso...

Trató de descender por la escalera sin hacer ruido. Al llegar abajo, no tardó en advertir que no había nadie y que, igual que la casa, todos los elementos almacenados allí habían sido saqueados. La comida enlatada y las raciones militares habían desaparecido, pero no las jarras de agua. En la pequeña habitación del fondo todavía se encontraba el juego de pesas de Clarence, pero su bolsa y su equipo personal no estaban debajo del catre. «*Probablemente se han repartido sus cosas hace semanas*», pensó Sands. Parecía una actitud insensible, pero comprendía la necesidad de utilizar cualquier recurso que tuviesen a mano. Unos meses antes no habría sido capaz de afirmar tal cosa... otra señal de lo mucho que había cambiado, de lo mucho que lo había cambiado el mundo.

Pero nada de eso modificaba el hecho de que la casa y el refugio estaban vacíos. Los cazadores no estaban allí y, al parecer, no pensaban regresar.

«*Por Dios. —Ni siquiera sabía si estaban vivos o muertos y si Melanie estaba con ellos—. Si al menos hubiera algún cuerpo...*»

«*No pienses así*». No podía permitirse esa línea de pensamiento. No podía quedarse completamente solo en el mundo. «*Si alguien los atacó, si algo los atacó...*». Trató de calmarse, de reflexionar con racionalidad y lógica. Había sido testigo presencial de lo que podían hacer los monstruos sedientos de sangre, de lo que eran capaces de hacer. «*Pero ¿para qué se lo iban a llevar todo? No tiene sentido*». Sus esperanzas aumentaron, pero muy levemente y solo por un momento. «*Pero si no fue un ataque, si Julia, Nathan y los demás simplemente se han marchado, ¿por qué está rota la puerta principal? —No tenía respuestas y no sabía cómo encontrarlas—. Salvo que alguien haya visto...*»

Estuvo a punto de caerse al ascender torpemente por la escalera. Tenía que descubrirlo. No podía soportar el solitario terror de pensar que estaban muertos, todos muertos. Que habían desaparecido sin dejar rastro. El portón de la cerca no se abría con suficiente rapidez. Sands le dio un puntapié; lo tiró al suelo. Corrió a la parte trasera de la casa vecina y comenzó a golpear con fuerza el cristal de las puertas

corredizas. La pareja de ancianos que estaba dentro, sentada y desayunando, saltó de sus asientos.

—¿Qué ha ocurrido aquí al lado? —les gritó Sands frenéticamente—. ¿Habéis visto algo? ¿Qué ha sucedido? —Los ancianos se apartaron de la mesa. Corriendo, se alejaron de las puertas—. ¿Qué estáis...? ¡Volved! ¡Volved aquí! ¿Qué diablos ha sucedido aquí al lado? ¡Volved aquí, maldición!

Se habían ido y Sands le dio la espalda a la casa con disgusto. Corrió a la del vecino del otro lado, llamó al timbre y golpeó la puerta. No había nadie, o al menos nadie le abrió la puerta.

—¡Malditos seáis todos! —gritó Sands.

Regresó corriendo al coche. No había nada más que ver allí y la adrenalina le inundaba todo el cuerpo. No podía quedarse quieto. Tenía que ir... a alguna parte, hacer algo. Tenía que descubrir lo que había ocurrido. Cuando arrancó, el tapacubos se rozó contra el borde de la acera. Sands echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro y no vio los botes de basura del vecino hasta que los embistió.

—¡Malditos seáis todos! —gritó otra vez, mientras aceleraba a fondo. Le temblaban las manos y, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía lograr que se quedaran quietas. «¿Qué me está sucediendo?». El miedo debilitó su frenética energía y un temblor se apoderó entonces de todo su cuerpo. «Tengo que parar, tengo que comer algo, descansar».

Fue entonces cuando vio las luces azules intermitentes en el espejo retrovisor.

Capítulo diecinueve

Las luces callejeras, en el exterior del Edificio Gideon, iluminaban el centro de la ciudad de Iron Rapids, que estaba desierto. «*Este lugar está muerto*», pensó Lionel sin la mínima intención de ser irónico. Miró por la ventana, incapaz de quedarse quieto, mientras Maxwell revisaba los documentos expropiados por su chiquillo. «*Que me den una ciudad universitaria. Diablos, que me den cualquier ciudad menos esta*». En Iron Rapids no había ambiente para un club. No había gente joven. Los que podían se marchaban. Los que no podían tenían pocas opciones, salvo aceptar empleos sin futuro en alguna fábrica, igual que sus padres y los padres de sus padres. Esos empleos los envejecían antes de tiempo... y así vivían los fracasados a los que supuestamente les iba bien. Los fracasados por excelencia ni siquiera podían conseguir esos empleos sin futuro. Las industrias que no habían cerrado habían dejado en el paso a miles de personas, hasta el punto de que la oficina de Bienestar Social se había convertido en un «patrono» tan importante como cualquiera de las fábricas de automóviles o las acerías de la ciudad.

Lionel le dio la espalda a la ventana y las calles silenciosas. Su sire estaba leyendo con cuidado, metódicamente, las páginas extraídas de la casa del mortal.

—Sé que una parte se ha echado a perder, que está impresa de un modo extraño o lo que sea —dijo Lionel— y, por lo que sé, tal vez Adrock o Ellsworth sean ya dueños de esa Soluciones Sintéticas... —Calló al ver que Maxwell, sin mirarlo, levantaba un dedo—. Pensé que querías verlo —masculló—. Pensé que podía ser de utilidad echarle una ojeada... —Guardó silencio, mientras Maxwell continuaba leyendo.

Era un poco macabro, decidió Lionel, que Maxwell estuviera sentado frente al mismo escritorio que había utilizado Bainbridge no hace mucho tiempo. Como si se tratase de una vieja empresa, mohosa y mal ventilada, que había cambiado de vicepresidente ejecutivo, solo que Calvin Bainbridge había perdido muchísimo más que una oficina y una cuenta de gastos de lujo. «*Parece demasiado cómodo en ese escritorio*», pensó Lionel mirando a Maxwell. ¿El sheriff estaba convirtiéndose en un hombre demasiado fiel al príncipe? ¿Acaso Laurence había olvidado sus raíces? Lionel no era uno de esos idiotas que declamaban tonterías ideológicas y que querían desenterrar Cartago y convertirla en un hermoso campo de golf o lo que fuera, pero no desconocía la existencia de quienes optaban por venderse al Jefe.

«*Solo espero que sepas lo que estás haciendo, Laurence*». Porque, en definitiva, la sangre de Lionel era la sangre de Maxwell, y si el sire caía en desgracia arrastraría con él a su chiquillo.

—Has encontrado esto —dijo por fin Maxwell, sin apartar todavía la mirada de la última página.

—Sí, exacto. La chica que me indicaste, Vinn, Melody o Melanie, o como se llame... Tuve una pequeña charla con ella. Averigüé que se ha estado viendo con un tío, Sands, y apuesto todo lo que tengo a que él es el cabrón que atacó al Nosferatu.

—Entiendo.

—Sí. Ella me dijo que el tío había estado actuando de un modo muy extraño durante algún tiempo, antes de esa noche, persiguiendo cosas que no existían, muy paranoico. Se arrojó por una ventana del tercer piso, por el amor de Dios... y no solo se arrojó, sino que la atravesó, porque no estaba abierta.

—¿Y este documento? —preguntó Maxwell con un levísimo cambio en su tono de voz, pero que Lionel reconoció como una señal de impaciencia.

—Sí. Bueno, hice que la chica lo llamara, diciéndole que estaba metida en problemas. El tío apareció en un santiamén y lo único que le decía era «¿qué ocurre?», «¿qué te pasa?» y todo eso. En realidad, yo no le hice nada a la chica, nada permanente... entonces, cuando el tío se marchaba, se me ocurrió que podía tener una charla con él.

Ahora Lionel estaba hablando muy deprisa. No le gustaba hacer esperar a Maxwell y las palabras salían de su boca en tropel. Todo era relevante. Después de todo, aquello era lo que le habían pedido que constatará. Pero también había información que debía recortar, cosas que anteriormente había omitido y que, por ende, era mejor no traer a colación en este momento. «*No le digas nada de la otra mujer, de la madre del niño. Tampoco le digas nada del niño*».

—Tenías razón con respecto al ganado, Laurence. Pasa algo raro con este sujeto. Como lo que dijiste del Nosferatu... que alguien podía verlo, cosa que ambos sabemos muy bien que no es posible... este tío podía... —Lionel vaciló, sin saber muy bien cómo expresar exactamente lo que había sucedido. No quería dar la impresión de que había abierto una brecha en la Mascarada. No era cierto. No había hecho nada. Pero ese cabrón parecía saber...

—El documento, Lionel.

—Ah... sí. Bueno, dejé ir a ese sujeto. Se llevó a la chica y lo seguí en el coche. Fue a una casa, entró con la chica. Me quedé un rato esperando. Salieron un par de personas. Un poco más tarde, Sands salió con la... eh... —«*con la madre del niño*»— con otra mujer. Otra diferente, no esa Vinn. Pensé en seguirlos, pero me entró curiosidad por saber lo que había en la casa. —«*Porque ahora ya son dos: la madre del niño y Sands. Ambos parecían saber lo que soy. Ambos hicieron cosas que un mortal no es capaz de hacer*»—. Además, yo ya sabía dónde vivía él, me lo dijo la chica, y sentía curiosidad. Entonces entré. La chica estaba durmiendo y había un negro allí. Eran los únicos. Me ocupé del negro y encontré eso —Lionel señaló las hojas que Maxwell tenía en la mano— junto a su ordenador.

—Y pensaste que me agradaría echarle una mirada.

—Exacto.

Maxwell volvió a centrar su atención en los papeles, y de nuevo los hojeó muy lentamente, de atrás para adelante, de adelante para atrás. Lionel reprimió un suspiro. Expresar impaciencia ante un sire no era buena idea. Para nada. Y aunque Maxwell parecía absorto en el material que estaba leyendo, Lionel tenía la furtiva sensación de que el sheriff sabía que estaba ocultándole algo. Por supuesto, Lionel creía que su sire siempre pensaba que él le ocultaba algo... incluso cuando no estaba haciéndolo. Pero estaba el niño, y el encuentro con la madre, y ahora este otro mortal que era más que un simple mortal ciego e ignorante.

«Eso es lo que Laurence tiene que entender —pensó Lionel—. Tiene que saber que hay algo que no está bien con esta gente, porque yo no hice nada para revelar... no hice nada que pudiera poner en peligro a la Mascarada».

—Pienso que tenías razón con respecto a este sujeto, Laurence. El que mató al Nosferatu. Hay algo que no anda bien. Y creo que él no es el único. —*«Porque ya me topé con la madre del niño, y luego con los dos juntos... esa es la prueba».*

Esta línea de argumentación escondía otro beneficio, advirtió Lionel. Haber seguido a Sands y luego verlo junto a esa mujer, Julia, podía justificar sus sospechas respecto a ella sin que tuviera que explicar por qué no había mencionado su preocupación después del no-incidente en el club. Sería una forma menos inconveniente de revelar algo que le había ocultado a su sire, un peso menos sobre su cabeza. Aunque todavía quedaba lo del niño, claro.

—¿Has hablado con alguien de esto? —preguntó Maxwell.

Al principio, Lionel pensó que se estaba refiriendo al asunto de Sands, a esos mortales chiflados, pero Maxwell estaba señalando el informe robado. *«Es típico de él, ignorar lo que le estoy diciendo. Está más interesado en ese asunto financiero de los peces gordos. Porque es eso lo que hará que el príncipe se enfurezca y le fastidie, supongo».*

—Con nadie, aparte de ti, Laurence.

—¿Con tu chiquillo tampoco?

—¿Con Kyle? —protestó Lionel—. No es capaz de diferenciar una desgravación o una ordenanza catastral de un... —Lionel se contuvo. Hacerle saber lo decepcionado que estaba con Kyle probablemente no fuera muy inteligente, aunque los defectos del neonato no fueran culpa de Lionel. No lo eran. Kyle había cambiado, había perdido el impulso, había dejado de ser fiable. No era culpa de Lionel. Pero Maxwell podía no considerarlo de esa forma. Era la clase de cosa que podía perjudicar la imagen de Lionel a los ojos de los ancianos. Mala elección de progenie y toda esa mierda—. No. Lo he dejado en Saginaw. No sabe nada de esto. Nadie lo sabe, excepto tú y yo.

Maxwell asintió, pensativo.

—Has hecho bien en traerme esto.

Lionel sintió una oleada de alivio, y un resentimiento por sentirse aliviado, por tener que sentir miedo de su sire, a quien era completamente leal. «*Claro que he hecho bien. Es lo que estaba intentando decirte*».

—El príncipe, con toda seguridad, considerará estos documentos de gran interés —dijo Maxwell.

—Totalmente cierto. Es decir, tú sabes más que yo, pero parece que alguien está tratando de invadir su territorio. No solo va a considerarlos interesantes... también se va a enfadar. Y están usando la Cámara de Comercio, por Dios. Quiero decir, supongo a partir de ahora también habrá que cuidarse de las Niñas Exploradoras.

—El ganado a quien le quitaste esto... —dijo Maxwell—. ¿Había al menos cinco sujetos en esa residencia específica, además de la chica, Vinn?

—Exacto. Y yo digo que los matemos a todos. Creo que son una amenaza. Son... son demasiado impredecibles —dijo Lionel. «*El ganado tiene que comer de mi mano y esos dos que se resistieron a mi control, tanto que hasta intentaron romperme la cabeza...*». Y algo había ocurrido con la mujer. Ella había hecho... algo, algo que le había impedido atacarla, que lo había obligado a alejarse. Por no mencionar a sus dos amigos, que lo habían atacado con fuego. Todo su cuerpo se puso tenso de cólera al recordar esas llamas danzando tan cerca de él—. Yo digo que los matemos a todos.

—¿Pero entonces cómo vamos a descubrir hasta qué punto están involucrados con esa empresa, Soluciones Sintéticas? —preguntó Maxwell.

Lionel lo pensó un momento.

—Está bien. Entiendo a qué te refieres. Puedo ser razonable. Los torturamos, descubrimos lo que saben y luego los matamos a todos.

—Te preocupan, ¿verdad, Lionel?

—Ya te he dicho que sí. ¿A ti no? Tú eres el que me pidió que los investigara.

—Matar es una solución tan permanente...

—Así es como me gusta. Por supuesto —añadió Lionel—, no tiene por qué ser así. Permanente, digo.

El sheriff levantó una ceja.

—¿Sugieres que solicite permiso al príncipe para abrazar a uno o más de ellos... de ese ganado que ha demostrado ser tan peligroso?

—Yo no he dicho peligroso —dijo Lionel, súbitamente a la defensiva. Podía ver a Maxwell oprimiendo sus botones, uno tras otro, pero era incapaz de no caer en las mismas conductas programadas de siempre—. He dicho impredecible. Y ahora que lo dices, no, probablemente no sería buena idea. Podrían resultar demasiado difíciles de controlar. Yo digo que los matemos a todos.

Maxwell esbozó esa sonrisa falsa e irritante que utilizaba a veces, como si estuviera dándole la razón a un retrasado. La expresión hirió a Lionel como si le

estuvieran clavando astillas de bambú debajo de las uñas, pero se mantuvo en calma.

—Paciencia, Lionel. —Maxwell sostuvo los papeles en alto—. Me encargaré de esto. Mientras tanto, tú cultivarás nuestra relación con ese ganado.

—¿Cultivar? ¿Qué diablos significa eso?

—Debemos determinar si pueden sernos útiles en el futuro. Si es así, pueden convertirse en una herramienta para nosotros y, por tanto, no quiero que los descartemos a la ligera. En caso contrario... —Se encogió de hombros, hizo un movimiento flemático con la mano.

Lionel reconoció el gesto de indiferencia y comprendió lo que su sire quería decir. «*Mátalos a todos*».

Capítulo veinte

—¿Un cigarrillo?

—No.

—¿Qué? ¿Es la única actividad autodestructiva que no practica? —El detective Havelin se rió de su propio chiste. Sands no. Tampoco le respondió. Aparte de las dos frías sillas metálicas en las que estaban sentados ambos hombres y la mesa que los separaba, el único mobiliario de la oficina de interrogatorios era un cenicero de plástico. Havelin extrajo un cigarrillo de un paquete que tenía en el bolsillo de la camisa y lo encendió.

—Entonces dígame, Douglas, ¿cuál es el problema? ¿Las drogas? ¿La crisis de la mediana edad?

—Nada que no se pueda corregir con unas clases en una academia de conducción. Havelin rió.

—En eso tiene razón. Conducir bajo la influencia del alcohol, primera infracción. Un sencillo programa de rehabilitación. Probablemente ni siquiera le quiten el permiso. Pero no ha respondido a mi pregunta. He visto bastantes casos de alcohólicos irrecuperables —dijo como si nada—. Es posible que usted vaya por ese camino, pero no ha llegado tan lejos, aún no. No tan lejos como para que toda su vida se esté cayendo en pedazos. Hay otra cosa que lo está carcomiendo.

—Yo no diría eso...

—¿Qué tal el trabajo? —interrumpió Havelin—. ¿Cómo marchan las cosas en Industrias Iron Rapids?

—Ya no trabajo allí —dijo Sands, sin alterarse.

—Un cambio de carrera, ¿eh? Le sucede a mucha gente. Yo también he pensado en cambiar de empleo. —Havelin rió—. Pero jamás lo haré. El trabajo de policía lo llevo en la sangre.

—Como una enfermedad —dijo Sands.

Havelin sonrió.

—Sí. Se podría decir. Me gusta. Como una enfermedad. ¡Ja! Leí algo que decía que la mayoría de la gente que ingresa en el cuerpo hoy en día cambiará de carrera, no de empleo sino de carrera, tres o cuatro veces a lo largo de su vida. Para nosotros no es así, ¿verdad? Salimos de la universidad, sentamos cabeza en un empleo. Nos quedamos con él durante veinticinco, treinta, cuarenta años. Nos jubilamos, jugamos al bingo los miércoles por la noche. Esas son mis expectativas. Pero usted... usted, por lo visto, está más adaptado a los tiempos que corren que yo. ¿Verdad? Cambiar de carrera a su edad... ¿Cuántos años tiene, cuarenta y cinco?

—Cuarenta y seis.

—Cuarenta y seis. Ya lo sabía; lo leí en su expediente.

—Pasa usted mucho tiempo revisando mi expediente, ¿verdad?

—Sí, ya que lo menciona. —Havelin sonrió con todos los dientes; luego chupó concentradamente el cigarrillo y dejó salir el humo por los orificios de su nariz. Se pasó la punta de la lengua por los labios, como tratando de evitar que la nicotina se escapara—. ¿Por qué cree que lo hago, que paso tanto tiempo mirando su expediente? No parece sorprendido.

—No soy detective —dijo Sands—, pero supongo que usted me considera un asesino en serie.

—¿Un asesino en serie? —Havelin parecía impresionado—. ¿Hay algún muerto del que no me haya enterado? Asesino en serie. ¿Por qué diablos ha dicho eso? Tenemos al pobre de Gerald Stafford, pero usted, por supuesto, tenía una coartada para la hora de su muerte. Una fiesta de Navidad, mucha gente lo vio. Luego tenemos a Albert Tinsley. Aunque ni siquiera sabemos si Tinsley está muerto, ¿verdad? El cuerpo nunca apareció. Eso también está en su expediente. No solo estaba usted viviendo con él, sino que desapareció más o menos al mismo tiempo que él. Pero usted regresó. Fue a pescar en el hielo con un anciano, amigo de Tinsley de muchos años. Usted, que por lo que sé nunca en su vida había ido a pescar en el hielo, se fue allí un par de semanas. No un fin de semana, ni una sola semana. Dos semanas. ¿Pescó algo?

—Nada que haya conservado.

—Nada que haya conservado. Eso también funciona. Y verifiqué su coartada. Tardé muchísimo tiempo en rastrear a ese anciano. No tiene teléfono. Es sordo, además. Pero me dijo que sí, que usted había estado allí. Que no hablaba mucho. Él tampoco. De hecho, dijo que usted no habló de nada durante dos semanas. Parece consistente, esa historia suya. Me la crea o no. Pero un asesino en serie... Dígame, ¿por qué me sale con eso ahora?

Sands se encogió de hombros.

—No quiero que tenga la impresión que ha sido inútil invertir todo ese tiempo en investigarme. El asesinato en serie suena más importante.

—Ah, entonces se preocupa por mi bienestar, por mi autoestima.

—Satisfacción laboral.

—Satisfacción laboral, claro. Usted sabe mucho de satisfacción laboral, ¿no? Entonces, ¿por qué lo despidieron de IIR? Trabajó allí durante... ¿cuánto, veinticinco años?

—Mire, Detective —dijo Sands, apoyando las manos sobre la mesa—, ¿estaría aquí hablando con usted sin la presencia de un abogado si hubiese matado a alguien, aunque fuera una sola persona?

—Es una buena pregunta —dijo Havelin, aparentemente interesado—. Al parecer, cree tener una buena respuesta, así que ¿por qué no me la da?

—Mi buena respuesta es esta: no —dijo Sands lenta, enfáticamente—. Si hubiese matado a alguien, no estaría hablando con usted sin la presencia de un abogado. Estaría escondiéndome detrás todas las maniobras y tecnicismos legales que pudiera. Ni siquiera he contratado a un abogado desde el comienzo de este lío.

—Y yo lo aprecio por eso —le aseguró Havelin—. Más que contribuir a que las cosas avancen, los abogados tienden a interponerse y obstruirlas. Si nunca tuviera que preocuparme por los abogados... pero figuran en la Constitución, en la Declaración de Derechos, en la enmienda Miranda y demás. Por eso supongo que no deben de ser tan malos. Sin embargo —encendió otro cigarrillo—, tal vez lo que usted está haciendo es guardar las apariencias. Mantiene la compostura y se abstiene de los abogados para aparentar que no tiene nada que ocultar. O tal vez —apuntó a Sands con el cigarrillo— porque quiere que lo atrapen.

—Oh, por Dios. Por favor. Porque todos los asesinos en serie quieren que los atrapen, seguro...

—Ha sido usted el que ha sacado a colación lo del asesino en serie —señaló Havelin—. Yo solo estoy diciendo «tal vez». Para eso me pagan, para pensar en los «tal vez».

—Aquí tiene uno —dijo Sands, inclinándose hacia delante, con un tono de voz más hosco—: tal vez estar sentado y encerrado aquí me aburre tremendamente. Hace más de doce horas que me tiene en este sitio. Ya he resuelto lo de la fianza. Ya tendría que haber salido.

—El juez ordenó que permaneciera detenido, en observación —dijo Havelin con exagerada inocencia—. Puede marcharse, si un adulto responsable firma los papeles. Su esposa dijo que vendría por la mañana. En realidad, dijo que quizás viniera por la mañana. ¿Le importaría contarme qué sucede con ella? ¿Qué tal marcha su matrimonio, Douglas?

—Me importaría, sí. Quizás debería dedicarse a eso en su próxima profesión: consejero matrimonial. Ya sabe, ahora que lo pienso... aburrirse como un condenado en este encierro es mejor que hablar con usted. Es mejor que hablar con el psicólogo. Eso es seguro. Si el mío fuera bueno, tendría un consultorio privado y ganaría doscientos dólares la hora. Supongo que vivir de los contribuyentes es el recurso fácil de los incompetentes.

—Bueno, muchas gracias, Douglas. En nombre de los funcionarios públicos de todo el mundo, se lo agradezco. ¿Qué tal si hablamos de su propia situación laboral?

Un golpe en la puerta se anticipó a la réplica de Sands. Un oficial uniformado entró en el recinto.

—Ha venido alguien a firmar la salida —le dijo a Havelin.

—¿Su esposa?

—No. Otra persona. Otra mujer.

Havelin sintió curiosidad.

—Otra mujer. —Miró a Sands de soslayo—. Eso podría explicar por qué la señora no tiene apuro en venir a buscarlo. ¿Es la señorita Vinn? —le preguntó al oficial.

—No. Barnes. Julia Barnes.

Havelin se rascó la cabeza. Observó a Sands mientras este se levantaba de la mesa.

—Cuídese, detective —dijo Sands—. Si decido que quiero o necesito que me atrapen, será el primero en saberlo.

—Muy considerado de su parte. Saludos a su esposa... si es que la ve.

—Sabes que a partir de ahora se van a interesar por ti —dijo Sands, enojado—. La policía. —No había dicho nada, absolutamente nada, hasta haber atravesado el cavernoso garaje de la policía y subido al coche de Julia.

—No me lo agradezcas. Y sí, ya lo sé.

—No debías haber venido, maldición. ¿Cómo supiste que estaba aquí, en todo caso? No importa. No debías haber venido.

Julia encendió el motor y salió a trancas y barrancas del lugar en el que estaban aparcados.

—No parecía haber muchas opciones.

—¿Que no parecía haber muchas opciones? ¿Qué diablos quieres decir? Me habrían soltado por la mañana. Lo peor que podía ocurrirme era que Havelin me hablara hasta matarme.

—Abraham dijo que era preciso sacarte.

—¿Abraham? ¿Quién demonios es...?

—No lo conoces. Es uno de los nuestros. Hace mucho que está en esto. En Chicago, en Cincinnati, en Cleveland. Dijo que había una posibilidad de que fueran a buscarte, incluso en la cárcel. Que era más fácil en la cárcel. Dijo que no era imposible que tuviesen aliados en el departamento de policía. —Julia le hablaba sin mirarlo. Sus ojos estaban estudiando cada sombra, mientras el coche zigzagueaba entre las hileras de vehículos aparcados.

Sands tuvo la impresión de que Julia deseaba pisar el acelerador, salir de allí lo antes posible, y que lo único que le impedía hacerlo era la presencia de unos doscientos policías en un radio de dos kilómetros a la redonda.

—¿Aliados en la policía? ¿Qué demonios estás diciendo?

—Los monstruos, idiota. Vampiros, tal vez. Dios sabe qué. Nathan también dijo que era posible. Ha escuchado anécdotas, las ha leído en la hunter-net.

Nathan. Monstruos. Vampiros. De pronto, la irritación de Sands con Julia dio paso al recuerdo del pánico de aquella mañana, la razón inicial por la que había

acabado en la cárcel.

—¡La casa! ¿Qué diablos sucedió en la casa? Volví esta mañana, y toda la gente y todas las cosas habían desaparecido.

—Anoche, después de que nos fuéramos... —dijo Julia, y Sands percibió la tensión en su voz, ahora que estaba escuchando en vez de enfadarse—. Solo quedaban Nathan y Melanie. Algo atacó a Nathan. Lo vio apenas un segundo, pero cree que era el mismo vampiro. Braughton. El que yo vi. El que viste tú.

—¡Melanie! ¿Está...? —A Sands no le salían las palabras. Si la había llevado allí para que estuviera a salvo y algo le había sucedido...

—Está bien. El monstruo dejó inconsciente a Nathan y se marchó, según parece. Como si solo quisiera dejar en claro que podía llegar a nosotros.

—Gracias a Dios. ¿Nathan está bien?

—Lo estará. Tiene un golpe en la cabeza. Cree que la cosa estaba desarmada, que solo lo golpeó con la mano, pero no está seguro. Pensamos que no...

—Bebió de su sangre. —Sands se tapó la cara. Vio las marquitas rojas en el cuello de Melanie, acusándolo burlescamente de haber fracasado en su intento de protegerla—. No puedo creer que esté ocurriendo esto. ¿Dónde está ahora? Melanie. ¿Dónde está? ¿Dónde están los demás? La casa estaba desvalijada.

Julia subió la rampa que conducía a la salida del estacionamiento. Se alejó de la estación de policía lo más rápido que pudo sin llamar la atención. Giró en la primera calle, dejando atrás el enorme y siniestro edificio, y aceleró a tope.

—La desvalijamos, o algo por el estilo. Cogimos todo lo que pudimos, lo más rápido que pudimos, y nos largamos. Después de dejarte en tu casa, regresé y encontré a Nathan. La puerta delantera estaba rota y el picaporte arrancado.

—Lo vi.

—Nathan dijo que no había oído nada. Hasta que dio media vuelta, apartándose del ordenador, y... Dios, Douglas, al principio pensé que estaba muerto. Estaba tirado en el suelo, ensangrentado. Tenía la cara hinchada. Dios, pensé que estaba muerto.

—Pero dijiste que está bien. Está vivo. Está bien. —Sands estaba tratando de calmarla, tanto como intentaba calmarse a sí mismo.

Julia asintió.

—Reaccionó. Le hice oler unas sales. Estaba atontado, pero comencé a armar el rompecabezas de lo que había ocurrido, basándome en lo que él pudo decirme. Llamé a los otros. Abraham tenía un amigo que podía conseguirle un camión de mudanzas alquilado de inmediato, o mejor dicho sin previo aviso, y allí apilamos todo lo que nos pareció que no podíamos dejar.

Sands recordó la casa, la ansiedad que le había revuelto las tripas.

—Pensé... diablos, no sabía qué pensar. Estaba seguro de que todos habían muerto. Era como... como una zona de guerra, pero sin cadáveres.

—Sin cadáveres. Gracias a Dios. Pudo haber matado a Nathan. Pudo hacerlo. Con toda facilidad.

—Pero no lo mató.

—Gracias a Dios. —Ya estaban a una distancia cómoda de la policía, pero los dedos de Julia seguían atornillados al volante—. Hay más.

A Sands le corrió un escalofrío por la espalda.

—No me gusta la manera en que lo dices.

—Me has preguntado cómo supe que estabas en la cárcel. He llamado a tu casa esta noche.

—Que has llamado a mi...

—Sí. Es una larga historia. Cleo insinuó que nos habías tendido una trampa. Le dije que estaba loca.

—¿Tenderos una trampa? ¿Qué? ¿Cree que estoy aliado con los...? Es lo más estúpido que...

—Se lo dije. Se lo dije —dijo Julia—. Te defendí.

—Me defendiste. No necesito que nadie me...

—¿Quieres callarte? Se lo dije. Pero quería llamarte, para cerciorarme de que estuvieras bien. Habías visto a Braughton justo antes de venir a la casa. Era posible que él te hubiera seguido. Seguramente lo hizo. Y tal vez iba a por ti también. Quería advertirte.

—Sin importar lo que opinara Cleo.

—Ella no te conoce.

—¿Y tú sí?

—Puede que hagas muchas cosas —dijo Julia—, pero nunca ayudarías a un vampiro. Al menos no intencionadamente.

—Gracias. Eso creo.

—Llamé a tu casa y hablé con Faye. No parecía muy feliz cuando le pregunté por ti, pero me identifiqué como una vieja amiga de Albert. Me dijo que había escogido un mal momento para llamar, porque tú estabas en la cárcel y ella no pensaba sacarte hasta mañana por la mañana, si es que te sacaba.

—¿Dijo eso? —Sands no podía creerlo. Faye hablando con alguien que nunca había visto. Casi podía entenderla por decirle algo así a Havelin, pero ¿a una completa extraña?

—Eso y mucho más —dijo Julia—. Le dije que yo me encargaría de sacarte. Entonces, cuando ya estaba a punto de colgar, me dijo algo sobre que esta debía ser la noche en que llamaban todos los amigos de los amigos. Le pregunté a qué se refería. Me dijo que poco antes que yo había llamado otra persona, y que quizás debía darme el mensaje para que te lo pasara, porque ella no quería verte.

Sands hizo una mueca. Había hecho bastante a lo largo de los años para ganarse

ese tipo de tratamiento por parte de Faye, pero lo irritante era que esta vez no la había traicionado. No había hecho nada, excepto intentar que estuviera a salvo.

—¿Cuál es el mensaje, pues? —preguntó. Era bastante desagradable tener que afrontar esos problemas matrimoniales por su cuenta, pero exponerlos ante otras personas, como Havelin y Julia, lo avergonzaba y lo enfurecía infinitamente.

Julia acercó el coche a la acera. Estaban en la zona limítrofe del centro, un laberinto de calles de sentido único y fachadas de tiendas clausuradas con tablones. Aparcó el automóvil y se acomodó en el asiento para quedar de frente a Sands.

—Dijo que el mensaje era de un hombre llamado Lionel.

Por unos segundos, el nombre no le sonó a nada. No era ninguno de los que Sands podría haber supuesto. Lionel Braughton. Vampiro.

—Dios mío...

—Dijo que era amigo de Melanie.

Sands se quedó con la boca abierta.

—Oh, seguro que eso le sentó muy bien a Faye...

—Le dijo que necesitaba hablar contigo, que era muy importante. Dejó un número. —Julia extrajo del bolsillo un trozo de papel doblado y se lo entregó a Sands.

Él desplegó el papel, miró el número. No lo conocía.

—¿Has llamado?

—No. Pensé que sería mejor que lo hicieras tú.

—Así que por eso te has preocupado tanto por sacarme de la cárcel. No porque fueras buena de corazón.

Julia suspiró.

—Douglas, le dije que te sacaría de la cárcel antes de saber nada sobre esto. Sabes por qué me interesa este sujeto... este vampiro. No estoy escondiendo nada, así que... ¿podemos terminar con esa idiotez de las segundas intenciones y la autocompasión?

Sands comenzó a decir algo, pero se interrumpió.

—Perdona. Tienes razón —asintió. Estaban ocurriendo demasiadas cosas para perder el tiempo y la energía en insultos mezquinos, en darlos y en recibirlos, ya fuesen verdaderos o imaginarios—. Lionel le dijo que era amigo de Melanie. Hijo de puta. No me has dicho dónde está ella ahora.

—Está dentro —dijo Julia.

—¿Qué?

—Dentro —dijo, señalando la tienda cerrada que se encontraba detrás de ellos—. Las propiedades del centro son tremendamente baratas hoy en día. Nathan montó este sitio mientras estábamos en el norte. Por si acaso.

Sands escrutó la fachada de la tienda. No se diferenciaba de las otras que había en

la manzana.

—Esta y la adyacente —dijo Julia. Metió primera y entró rápidamente en un callejón; luego giró y tomó otro, que era paralelo a la calle principal y corría por detrás del edificio—. Detrás de los tablones, las ventanas que dan al frente están pintadas de negro para que no entre nada de luz. Cuando pueda, Nathan instalará cámaras de seguridad en miniatura en la fachada que da a la calle principal.

Sands trató de digerir todo aquello. Ni siquiera en este mundo nuevo y bizarro las cosas permanecían invariables. Justo cuando acababa de acostumbrarse a la idea de que el centro de operaciones estuviese en la casa de los suburbios, los cazadores se habían mudado. «*Y yo que pensaba que estaban todos muertos*». Pero algunas cosas, por desgracia, seguían igual: Faye y Melanie corrían peligro por su culpa.

—¿Y Melanie aceptó venir con vosotros? —preguntó.

—Algo así.

—¿Algo así? ¿Qué significa «algo así»?

—No protestó —dijo Julia.

—¿No...?

—Le di un sedante. Me pareció lo más fácil. Teníamos que concentrarnos en salir de allí. ¿Qué íbamos a decirle? Dadas las circunstancias, consideramos que era la única manera de garantizar que estuviera a salvo.

—Por Dios. La secuestramos —dijo Sands—. A Havelin le encantaría saberlo.

Julia paró el coche. Salió y abrió un portón doble que estaba en la parte trasera de un edificio. El espacio no estaba pensado para el paso de automóviles, pero era suficientemente ancho. Volvió al coche y avanzó. Había sitio de sobra. El oscuro interior ya albergaba el furgón en el que Sands había viajado anteriormente, y otro coche, un modelo viejo de Mustang.

Cada metro cuadrado restante estaba atiborrado de cajas y cajones que habían sido rescatados de la casa. Julia cerró el portón y echó la llave; luego condujo a Sands a través de un arco improvisado, abierto a martillazos en la pared que separaba ambas tiendas.

—Douglas, cuánto me alegro de verte —dijo Nathan. Sands no sabía si hablaba en voz baja porque Melanie estaba dormida en el catre junto al suyo o porque aún tenía la cabeza vendada y le dolía. El costado sano del rostro de Nathan estaba hinchado y negro, con el ojo apenas abierto.

—Por lo que me han dicho, de lo que hay que alegrarse es de que puedas ver —dijo Sands.

Había dos hombres más en la tienda reformada: otro negro, más corpulento que Nathan, con una barba incipiente y áspera, y un joven blanco, tal vez aún adolescente, de cabello teñido de rubio. Estaban muy atareados, conectando ordenadores, e hicieron una breve pausa cuando Julia se los presentó.

—Douglas Sands, Abraham Jones y Johnny.

Se estrecharon las manos.

—Johnny —dijo Sands—. ¿Johnny, a secas?

—Sí, como Madonna. Ya sabes.

—Aja. Veo que también le has copiado el cabello. —Nadie rió. Abraham y Johnny volvieron a su trabajo.

—Creo que ahora ya los conoces a todos —dijo Julia—. Mike y Cleo están vigilando tu casa.

A Faye.

—Gracias por eso —dijo Sands.

—Nos pareció que era lo mejor. ¿Listo para hacer esa llamada?

Sands miró el trozo de papel que aún tenía en la mano.

—¿Para qué diablos quiere hablar conmigo?

Julia se encogió de hombros, como lo habría hecho Hetger.

—No lo sabremos hasta que llames.

Trataba de parecer despreocupada, pero Sands advirtió que estaba ansiosa por que hiciera la llamada, y que habría llamado ella misma hacía horas si hubiese podido. Este vampiro podía ayudarla a encontrar a su hijo. Valía la pena intentarlo todo. Julia le entregó su móvil.

—Muy bien. —Sands marcó el número. Abraham y Johnny dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron.

Sands marcó. El teléfono sonó tres veces; luego:

—Hola.

—Necesito hablar con Lionel —dijo Sands.

—¿Quién es usted?

—Douglas Sands.

—Espere un momento.

Oyó unas voces apagadas, una mano que tapaba el teléfono y varios hombres hablando brevemente; luego, una voz diferente, pero que Sands reconoció.

—Douglas. Me alegro de que hayas recibido mi mensaje.

—¿Qué quieres?

—Douglas, creo que estamos empezando con el pie izquierdo. Me alegro de tener la oportunidad de mantener esta charla. —Qué engreído hijo de puta.

—Habla entonces. Yo no tengo nada que decirte.

—¿No? ¿Y tu amiga, Julia? ¿Crees que ella sí tiene algo que decirme? ¿Cómo están tus amigos, Douglas?

Sands quena cortar. Quería reventar el teléfono en mil pedazos. El simple hecho de hablar con la criatura lo enfermaba. Era antinatural, malvada, pero él estaba hablando con ella. Y la cosa tenía razón, maldita sea. Sands le había prometido a Julia

que haría todo lo posible, si tenía la oportunidad...

—¿Sigues ahí, Douglas? Pareces enfadado, pero, bueno... lo pasado, pasado. ¿Verdad? O sea, fuiste tú el que quiso partirme la cabeza, ¿no? ¿Y te parece que te guardo rencor?

—Le hiciste daño a Melanie. Amenazaste a mi esposa.

—Douglas, Douglas. No le hice ningún daño a la chica. Ella está bien. Tuvimos una pequeña charla. No soy yo el que la dejó plantada. El que la engañó, el que le hizo creer que abandonaría a mi esposa.

—Yo nunca... —Sands apretó los dientes, se calló. No iba a dejarse arrastrar así, no iba a enredarse en un debate ético con un monstruo—. Te lo diré de la manera más simple que conozco: ¿Qué... quieres?

—No tenemos por qué ser enemigos, Douglas. —Sus palabras parecían tan razonables...

«Palabras —pensó Sands—. Nada más que palabras».

—De verdad lo creo así —dijo el monstruo— y te lo voy a demostrar. Voy a ayudar a tu amiga, Julia.

Sands miró a Julia. Ella lo estaba observando atentamente, casi como si le doliera de tan apremiante que era su deseo de saber, su necesidad de saber, qué estaban diciendo. ¿Podía este monstruo ayudarla verdaderamente o solo le estaba tendiendo una trampa para liquidarla?

—Conozco a alguien que puede saber algo de su hijo —dijo la criatura.

—Conoces a alguien que puede saber algo... No me parece una gran aportación, si quieres saberlo.

—Aparte de lo que ya sabes, hay muchísimo más, Doug.

Otra vez tenía razón. Hijo de puta.

—¿Qué quieres a cambio?

—Eso es lo más hermoso, Doug. Es un regalo. Un regalo gratuito.

—¿Por qué diablos ibas tú a...?

—Considéralo una inversión para el futuro. Una demostración de buena fe por mi parte. Quiero que confíes en mí.

—Sí, claro.

—Douglas, me siento herido. Estoy tratando de ayudar a tu amiga. ¿Qué dirá ella si me rechazas sin siquiera consultarla? ¿Quieres que te dé el nombre o no?

Sands vaciló. Esta cosa estaba al corriente de la desesperación de Julia, maldita sea. Sabía que Sands no podía rechazar su oferta, pero aunque se lo hubiese prometido a Julia, también tenía que hacer algo por sí mismo, algo para apaciguar su conciencia.

—Aceptaré que me digas ese nombre, con una condición.

—¿Pones exigencias antes de aceptar mi regalo? ¿Alguna vez has negociado algo,

Douglas?

—Tómalo o déjalo.

Una pausa. Luego:

—¿Qué tienes en mente?

—Melanie y mi esposa. Quiero que estén a salvo.

—¿Qué? ¿Pretendes que haga de niñera? Doug, no tengo tiempo para...

—Quiero que las dejes en paz. Quiero que todos los que trabajan para ti, todos los que conoces, las dejen en paz. Punto.

—Son peces pequeños, Doug. Tienes que concentrarte en lo importante. Son peces pequeños.

—Para mí no, no lo son. Si para ti son peces pequeños, déjalas tranquilas de una vez, pedazo de cabrón.

La criatura del otro lado de la línea hizo otra pausa.

—Muy bien. Si así lo quieres... No tengo nada que hacer con ellas. Ya tengo suficiente con...

—Ni tú, ni nadie que conozcas.

—Está bien. Está bien, Doug. Ellas quedan fuera de esto. ¿Quieres el nombre o no? ¿Estás solo en esto? ¿También vas a dejar plantada a Julia?

—Dime. —Sands pidió papel y pluma con gestos. Julia se los entregó. Anotó el nombre que le decía Lionel, Lisa Noble, y una dirección.

—Es en Saginaw.

Debajo de la dirección, Sands escribió: «*Es posible que tenga información sobre Timothy*». Subrayó dos veces «Es posible» y le dio el papel a Julia. De inmediato, advirtió un cambio en ella. Su expectativa apenas contenida de unos minutos antes fue reemplazada por una mirada asombrosamente intensa, concentrada en ese papel. Sands pensó que, de ser posible, esa mirada habría quemado la hoja hasta perforarla.

—¿Qué sabe esa Lisa Noble? —preguntó Sands al teléfono.

—Vas a tener que descubrirlo por tus propios medios, ¿verdad?

—No me vengas con majaderías. Si quieres que te ayude, entonces ayúdame. No juegues.

—Ya tienes el nombre y la dirección. Y un consejo: id y volved en el día, si sabes a qué me refiero. —Y cortó la comunicación.

Capítulo veintiuno

Poco después del amanecer, Mike y Cleo regresaron de su turno de vigilancia en la casa de Sands. Para entonces, Abraham y Johnny habían terminado de conectar la mayor parte del sistema informático. Nathan se levantó del catre con dificultad, se encargó de los últimos detalles y luego prácticamente se derrumbó en la silla, frente a la consola, y comenzó a escarbar en busca de cualquier información que pudiese encontrar acerca de la dirección que el vampiro le había dado a Sands.

Douglas despertó de una siesta breve y agitada, pero que necesitaba desesperadamente. Se sentía enfermo. Se sentía sucio e indignado por haber negociado con una criatura desalmada, inhumana. Se sentía culpable, más aún que durante o después de cualquiera de los encuentros ilícitos que había mantenido con Melanie a lo largo del año anterior.

Los demás estaban ocupados con los preparativos. No habían elaborado planes formales, pero todos parecían percibir que, a partir de entonces, cruzarían un umbral antes inexpugnable. Una lúgubre intrepidez se había apoderado de los cazadores. Sands había conocido a cuatro de los seis en los últimos dos días. Mientras que Mike trataba de ser simpático con él, Abraham se afanaba en clasificar el equipo que habían retirado de la casa y apenas se hacía cargo de la presencia de Sands. Johnny estaba igualmente ocupado, pero lanzaba algún vistazo ocasional en dirección a Douglas, con una expresión levemente desdeñosa, si es que se dignaba a mostrar alguna expresión. Cleo tenía una actitud abiertamente hostil, alternando entre mirar a Sands con odio y esquivarlo con aplicada intención. Nathan estaba totalmente concentrado en trabajar con su ordenador reconstituido; de todos modos, Sands había pasado con él un tiempo relativamente corto.

En medio de todo ese ajetreo silencioso y diligente, la atención de Sands se centraba permanentemente en Julia. Estaba sentada en un rincón, sobre una pila de cajones, organizando su equipo en una pequeña mochila. Douglas vio estacas de madera, un mazo y un conocido frasco plateado que le hizo sentir una nueva oleada de culpa. No pudo evitar pensar en Jason... en la horrorosa muerte de Jason.

«Estaba muerto antes de que Julia intentara usar el agua bendita... lo que ella creía que era agua bendita», se recordó Sands. Nunca le había confesado a Julia que había tomado prestado el frasco, que había vaciado lo que él pensaba que era agua común para llenarlo de güisqui... y este no era el momento para una confesión como esa. De todas maneras, el incidente pertenecía al pasado. Como siempre, al parecer, la mente de Sands albergaba nuevas transgresiones, motivos de culpa más recientes. Se acercó a Julia.

—¿Llevas el fregadero de la cocina allí dentro? —preguntó.

Julia siguió atenta a la tarea que tenía entre manos.

—De todo, menos eso.

—Quería decirte que...

Sands, impresionado, calló súbitamente cuando Julia extrajo un rifle recortado y comenzó a cargarlo. Esperó a que terminara y lo introdujera en la mochila. A Sands no le parecía prudente enredarse en aquella conversación mientras ella manipulaba un arma cargada.

—Has escuchado las exigencias que le hice —dijo él—. Espero que comprendas...

—Comprendo. —Julia cerró la mochila, la sopesó, puso cara de satisfacción—. Comprendo. No estamos seguros de que sepa algo de Timothy... no lo sabremos hasta verificarlo. Pero sí sabes que Faye y Melanie están en peligro y que lo han estado antes. Fuiste tácticamente inteligente, además —añadió—. No podíamos mantener la vigilancia, especialmente en dos lugares a la vez. De todos modos, había que tomar esa decisión muy pronto. Dejarlas desprotegidas y solucionar el problema de raíz. Esto puede ayudarnos. En el peor de los casos, solo nos ha obligado a actuar un poco más rápido.

—Me alegro de que lo veas así —dijo Sands—. Temía que...

No estaba seguro de qué era lo que temía, advirtió. ¿Que Julia lo desaprobara? ¿Aquella mujer, que aparentemente lo había desaprobado desde el momento de conocerlo, si no antes? ¿Tanto había cambiado Julia en el transcurso de pocos meses que ahora él podía confraternizar con ella e incluso interesarse por ganarse su aprobación? *«¿O soy yo el que ha cambiado tanto? Tal vez es que ahora veo al mundo mucho más parecido a como lo ve ella. Ahora que sé que no voy a regresar y que todas las sutilezas han quedado atrás»*. O, tal vez, tan solo se debía a que ambos seguían vivos y muchos otros no.

—Vamos —dijo Julia, sin esperar ni necesitar una explicación.

Gradualmente, los cazadores se congregaron cerca del centro de la habitación. Nadie había convocado al grupo, pero se palpaba la sensación de que había llegado la hora de tomar una decisión. Hasta Nathan dejó de trabajar en el ordenador y acercó su silla, ya que no podía mantenerse en pie.

Cleo fue la última en reunirse con el grupo.

—¿Él tiene que estar presente? —preguntó, señalando a Sands.

Julia comenzó a hablar, pero Sands la frenó, apoyándole una mano en el hombro.

—Julia y yo hemos estado hablando, y creo que ella tiene razón y que esa cosa me siguió desde el apartamento de Melanie hasta la casa. Lo lamento, —dijo, dirigiéndose especialmente a Nathan—. Dios sabe que debí prever esa posibilidad, pero no fue así. Estaba alterado, desconcertado, atontado. Lo único que puedo decir es que no permitiré que ocurra de nuevo. Nunca más. No importa lo que pase, si puedo evitarlo.

Hizo una pausa; se volvió hacia Cleo y la apuntó con un dedo.

—Pero si tú crees que os he tendido una trampa intencionadamente, si crees que intenté hacer matar a Nathan... —Se esforzó por encontrar algo que decir, pero ninguna palabra tenía la fuerza suficiente. ¿De qué servía lanzar una sarta de obscenidades? Y ninguna otra cosa parecía adecuada para expresar la obscenidad de la insinuación de Cleo.

—Creo que no hay problema con él —dijo Abraham, sorprendiendo a Sands—. Tú no estabas aquí cuando habló por teléfono con esa cosa. Tal vez sea muy buen actor, pero lo dudo. Más bien me pareció que Douglas, si pudiera, sería capaz de colgar las tripas de esa cosa de un gancho, ponerlas sobre una parrilla y asarlas centímetro a centímetro. No estaba traicionándonos. Ahora bien, ese convenio sobre su esposa y la chica... si hubiese querido traicionarnos por eso... tal vez, no lo sé. Pero no es lo que ocurrió.

Sands comenzó a protestar, pero se percató de que Abraham no estaba cuestionando su lealtad, sino alabando su fervoroso deseo de proteger a Faye y Melanie. Era un elogio... o eso creía. Era difícil interpretar a este tío.

—Bien pudo haber arreglado toda esa conversación de antemano, sabiendo que vosotros estaríais escuchando —dijo Cleo, aún sin convencerse.

—Puede ser —dijo Abraham—, pero yo creo en lo que ven mis ojos y escuchan mis oídos; si no fuera así, no estaría arruinándome la vida haciendo lo que hago.

—Los ángeles han abierto nuestros ojos para que podamos ver, pero uno ve lo que quiere ver —insistió Cleo.

Abraham se enfrentó a ella sin titubeos. Parecía no sentir la incomodidad que el fanatismo de la mujer inspiraba en Sands.

—Ángeles, heraldos, como quieras llamarlos —dijo Abraham—. Yo sé lo que vi. Yo sé lo que sé. Cualquier cosa podría ser una trampa, pero Julia responde por este hombre y para mí, con eso es suficiente.

—Podrá estar chalado, pero debemos confiar en nuestros compañeros —agregó Johnny.

—No sé si os habéis dado cuenta de que estoy aquí presente —dijo Sands.

Abraham ignoró el comentario y continuó.

—Julia lo ha visto atacar a un vampiro. Lo ha visto pelear con un cambiaformas, un hombre-lobo, como quieras llamarlo. ¿Alguna vez has peleado con un cambiaformas? —Cleo apartó la vista—. Yo tampoco. He hurgado a fondo en el cerebro de Julia. Quiero hacer lo mismo con Douglas apenas tenga la oportunidad. Pero, por el momento, hay un vampiro suelto y si no estás dispuesta a asociarte con los demás cazadores, pues... hermana, ahí tienes la puta puerta.

—Y que no te pegue en el culo cuando salgas —trinó Johnny, y luego cerró inmediatamente el pico ante la severa mirada de Abraham.

El silencio se instaló en la discusión. Cleo no estaba contenta, quizás ni siquiera resignada, pero no se marchó.

—Bueno... tenemos un nombre —dijo Julia, después de varios segundos de calma— y una dirección en Saginaw. En el mejor de los casos, esta persona sabe algo de Timothy. En el peor, es una trampa.

—Hay solo una manera de averiguarlo —dijo Johnny. Sus ojos chispeaban demasiado para el gusto de Sands. Ni siquiera Clarence le había parecido tan... entusiasmado por salir a cazar monstruos.

—Y esa persona puede ser mucho más que una persona —les recordó Abraham—. Lo que dijo ese tío... ¿qué fuésemos de día?

—Que era mejor ir y volver en el día —dijo Sands—. Eso dijo el muy cabrón.

—La chica es un vampiro —dijo Johnny—. Nos está diciendo que la chica es un vampiro.

Mike había estado callado durante toda la charla, escuchando, pensativo. Ahora dijo:

—O tal vez con eso de ir y volver en el día quiso implicar que no nos alejemos de Iron Rapids demasiado tiempo. Puede ser una amenaza velada... contra Melanie, o la esposa de Douglas.

—Pero él me prometió que...

—Ya sabemos lo que te prometió, Douglas —dijo Abraham—. No necesariamente lo decía en serio.

—No hay manera de saber si podemos confiar en él —dijo Julia, cortando en seco las objeciones de Sands—. No hay manera.

—Ese condenado bebe sangre —dijo Abraham—. ¿Qué le importa decir mentiras?

Sands tuvo que admitir que tenían razón. Reconoció la desconfianza que sentía por esa criatura tan inhumana, a pesar de que había tratado de negarla. Todo había ocurrido muy rápido: salir de la cárcel, la llamada telefónica, pensar de modo realista en cómo hacer un trato con el diablo. Quería creer con todas sus fuerzas que la seguridad de Faye y Melanie estaba garantizada. Quizás entonces podría seguir adelante sin que lo impulsara la culpa por todo lo que involuntariamente había desencadenado. Pero tenían razón. No había manera de saber hasta dónde podía confiar... *«En un vampiro, por Dios. En un vampiro chupasangre, perverso, inhumano y malvado».*

—No obstante, en cierto modo —continuó Julia, tratando de parecer muy razonable y conciliadora, con actitud práctica—, debemos proceder como si le creyéramos. No nos alcanza la mano de obra para vigilar a dos personas por la noche. Tenemos que confiar en que esa cosa, ese tal Lionel, esté dispuesto a cumplir su parte del trato... en que esa charla sobre Timothy no sea un simple cebo. —Se interrumpió.

Sands sospechaba que mantener la compostura le costaba mucho esfuerzo, pero lo hacía bien—. Si no quieres ir, te entiendo, Douglas —siguió Julia—. Y lo mismo digo de cualquier otro. De todos modos, no podemos dejar a Melanie aquí. He vuelto a darle un sedante hace unas horas: este día y esta noche serán para ella como un sueño extraño. Pero realmente no sabe nada de nosotros, ni dé este sitio, y tenemos que encargarnos de que siga siendo así. Tenemos que llevarla de vuelta a su apartamento y esperar que Braughton esté dispuesto a cumplir con su parte del trato. Douglas, si quieres quedarte allí con ella, o llevártela a tu casa con Faye, para poder vigilarlas a las dos...

Sands meneó la cabeza. La idea que había albergado en la mente tantas veces le hizo reír con amargura. Sabía que llegaría este momento, pensaba que ya había dado un paso en esa dirección, pero esta era la decisión más importante. Lo que decidiera en aquel momento podía desencadenar una serie de sucesos que luego no podrían deshacerse, una tragedia. Ya había destruido su antigua vida, pero podía optar por volver a aferrarse a ella como lo había hecho en los últimos meses, o podía cortar los lazos que lo unían a ella definitivamente. Podía seguir adelante, pidiéndole a Dios, a los ángeles, a los heraldos o a quien fuera que no les ocurriera nada a Faye y Melanie, sabiendo que si algo les sucedía nunca podría perdonarse.

—Me quedo con vosotros —dijo. Julia le puso una mano en el hombro y apretó ligeramente.

—Destruiremos el mal, de la raíz a las ramas —dijo Cleo en voz baja, casi reverente—. Y la tierra será purificada por el fuego.

Capítulo veintidós

Los otros se pusieron en camino justo antes de mediodía y la cabeza de Nathan ya estaba navegando. El viaje en coche hasta Saginaw no les llevaría más de una hora, ni siquiera a Julia y Douglas, que llevarían a Melanie de vuelta a su apartamento antes de dirigirse al norte, y luego estarían listos para comenzar. Nathan tenía ese lapso para lograr averiguar algo más acerca de la dirección que Braughton le había dado a Sands. A pesar de las pulsaciones que parecían nacer en todos los sectores de su cráneo al mismo tiempo, Nathan se las había ingeniado para equipar a los cazadores con una significativa cantidad de información.

Era un domicilio residencial, una casa, en uno de los edificios más antiguos de Saginaw, ubicado en la periferia del distrito comercial. El vecindario no era de los mejores y tampoco estaba en su mejor momento (los precios de las propiedades estaban estancados en niveles bajos; había un alto porcentaje de crímenes relacionados con la violencia, las drogas y las pandillas). A menos que la actividad industrial experimentara un pronunciado repunte, el futuro de la zona no prometía el regreso de los ciudadanos de clase media al vecindario. Nathan había encontrado un callejero y una fotografía aérea relativamente reciente que habían permitido a los cazadores comenzar a elaborar una imagen mental del sitio donde estarían operando. Al menos no irían a ciegas. Cada uno de ellos llevaba auriculares y micrófono, de modo que si Nathan encontraba más datos de utilidad podría comunicárselos mientras viajaban.

«Sería grandioso tener un plano de la casa —pensó mientras tragaba un puñado de aspirinas—. Grandioso, pero poco probable». La vivienda era antigua y ninguna firma de arquitectura o registro de catastro de la ciudad debía de haber puesto los planos *online*, si es que poseían tales documentos.

«Tiene que haber algo». Nathan estaba decidido a encontrar lo que pudiera. Allí estaba de nuevo, solo en casa, aunque, como había descubierto la noche anterior, estar en casa no siempre era tan seguro como parecía. Además, esa noche no habría podido prestar demasiada ayuda en el trabajo de campo. Cada pocos segundos se le nublaba la vista; las imágenes de la pantalla se veían dobles y empezaban a dar saltos hasta que cerraba los ojos con todas sus fuerzas.

Trataba de estar atento al reloj de la esquina inferior izquierda de la pantalla, pero cada vez que miraba hacia abajo parecía que habían pasado demasiados minutos demasiado rápido o, por el contrario, que el tiempo estaba completamente paralizado. Unas cuantas veces reprimió breves mareos, y llegó a buscar una caja vacía para dejar en el suelo junto a su silla, por si la próxima vez tenía la mala fortuna de que su estómago comenzara a dar saltos mortales.

«No me vendría mal una visita al hospital», comenzó a pensar. Tal vez después

de que se resolviera la cuestión de Lisa Noble. Indudablemente, podían ocurrírsele cientos de excusas plausibles para explicar por qué lo habían molido a palos. Como mínimo, el médico podía prescribirle unos analgésicos. Julia lo había atendido lo mejor posible, pero estaba abatida y exhausta, y usar los dones que había adquirido al ser imbuida le costaba caro. Además, tenían mucho que hacer y todo les parecía increíblemente urgente. Nathan no quería sobrecargar ni incomodar a nadie con sus problemas.

Ahora, sin embargo, su condición se estaba volviendo una carga importante. Simplemente, no podía concentrarse, no podía razonar para seleccionar las búsquedas que necesitaba llevar a cabo si quería ayudar a sus amigos en las próximas... «¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo tengo para encontrar algo?»

Miró el reloj, pero la pantalla estaba negra. «Maldito protector de pantalla. Es preciso regularlo para que tarde más en activarse». Movi6 el rat6n. No ocurri6 nada. Volvi6 a moverlo; al ver que la pantalla seguía igual, se asegur6 de que estuviese bien enchufado. Las teclas del teclado... ning6n resultado. Pero tambi6n estaba bien enchufado.

Grandioso. Sabía que no tenía que permitir que Abraham y Johnny...

En la pantalla aparecieron unas pequeñas letras blancas, una tras otra, de izquierda a derecha, formando palabras. Nathan trat6 de leerlas, pero sus ojos o la pantalla estaban jugándole una mala pasada. Las letras se tornaron borrosas y más brillantes, y luego se oscurecieron y desaparecieron. Apret6 los ojos, se los frot6 con el tal6n de la mano, volvi6 a mirar y entonces vi6 el escueto mensaje:

te dije que teníamos que hablar.

De repente, el mundo dej6 de tener sentido. A pesar de tener su segunda visi6n en estado de alerta, Nathan no comprendía nada. El monitor emiti6 una luz brillante que lo dej6 ciego. En el mismo instante, lo inund6 una extraña sensaci6n: que 6l ya no era el mismo que había sido un momento antes. No sentía la dura superficie de plástic6 del rat6n entre sus dedos, ni la silla donde se apoyaba. Su última impresi6n fue la del monitor transformado en unas fauces hambrientas que absorbían el conjunto de moléculas e impulsos eléctricos que conformaban su cuerpo y su mente.

Capítulo veintitrés

Cuando estuvieron listos para comenzar, el reloj del salpicadero del coche de Julia indicaba las 2:49. Sands, en el asiento del acompañante, miró hacia fuera por la ventanilla de Julia. Estaban aparcados en la acera de enfrente de la casa: un edificio de dos pisos, tal como Nathan había supuesto, que había visto mejores épocas. Una sencilla capa de pintura habría hecho maravillas. La que alguna vez había sido una carpintería elaborada, de estilo barroco, había caído en un estado lamentable, y las barandillas del porche estaban rotas en varios sitios. Las ventanas estaban tapadas con plástico. El resto del vecindario tenía un aspecto un poco mejor.

«*Supongo que los vampiros no suelen andar por las mejores zonas de la ciudad*», pensó Sands. Las cloacas, este *sitio*... no había visto nada que contradijera esa idea.

Julia y él escuchaban por los auriculares. Mike y Cleo, que estaban aproximándose a la casa, tenían un equipo similar en los bolsillos, al igual que Abraham y Johnny, que estaban cubriendo la retaguardia. Inicialmente, a Sands le había resultado difícil comprender el plan, debido a que ignoraba lo que los demás cazadores eran capaces de hacer (en todo caso, también se sentía inseguro acerca de lo que él mismo era capaz de hacer), pues nunca había visto a los otros en acción, exceptuando a Julia.

—Entonces Abraham y Johnny se colarán por la puerta trasera. ¿Y si alguien los ve y llama a la policía? —había preguntado.

—Pueden encargarse —le había asegurado Julia—. No es la primera vez que hacen esto.

Sands quería quejarse, pero confiaba en Julia. Ella lo había defendido (aunque eso lo fastidiara aún), de modo que si ella decía que Abraham podía encargarse, él estaba dispuesto a creerla hasta comprobar lo contrario.

Habían viajado a Saginaw en tres vehículos: Julia y Sands en el coche de ella; Abraham y Johnny en el Mustang; Mike y Cleo en el furgón que pertenecía a Nathan, o que quizás era el de Clarence o Hetger. Los tres grupos habían estudiado el terreno que rodeaba la casa, pasando con los vehículos tanto por el frente como por el callejón de la parte trasera. Habían tomado en serio las vagas advertencias de Lionel y habían venido de día, lo que originaba otras dificultades, tales como el puñado de vecinos que entraban y salían de sus casas o, en ciertos casos (ya que esta parte de la ciudad dependía de la oficina de Bienestar Social), que holgazaneaban en las esquinas. Los cazadores tenían que tomarlas máximas precauciones para no atraer la atención indebidamente. Habían decidido que, para lograr ese objetivo, debían actuar con un cierto grado de rapidez. Cuanto más se acercara la tarde, más probabilidades había de que aparecieran niños que regresaban de la escuela o empleados con trabajos diurnos que volvían a casa. Dada la incertidumbre acerca de lo que podrían encontrar

en el interior, era prioritario minimizar la cantidad de testigos potenciales. Todos habían coincidido en eso, por lo que el plan había quedado definido rápidamente y con un mínimo de debate.

El otro obstáculo principal, al menos inicialmente, era el sujeto sentado en el porche de la casa que los cazadores estaban a punto de invadir. «*O atacar*», pensó Sands. El individuo no estaba haciendo nada en especial. Se limitaba a estar sentado. Y a vigilar.

—Está haciendo guardia —dijo Abraham cuando terminaron sus respectivos recorridos alrededor de la casa.

—Y es uno de ellos o algo así. Un neófito.

—Está en el exterior de día —señaló Sands—. Pensé que no podían hacer eso. —No le parecía justo. Las circunstancias ya eran bastante adversas para los cazadores como para tener que lidiar con vampiros capaces de pavonearse a la luz del día.

—Todavía no es uno de ellos —explicó Mike—. Pero disfruta de algunas de sus ventajas. Tal vez sea más fuerte que una persona normal, o más veloz. Pensamos que es algo progresivo. Ahora está en una especie de estado larval. En algún momento, podría convertirse en vampiro. Pero todavía es humano, al menos en parte.

En parte, pero no completamente. Todos podían notar la inhumanidad que deterioraba sus rasgos como quemaduras grotescas, como si algo corrosivo hubiera surgido desde lo más profundo de su interior hasta emerger a la superficie.

—Parece que encontramos la casa indicada —dijo Johnny.

—Parcialmente humano. —Sands trató de analizar ese pensamiento hasta llegar a una conclusión lógica—. Entonces, ¿en qué influye eso si nos vemos obligados a... es decir, si él se resiste a...?

—Oh, se resistirá. —Abraham parecía deleitarse con la idea—. Ese es su trabajo. Para eso ha sido creado. Para protegerla a toda costa.

—Es un engendro del demonio, pero todavía puede salvarse —dijo Cleo.

A Julia no le gustaban nada esas referencias al fuego y el azufre.

—Hemos venido a conseguir información, recordadlo. Entramos, aseguramos el lugar, si es posible, encontramos a la tal Lisa Noble y hablamos con ella.

—Puede que haya más de uno allí dentro —dijo Abraham—. Más neófitos, o más de los verdaderos.

Habían pensado en eso al elaborar el plan. Mientras se preparaban, intentaron ponerse en contacto con Nathan para saber si había logrado averiguar algo nuevo. No obtuvieron respuesta alguna a través de los auriculares, ni del móvil, que trataron de usar cuando pensaron que quizás estaban fuera del alcance del comunicador de radio.

—Debe de estar exhausto —dijo Julia, y todos coincidieron—. De todos modos, nos dio bastante información antes de partir.

Y entonces procedieron, estaban procediendo ahora mismo: Mike acercándose a

la casa, con Cleo vigilándole las espaldas. Abraham y Johnny, invisibles, ya estarían en la puerta trasera, si todo marchaba según el plan. Desde el automóvil, Sands miraba a Mike. Aparentemente, Mike era capaz de ocultarse de los monstruos, esconderse de ellos aunque lo estuvieran mirando, sin necesitar ninguna pantalla, salvo la protección de su don especial, que servía para los monstruos pero no para los humanos. En consecuencia, este pseudo-vampiro presentaba un dilema. Por tal motivo, Mike se estaba acercando solo, porque no sabía si el sujeto lo veía o no. Si no lo veía, su entrada en la casa era un hecho. De lo contrario...

—Lo ve —dijo Julia en el micrófono, en voz baja, para mantener informados a Abraham y Johnny—. Mike le está dando la señal a Cleo.

—Comprendido —llegó la voz de Abraham por el aire.

Que el sujeto pudiera ver a Mike no necesariamente constituía un problema. En realidad, podía ser beneficioso.

«*Tal vez este tío es más humano que no-humano* —pensó Sands—. *Tal vez sea más fácil tratar con él*». Aún no era una emergencia. Lo único que veía el centinela era a Mike, caminando despreocupadamente hacia la casa, admirando la arquitectura y haciéndole señas a una mujer que estaba detrás, más cerca de la calle, para que se acercara. Mike, pensó Sands, con esas ojeras y mofletes carnosos, no era una persona de apariencia alarmante. Cleo lo alcanzó y ambos avanzaron por la acera, murmurándose cosas y mirando a la casa, sin hacerse cargo de la presencia de hombre del porche. Fácilmente, uno hubiera podido creer que Cleo era su esposa o novia. Sands se sorprendió al verla en esa actitud tan poco amenazante, como si fuese posible confundirla con una mujer de vida normal. Era tan menuda, además... imposible concebirla como una amenaza. A medida que ambos cazadores se acercaban, el vigía, aparentemente perplejo, se levantó y esperó en lo alto de la escalera con los brazos cruzados. Mike y Cleo se aproximaron más, todavía hablando entre ellos y asintiendo.

—Prohibido el paso —dijo el vigía. Era joven, quizás de unos veintitantos años, con barba de chivo, calva incipiente y una coleta que le llegaba a las nalgas.

Mike y Cleo levantaron la vista como si recién en ese instante hubiesen notado que había alguien en el porche.

—¿Disculpe? —dijo Mike. Los auriculares que tanto él como Cleo mantenían ocultos estaban calibrados para transmitir únicamente. Sands y Julia, desde el coche, oían todo lo que se decía.

—Prohibido el paso.

—Por supuesto. Lo comprendo perfectamente —dijo Mike con tono alegre—. Solo estábamos admirando su frontispicio.

—¿Mi qué?

Cleo continuó subiendo los escalones del porche, aunque no en dirección a la

puerta, estudiando atentamente la barandilla que unía los postes. Habló con un marcado acento que, pensó Sands, no sonaba falso.

—¿Sabe usted cuándo construyeron esta casa? ¿En la década de 1920? ¿Antes, quizá?

—Su frontispicio —dijo Mike, acercándose también, señalando el techo del porche—. La carpintería rococó. Una artesanía maravillosa, aunque actualmente un poco deteriorada.

—Creo que antes de los años 20 —estaba diciendo Cleo—. Tal vez antes de la Primera Guerra Mundial. 1913, o incluso 1912.

El centinela miraba alternativamente a uno y otra.

—No sé nada del fronti... como se llame. Y vosotros tenéis que...

—¿Está Lisa Noble? —preguntó Mike sin preámbulos.

El vigía calló por un segundo. Entornó los ojos...

Cleo lo golpeó con la porra, justo en la base del cráneo. Puede que fuera más fuerte que un humano normal, pero cayó como una flor de papel.

—¡Entrad! —gritó Julia en el micrófono—. Estamos en la puerta delantera.

—Comprendido —respondió Abraham. El ruido que produjo al romper la puerta trasera hizo crepitar los auriculares.

Casi simultáneamente, Julia ocultó los auriculares, salió del coche de un salto y cruzó la calle con decisión, pero sin correr. Sands la siguió. Mike y Cleo habían iniciado el acercamiento después de verificar que hubiese la menor cantidad de vecinos y holgazanes en los alrededores, y ahora Sands no veía a nadie que pudiera reparar en su entrada. En un bolsillo del abrigo llevaba los auriculares; en el otro, sentía el peso intimidante de una 9 mm. Una Glock... tal vez la misma con la que Clarence le había enseñado a disparar hacía tantas semanas.

Julia y él avanzaron por el sendero de entrada a la casa. Ahora había muy poco tiempo para pensar. Sands trató de concentrarse en los detalles del plan, trató de ignorar las palpitations de su corazón y la respiración rápida y superficial. Al entrar en la casa y colocarse otra vez los auriculares, Sands vio que los demás ya tenían al centinela atado de pies y manos y amordazado con cinta adhesiva. Tenía los ojos abiertos, pero desenfocados. ¿Tan fuerte lo había golpeado Cleo? Al parecer, ese cuerpecito había generado la fuerza suficiente para dejarlo sin sentido.

—Este piso es seguro —dijo Abraham.

Sands lo vio brevemente a través de una puerta abierta, pero oyó sus palabras por los auriculares, pronunciadas en voz baja. Los cazadores aún no habían alertado a la presa sobre su presencia... o eso esperaban.

Julia extrajo el rifle recortado de la mochila. Sands comprendió la señal y sacó la Glock del bolsillo. Comenzaron a subir la escalera. «*Cíñete al plan, cíñete al plan* — no cesaba de repetirse. Le sudaban las manos y de pronto tuvo miedo de que se le

cayera la pistola—. *Cíñete al plan. Asegúrate que el piso de arriba esté despejado. Si nos topamos con algo, no te hagas el héroe. Pide ayuda*».

Cuando estaba en el coche, había tratado de recordar todos los programas y películas policiacas que había visto. Había recordado imágenes de personas subiendo escaleras subrepticamente, cubriendo todos los ángulos. Pero la realidad marcaba su propio ritmo. Tanto Julia como él subieron rápidamente, maldiciendo los crujidos de los escalones de madera. Sands trataba de vigilar cada rincón, adelante y atrás, pero también tenía que mirar por dónde iba. «*¿El seguro del arma está puesto?*», se preguntó de pronto. ¿En qué posición tenía que estar el seguro? Pero no tenía tiempo de revisarlo. «*Dios, espero no dispararle a Julia por accidente*». No hacía mucho tiempo, había pensado que Clarence y ella podían llegar a dispararle a él... pero deliberadamente.

En lo alto de la escalera, Julia fue señalando las habitaciones en el mismo orden en que las revisarían. Inspiró profundamente. Sands hizo lo mismo. Su corazón latía tan fuerte que pensó que Julia creería que tenía hipo. Y entraron.

Abrieron la primera puerta. La estancia contenía una colección de muebles desvencijados y basura de todo tipo. Sands sintió alivio; luego cayó en la cuenta de que había muchos lugares donde alguien o algo podía esconderse. Trató de no adelantarse a Julia mientras ambos miraban detrás de las sillas, en el armario. Sands no quería que ella disparara el rifle por encima de su hombro.

Las otras habitaciones estaban más o menos en el mismo estado. No encontraron a nadie. Había, sin embargo, una cadena colgando del techo... una escalera extensible.

—Primer piso despejado —dijo Julia en el micrófono—. Hay un altillo.

—Ya voy a respaldaros —contestó Abraham—. Avanzad.

Casi inmediatamente, Sands oyó los pasos de Abraham subiendo por la escalera. Los demás se quedarían de guardia en la planta baja, preparados para subir si era necesario. «*Si encontramos algo* —pensó Sands—. *Un vampiro*». Se le secó la boca.

Julia le estaba haciendo señas. Quería que tirara de la cadena mientras ella cubría la escalera extensible con el rifle. Douglas tiró. Las escaleras bajaron y se desplegaron. No salió nada volando, excepto polvo. Julia cogió una linterna de la mochila y comenzó a subir los escalones, que tenían apenas el ancho suficiente para que pasara una persona a la vez. Cuando Sands comenzaba a subir, Abraham ya estaba a su lado, apoyándole una mano tranquilizadora en el hombro y haciéndole una señal con los pulgares hacia arriba. Sands observó que Abraham blandía una barra de hierro. «*Me alegro de tener una pistola*», pensó Sands, pero luego recordó lo efectivas, o más bien lo inefectivas, que habían resultado las pistolas contra el merodeador y contra los hombres-lobo. Continuó subiendo la escalera detrás de Julia, mucho menos seguro de sí mismo que antes.

El altillo estaba casi vacío. Tras echar un rápido vistazo, Julia y él volvieron a bajar. Con Abraham, descendieron a la planta baja. Mike, Cleo y Johnny estaban vigilando las posibles salidas: puerta delantera, puerta trasera, puerta del sótano. Sands quedó impactado al ver que Johnny llevaba lo que parecía ser un soplete y una especie de tanque de propano atado a la espalda. El centinela estaba tirado en el suelo, tratando sin éxito de librarse de las gruesas ataduras de cinta adhesiva. Ahora tenía una expresión lúcida que combinaba furia y miedo.

Los cazadores se reunieron junto a la puerta del sótano. «*Tiene que estar aquí — pensó Sands—*. *Salvo que todo esto sea una trampa*».

Cleo fue la primera en bajar. Mike la siguió de cerca. Julia avanzó y le hizo señas a Sands de que permaneciera cerca. Alguien encendió el interruptor de luz que estaba al comienzo de la escalera, de modo que los cazadores terminaron el descenso bajo la tenue iluminación de un sótano con olor a humedad, con paredes y piso recubiertos de polvo y moho acumulados durante años. Apoyado en la pared más alejada, se encontraba lo que podía considerarse un ataúd de fabricación casera: una mesa de trabajo de baja altura, con laterales de madera contrachapada y una puerta a modo de tapa.

Johnny pasó junto a Sands, con una llama de quince centímetros en el soplete.
—Quemémosla.

Julia lo cogió violentamente del hombro y la fuerza de su mirada hizo que se detuviera en seco. Con el rifle apuntando al ataúd, sacó el frasco plateado de la mochila. Luego les hizo un gesto con la cabeza a Mike y Cleo.

Ambos se acercaron al ataúd, uno en cada extremo. Sands trató de cerciorarse de que tenía bien aferrada la Glock sin que se le disparara accidentalmente. Volvió a preguntarse por el seguro del arma, pero no podía apartar los ojos de lo que estaba ocurriendo frente a él. Contando silenciosamente hasta tres, Mike y Cleo abrieron de golpe la puerta-tapa, apoyándola contra la pared. Todos dieron un respingo al escuchar el repentino estrépito y retrocedieron un paso...

Al principio no ocurrió nada. Mike y Cleo se situaron uno junto al otro, a la izquierda de Julia y Sands. Johnny estaba a la derecha. Todos se inclinaron para ver el ataúd más de cerca.

Del interior surgió una mano que se agarró a uno de los costados. La piel era tan pálida que parecía azul. Varios anillos adornaban los dedos, anillos baratos, algunos tan viejos que estaban cubiertos de verdín. Fue entonces cuando se sentó.

—Por Dios —masculló Johnny.

Julia lo miró para cerciorarse de que no hiciera nada drástico, mientras Lisa Noble recorría con la mirada al grupo de cazadores que rodeaba su cama.

Posiblemente, en vida había sido hermosa, pero lo único que Sands veía ahora era el aura de antinaturalidad, de inhumanidad, que irradiaba de ella como una nube

demoníaca. Su rostro estaba consumido; tenía la piel blanco-azulada, muy tersa y era muchísimo más delgada que una modelo. En sus sienes sobresalían unas venas de color púrpura, al igual que en su cuello y brazos. Llevaba puesta una camisa raída y transparente que le colgaba sobre el cuerpo liviano, los hombros angostos, los pequeños senos con pezones tan oscuros como sus labios malsanos. Su mirada no tenía una expresión completamente alerta. Sus ojos aún estaban cubiertos por una niebla de sueño, pero esa niebla estaba despejándose. Rápidamente.

Sands se obligó a apartar la vista y examinó los alrededores en busca de ventanas cubiertas con tabloncillos por las que se pudiera hacer entrar la luz del sol («Supuestamente, el sol es perjudicial para estas cosas, ¿verdad?»), pero no vio ninguna.

—Lisa Noble —dijo Julia—. Tenemos que hablar contigo.

La criatura reaccionó a la voz de Julia, la miró con furia, igual que lo haría cualquier persona cuyo hogar hubiese sido invadido, pero había algo diferente en esos ojos, algo bestial.

Había muerte. Sands había visto al merodeador y a Braughton, y ahora a esta criatura. En diferentes grados, todos ellos podían pasar por humanos, pero los ojos los delataban. Se preguntó cómo era posible que hubiese gente que no lo advirtiera.

Noble observó detalladamente a los cazadores, lanzando miradas a todos lados, vigilándolos a todos al mismo tiempo. Sands sintió que casi podía leerle el pensamiento y que este era instintivo, primitivo: ¿cuáles eran sus opciones? ¿A cuántos podía matar?

—Queremos hablar contigo, nada más —dijo Julia.

Noble lanzó una mirada de odio hacia Johnny y la llama que blandía, que no dejaba de sisear.

«Si fuera ella, no creería en lo que dice Julia», pensó Sands, sintiendo el peso de la pistola. También tenía sus propias dudas. Aunque aquel monstruo los ayudase, ¿podían permitir que continuara existiendo y que siguiera matando inocentes?

—Estoy tratando de encontrar a un niño de ocho años y medio. Se llama Timothy.

El nombre no provocó ninguna reacción por parte de Noble. Seguía con la vista fija en la llama azul de Johnny, y solo la apartaba durante breves instantes, para asegurarse de que ninguno de los demás cazadores se le estuviera acercando.

—Se llama Timothy —dijo Julia—. ¿Sabes dónde está?

—¡Fuera de aquí! —dijo la criatura. Hablaba con los restos de lo que alguna vez debían de haber sido palabras humanas, pero que ahora se parecían más a gruñidos. Sands percibió en ella la tensión depredadora, animal, los músculos que se tensaban, preparándose para la embestida.

Una súbita serie de golpes sordos hizo erupción detrás de los cazadores.

—Soy yo —crepité la voz de Abraham en los auriculares—. No os distraigáis.

A pesar de la advertencia, Sands no pudo evitar mirar hacia atrás para ver a Abraham bajando por la escalera, arrastrando tras de sí al centinela, todavía atado de pies y manos. A eso se debían los golpes: el cuerpo del tipo chocaba contra los escalones, uno por uno, de un modo nada gentil.

Noble también los vio, y su comportamiento adquirió una ferocidad más desesperada. Se irguió más y empezó a bufar, dejando al descubierto dos colmillos delgados, relucientes, para que todos los vieran.

—¡Lisa! —gritó Julia, desesperada a su vez—. ¿Sabes dónde está Timothy? ¿Sabes dónde está?

Abraham empujó a los cazadores a un lado y, de un empujón, enderezó al vigía hasta que quedó de rodillas.

—No eres muy comunicativa, ¿eh? Quizás esto te inspire. —Arrancó la cinta que cubría la boca del centinela, luego le arrebató el rifle a Julia y lo introdujo en la boca del hombre.

Los cazadores hablaron todos a la vez:

—¡Por Dios, Abraham!

—¿Qué estás...?

—¡Espera! ¡No...!

Abraham apretó el gatillo. La cabeza del vigía voló por los aires, convertida en una explosión de sangre, cráneo y cabello. El completo y conmocionado silencio que siguió hizo que el sonido del estallido del rifle quedara zumbando en los oídos de Sands.

Si quedaba algo de humanidad en la actitud de la mujer vampiro, ahora había desaparecido totalmente. Con un alarido de ultratumba, se abalanzó sobre ellos.

Al mismo tiempo, el sótano se colmó repentinamente de luces en movimiento. Cleo aferró a la criatura y la palma de su mano emitió un chisporroteo enfermizo. Alrededor de Mike y Cleo apareció un aura radiante. La mujer vampiro, con paso inestable, arremetió contra ellos, pero parecía incapaz de atacarlos. Sands levantó la pistola. En lo más profundo de sus entrañas, los retortijones de repulsión le estaban haciendo un nudo en el estómago, pero los dominó, trató de controlarlos. Enfadado porque sabía lo que su don le provocaría, comenzó a disparar, casi a ciegas. Las balas, una por una, impactaron contra el pecho frágil de la furiosa mujer de palidez fantasmal. Las balas, una por una, rompieron la carne, destrozaron el hueso. Pero no surtieron ningún efecto, salvo el de atraer la atención de la bestia.

—¡No! —gritó Julia cuando la criatura se abalanzó sobre Sands y ella. Explotaron chispas en el aire. Noble retrocedió, trastabillando. En un instante estaban sobre ella: Cleo y el puño de fuego, que no era el suyo, golpeando una y otra vez; Abraham, ahora blandiendo la barra de hierro, también convertida en una lanza ardiente; por último, Johnny con el soplete. Alaridos. Luz cegadora. Olor a carne quemada.

Sands dio un paso atrás, advirtiendo que no era el primero. Apretó la espalda contra la pared opuesta al improvisado ataúd y a la repulsiva carnicería. Las manos le temblaban descontroladamente y dejó caer la pistola. Del cañón del arma salía un humo con olor a azufre que lo envolvía como una serpiente, impidiéndole distanciarse de la masacre.

Todo acabó tan rápido como había comenzado. Julia, con abundantes lágrimas cayéndole por el rostro, les gritaba que se detuvieran, pero ya se habían detenido. Mike tenía un aspecto tan malo como Sands se sentía por dentro: aturdido, todavía de pie, pero solo por costumbre.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Abraham—. Puede que nos hayan oído o que esto siga siendo una trampa, así que mucho cuidado al regresar a los coches. Johnny, en el nuestro irás tú solo.

Johnny levantó los pulgares. Sonreía de satisfacción, mientras la luz del soplete, como una lámpara de calabaza, proyectaba sobre él sombras vacilantes. Mike pareció despertar de su estupor. Cleo y él se dirigieron a la escalera.

—Vamos. —Abraham cogió a Julia del codo, la llevó hacia los escalones. Chasqueó los dedos hacia Sands—. Recoge tu arma. Vamos.

Sands obedeció en piloto automático. Se arrodilló, levantó la Glock. Ahora recordaba perfectamente lo del seguro; lo puso. Qué extraño que no pudiera recordarlo antes. Ahora estaba en la escalera, mientras Abraham tiraba de él. La pistola había desaparecido en el interior de su bolsillo.

Abraham obligó a Sands y Julia a detenerse un momento antes de salir por la puerta principal.

—Muy bien. Caminad normalmente hasta el coche. No miréis a los lados. Mirad solo el coche. Yo conduciré. —Les quitó los auriculares.

Atravesaron la puerta, avanzaron por el sendero delantero. Sands se concentró en el automóvil. En pocos segundos estarían lejos de aquel sitio infernal. No había una muchedumbre reunida afuera, pero la calle tampoco estaba vacía.

—Seguid caminando —dijo alguien. Abraham. Ahora el coche estaba muy cerca, pero algo andaba mal... una de las ventanillas estaba rota—. ¿Qué diablos? —masculló Abraham, pero no aflojó el paso.

—¡Eh, ese tío! —dijo Julia, señalando. Sands vio a un hombre joven, que tenía una media de mujer a modo de gorro y múltiples *piercings* en el rostro, corriendo en dirección contraria—. Lo he visto antes —dijo Julia.

—Entra. —Abraham no estaba interesado. No quería esperar. Ignoró los cristales rotos del asiento del conductor, arrancó el motor. Sands y Julia subieron al coche de un salto, ella delante, él atrás.

—Es el barman del Club Lazarus —dijo Julia—. Es uno de los empleados de Braughton.

—Entonces esto es para ti. —Abraham le entregó un sobre sellado—. ¿Por qué no lo ha dejado en el parabrisas?

Sands no podía digerir todo eso. Se había concentrado tan intensamente en subir al automóvil que el mundo exterior ahora le parecía un lugar enorme y siniestro. Miró otra vez la casa y reparó en lo que el creciente número de curiosos ahora comenzaban a ver. Humo. Luego, una explosión que hizo volar las ventanas. Muy pronto, la antigua estructura quedó envuelta en llamas.

Abraham se apartó del borde de la acera, rápidamente pero sin hacer chirriar los neumáticos ni atropellar a los peatones. Un momento después, lo único que Sands lograba ver de la escena era el humo que se elevaba por encima de los techos de las casas aledañas.

—Es de Braughton —dijo Julia, leyendo la nota que había en el sobre—. Dice que piensa que hemos hecho un buen trabajo y que puede hacernos el favor de encontrar al niño. —Apoyó la carta sobre su regazo—. Timothy. —En sus labios, ese nombre sonaba como una ferviente plegaria.

—¿Qué más? —preguntó Sands.

Julia apenas logró volver a levantar la carta, seguir leyendo.

—Quiere que nos reunamos. —Hizo una pausa, miró a Sands por encima del hombro—. Quiere que nos reunamos a medianoche... en tu casa —dijo—. De lo contrario, nunca volveremos a ver a Timothy.

Capítulo veinticuatro

Nathan sentía una fresca brisa en el rostro. Aparte de eso, solo náuseas. Intentó vomitar. No salió nada, salvo unos hilos de bilis.

—Caramba... y yo que había tratado de prepararte un lugar bonito. —Una voz desconocida.

Mirando con el ojo hinchado, Nathan vio a un hombre blanco, delgado, más o menos de su edad. El extraño estaba casi completamente cubierto por un impermeable, a excepción de su rostro y sus ojos, que eran de un azul brillante y que se tornaban casi violetas cuando les daba la luz del sol.

Mientras se obligaba a sentarse, Nathan ignoró al hombre, y se concentró en su entorno: debajo de él, un muelle de madera rústica que unía la costa arbolada con un prístino lago barrido por el viento que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. «¿*El Lago Michigan?*», se preguntó Nathan. No. El color no coincidía, el agua era demasiado transparente. También el cielo era... raro. Exhibía un bellissimo atardecer, pero de un horizonte a otro, no solamente en el oeste, fuese cual fuese. A lo ancho del espacio rojo y púrpura flotaban unas nubes errabundas.

—¿Dónde estoy? —preguntó Nathan. No estaba seguro de poder tenerse en pie. Estaba débil, mareado.

—Es una pregunta complicada, Nathan.

—O sea que sabes mi nombre.

El extraño rió secamente.

—Oh, sé mucho más que eso. Sugardaddy, Bad Mofo. Una cosa que debes tener en cuenta —dijo el extraño— cuando eliges un seudónimo: nunca utilices algo tan obvio como el nombre de soltera de tu prima segunda por parte de madre.

Parecía satisfecho consigo mismo.

Nathan lo miró, comprendiendo de golpe.

—Muckraker.

—Puedes llamarme Matthew. Es un nombre que se ajusta bastante a nuestros fines.

—¿De qué hablas?

—Me has preguntado dónde estabas —dijo Matthew—. Abordemos eso primero. ¿Alguna vez has probado un sistema de realidad virtual? ¿Gafas, guantes, todo el equipo? —Nathan meneó la cabeza. Matthew lo miró con decepción—. ¿No? Mmm. Pensaba que todo el mundo lo había hecho. Bueno, pero comprendes el concepto, ¿verdad? Muy bien. Lo que estás experimentando en este momento es similar a eso, excepto que en vez de que tu cerebro reciba los estímulos diseñados a tal efecto, estás verdaderamente dentro de la experiencia misma. —Nathan le clavó una mirada inexpresiva—. Estás dentro del sistema —volvió a intentar Matthew con entusiasmo.

Parecía preocuparlo el hecho de que Nathan no demostrara un entusiasmo similar.

—¿Qué sistema?

—El sistema. La Red Digital. Has estado rondándola durante años sin saber que estaba allí. Este es un bonito sector que he montado especialmente para ti. Ya sabes, necesitábamos hablar y no lo estábamos haciendo, así que pensé en tenerte para mí solo por un tiempo.

—La Red Digital. ¿Internet?

Matthew caviló por un momento.

—Bueno, algo así.

—Estás afirmando que estoy dentro de mi ordenador.

—No solo de tu ordenador. De todos los ordenadores. Podríamos ir prácticamente a cualquier sitio que nos plazca. Alicia tenía las píldoras. Nosotros tenemos el control-alt-delete. ¿Recibiste un *e-mail*? ¡Tú eres el *e-mail*!

—Y tú eres un loco.

La amplia sonrisa se esfumó del rostro de Matthew.

—Mira, no te he traído aquí para discutir, ¿de acuerdo? Cree lo que te apetezca. Te enviaré de regreso cuando hayamos terminado. Tenemos que hablar de SolSin.

—Soluciones Sintéticas.

—Exacto.

«*Estoy alucinando* —pensó Nathan—. *El golpe en la cabeza. Me desmayé. En este momento estoy babeando sobre el teclado, o quizás haya regresado al catre*».

—Recibiste los archivos que te envié —dijo Matthew—. Me parece que tuviste algunos problemas con ellos. Discúlpame por eso. Son los riesgos que se corren en este trabajo. Pero lograste descifrarlos, ¿verdad?

—Más o menos. —Hasta una alucinación podía irritar a Nathan, especialmente si esa alucinación se arrogaba (aunque al mismo tiempo la desmentía) la responsabilidad por el cataclismo de su ordenador—. Estaban relacionados con la Cámara de Comercio de Iron Rapids.

—Exacto. SolSin no es lo que parece. No son unos filántropos que fabrican prótesis. —Matthew ahora hablaba a toda velocidad y su entusiasmo crecía con cada palabra—. Eso es una fachada que oculta intereses mucho más tortuosos. Y que tienen en sus garras a la CdC, que los ayuda a conseguir lo que quieren.

Nathan recordó los fragmentos de archivos que había recuperado.

—Desplazamientos de zona, beneficios impositivos, esa clase de cosas. ¿Pero para qué se toman tantas molestias con la Cámara? ¿Por qué no compran a todos los concejales del municipio?

—Demasiado directo —dijo Matthew, sacudiendo la cabeza—. No es su estilo. La CdC los ayuda a convencer a los ciudadanos y empresarios, que a su vez presionan a los concejales. Si llegan tan lejos, el convenio con SolSin es un hecho.

Luego comienzan la producción en masa... bueno, no nos adelantemos.

—¿Qué diablos quieres que haga? —preguntó Nathan. Matthew pareció increíblemente conmovido al ver que Nathan se tomaba todo aquello en serio, que el tema podía movilizarlo hasta hacerle olvidar su escepticismo.

—Que hagas correr el rumor. Fuiste tú el que comenzó a husmear en este asunto. Ahora tienes las pruebas. Para la Tecnocr... para SolSin es importante que esto se desarrolle en completo silencio, solapadamente.

—Tú podrías hacerlo tan bien como yo.

—Pero tú eres un ciudadano nativo. Tienes raíces aquí. Eso es lo que necesitamos —insistió Matthew—. Artículos en los periódicos, apariciones en las noticias locales, mítines en la plaza de la ciudad.

—No soy un político.

—Pero puedes encontrar gente que provoque esa clase de inquietud, igual que yo te encontré a ti. Puedes darles esa información, decirles la verdad, igual que yo te la dije a ti. Ahora que sabes lo que está ocurriendo, no puedes volver la espalda. Tú no eres así. Lo sé.

—Tú no sabes nada de mí, tío.

—Sé mucho más de lo que crees. Sé... —Matthew se interrumpió a mitad de frase. Dio media vuelta y se puso a mirar atentamente el lago infinito.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nathan.

—Es hora de marcharse, eso es lo que ocurre. Me han rastreado. Pensé que no podían hacerlo.

—¿Quiénes?

Matthew no respondió, pero Nathan escuchó, primero en la distancia y luego acercándose gradualmente a un ritmo constante, el sonido de una máquina... un motor fuera borda. Miró en la misma dirección que Matthew y, donde antes había solamente agua, ahora vio una lancha.

—Son ellos —dijo Matthew.

Mientras Nathan observaba cómo se acercaba la embarcación, logró distinguir dos figuras abordo. Ambas llevaban gafas oscuras, chaquetas negras, camisas blancas y corbatas negras que flameaban detrás de ellas por encima de sus hombros. Percibiendo la aprensión de Matthew, Nathan activó su segunda visión y el extraño mundo que lo rodeaba se volvió súbitamente aún más extraño: insustancial, inestable. «*Son solo miles de píxeles*», advirtió. Todo. El agua, el cielo, la lancha, el muelle, los dos antagonistas. Miró a Matthew y, conmocionado, vio que también él tenía solo dos dimensiones.

Matthew sonrió, pero su sonrisa ahora era irregular, un conjunto de cientos y cientos de cuadraditos de colores.

—Un segundo —dijo Matthew. Extrajo una libretita del bolsillo y un lápiz azul de

detrás de la oreja. A toda prisa, hizo unas anotaciones.

El agua, hasta entonces quieta y acogedora, se agitó instantáneamente. Aunque no lo habría notado con su vista normal, Nathan percibió de inmediato las propiedades ordenadoras del lápiz y el papel. No habían transformado el lago en un caldero hirviente, más bien lo habían redefinido. La diferencia era obvia para él. «*¡Como un código de ordenador!*». Con su segunda visión, estaba percibiendo las definiciones que subyacían a la realidad. «*A esta realidad*». El pensamiento lo dejó frío. ¿Era posible que Matthew hubiera dicho la verdad acerca del sitio en el que se encontraban?

—Es un buen momento para que te marches —dijo Matthew, con una sonrisa cuadrículada y ya no tan confiada, mientras sus píxeles de color índigo se enfocaban en la lancha que se aproximaba rápidamente—. Ve por el sendero que está al final del muelle. Detrás de los árboles, hay una puerta.

Nathan echó un vistazo al sendero que repentinamente había aparecido en la costa, y luego miró de nuevo a la lancha, que parecía haber aminorado la velocidad, quizás a causa de la enorme torreta que se estaba elevando desde el compartimiento del motor hacia atrás.

—Oh, diablos —masculló Matthew. Comenzó a escribir furiosamente en la libreta.

Nathan se miró la mano. Él era lo único que no estaba pixelado en aquel extraño lugar. Lo único que seguía siendo sólido. «*De verdad estoy aquí*», advirtió. Ninguna otra cosa era tridimensional, pero él sí. Recordó lo que había catalogado como un sueño horrible: su monitor que se abría, tragándose los datos transformados que antes habían sido su cuerpo. «*Sucedió de verdad —pensó—. O bien todo esto forma parte del mismo sueño enfermizo*».

A cierta distancia del muelle, debajo de la lancha, se había abierto un gigantesco remolino. El cañón que acababa de desplegarse desde la torreta abrió fuego. El repentino movimiento de la corriente desvió el disparo, que hizo explotar una porción considerable de la costa. Nathan se arrojó contra la madera gastada del muelle. ¿Ahora era menos dura, menos sólida? ¿O era su mente, su percepción, la que lo engañaba?

—¿Sigues aquí? —preguntó Matthew, reparando en la presencia de Nathan—. ¡Creo que te dije que te largaras!

Más disparos del cañón, mientras el remolino hacía girar la lancha, que daba vueltas y más vueltas, a una velocidad cada vez mayor.

—¡Pero no son más que píxeles! —gritó Nathan, aunque continuaba acurrucado y protegiéndose de los proyectiles que explotaban todo alrededor—. ¡Tú mismo no eres más que píxeles!

—Esos píxeles que están allí —gritó Matthew— ¡van a... hacerte... papilla!

En ese mismo instante, el cañón, con un chirrido, lanzó un proyectil que le arrancó la cabeza a Matthew. Nathan observó, horrorizado, cómo caían tintineando los píxeles sobre el muelle, dejando poco más que una niebla del mismo color que el impermeable en el sitio donde había estado su anfitrión.

—No discutas con píxeles, no discutas con píxeles —repetía Nathan una y otra vez, mientras se incorporaba y corría con todas sus fuerzas. Pero el mundo estaba haciéndose pedazos a su alrededor. El muelle, la costa, el lago... ahora no solo habían perdido resolución, sino forma. Era como si el remolino se hubiera expandido desde el lago para abarcarlo todo, incluido Nathan. Puso una mano frente a su cara y no pudo verla. Su cuerpo ya no estaba tan definido como antes. Quizás él tampoco era más que píxeles, pensó mientras giraba, giraba, giraba...

Nathan cayó al piso de la habitación del hotel.

«*Habitación de hotel*». Miró alrededor, presa del pánico, sin entender nada. Matthew yacía en una silla junto a un portátil, con los brazos y piernas abiertos, la cabeza echada hacia atrás y la mirada vacía.

—¡Matthew! —Nathan gateó hasta él, lo cogió del tobillo. Era sólido, tridimensional. Ambos lo eran. La cabeza de Matthew cayó hacia un lado. Sus ojos enfocaron a Nathan, pero con dificultad.

—Matthew, ¿estás bien?

Muckraker estaba pálido y empapado en sudor.

—Tienes que salir de aquí. Si han logrado rastrearnos hasta ese sector...

—Necesitas un médico —dijo Nathan, preguntándose si eso mismo no era aplicable también a él. Lentamente, la habitación dejó de girar. La gravedad, gradualmente, volvió a la normalidad. Aunque Matthew ahora era de carne y hueso, breves explosiones de electricidad, como de chispas o de estática, aparecían y desaparecían a su alrededor y también alrededor del ordenador.

Matthew revisó un gráfico que había en el monitor. Su voz era débil. Apenas podía emitir algo más que un susurro.

—Nos están rastreando. Ya nos tienen en el punto de mira. He activado un programa... pero tú tienes que marcharte.

—Ven conmigo —lo apremió Nathan.

Matthew meneó la cabeza.

—No hay tiempo. Escucha. Tienen su base en el sistema informático de la CdC. Destruye eso y... —se encogió de hombros— luego veremos. ¿Puedes hacerlo?

Nathan asintió. Sentía como si estuviera haciéndole una promesa a un hombre en su lecho de muerte.

—Vete —dijo Matthew—. Vete.

Nathan había llegado a la puerta cuando el espejo estalló en pedazos... y los dos

hombres de negro lo atravesaron violentamente, junto con incontables fragmentos de vidrio.

Uno de ellos fue directamente hacia Matthew. El otro se volvió hacia Nathan...

Con una sonrisa en el rostro, Matthew oprimió el botón del ratón. Un zumbido ensordecedor invadió la estancia. Al mismo tiempo, una niebla azul y crepitante envolvió a Matthew y a los dos asaltantes. Los tres quedaron paralizados, con los rostros contorsionados de agonía. Nathan giró el picaporte, tiró de la puerta, pero esa niebla, fuese lo que fuese, provocaba una resistencia, colmando la habitación con lo que parecía una fuerza magnética, y la puerta no se movió.

El zumbido se transformó rápidamente en un chillido agudo. Matthew se desplomó sobre el ordenador. Los dos hombres de negro, con la espalda arqueada, las bocas abiertas como lanzando gritos silenciosos, cayeron de rodillas. Súbitamente, la niebla produjo un fuerte resplandor que hipnotizó a Nathan.

Cuando abrió los ojos, la poca niebla que quedaba estaba desapareciendo, entrando en el monitor del portátil. Un momento más tarde, Nathan advirtió que el chillido ya no se oía y que estaba solo. Con un estallido eléctrico final, la pantalla del portátil se puso negra.

Nathan permaneció junto a la puerta largo rato, contemplando la habitación. Finalmente, logró reuniría fuerza de voluntad necesaria para intentar de nuevo abrir la puerta. Esta vez lo logró. Lanzó una mirada final, prolongada, al portátil apagado, a la silla donde había estado Matthew, al espejo destrozado, transformado en un portal que se abría a un insólito mundo pixelado... y luego dio media vuelta y salió corriendo.

Capítulo veinticinco

Cuanto más cambiaban las cosas...

Evan Dunkirk miró el reloj. No tenía que salir de su oficina de la Cámara de Comercio hasta dentro de diez o quince minutos. Tardó solo dos o tres minutos en revisar por segunda vez sus notas y materiales para la disertación, por lo que disponía de varios más para dedicarse a su cadena de clips en perpetuo crecimiento. Ya tenía casi tres metros de largo: una auténtica pitón hecha de clips sujetapapeles. Evan normalmente no trabajaba hasta tan tarde, pero el asistente personal de Isaac Gordon lo había llamado, diciendo que el viejo de Iron Rapids estaba dispuesto a escuchar la perorata de Dunkirk, pero que la reunión tendría que ser nocturna... y las decisiones de Isaac Gordon no se discutían. Especialmente si uno estaba tratando de concertar esa reunión desde hacía meses.

Meses antes, los acontecimientos se desarrollaban muy satisfactoriamente. Gordon parecía cada vez más receptivo a las propuestas de SolSin. Pero todo se había desmadrado cuando la CdC despidió a ese inútil de Adrian Cross. Primero, Cross sufrió un ataque de locura en la oficina (nada de cartas de recomendación para ese tío); unos días después, su sustituto apareció muerto. La policía se interesó, claro. Hicieron muchas preguntas, por lo que Evan sabía; interrogaron a Cross. Pero, al parecer, todo el escándalo quedó en nada. Se descubrió que el sustituto había resbalado, se había golpeado la cabeza contra el escritorio y se había roto el cuello. Un poco de mala suerte, nada más. Cross continuó con su vida; consiguió trabajo en IIR, si a Evan no lo engañaba la memoria. «*Si el viejo Gordon no hubiese sido su suegro, Adrian nunca habría tenido un empleo aquí*», pensó Evan. Era cierto y bastante desagradable que, desde la partida de Cross, Gordon, empresario líder e influyente y ex-presidente de la CdC (por no mencionar el actual presidente del directorio de Industrias Iron Rapids), le había dado fríamente la espalda a la Cámara y a sus sugerencias de que el establecimiento de un laboratorio y una fábrica de grandes proporciones por parte de Soluciones Sintéticas beneficiaría en gran medida a la ciudad.

Evan, sin embargo, había perseverado. Durante meses. Había llamado y escrito y enviado, al público en general y a Gordon en particular, cada porción de propaganda (o mejor dicho de material de relaciones públicas) que SolSin había puesto a su disposición.

Hoy tendría su recompensa. El secretario de Gordon había llamado esa mañana. Gordon estaba dispuesto a reunirse con Evan. «*Claro que está dispuesto*», pensó Dunkirk, mientras añadía otro clip a la cadena. «*He trabajado mucho para fundamentar mi propuesta*». Además, había enviado un *e-mail* a su contacto en SolSin con la noticia de la reunión y ya había sido recompensado con U\$25 000,

depositados puntualmente en su cuenta bancaria. «*Me agrada hacer negocios con vosotros*». Cuando convenciera a Gordon de que apoyara con todo su peso las propuestas de SolSin, el rédito sería considerablemente mayor.

Cuando volvió a consultar su reloj, Evan decidió que ya era hora. Agregando un último clip a la cadena, cogió el portafolios junto con el vídeo de promoción que SolSin le había proporcionado.

—Hoy es mi día de suerte —dijo Evan. Salió de la oficina silbando.

Pasada la primera media hora de su disertación, Dunkirk decidió descartar la segunda mitad de sus apuntes. Isaac Gordon había sido bastante paciente y se había comportado con cortesía en todo momento, pero no se lo veía entusiasmado. El viejo parecía muy fatigado y, a pesar de que él mismo había programado la reunión, al parecer lo avanzado de la hora le impedía concentrarse completamente. Evan le había hablado del impacto económico estimado, así como de las iniciativas comunitarias a largo plazo que harían de SolSin una parte integral de la ciudad. Los problemas de investigación podían dejarse para otra oportunidad.

La sala de estar en donde ambos hombres se encontraban reunidos era el epítome de la elegancia y el lujo, toda caoba y terciopelo, con estanterías repletas de libros con tapas de cuero y un candelabro y varias lámparas de cristal genuino. A petición de Evan, el secretario de Gordon había instalado un televisor con VCR integrada; por lo tanto, decidió avanzar hacia el gran final de su disertación.

—Ha tenido usted una paciencia increíble, Sr. Gordon. Con su permiso, me agradaría concluir con un breve vídeo de promoción que detalla los innovadores y revolucionarios incentivos de salud que SolSin brinda a sus empleados.

—Adelante, por favor —dijo Gordon con su voz espesa, grave, fruto sin duda de años de güisqui y cigarros.

Evan deslizó el vídeo en el interior del aparato y oprimió play. Retrocedió y volvió a sentarse en la silla afelpada, que probablemente costaba lo mismo que las cuotas de un año de su coche. Comenzó a sonar una agradable música y pronto apareció una escena de una familia feliz paseando por un parque público. «En Soluciones Sintéticas sabemos que las familias sanas producen empleados felices», comenzó a narrar una voz que se parecía mucho a la de James Earl Jones. Evan tenía un ojo puesto en el viejo, para cerciorarse de que no estaba cabeceando de sueño. Por esa misma razón, no había hecho apagar las luces.

Inicialmente, cuando la escena de la pantalla se congeló y luego desapareció por completo, Evan se preocupó. ¿Y ahora qué? ¿Un fallo técnico iba a echar a perder todas sus oportunidades? Estaba seguro de haber visto previamente todo el vídeo y no recordaba ningún problema. Comenzó a ponerse de pie, pero luego reparó en los extraños patrones que comenzaron a destellar en la pantalla y que aparecían y

desaparecían a gran velocidad: números, palabras, imágenes en rápida sucesión. Eran inusualmente... relajantes. Evan se recostó en la silla. A Isaac Gordon tampoco parecía molestarle esta alteración de la presentación en vídeo. De hecho, el viejo le prestaba más atención de la que le había dispensado a Evan en toda la noche y miraba embelesado la pantalla, con los ojos bien abiertos.

Un momento más tarde, Evan ya no notaba la presencia del anciano empresario; se había olvidado de él por completo. Las imágenes de la pantalla y las palabras tranquilizadoras que emanaban de los altavoces se expandieron hasta colmar toda su conciencia. Se sentía totalmente relajado. Claro que SolSin le daría un auténtico espaldarazo a la fracasada economía de Iron Rapids. Claro que mejoraría la calidad de vida de miles de empleados, y que incontables cantidades de individuos de todo el mundo se beneficiarían con sus productos y avances científicos. Claro que ningún ciudadano responsable le pondría obstáculos a un progreso tan genuino. ¿Cómo era posible que Evan hubiese dudado que Isaac Gordon haría lo que debía y usaría toda su influencia para apoyar a la compañía? Sintiéndose a salvo, con la certeza absoluta de su inminente éxito, Evan se acomodó en la gloria adormecedora de la complacencia.

«Hoy es mi día de suerte», pensó.

Muy vagamente, advirtió que se abría una de las puertas de la sala. A pesar de que entraron dos figuras, su atención continuó clavada en las reconfortantes imágenes de la pantalla. Evan no se movió hasta que un dedo largo y delgado apagó el televisor, y entonces se sintió principalmente perplejo. Una imagen diferente, discordante, se apoderó de su mente como una trampa de acero. Dos ojos cuya mirada lo controlaba, lo sondeaba, iluminaba un camino diferente, que era, por supuesto, completa y totalmente razonable, deseable. ¿Cómo podía haber pensado lo contrario alguna vez?

«Hoy es mi día de suerte».

Laurence Maxwell terminó con el hombrecillo de voluntad débil y lo envió de regreso.

—Hoy es mi día de suerte —murmuró el hombre, mientras abandonaba la sala de estar y avanzaba torpemente hacia la salida de la mansión.

—Será bastante fácil de deshacer, creo —dijo el segundo Vástago.

Si Isaac Gordon era frágil, David Ellsworth era un esqueleto. Su figura encorvada, correosa, contrastaba drásticamente con su traje de tela exquisita y el entorno aterciopelado de la casa. Ellsworth no viajaba muy a menudo. Solo la petición directa del sheriff del Príncipe Adrock había sido capaz de ponerlo en movimiento. Quizás Maxwell podía haber manejado la situación por su cuenta, pero Ellsworth tenía un prolongado vínculo con el octogenario Gordon... en realidad, había mantenido relaciones personales con varias generaciones de Gordon para su

propio provecho.

Ellsworth sostuvo la mirada de Gordon, le explicó al empresario en voz baja que debía negarse a brindar su apoyo a Soluciones Sintéticas. En realidad, quizás lo mejor para Iron Rapids fuera que Gordon respaldara a una empresa de la competencia, que tal vez hiciera construir él mismo unas instalaciones de investigación científica...

Finalmente, dejaron a Gordon durmiendo en su sillón. En breve, el secretario vendría a verlo y se encargaría de que lo acostaran. Maxwell dio las gracias al siempre amable Vástago que lo había ayudado. El trabajo en aquel lugar ya estaba hecho. Lo único que faltaba, pensó Maxwell, era que Lionel terminara su misión.

Capítulo veintiséis

—No iba a decirte nada —insistió Johnny, gruñendo y escupiendo saliva—. Así que ¿por qué no dejas de incordiar?

Julia no se dejó acobardar. Puso los brazos en jarras y acercó su rostro a pocos centímetros de la cara de Johnny.

—¡No sabes qué podía llegar a decirnos! ¡Creo que yo, en su lugar, no habría tenido muchas ganas de hablar después de ver la pared salpicada con los sesos de mi novio!

La oficina que habían adoptado como cuartel general no era tan grande, pero Sands sentía que estaba a kilómetros de distancia. La discusión seguía tan acalorada como desde que regresaran de Saginaw. No podía quitarse de la cabeza, sin embargo, la nota de Braughton, el hecho de que el vampiro quisiera reunirse con ellos en su casa... en la que había sido su casa. Promesas aparte, Braughton parecía decidido a restregarle en las narices su incapacidad para proteger a su propia esposa. «*No está obligado a cumplir con su promesa —pensó Sands—. Tal vez lo único que quería era que matásemos a Lisa Noble... para poder matar a Faye. A Melanie. Para matarnos a todos*».

Sands había tenido la intención de correr directamente a su casa, pero no lo había hecho. Se había contentado con llamar. Había contestado Faye, que parecía estar bien. También había llamado a Melanie. Lo mismo. El problema inmediato era decidir qué hacer a continuación. Y eso formaba parte de la discusión que se estaba desarrollando.

—Era una trampa —dijo Abraham—. Una trampa. Quizás no para atraparnos a nosotros ni para alejarnos de aquí y dejarle el campo libre para atacar a las mujeres, porque, demonios, él puede atacarlas cuando se le antoje. Pero tenía un motivo para desear que liquidáramos a esa chica; no ha sido solo por nuestra conveniencia. ¿Dónde diablos está Nathan? ¿A ver? Tal vez esa cosa vino aquí y se lo llevó.

Nathan había desaparecido. No había dejado una nota. No había cogido sus llaves, pero al regresar habían comprobado que la puerta tenía echado el cerrojo.

—Posiblemente Braughton pensó que de verdad hablaríamos con ella —dijo Julia—. Imagínate. No que decapitaríamos a su compañero y que luego la haríamos picadillo.

—¡No iba a decirte nada! —gritó Johnny.

Julia estaba perpleja.

—¿Y por eso los matasteis a todos y quemasteis la casa?

—Es la mejor manera de eliminar las pruebas —dijo Johnny.

—¡Si no mataras todo lo que camina, no habría pruebas que eliminar!

Mike y Cleo estaban sentados muy cerca. Ambos parecían conmocionados, tenían

los ojos vidriosos.

—El vampiro tenía que morir —dijo Cleo, asintiendo lentamente. Se interrumpió—. Pero el hombre...

—Una vez destruido el vampiro podría haberse recuperado —sugirió Mike—. ¿En algún momento os parasteis a pensarlo?

No convencieron a Abraham.

—Era un matón. Una basura. Si no hubiese andado con la chupasangre, habría liderado una pandilla, o se habría puesto a vender drogas. Los vampiros no reclutan a la Madre Teresa para el trabajo sucio.

—¿Así que ahora eres el juez de todos los humanos que se interponen en tu camino? —Mike estaba horrorizado—. ¿Decides quién vive y quién muere? ¿Eso es lo que haces? ¿Eso es lo que hacemos todos nosotros?

—Era una basura, tío. —Johnny estaba agitado, caminado a grandes zancadas por la habitación hasta que ya no podía contenerse, explotaba y decía algo—. Una basura. Le hicimos un favor al mundo reventándole la cabeza.

—Era humano —dijo Mike—. Tal vez hubiéramos podido ayudarlo. Tal vez no. Pero matarlo así, como si nada...

—Sí, sí. Nos hace iguales a ellos. Sí. Lo que sea. Ya me lo han dicho antes. —Abraham parecía el menos afectado de todo el grupo, el menos furioso. Era posible que los demás estuvieran sobrepasando sus límites, pero él sabía dónde se encontraba. No tenía problema en dispensar justicia desapasionada.

Sands oía todas las palabras, el flujo y reflujo del debate, los ánimos que se caldeaban. En cierto modo, estaba sorprendido por su propia falta de repugnancia por lo que había ocurrido. Quizás aún seguía en estado de shock: ver un rifle incrustado en la boca de un hombre y luego disparando; ver lo que alguna vez había sido una joven mujer, ahora muerta, un cadáver andante, animado, que chupaba sangre. Incluso verlo picado en pedazos era espantoso. Lo primero que todos los cazadores, incluido Johnny, habían hecho al regresar había sido lavarse la sangre y los trocitos de carne de las manos.

Quizás, dentro de una hora Sands caería al suelo, hecho un ovillo y temblando. Quizás, dentro de un día o una semana. El síndrome de estrés postraumático o algo así. No lo sabía. Lo único que sabía era que un vampiro iba a estar en su casa dentro de unas horas. Debía sacar a Faye de allí, debía asegurarse que nunca más estuviera en peligro.

—No lo veo así —estaba diciendo Mike—. No puedo formar parte de estas cosas. Si es así como vamos a operar...

—Tú puedes trabajar como te dé la puta gana —dijo Abraham—. Yo me largo de aquí. Este es un oficio desagradable. Si no puedes soportarlo... —Comenzó a reunir sus equipos, a meter cosas en bolsas. Johnny comprendió la indirecta y se dedicó a

hacer lo mismo, mascullando y maldiciendo constantemente.

Julia se instaló detrás de Abraham.

—Ya veo por qué te mudas tan a menudo. ¿En cuántos estados te están buscando? ¿Cuántos cazadores te han dicho lo mismo que nosotros? Que estás fuera de control. Que has perdido la noción de lo que supuestamente debemos hacer.

Abraham dio media vuelta rápidamente y se encaró con ella; abrió la boca para hablar, pero un fuerte golpe en la puerta trasera lo interrumpió. Mientras Cleo iba hacia la puerta, se escuchó una voz del otro lado:

—Soy yo. Nathan.

Cleo abrió la puerta y Nathan entró con paso vacilante. Como todos los demás, Sands corrió a ayudarlo, a acompañarlo hasta un asiento antes de que cayera al suelo. Nathan los miraba uno por uno... miraba intensamente cada uno de sus rostros. Finalmente, sonrió con evidente alivio. Suspiró y pareció quedarse sin aire.

—Gracias a Dios. Sois reales.

Después se puso trabajosamente en pie y, apartándolos, trastabilló hasta el ordenador. Jugueteeó con el ratón y el teclado unos segundos y pareció satisfecho.

—Gracias a Dios.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Julia—. ¿Dónde estabas? Temíamos que...

—Estaba en... —Nathan meneó la cabeza; hizo un nuevo intento de hablar, pero se detuvo antes de que saliera la primera palabra—. Creo que no puedo explicarlo. Ahora no. —Se desvaneció y apenas lograron sujetarlo antes de que su rostro se golpeará contra el escritorio.

Julia lo revisó rápidamente.

—Llévalo al catre. No le veo heridas, pero está exhausto.

—Por fin lo he conocido —estaba diciendo a Nathan, dirigiéndose a nadie y a todos—. A mi contacto de Internet. Lo he conocido. Lo han atrapado. Tenemos que ayudarlo.

—¿De qué hablas?

—Muckraker. Conocí a Muckraker. Matthew.

—¿El tío que te envió los archivos corruptos? —preguntó Abraham.

Nathan asintió.

—Es una trampa, una fachada. Se maneja todo a través de la Cámara de Comercio.

Johnny soltó una risa ahogada.

—¿La Cámara de Comercio, eh? ¿No serán los Ruritanos o el Club de Leones, tal vez?

Abraham le dio una fuerte palmada en la nuca.

—Debemos inutilizar el sistema informático de la Cámara —dijo Nathan—. Destruir los ordenadores. Eso podría servir, ser de utilidad para... —Entonces,

vencido por el agotamiento, perdió el sentido. Los cazadores, delicadamente, lo llevaron al catre y lo acostaron para que descansara.

Por un largo momento quedaron en silencio, observándolo. Luego el grupo se dispersó. Abraham continuó haciendo el equipaje. Johnny lo ayudó, todavía rezongando, aunque no en voz tan alta. Mike parecía resignado a que la pareja se marchara, pero Cleo trataba de suavizar las cosas. Sin embargo, Abraham no admitía comentarios. Le respondía secamente, si se dignaba a responderle.

Sands asistía a todo aquello con creciente indiferencia, incapaz de interesarse por nada. Estaba aliviado de que Nathan, aparentemente, se encontrara bien. La partida de Abraham y Johnny le inspiraba sentimientos encontrados: estaba angustiado por la colaboración y el conocimiento que perderían, pero también coincidía con Mike en que Abraham había sobrepasado un límite que era apenas discernible, volátil. Sands sentía todo esto de una manera abstracta, casi intelectual, pero que no implicaba inmediatez. «*¿Esto es lo que se siente cuando uno está muerto? —se preguntó—. Apartado de todo. Ajeno*». ¿O acaso todos los muertos eran consumidos por la sed de sangre, el odio, la necesidad de vengarse?

Sus pensamientos volvieron a Faye, a la inminente confrontación con Braughton. No advirtió que Julia estaba junto a él hasta que ella le puso una mano en el hombro.

—Deberíamos irnos pronto —dijo ella.

Sands asintió.

—Necesito hablar con Faye.

Podía ser la última vez que lo hiciera.

Nathan no estaba seguro de cuánto tiempo había estado inconsciente. No tenía la impresión de que hubiera sido mucho. «*Sí, claro... y antes tampoco me daba cuenta de que estaba dentro de un ordenador*», pensó. Sentarse en el catre era una proeza. Ni siquiera había estado seguro de poder llegar desde el Hotel Lester hasta aquí.

Y entonces, de pronto, el recuerdo de lo que había ocurrido dentro de la habitación del hotel hizo que su cabeza comenzara a dar vueltas.

—Destruir los ordenadores de la CdC.

—¿Cómo dices? —La habitación, lentamente, cobró nitidez. Abraham estaba de pie, cerca de él, mirándolo y aparentemente preocupado.

—Me dijo que destruyera la red informática de la Cámara de Comercio. —Nathan trató de recordar exactamente lo que Matthew le había dicho, pero todo había sucedido muy rápido y Matthew estaba herido. «*Pero eran píxeles los que le volaron la cabeza*», pensó Nathan. Desechó la idea. No iba a poder dilucidar todo el asunto en aquel momento, de ninguna manera. Una sensación de apremio se apoderó de él. Muckraker no le había dicho demasiado. No había tenido tiempo de decirle demasiado, pero Nathan seguía sintiendo la urgencia subyacente a sus palabras—.

Destruir los ordenadores. Creo que puede ser la única forma de salvarlo.

—¿Los ordenadores de la Cámara de Comercio? —preguntó Abraham.

Nathan asintió. No trató de explicarle. ¿Cómo podría hacerlo, cuando ni él mismo comprendía lo que estaba ocurriendo? «*Sigue tu instinto* —se dijo—. *Los heraldos no escogen tontos*». Mirando a Abraham, Nathan reparó en que Johnny y él eran los únicos cazadores que estaban allí.

—¿Adónde se han ido todos?

Abraham se encogió de hombros, luego meneó la cabeza.

—Piensan que pueden acostarse con el diablo y seguir siendo vírgenes. —Hizo una pausa. Luego—: ¿Tienes que encargarte de esos ordenadores inmediatamente?

Nathan no estaba seguro de comprender lo de acostarse con el diablo, pero asintió. Muckraker parecía saber de qué estaba hablando. Si inutilizar esos ordenadores podía servir de algo...

—Estás de suerte —dijo Abraham—. Johnny y yo estábamos a punto de salir de viaje y tenemos tiempo para un breve desvío.

Capítulo veintisiete

Se situaron en sus puestos, al amparo de las sombras, rodeando la casa: Sands y Julia en las esquinas de la fachada, Mike y Cleo en la parte trasera. «*Que ese cabrón venga a mí*», pensó Sands, palpando la nota enviada por el vampiro que guardaba en el bolsillo. Se había estado debatiendo entre sacar rápidamente a Faye de la casa o, con suerte, dejarla dormir tranquila. Finalmente, había concluido que el vampiro había escogido este lugar de reunión para desconcertarlo, para desconcertar a todos los cazadores, para hacerles notar sin lugar a dudas lo vulnerables que eran ellos y sus seres queridos. «*Como si no le bastara con haberlas amenazado antes —pensó Sands—. Como si no le bastara con haber atacado a Nathan*».

Y si iba a ser fiel a esta nueva llamada, decidió Sands, a esta vida que él no había elegido sino que lo había elegido a él, no podía permitir que lo intimidaran, que lo distrajeran. Había sido muy indulgente consigo mismo durante demasiados años. Eso tenía que terminar. Y mientras tanto Faye dormía, ajena, como tanta otra gente, a las decisiones de vida o muerte que se estaban tomando al otro lado de su ventana.

Sands sabía que los demás cazadores lo habían tratado con deferencia. No habían tratado de convencerlo de que llevara a Faye a un lugar seguro. ¿Pensaban que había escogido la alternativa correcta, o simplemente no estaban dispuestos a asumir la responsabilidad de las decisiones referidas al bienestar de su esposa? No estaba seguro. Anteriormente, Julia había dicho que en cierto momento tendrían que hacer algo más que trabajar de guardaespaldas. Abraham también había afirmado que tendrían que acabar con el origen del mal. Pero Abraham se había marchado, llevándose a Johnny. El suyo era un mundo más riguroso, un mundo de contrastes, blanco o negro. Sands había vivido demasiado tiempo en las zonas grises, las había utilizado para ocultarse. Eso tendría que cambiar, pero por ahora los demás cazadores le seguían la corriente. Por medio del micrófono, confirmó brevemente su posición; luego miró el reloj: 12:15 a.m.

—Nuestro amigo no es muy puntual —se oyó la voz de Mike por los auriculares.

Sands se disponía a responder, pero se interrumpió al ver unos faros que se aproximaban desde el otro extremo de la manzana.

—Viene un coche —dijo en voz baja.

Los faros se apagaron a dos casas de distancia, pero el automóvil continuó acercándose. Se detuvo antes de llegar a la casa de Sands. Se abrió la puerta y salió Lionel Braughton. Sands no estaba seguro de lo que había estado esperando (¿que el vampiro se materializara en el aire?, ¿que volara como un murciélago, aterrizara en la acera y luego adoptara la forma humana?), pero sin duda no esperaba que Braughton viniera conduciendo despreocupada y tranquilamente por la calle. La traviesa criatura de cabello oscuro se tomó un largo momento para mirar fijamente a Sands,

directamente, aunque estaba escondido, y luego a Julia. Después, Braughton sonrió.

—Bonito lugar —dijo la criatura—. ¿Vas a invitarme a entrar o planeas esconderte en los matorrales toda la noche?

Sands y Julia dieron un paso adelante cautelosamente. Habían estado observando desde un sitio resguardado, no agachados detrás de los matorrales, pero el comentario sarcástico de Braughton fue como un pinchazo en la mano para Sands.

—Mantened la posición —dijo la voz de Mike en el oído de Sands. No podían presumir que Braughton no había traído amigos o sirvientes. El vampiro podía actuar como foco de distracción, para que sus cómplices pudieran llegar hasta Faye.

«*Diablos, tal vez ya la hayan secuestrado* —pensó Sands de repente—. *Tendría que haber ido a ver si ella estaba bien, tendría que haber entrado, aunque eso implicara contarle toda la verdad*».

Luchando con sus dudas, Sands avanzó, igual que Julia, impulsado por una audacia que no le permitía hacer otra cosa. Braughton también estaba alejándose del coche y acercándose a la casa. Los tres se detuvieron en la acera; Sands y Julia, hombro con hombro, estaban a unos cinco metros del vampiro. Julia estaba desarmada, pero Sands tenía la Glock en el bolsillo del abrigo y el bate de béisbol a su lado.

—¿Qué tal el viaje a Saginaw? —preguntó Braughton—. Me he enterado de que hubo un pequeño incendio en una casa.

—¿Por qué querías que nos reuniéramos aquí? —preguntó Sands.

—Quería un sitio que ambos conociéramos. Ya sabes. Para que nadie se extraviara.

«*No puede resistirlo. Cree que tiene todos los naipes de la baraja. ¿Qué más sería incapaz de resistir ese monstruo?* —se preguntó Sands—. *Sin importar lo que pudiese haber prometido*».

—Dijiste que te alejarías de ella.

Braughton fingió estar confundido.

—Pero si no estoy cerca de ella, Douglas. —Miró a Julia con ojos lascivos—. ¿Esta es la nueva? No es tan joven como casi todas tus chicas, ¿verdad, Doug? Supongo que te conviene más que tu perrita tenga edad suficiente para conducir un coche.

Sands no iba a morder el anzuelo.

—Pongamos las cosas en claro —dijo—. Si alguna vez te atreves siquiera a tocar a Faye o a Melanie otra vez, te perseguiré hasta matarte. —Las palabras resonaron en su mente. Amenazar de muerte a alguien, incluso si esa cosa ya estaba muerta, era una nota discordante. ¿Pero qué opción tenía? ¿Qué opción le había dejado esa criatura?

Braughton parecía solazarse vagamente con toda la conversación y eso enfureció

aún más a Sands.

—Una cosa más —dijo Sands—. No somos los únicos que sabemos lo que eres, que te vemos como realmente eres.

—Oh, ya lo sé —dijo Braughton—. Tenéis a vuestros amigos de Saginaw. Tengo fotografías. ¿Queréis verlas? Y está ese tío tan agradable de los *e-mails* al que interrumpí la otra noche. A propósito, ¿cómo se encuentra? —Lionel parecía muy satisfecho consigo mismo.

—No me refiero a eso —dijo Sands—. Probablemente piensas que puedes matar aun puñado de nosotros y acabar con el asunto, pero hay más. Y estamos listos para hacer público tu nombre y tu rostro en todo el país, en todo el mundo si es necesario. Si nos ocurre algo, no tendrás un momento de paz, desde hoy hasta el día del juicio final.

Con eso logró su objetivo, advirtió Sands con placer. Por un momento, una sombra de duda cruzó el rostro de Braughton. «*Se pregunta si estaré alardeando*», pensó Sands. Él sabía que no era así. Nathan y los demás le habían hablado de Internet, de una amplia comunidad de cazadores. Si ocurría lo peor con Sands, Julia y los demás, seguramente algunos de ellos continuarían con la cruzada.

—¿Qué quieres? —le exigió Julia a Braughton. Estaba impaciente con el rito machista de intimidación que se estaba desarrollando frente a sus ojos. Ella tenía otros intereses más urgentes—. Sabes algo de Timothy.

Braughton negó con la cabeza, puso cara de tristeza, chasqueó la lengua.

—Primero, Dougie me amenaza; después, tú quieres que te haga un favor. ¿En qué quedamos? —Su mirada pasó de Julia a Douglas, de Douglas a Julia—. No quiero lastimar a nadie. Quiero que todos seamos amigos. Ya sabéis: hoy por ti, mañana por mí.

—¿Sabes algo de Timothy? —volvió a exigir Julia.

—¿Veis? A eso me refiero. Yo podría...

—Nada de «podría» —intervino Sands—. Nada de «podría», ni de «si». A menos que sepas algo, algo fehaciente, no tenemos nada más que hablar contigo.

Braughton parecía desilusionado. Lanzó una mirada de soslayo a Julia.

—¿Vas a permitirle que me hable así? Hará que maten a tu hijito.

Julia se puso tensa al oír que se mencionaba a su hijo junto con la sugerencia de que todavía estaba vivo, pero advirtió que el monstruo, evidentemente, estaba tratando de provocar un conflicto entre Sands y ella.

—Dinos lo que sabes o lárgate —dijo Julia, con una vehemencia que prácticamente hizo hervir el aire.

El vampiro suspiró.

—Sé dónde está tu hijo —dijo, levantando un dedo rápidamente para evitar que le hiciesen más preguntas—. Pero necesito algunas garantías.

—¿Qué? —Julia apretó los dientes.

—Bueno, ya he aceptado dejar tranquilas a vuestras amigas. Diablos, también os prometo dejaros tranquilos a vosotros. Como habéis dicho, no vale la pena que pierda el tiempo en mataros, ya que tenéis amigos en todo el mundo, ¿verdad? Prometido entonces. Y ahora me agradecería que vosotros y vuestros amigos tuvierais la misma consideración conmigo. Es decir, Douglas trató de partirme el cráneo sin ninguna razón, y tú, tus amigos y tú, tratasteis asarme a fuego lento en mi propio establecimiento. Ya habréis notado que no soy vengativo, pero no deseo sufrir más ataques. Basta de intentar liquidarme. ¿Comprendéis?

Sands y Julia vacilaron. Douglas sabía que para Julia era más difícil. La perspectiva de descubrir algo que pudiera llevarla a Timothy, aunque implicara hacer un trato con el diablo... «*Hacer un trato es una cosa*», pensó Sands. Después de todo, él mismo había hecho un trato para intentar proteger a Faye y Melanie. «*¿Pero una tregua permanente, un alto el fuego?*»

—Además de ayudarte a encontrar a tu hijo —los provocó Lionel—, además de garantizar la seguridad de tu familia, hay otras cosas que puedo hacer por vosotros. De vez en cuando, averiguo algo relacionado con los malvados. Como lo de esa chica que habéis quemado en Saginaw. Muy mal carácter. Pensad en toda la gente, la gente inocente, que habéis salvado de sus garras.

—Si nos la entregaste —dijo Sands— fue porque quisiste, porque tenías algún motivo tortuoso para hacerlo.

—¿Tortuoso? —Braughton se puso una mano en el corazón—. Julia, tu amigo ha herido mis sentimientos... y yo lo único que quiero es ayudarte.

—Deja de hacer teatro —dijo Julia.

El brillo en la mirada del vampiro le dijo a Sands lo que necesitaba saber: ninguno de los tres estaba operando bajo preceptos falsos, por mucho que la sinceridad de Braughton fuese fingida. El monstruo no estaba engañándolos; simplemente, estaba jugando con ellos, usando sus parodias para quitarle importancia a la decisión trascendental que estaba obligándolos a tomar. Sands comenzó a sentir los dolorosos retortijones de estómago, la repulsión que más de una vez le había salvado la vida y que ahora estaba preparado para desafiar, negociando nuevamente con esta bestia. ¿Y qué otra cosa podía esperar de Julia, que vivía para salvar a Timothy? Aún así, Julia dudaba. Ella tampoco se hacía ilusiones con la criatura que tenían enfrente, de apariencia tan humana. Julia miró a Sands. Sands asintió casi imperceptiblemente, pero el vampiro lo vio. Braughton les dedicó una sonrisa taimada que habría avergonzado a cualquier vendedor de coches usados.

—Si puedes ayudarnos a encontrar a Timothy... —dijo Julia.

—¿Si puedo? —dijo Braughton—. «Cuando pueda», mejor dicho. Y ese «cuando» es ahora.

Por un instante, Sands y Julia se quedaron mirándolo, sin comprender.

—¿Qué? ¿Es que estáis sordos? —dijo Braughton—. El niño está en el coche.

Sands y Julia se quedaron petrificados. Mientras el monstruo estuviera cerca, Sands no estaba dispuesto a bajar la guardia. Julia estaba atrapada en un precipicio que separaba la esperanza de la crueldad, la verdad del chiste inhumano, la concreción de su sueño más ardiente de la trampa.

—Ahora que lo pienso, no me gusta mucho ese automóvil —dijo Braughton—. Podéis quedaros también con él.

Julia le clavó la mirada con una expresión que le prometía todo el dolor del mundo si estaba mintiendo. Luego dio el primer paso. Y otro. El coche aparcado se acercó lentamente, sin pausa, como si lo atrajera la fuerza de gravedad. Sands la observaba. Al principio, no se percató de que su atención ya no estaba puesta en Braughton...

Pero Braughton había desaparecido.

El corazón de Sands se sobresaltó. Dio media vuelta rápidamente, tratando de mirar en todas direcciones a la vez.

—¡Se ha ido! —le dijo al micrófono—. Mantened los ojos bien abiertos.

Julia no parecía escucharlo. Seguía avanzando hacia el coche.

—¡Julia, espera! —Sands miraba a todos lados, tratando de captar cualquier señal de la presencia de Braughton—. Puede ser una trampa. —«*Pero ha podido matarme hace un momento*», advirtió Sands. Julia les había dicho lo veloz que era el monstruo. Sands lo había visto con sus propios ojos... y su mente se inundó de imágenes del pasado: lo que el merodeador le había hecho a Jason, lo que Braughton podría haberles hecho a ellos mismos.

El grito semiestrangulado de Julia horrorizó a Sands, quizás más que sus recuerdos de la muerte de Jason. La mujer estaba abriendo con violencia la puerta del coche, sacando algo del asiento trasero... un cuerpo, un cuerpecito.

—¡Dios mío, Timothy! —gritó Julia—. Dios mío. Dios mío.

Mientras Sands corría a su lado, ella oscilaba entre verificar la existencia de signos vitales (controlándole el pulso, abriéndole un ojo, luego el otro) y acunar a su hijo contra su cuerpo. Sin parar de sollozar, de temblar de alegría, de alivio, de furia...

—Timothy. Timothy. —Julia susurraba palabras de amor y de ánimo en el oído del niño, le acariciaba el cabello con los dedos, le besaba la frente, las mejillas, lo apretaba fuertemente contra ella.

Sands vio que el chico estaba vivo, pero que tenía la mirada fija, en blanco, sin dar señales que indicaran que era consciente de la gente que lo rodeaba ni demostrar que reconocía a su madre.

Desde la acera de enfrente, Lionel observaba la lacrimógena reunión sin sentir nada. «*Ese niño daba más problemas que otra cosa —pensó—. No sé en qué estaba pensando cuando decidí conservarlo*». Pero tal vez, al fin y al cabo, surgiera algo productivo de todo el asunto. Seguramente estos estúpidos mortales estarían enfadados un tiempo porque el niño no estaba como nuevo, pero la mercancía ya estaba dañada antes de que Lionel le pusiera las manos encima. «*Dios, harán falta muchas semanas de explicaciones antes de que eso les entre en esas duras cabezas*». A la larga, sin embargo, recordarían que él les había devuelto al chico. Eso tenía que valer algo.

«*Laurence se pondrá feliz*», pensó Lionel. Maxwell quería clavar sus garras en aquel ganado. Podían ser de utilidad. «*Diablos, Lisa Noble era un pez pequeño*». Una don nadie que nadie echaría de menos, por la que nadie lloraría. Era posible que, con el tiempo, Maxwell y Lionel tuvieran que reclutar a alguien más. «*Y quizás, a partir de ahora, no me quedaré estancado en el trabajo sucio de siempre*». Tal vez valiera la pena cumplir con las promesas hechas al ganado. Por un tiempo. Al menos hasta que averiguara algo más sobre ellos.

Lionel echó el último vistazo al coche que estaba del otro lado de la calle. «*Que ella se quede con el chico*», pensó. Incluso desde cierta distancia, podía sentir el vínculo, el afecto que quizás algún día el niño sería capaz de devolver. Lionel sintió un vacío en su interior. Después de unos minutos más, decidió que ya era hora de tener hambre y se escabulló en la noche para alimentarse hasta aplacar su incomodidad.

Capítulo veintiocho

«*Hoy es mi día de suerte*», pensó Evan Dunkirk. Agregó otro clip a la cadena, que ahora salía por la puerta de su oficina, seguía por el corredor y llegaba hasta la fuente. «*Hoy es mi día de suerte*». Basta de consentir al viejo Gordon, basta de lamerle las botas a SolSin. ¿Para qué molestarse? Estaba claro que Soluciones Sintéticas sería un azote para la ciudad, que explotaría a los trabajadores y favorecería a inversores foráneos de alto nivel. Estaba tan intensamente convencido de que así sería que había enviado un *e-mail* a su contacto en SolSin y se lo había dicho. «*Soy mi propio jefe*», pensó.

Sin embargo, esos ojos... Al parecer, no podía sacarse la imagen de la cabeza, pero era un detalle tan pequeño, tan nimio, comparado con su recién descubierta libertad...

«*Hoy —pensó Evan Dunkirk—, es mi día de suerte*».

El Mustang aparcó en el sector más alejado del edificio de la Cámara de Comercio. Solo había un automóvil más en el estacionamiento.

—Entonces crees que tu amigo está metido en problemas —estaba diciendo Abraham— y que la forma de ayudarlo es destruyendo esos ordenadores.

Nathan asintió.

—¿Qué, las pruebas contra él están guardadas allí? —preguntó Johnny.

Nathan vaciló.

—Yo... realmente no sé cómo responderte. Es un poco... complicado. No es que no puedas comprenderlo —añadió rápidamente, viendo que Johnny estaba a punto de ofenderse—. Es que no sé cómo explicarlo.

Había tratado de contarles lo básico (amigo en peligro, para ayudarlo había que destruir los ordenadores de la CdC), pero era difícil decirles algo más. Había evitado mencionar que había estado dentro, literalmente, de un sistema informático, o que pensaba que era allí donde Muckraker se encontraba ahora. Nathan estaba obligado a creer que hasta sus compañeros cazadores pensarían que estaba loco. Él mismo habría pensado que estaba loco si no lo hubiese experimentado en sus carnes. De hecho, aún no estaba completamente seguro de no haber enloquecido.

Y había otro detalle engorroso que seguía molestandolo. Muckraker le había dicho que destruyera los ordenadores. Pero no le había dicho que eso lo salvaría. «*Ya lo veremos*». Hasta ahí llegaba el optimismo de Nathan.

«*Quizás solo quiere que ponga fin a sus sufrimientos*», pensó Nathan. ¿Estaba dispuesto a hacer tal cosa, si era el caso? ¿Qué diablos estaba ocurriendo en el interior de esos ordenadores? ¿De qué eran capaces esos hombres vestidos de negro?

—Déjame hacerte una pregunta —dijo Abraham—. Basándote en lo que te mostró ese tío, ¿estás dispuesto a jugarle la vida por esto?

El peso de la pregunta cogió desprevenido a Nathan. Se percató de que, indirectamente, él también había estado apuntando a esa pregunta. ¿Qué importancia tenía todo esto para él, esta solicitud de alguien que realmente no conocía, alguien que había destruido su ordenador? Pero entonces recordó esos frenéticos últimos segundos en la habitación del hotel: los atacantes entrando por el espejo, la electricidad estática chisporroteando en el aire, la sonrisa cansada de Matthew justo antes de que los intrusos y él fuesen succionados al interior del portátil a través de la pantalla.

—Sí —dijo Nathan—. Debo hacerlo.

Abraham aceptó su respuesta en silencio, satisfecho. En el asiento trasero, Johnny no paraba de moverse, ansioso por entrar en acción.

—Muy bien, entonces —dijo Abraham, pasados unos segundos—. Hagámoslo. —Accionó la perilla que abría el maletero del coche. Los tres se apearon y se dirigieron a la parte de atrás, donde Nathan descubrió un auténtico arsenal de pistolas, rifles y ametralladoras de mano—. Aquí tienes. —Abraham le entregó una pistola negra, reluciente.

—¿La necesito?

—Nunca se sabe —Abraham cogió un rifle y Johnny una ametralladora.

«¿Podría haberme llevado esta pistola al interior del ordenador?», se preguntó Nathan, sopesando el arma. «¿Habría entrado conmigo, al igual que lo hizo mi ropa? ¿Habría servido de algo?». Muchas preguntas, ninguna respuesta. Y estaba bastante seguro de que no quería encontrar esas respuestas... y menos aún a través del método de prueba y error.

—¿A qué debemos dispararle, exactamente? —preguntó Abraham, concentrado, como siempre, en la tarea que tenía entre manos.

—Buena pregunta. —Muckraker no había sido muy específico—. Puede que tengan copias de seguridad en Internet o en otro edificio, pero no... creo que Muckraker pensaba que todo se manejaba desde aquí. Es lo único que sabemos. Tendríamos que encontrar un servidor, quizás copias de seguridad en CD-R... para estar bien seguros, probablemente habrá que destruir los discos duros de todas las terminales individuales.

Abraham asintió.

—Me parece bien. No es un sitio tan grande. No puede haber más de diez o quince oficinas. Tú busca el servidor. Johnny y yo nos encargamos de las terminales.

En un santiamén acabaron de organizarse y al minuto siguiente ya estaban caminando por el aparcamiento, con las armas escondidas bajo sus abrigo de invierno. «*Esto me gusta más*», pensó Nathan. Por fin estaba haciendo algo más que

quedarse sentado frente a un teclado y un monitor.

A juzgar por el otro coche que se encontraba en el estacionamiento y por la puerta principal del edificio sin cerrojo, Nathan pensó que debía de haber alguien dentro. ¿Personal de limpieza? Ojalá hubiera traído una máscara, pero Abraham y Johnny no titubearon y ellos sabían mucho más de estas cosas que él. Los seguiría.

Una vez dentro, se separaron. Nathan revisó los cubículos, pero no les prestó demasiada atención. Posiblemente, el servidor o servidores se encontraran en una habitación más o menos individual, o entremezclados con una cantidad de *hardware* en la central de informática. Se detuvo al encontrar la primera puerta con cerrojo y se preguntó si podría encontrar alguna llave en el escritorio de la recepcionista...

Al oír el primer disparo, se echó al suelo.

Varios disparos en rápida sucesión. Luego una detonación más fuerte: el rifle. Los primeros balazos debían de haber provenido de la pistola de Johnny, pensó Nathan, volviendo a ponerse de pie. «*Al diablo con la llave*», pensó, mirando la puerta nuevamente. ¿Para qué molestarse en guardar silencio si los otros dos estaban disparando contra los ordenadores? Le dio un fuerte puntapié a la puerta. El marco se rajó, pero no cedió. El segundo puntapié terminó el trabajo. Era un armario con insumos. *Maldición*. Nathan continuó avanzando.

Los disparos continuaron mientras Abraham y Johnny recorrían las oficinas y cubículos. Detrás de los cubículos, Nathan vio una puerta cerrada que, plausiblemente, podía ser la del centro de informática. Se dirigió hasta ella al trote. Estaba segurísimo de que todos esos balazos iban a atraer la atención de alguien. Sin embargo, notó que en el piso, junto a la fuente, había algo raro. Un destello de luz reflejado en algo metálico. Aunque pareciera increíble, era una hilera de clips. Una hilera no, advirtió: una cadena. Estaban todos enganchados. Siguiendo la cadena, dobló un recodo, entró en una oficina... y se encontró cara a cara con un hombre blanco vestido de traje y corbata arrugados. Estaba casi tan sorprendido como Nathan.

«*¡Oh, demonios!*». Nathan volvió a pensar en la máscara. Con mano temblorosa, levantó la pistola y apuntó al tío de chaqueta y corbata que tenía enfrente. Por muy fuerte que sujetara el arma, el cañón temblaba de manera enervante.

—Quédese quieto ahí —dijo Nathan.

Pero el sujeto no iba a ningún lado. ¿Y ahora qué? ¿Decirle que se echara al suelo? «*¿Por qué diablos no saliste de aquí cuando comenzaron los disparos?*», quería preguntarle. El tipo del traje parecía más confundido que asustado, en realidad... a pesar de que había un hombre armado, y obviamente presa del pánico, sacudiendo una pistola frente a su rostro.

—¿Qué te retiene aquí? —De pronto, Johnny estaba detrás de Nathan. Johnny evaluó rápidamente la situación y rió por lo bajo—. Vaya. Esto nos demora.

¿Comprendes?

Nathan lo miró inexpresivamente. Su mirada se parecía mucho a la que les dirigía a ellos el hombre del traje.

—Parece que tenemos un rehén —murmuró Nathan.

—No —dijo Johnny meneando la cabeza. Entonces abrió fuego.

Nathan se lanzó hacia atrás, golpeándose la espalda contra la pared, mientras las balas atravesaban al tipo silencioso de traje, que se sacudió, bailó y finalmente cayó al suelo con un brinco sangriento. Johnny siguió disparando hasta vaciar el cargador. Lo recargó y luego llenó de plomo el ordenador que estaba debajo del escritorio. Una vez terminado el trabajo, se dirigió a la próxima oficina.

—Vamos.

Nathan estaba ahí parado, con la espalda adherida a la pared. Movi6 la mandíbula varias veces antes de lograr pronunciar unas débiles palabras.

—Oh, mierda. —No podía apartar los ojos del empleado, del cadáver, que estaba tirado en el suelo. La sangre estaba inundando la alfombra, extendiéndose y acercándose a él—. Mierda.

Finalmente, logró dejar de mirar, pero ahora sus ojos recorrieron las pertenencias personales que estaban sobre el escritorio y las paredes, que convertían a este cuerpo acribillado en algo más: fotografías de su esposa y su hijo; un diploma; recortes de tebeos; una placa con un nombre, evan dunkirk, manchada de rojo.

—Vamos —Johnny había regresado y le tiraba del codo—. Hemos encontrado el servidor.

Nathan lo siguió a trompicones, incapaz de hacer otra cosa. Unos segundos después, recordó la pistola que tenía en la mano y la dejó caer. Johnny se detuvo, la levantó y, como Nathan no aceptó volver a cogerla, se la guardó en el bolsillo.

La puerta que Nathan había visto antes sí era la de la oficina que contenía a los servidores.

—¿Es esto lo que hay que inutilizar? —le preguntó Abraham para asegurarse.

Nathan logró asentir débilmente y Abraham y Johnny dispararon contra el equipo. Estar tan cerca de los balazos y explosiones era demasiado para Nathan. Salió con paso vacilante y cayó de rodillas. Un segundo después estaba vomitando. Transcurrido lo que le pareció un segundo, Abraham y Johnny lo levantaron, cogiéndolo por los brazos, y lo llevaron hacia la puerta principal.

—Por Dios, si los ordenadores ni siquiera eran tuyos —dijo Abraham, malinterpretando el malestar de Nathan.

—Lo ha matado —dijo Nathan—. Este cabrón lo ha matado.

Abraham le echó un vistazo a Johnny, que no se dio por aludido.

—Son cosas que pasan —dijo Abraham.

Johnny asintió, demostrando su conformidad.

—Si no eres parte de la solución...

Para cuando habían atravesado la puerta principal y cruzado el aparcamiento, Nathan ya era capaz de moverse por sus propios medios. Abraham y Johnny volvieron a colocar sus armas en el maletero del Mustang. Nathan los observó y se preguntó como podían marcharse así, como si nada hubiera ocurrido... y se preguntó cómo podía él mismo ser capaz de hacerlo.

No podía.

Abraham ya estaba al volante y Johnny en el asiento trasero, pero Nathan se negaba a entrar al coche. Estaba de pie junto a la puerta abierta del pasajero. Abraham se inclinó hacia esta y lo miró.

—Nathan, compórtate como un adulto, por el amor de Dios. Así es la guerra que estamos librando. En la guerra hay víctimas.

Nathan no sabía qué decir, no podía decir nada.

—No te molestes en agradecernos por encargarnos de tu trabajo sucio —dijo Johnny—. ¿Estás demasiado limpio para ensuciarte las manos?

—No es agradable —dijo Abraham—, pero tiene que ser así. ¿Quieres venir con nosotros y ver acción en serio, o prefieres quedarte a esperar a la policía?

Nathan negó con la cabeza.

—Ninguna de las dos cosas.

Johnny pasó al asiento delantero y cerró la puerta de un golpe, con una obvia expresión de disgusto en el rostro.

—La decisión es tuya —dijo Abraham—. Te deseo la mejor de las suertes. — Luego salió del aparcamiento haciendo chirriar las cubiertas, sin dejar tras de sí nada más que marcas de caucho en el pavimento y olor a goma quemada.

«*Y un cadáver allí dentro*», pensó Nathan. Pero tenían razón sobre la policía. Era lo único que sabía, y esa certeza le infundió la fuerza necesaria para moverse, para correr lo más rápido posible y no mirar atrás.

Capítulo veintinueve

Sands entró en su antigua casa sintiendo que el peso de la fatalidad le colgaba del cuello. Había estado fuera solo unos días, pero el sitio ya no era parte de él y él no era parte suya. Algunos cazadores hablaban de heraldos sobrenaturales que los habían imbuido con poderes extraordinarios. Cleo hablaba de los ángeles con respeto y fanatismo. Sands no sabía dónde encajaba él en todo aquel asunto. Había pasado demasiado tiempo negando lo que veía (y luego reaccionando contra ello cuando ya no podía negarlo) como para preocuparse en reflexionar sobre cómo le había sobrevenido su actual condición. Lo único que sabía era que lo habían vendado y luego arrastrado a través de un crisol de fuego que había consumido completamente todos los ornamentos de su antigua vida y del mundo como alguna vez lo había conocido.

Había encontrado una certeza (que en el mundo existían monstruos), pero por más destrucción que ese conocimiento hubiera aportado a su modo de vida, él mismo había puesto las semillas de esa destrucción hacía años. Apoyó el bate de béisbol contra un rincón, junto a la puerta principal. Sus pasos producían ecos mientras atravesaba la casa; estaba en ella, pero no pertenecía a ella. No se sirvió un güisqui. No se acomodó en la tumbona donde había pasado tantas horas. En vez de eso, abrió la puerta del dormitorio. Al hacerlo, sintió el peso de la pistola en el bolsillo de su abrigo.

Faye estaba durmiendo. El monstruo de la acera no la había raptado. La bestia no tenía necesidad de destruir la vida de Sands. Él mismo se había encargado de hacerlo.

Faye no despertó hasta que se sentó en el borde de la cama, de espaldas a ella. Su esposa se incorporó de un salto, aterrada por la presencia de un intruso en su habitación, en su cama... ya no la habitación de ambos, ni la cama de ambos. Pero entonces, instintivamente, lo reconoció. Después de tantos años de convivir con la silueta de su rostro en la oscuridad, la estructura de sus hombros, el sonido de su respiración, Faye podía afirmar que era él.

—¿Douglas? —dijo en voz baja, no preguntándole quién era, sino por qué estaba allí—. ¿Estás bien?

«Sí», pensó él, pues ella no podía, no podría comprender jamás... aquella mujer, aquella extraña íntimamente conocida.

—¿Oyes el viento, Faye? —le preguntó—. ¿Oyes cómo azota la esquina trasera de la casa? —No se volvió para mirarla, pero percibió que asentía en silencio—. No tardará mucho —dijo.

Y no tardó.

La noche, que hasta entonces estaba en calma, cobró vida con los sonidos del viento: árboles que se agitaban, arbustos que rozaban las persianas y el levísimo

indicio de la voz de un niño pequeño...

La habitación se oscureció conforme las nubes corrían de un lado a otro, cubriendo lo que había sido un cielo despejado y velando la luz de la luna.

—¿Lo oyes? —preguntó Douglas. Detrás de él, Faye estaba quieta, rígida. A través del colchón, sentía la tensión de su cuerpo—. ¿Te llama a ti? —¿Pero por qué iba a hacer tal cosa? ¿Por qué iba a llamar a alguien que no fuera...?

—¿Pa-pi?

Adam estaba parado en el umbral de la puerta abierta, por donde Sands había pasado minutos antes. Faye inspiró profunda y violentamente, contuvo el aliento.

—Pa-pi.

El pequeño apenas medía unos sesenta centímetros y estaba exactamente igual a como era diez años atrás.

—¿Douglas...? —El susurro sin aliento de Faye cortó la oscuridad.

Sands se puso de pie, la cogió del codo, la arrastró contra su voluntad, obligándola a levantarse.

—Ya vamos, hijo.

—¿Douglas...? Dios mío, no.

Adam, satisfecho porque se acercaban, se alejó alegremente por el corredor, caminando con torpeza. Faye apenas podía mantenerse en pie. Douglas la sostuvo del brazo con firmeza, la mantuvo erguida y la obligó a seguir caminando. Apoyada en él, Faye sintió el peso del arma en el bolsillo del abrigo.

Douglas no veía al niño, pero sabía adónde ir. Medio a rastras, fue con Faye hasta la sala. Con la mano libre, rompió el plástico que seguía ahí, en lugar de las puertas rotas. De pronto, sus fuerzas flaquearon. Sus piernas no podían sostenerlo, y ahora Faye y él debían sujetarse mutuamente... para afrontar aquel día terrible surgido del pasado.

Más allá de las puertas, brillaba el último sol de la tarde, pero su luz no penetraba en la sala. El cielo azul y los árboles totalmente repletos de hojas enmarcaban la piscina... que no estaba cubierta con una lona rota, sino llena de agua transparente, clorada, resplandeciente, con el fondo de hormigón pintado de turquesa.

Y un cuerpecito... boqueando, moviendo las manos.

Faye gritó, un alarido de dolor que surgió de las profundidades de su pecho y murió en su garganta. Comenzó a avanzar, pero Douglas la detuvo. No había retorno, no había manera de socorrer al niño desesperado, cuyos frenéticos manotazos y pataleos se volvían cada vez más torpes con cada segundo que pasaba.

—Dios mío, no —exhaló Faye. Nunca había visto esto; ni siquiera había visto el cuerpo flotando en la piscina. No estaba en casa en aquel momento, y los enfermeros habían limpiado al pequeño antes de que ella llegara.

Aquel día, Sands tampoco había visto al niño en el agua, todavía vivo. Agitando

los brazos y las piernas. Hundiéndose. Ahogándose.

Antes de que las burbujas dejaran de salir a la superficie, Douglas apartó la vista. La imagen era una herida abierta, demasiado dolorosa... y todavía había que afrontar cosas peores.

Cogió a Faye del brazo, tiró de ella hasta que le dio la espalda a ese sol espeluznante, para volverse hacia la oscuridad de sus vidas. Por el corredor. Ella lo seguía ahora, pero él caminaba a ciegas, como un hombre que marcha a su ejecución. La habitación de la izquierda había retrocedido en el tiempo. Las pesas no estaban. Tampoco era una habitación de huéspedes, sino la de un niño. El dormitorio de Adam. Douglas y Faye no se detuvieron. Siguieron andando por el corredor, atraídos ahora por los sonidos que surgían del dormitorio. Uno al lado del otro, se detuvieron en el umbral.

Allí estaba Douglas... el Douglas de hacía diez años, desnudo, echado como un buitre sobre una joven; las piernas desnudas de ella le envolvían la cintura. Donna. Había tratado con todas sus fuerzas de olvidar ese nombre, ese rostro, el hecho de que alguna vez la había conocido. Un costoso almuerzo había sido suficiente para engatusarla y llevársela a la cama. Faye no estaba, Adam dormía... y entonces Douglas la había llamado. Las sábanas estaban abiertas; el trasero de Sands se movía hacia abajo, penetrando a la mujer violentamente, con la misma violencia con la que un bebé indefenso se debatía en el agua. Donna era perfecta. Douglas no podía controlarse, no podía negarse a la presión de sus senos, húmedos de saliva, entre sus dedos.

No podía afrontar la obscenidad que había cometido. Con el rostro cubierto de lágrimas, apartó la vista, pero allí estaba Faye. Una vez más, había destrozado su vida.

—Todo por mi culpa —dijo él, apenas capaz de hablar—. Por mi culpa.

Faye también lloraba, sollozando descontroladamente. Luego comenzó a golpearlo, a darle puñetazos en el pecho, la cara. Él no se resistió. Ella se enfureció aún más y él tampoco la esquivó cuando ella le partió el labio, le rompió la nariz.

—Por mi culpa —masculló Douglas, mientras la sangre corría por su rostro, sus ropas, el suelo.

—¿Cómo pudiste?! —estaba gritándole ella—. Por Dios. ¿Cómo pudiste?! —Loca de furia y de dolor, se abalanzó sobre él, propinándole los golpes que se merecía desde hacía tantos años—. ¡Hijo de puta! ¡Maldito cabrón hijo de puta!

Sands cayó de rodillas, pero el Douglas de hacía diez años seguía en lo suyo, con el rostro contorsionado por el esfuerzo y el éxtasis. Las caderas de Donna se elevaban para recibirlo, se apretaban contra las suyas, lo absorbían.

—Por mi culpa.

Sands se acercó a Faye con paso vacilante. Ella lo cogió del pelo, trató de

arrancarle la cabeza. Sands tenía la pistola en la mano. Se la entregó a su esposa, mirándola a través de la sangre y las lágrimas.

Faye se tambaleó, jadeó para recuperar el aliento, pues el mundo parecía haberse quedado sin aire. Ambos estaban asfixiándose, estaban ahogándose. La habitación se tornó silenciosa y tranquila. En el exterior, el viento descargó una ráfaga final y luego amainó, al igual que la voz quejumbrosa, inquisidora:

—¿Pa-pi...?

Faye puso un pie sobre Douglas, mirando fijamente el arma que tenía en la mano. Meneó la cabeza y dio un paso atrás, alejándose de él con paso vacilante.

—No. No escaparás tan fácilmente. —La pistola resbaló de entre sus dedos y cayó estrepitosamente al suelo—. No —repitió ella.

Con esas palabras, Douglas sintió que se rompían los hilos, los vínculos de afecto y frustración, de amor y odio. Habían desaparecido. Estaban destruidos.

—Eres un monstruo —susurró ella mientras se marchaba.

Sands se derrumbó, hecho un ovillo. Deseó que los retortijones de sus tripas se materializaran, lo consumieran. Pero mientras estaba allí tirado, temblando, sollozando, sangrando, escuchó una voz. No la de Adam, porque la tragedia del pequeño ya había salido a la luz. Tampoco la de Faye, porque Faye se había ido. Para no volver jamás. Tal vez la voz estaba en la mente de Sands. Tal vez era la voz de un ángel.

—«No. No escaparás tan fácilmente».

EPÍLOGO

Las cámaras de vigilancia colocadas en la fachada de la tienda funcionaban bien. Nathan había regulado el contraste y ahora estaba satisfecho con la resolución. Tres cámaras en la parte delantera y dos en la trasera, todas ocultas, conectadas a su ordenador con cables de fibra óptica. Ahora nadie podría escabullirse aquí, donde habían decidido instalarse definitivamente. Nathan ya había tenido suficiente con una sola paliza propinada por un vampiro. La hinchazón de su rostro había desaparecido, y lo que seguramente había sido una conmoción cerebral leve no le estaba causando problemas. Julia se había encargado de eso. Sus dedos se habían puesto calientes mientras recorrían el rostro y la cabeza de Nathan y él se había quedado dormido de inmediato. Cuando despertó, no tenía más cardenales, ni el persistente dolor de cabeza, ni la visión borrosa. La había visto usar sus dones en otros, pero experimentarlos en sus carnes era sencillamente sorprendente.

«Bueno, yo quería ensuciarme las manos», pensó. Si Braughton no lo había curado de eso, Abraham y Johnny lo habían hecho sin ninguna duda. Nathan meneó la cabeza. Se preguntó dónde habrían ido esos dos; estaba atento a la hunter-net para detectar cualquier pista de su paradero. Todavía no había indicios de su presencia. Pero se habían marchado hacía muy pocos días y no eran de los que podían permanecer mucho tiempo en el anonimato.

Nathan estaba a punto de entrar en la hunter-net para revisar las últimas novedades, cuando en la pantalla apareció una ventana de mensaje instantáneo:

MR: creo que te debo un gracias y una enhorabuena.

A Nathan se le hizo un nudo en la garganta. Muckraker. Estaba vivo, entonces. Nathan tuvo la esperanza de que el suplicio, la muerte sin sentido, no hubiesen sido en vano.

MR: no seas tímido, ahora debes decirme «no hay de qué».

BM: no hay de qué.

MR: y ahora debes preguntarme qué ocurrió.

BM: te escapaste de ellos, supongo.

MR: buena suposición, me tenían conectado a un... bueno, es mejor que no lo sepas, la destrucción del servidor los cogió por sorpresa, mediste la posibilidad de huir.

BM: no encontré las copias de seguridad.

MR: no hay problema, lo que importaba era el servidor.

BM: siguen persiguiéndote?

Nathan también se preguntaba si estarían persiguiéndolo a él. Había estado soñando con esos hombres de negro. No eran sueños agradables.

MR: por lo que sé, se han marchado de iron rapids. parece que solsin también está haciendo las maletas, demasiado calor en el horno, son como las cucarachas, no soportan la luz.

BM: siempre mezclando metáforas.

MR: denúnciame.

Nathan comenzó a teclear una respuesta ingeniosa, pero el siguiente mensaje de Muckraker llegó primero:

MR: he leído lo de dunkirk en el periódico.

Nathan se envaró. Evan Dunkirk. Todos habían leído de él, lo habían visto en las noticias: empleado de la Cámara de Comercio asesinado a balazos en un ataque brutal que únicamente podía describirse como un acto de terrorismo interno. Nathan se quedó mirando el mensaje de la pantalla. No había forma de discernir qué intención tenían las palabras de Muckraker. ¿Lo estaba sondeando, tratando de descubrir la culpabilidad de Nathan? ¿El mensaje era una seca acusación, una condena? ¿O Muckraker estaba regodeándose en su típico sarcasmo? En ese sentido, los *e-mails* no servían para nada. Nathan decidió no andarse con rodeos.

BM: no fui yo.

El siguiente mensaje también le causó una profunda conmoción:

MR: era uno de sus cómplices, la fábrica de solsin.

Nathan se quitó repentinamente un enorme peso de encima. ¡Por eso reconocía el nombre de Dunkirk! No solo por la evacuación en la Segunda Guerra Mundial, sino por una mención en los archivos enviados por Muckraker. Evan Dunkirk no era un testigo inocente. Nathan ya no sentía repulsión por la violencia indiscriminada de Abraham y Johnny; su conciencia se había calmado. Curiosamente, parecía demasiado bueno para ser verdad.

MR: aunque probablemente era inofensivo, no era una amenaza, solo lo hacía por \$\$.

Nathan se hundió nuevamente en el asiento. Tenía la sensación de que Muckraker se estaba riendo de él, clavándole un cuchillo y revolviendo, disfrutando de todo el asunto. Desde el comienzo, a Nathan le había resultado difícil interpretar a Muckraker. A Matthew. El tío no se parecía a nadie que hubiera conocido.

Un golpecito en el hombro. Nathan giró rápidamente la silla.

Sands. Douglas. No un vampiro, ni un hombre de negro salido del ordenador.

—Ya están todos aquí —dijo Sands—. ¿Tienes unos minutos?

Nathan inspiró profundamente.

—Claro.

—Si estás en medio de algo importante...

—No, no, no, no. Nada importante. —Nathan se volvió hacia el ordenador y el mensaje sobre Dunkirk que estaba en la pantalla.

BM: detesto ver a una persona despedirse así de la vida, y hablando de despedirse...

MR: comprendo la indirecta, quédate por ahí. ya tendrás noticias mías.

BM: promesa o amenaza?

Nathan se desconectó, decidido a tener la última palabra, al menos por una vez.

—Pues está decidido. —Sands trató de infundirle a la frase un cierto grado de irreversibilidad y obtuvo resultados dispares.

—Pero, por supuesto, habrá excepciones —insistió Cleo.

Julia gruñó. Sands suspiró y se pasó los dedos por el pelo, que encanecía un poco más a cada segundo que pasaba. Esta discusión, que supuestamente debía durar unos pocos minutos, ya llevaba más de dos horas.

—Sí, es probable que haya excepciones —dijo.

—¿Entonces de qué sirven las reglas? —preguntó Cleo.

Julia elevó las manos con frustración.

—Ya no soporto más esto. ¿Podéis lidiar con esta situación vosotros solos? Bien. Estaré aquí al lado. —Firmó el papel que se encontraba sobre la mesa y se marchó por el agujero de la pared que llevaba a la tienda adyacente, que servía de garaje y dormitorio.

—No son reglas, son principios —explicó Sands por lo que parecía ser la centésima vez—. Cosas que, excepto en emergencias extremas, estamos de acuerdo en no hacer sin consultar con el resto del grupo.

Mike enumeró las condiciones que habían delineado.

—No traer extraños aquí a la tienda, ni al piso franco. —Acababan de comprar una casa en las afueras de la ciudad—. No hacer tratos con criaturas antinaturales; no atacarlas solos.

—Comprendo las reglas —dijo Cleo.

—Principios —la corrigió Sands.

—Pero esas excepciones... —Cleo meneó la cabeza, contrariada—. Esas cosas que no debemos hacer son las que tú has hecho —dijo, señalando a Sands—. Todas ellas. Durante la última semana. ¿Fueron todas excepciones? ¿Entonces para qué ponemos las reglas?

—Lo que digo al aceptar esto —dijo Sands— es que no volveré a hacer nada por

el estilo sin consultar primero con todos los demás. No os tuve en cuenta, como estoy haciendo ahora... como debía haber hecho siempre.

—¿Para qué hacer reglas después de que ya las has roto? —lo desafió Cleo.

—Mmm... Tengo algo que revisar —dijo Nathan en voz baja. Firmó el papel y se escabulló rumbo a su ordenador.

Sands inspiró profundamente.

—No sé tú, que eres la mano de Dios y todo eso, pero yo no puedo cambiar mi pasado. Lo único que puedo hacer es mejorar el futuro, y pienso que casi todos nosotros coincidimos en que es una buena idea que todos trabajemos según el mismo manual, que todos tengamos ciertas expectativas básicas en común. Lo importante es que no son reglas rígidas e inamovibles... no lo son. Lo importante es que... Mira. Lo que hicieron Abraham y Johnny... estuvo mal. Absolutamente mal. No podemos andar por ahí matando gente porque sí. Ni siquiera matando monstruos porque sí. Solo los matamos si estamos seguros de que representan una amenaza para alguien. Clarence estaba equivocado respecto a eso, pero tú no conociste a Clarence. Y... oh, diablos. Algunas de las cosas que yo he hecho también fueron totalmente equivocadas. Estúpidas. Os puse en peligro, a todos vosotros. Sin intención, pero lo hice. Estoy prometiendo que haré todo lo posible por evitar que suceda de nuevo. Si eso implica...

Cleo elevó una mano para interrumpirlo.

—Bien —dijo ella—. ¿Dónde firmo? —No reveló cuál de todas las afirmaciones de Sands la había convencido. Él tampoco se lo preguntó.

—Mmm... supongo que es un compromiso verbal. —Estaba bastante seguro de que esa frase, después de dos horas de discursos, había sonado muy débil, pero fue lo mejor que se le ocurrió—. ¿Qué tal un apretón de manos?

Así lo hicieron, y luego Cleo se alejó de la mesa sin pronunciar palabra. Mike también le estrechó la mano.

—¿Piensas que a ella le gustó que haya admitido mi estupidez? —le preguntó Sands.

—Puede ser. No pretendo comprenderla —dijo—. Solo trato de dirigirla en la dirección correcta. Me da la impresión de que tú también te estás encargando de eso.

Sands no estaba tan seguro. Toda aquella operación podía desmoronarse mañana, por lo que sabía. Sin alguien como Hetger para liderarlos, alguien con mano firme y temperamento equilibrado... «*Por Dios. ¿Quién sabe?*», pensó.

Sacudiéndose de encima las preguntas, Sands fue al encuentro de Julia en la tienda adyacente. En el rincón más alejado, ella había preparado una cama e instalado varias particiones con paneles para que Timothy tuviese un poco de privacidad. Extrañamente, las idas y venidas de los coches a todas horas del día y de la noche no parecían perturbarlo. En realidad, nada parecía perturbarlo.

—¿Está dormido? —preguntó Sands, asomándose entre los paneles. Por suerte, lo estaba. Julia había curado las heridas y arañazos que el niño había sufrido durante su cautiverio. Hasta tenía un dedo roto. Pero había algo más profundo, algo quebrantado o desaparecido, que ni siquiera Julia había podido descubrir.

Douglas tomó asiento. Como Sands había adoptado la costumbre de venir a sentarse con ella y el niño, Julia había agregado una silla más a la improvisada habitación. Cuando Timothy dormía había cierta paz en él, en la madre y el hijo. Sands la percibía. A veces lo confortaba. Otras veces le resultaba casi dolorosa. En sus momentos más negros, se preguntaba si Adam o Timothy eran más afortunados que ellos. Sin embargo, en otros momentos, como ocurría esta noche, Sands valoraba el hecho de que Timothy tuviera un futuro, por muy difícil que fuese. Al fin y al cabo, eso era lo único a lo que todos ellos podían aspirar.

GHERBOD FLEMING. Escritor de novelas de fantasía enmarcadas en el universo de *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming es un seudónimo, y su verdadero nombre es John H. Steele. Nació en 1962 y en la actualidad vive con su mujer y tres gatos, posiblemente, en Atlanta, aunque, debido a que quiere mantener su vida privada en secreto, poco más se sabe, tanto de sus inicios en la literatura, como de sus inquietudes más básicas. Según sus más allegados, nunca ha sido empleado o ha recibido emolumento alguno de la Agencia Central de Inteligencia (a.k.a CIA), lo que no nos da demasiadas pistas acerca de sus afiliaciones, filias o fobias.

Tras mucho tiempo escribiendo relatos para los más variados fanzines, pasó al terreno profesional colaborando en varios módulos y suplementos de White Wolf, hasta que decidió, gracias a la buena aceptación que tuvo en la empresa, en 1997, la propuesta de su primera novela, *El abogado del diablo*, dedicarse sólo a escribir narrativa. Las buenas ventas posteriores de la trilogía avalaron su decisión así que, desde entonces, sólo ha escrito novelas de *Vampiro* en el *Mundo de tinieblas*.

A primeros de 1999 se comenzó a publicar, en Estados Unidos, la macrosaga, de libros de lectura independiente, *Novelas de clan*, que dedica una novela a cada uno de los clanes de vampiros del *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming fue co-escritor de la serie (junto a Stewart Wieck), y escribió cinco de ellas: *Gangrel*, *Ventrue*, *Assamita*, *Brujah* y *Nosferatu*.

Notas

[1] **Nota del editor digital:** En el original en papel figura como «whisky». El motivo por el que se ha cambiado es para que concuerde con los volúmenes anteriores de la saga, pues la editorial original utilizó a traductores diferentes para estos volúmenes y existen algunas discrepancias que se ha decidido homogeneizar. <<